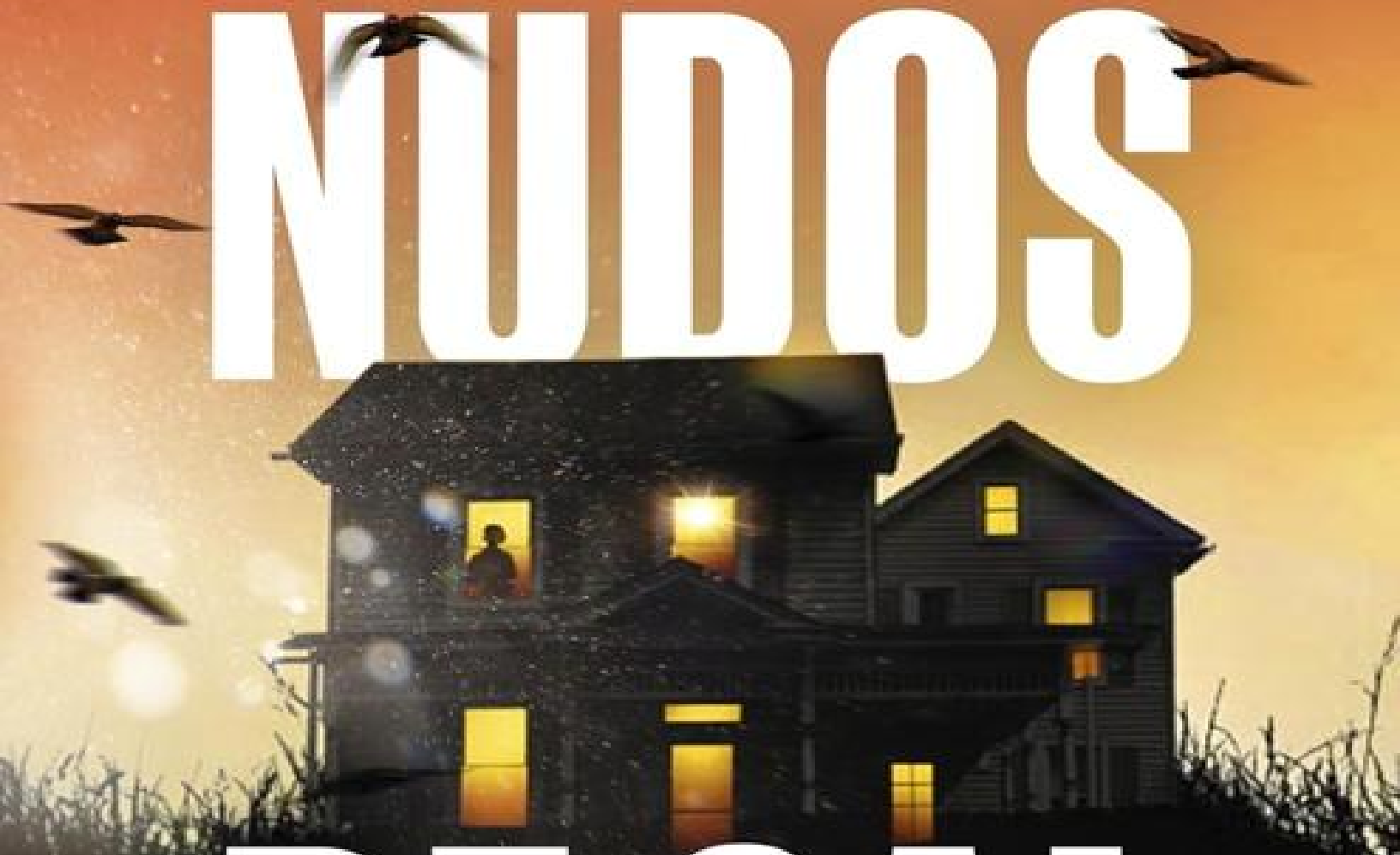
NACHO CARRERAS

# NUDOS DE SAL



Hay familias que no son
tan perfectas como todos creen.

Rocaeditorial

NACHO CARRERAS OJEA

# NUDOS DE SAL

Rocaeditorial

*Para Alfredo Estévez.*
*Porque la amistad verdadera,*
*igual que los recuerdos,*
*es inmortal*

*Algunas veces vivo. Y otras veces, la vida se me va con lo que escribo.*

JOAQUÍN SABINA,
«Que se llama Soledad»

*Últimamente pienso demasiado*
*en lo pronto que te fuiste y lo que te hemos recordado.*
*Amigo, te debo una canción.*
*No olvido, no. Te debo una canción.*

SHINOVA,
«Te debo una canción»

# 1

## Teo Costas

Me llamo Teo Costas, tengo treinta y siete años y estoy a punto de morir.

¿Y sabes qué? Lo de la luz al final del túnel es una trola. Ni luz ni túnel ni *caralladas*. Sientes que te duermes. «¿Sólo eso, Teo?». Sí. Sólo eso. La estoy diñando, y lo de dulcificar la muerte es otra mentira. Ya te lo dije: te duermes y se acabó. Creo que es algo parecido a cuando un bebé no aguanta el sueño y se le cierran los ojos. A mí me pasaba cuando mi madre me daba de cenar en la trona y me quedaba dormido entre plato y plato. No lo recuerdo exactamente como tal, pero sí hay una imagen borrosa, supongo que creada a partir de las historias que ella me contaba antes de…

Bueno, da igual. Esto ahora no te interesa. Si has leído hasta aquí, estarás pensando: «¿Y por qué estás a punto de morir, Teo?». Tengo que ponerte un poco en contexto: soy policía en Vigo. Homicidios, más concretamente. Me gusta más un muerto que a un tonto un lapicero. Estoy casado con una mujer que está buenísima y en meses seré…, o sería, mejor dicho, padre. Mi vida no ha sido nada fácil. Y no me refiero a traumas absurdos de que falte dinero o chorradas de esas por las que ahora todo el mundo va al psicólogo. Puta generación de cristal… Yo me refiero a una vida difícil de verdad.

Perdí a mis padres y a mi hermana cuando tenía nueve años. Mis abuelos paternos habían fallecido, los maternos también y sólo me quedaban dos tías: una alcohólica y la otra que me crio hasta que cumplí los quince. Todo iba bien hasta que se echó un novio medio drogata que la cascaba a ella… y de paso me curtía el lomo a mí.

Acabé escapándome… ¡Ah, y sí! Me vengué unos cuantos años después, cuando ya era poli. Pero esa es otra historia. Vamos, que mi madre era la única cuerda de la familia de locas del coño que me había tocado. Así que me quedé solo cuando se fue. Y, tras lo de mi tía, directamente desaparecí porque no quería saber nada más de primos lejanos y demás gilipolleces. No te compadezcas. Me la pela. En serio. Crecí usando el humor como mecanismo de defensa.

Sí, sí, ya vuelvo a lo de mi asesinato. Un poquito de humor, hostia, que soy un moribundo. La cuestión es que alguien ha entrado en mi casa y me ha atacado. ¿El problema? Que no recuerdo quién… Y antes de que lo preguntes: no, tampoco sé por qué, aunque lo intuyo. Como sé algo del tema, sé que tengo el cráneo hundido. Seguramente, además de la sangre, me haya salido masa encefálica por la violencia del golpe… Vamos, que si pisas se te van a quedar las suelas más pegadas que en un *after*.

El autor de la hostia no ha limpiado la papilla que me ha hecho en la cabeza. Así que no habrá sido algo muy planeado. Y de esto también sé un poco… Ha salido corriendo, pero no sé hace cuánto. El tiempo es relativo cuando te mueres. Creo que alguien dice mi nombre, aunque bien podría estar delirando. Al fin y al cabo, estoy hablando contigo, o eso creo. Ni sé si existes…

Lo que me faltaba. Diñarla filosofando. Hay que ser gilipollas. Mira, voy a dormir ya, ¿vale? Tengo… tengo mucho sueño…

¿Quéééé?

¿Cómo que por qué me han atacado? ¿No te lo conté al principio? No…, ¿de verdad?

Perdona, no sé dónde tengo la cabeza… ¡Bueno, sí!, ¡Esparcida por el suelo!… ¿No?, ¿ni una sonrisa? Eres el alma de la fiesta, ¿eh? Y además tienes el don de la oportunidad. Justo ahora que me quiero dormir, me preguntas. Ni tranquilo puede morirse uno.

¿A ver, qué coño quieres saber?

¡¿Todo?!

Vaya pereza… A ver, atiende, porque sólo te contaré una vez lo que creo que ha pasado. Coge el calendario e imagínate un rótulo de

esos que ponen en las películas… *One year ago* («hace un año», si no tienes ni idea de inglés).

# 2
# El crimen

*Hace un año*

La muerte no estaba invitada a la fiesta, pero se coló de todas formas. Ramiro Rey fue asesinado en la celebración de su sesenta y cinco cumpleaños. La noche era espléndida. De cielo estrellado, pocas farolas y una luna redonda y brillante que dibujaba un sendero de plata sobre el agua de la piscina. Su hija y tres de sus sobrinos se habían bañado con él, pero ya habían vuelto a la casa. Estaba solo tras un día cargado de emociones que incluso le habían sacado alguna lagrimita. Y eso que él, como decía su mujer, no era de llorar. Lo envolvió un silencio sobrenatural, casi místico. Flotaba bocarriba en el agua, con la mirada fija en las diminutas bombillas que tapizaban el lienzo negro del cielo. Inspiró profundo, dejándose mecer, y cerró los ojos para recrear todo lo que había vivido ese sábado de finales de julio.

Por la mañana, al abrigo del amanecer tardío, hizo el amor con Cora, su mujer desde hacía más de treinta años. Fue silencioso, rápido y muy diferente a las primeras veces. La pasión, a los sesenta y cinco, es más una idea que una realidad.

Después llegaron los primeros mensajes: algunos parcos en palabras, otros excesivamente largos, como el de Alfredo, su mejor amigo, que sacaba a pasear esa prosa tan pomposa como elocuente cada año en la misma fecha. En los grupos de WhatsApp se repetía el mismo patrón: fotos con corazones, emojis de tartas y velas virtuales que lo mantuvieron media hora pegado al teléfono hasta que se cansó y se marchó a la ducha. El espejo empañado por arriba

encuadró un rostro borroso de labio superior grueso, barba rasposa, pómulos marcados y ojos hundidos cubiertos de dos cejas frondosas y grises, una de ellas atravesada por una cicatriz apenas perceptible por el espesor del pelo que la rodeaba. Cogió un peine y se deslizó los mechones plateados hacia atrás, tal y como le había enseñado a hacer su padre de pequeño.

Cora ya había bajado a la cocina mientras él atendía el móvil. Además de un desayuno especial, lo obsequió con un bonito reloj de esfera y correa de silicona negras y manecillas blancas. Lo estrenó sonriendo, sintiéndose afortunado de la mujer que tenía, capaz de abandonar una prometedora proyección como ingeniera de minas para que él despegase en sus negocios. «La verdad es que es precioso», dijo girando una y otra vez la muñeca para admirarlo. Jamás volvería a quitarse aquel reloj. Ni en el féretro que guardó su cadáver para la eternidad.

Cora y él se acaramelaron en el sofá tras el desayuno. Total, todavía era temprano. Disfrutaron de una película de estreno, después dieron un paseo que culminaron con un vermut que sirvió de comida y comenzaron con la tediosa rutina de los preparativos: cortar sándwiches, inflar globos, colgar cartelitos con un FELICIDADES mayúsculo y en letras de colores… Todo hasta recibir a algunos invitados, generalmente más familiares voluntariosos y con ganas de ayudar.

Un peaje necesario… y aburridísimo. No fue hasta un par de horas después, ya por la tarde, cuando todo estuvo listo y la fiesta se animó: las clásicas copas, la clásica música animada y, por supuesto, la clásica tía que se pasa con el alcohol, en este caso su hermana, y saca a bailar a quien se le ponga por delante y se justifica con que sólo bebe «en ocasiones especiales». Eso sin contar la clásica tarta de cumpleaños, el clásico soplido de velas y el clásico deseo egoísta: «Que todo me vaya bien».

Sólo unos minutos después, y con la muerte desternillándose por las ironías de la vida, a Ramiro Rey lo estrangularon con un cable de acero en la piscina comunitaria.

Antes, su adosado en Cala Asterpot, la conocida urbanización de Monteferro, en Nigrán, le había regalado uno de los días más felices de su vida. Sus hijos, junto con sus hermanos y amigos, le habían hecho un vídeo precioso con fotos antiguas que vieron en el jardín trasero gracias a un proyector. Hasta Alfredo, su mujer y sus dos hijas habían participado, y eso que ninguno había acudido a la fiesta. Se sintió decepcionado, pero no le aguó la celebración. Después llegó el turno de los regalos, que mezclaron la rutina con la excelencia. Del clásico vino a la joya: una camiseta del Celta de Vigo firmada por Iago Aspas que provocó un murmullo de admiración… y el orgullo manifiesto en el pecho de Sonia Rey, hija del cumpleañero y autora del regalo.

Tras un discurso emotivo donde todos aplaudieron, Natalia Vilaboi, sobrina de Ramiro Rey, pidió una foto de grupo. Todos sonrieron felices hasta que el flash del temporizador los cegó. Se escuchó algún «patata» y algunas risas cómplices entre los jóvenes que aún no comprendían cómo había gente incapaz de salir sonriendo en las fotos sin encomendarse al tubérculo.

La fiesta no tardó mucho más en apagarse y llegaron los primeros abandonos. En el chalet quedaron los últimos invitados, familiares en su mayor medida y algún matrimonio amigo. Todos sofocados por un calor indigno de un mes de julio gallego. Porque pasaban las doce de la noche y hacía veintiocho grados. Y los veintiocho grados de la costa gallega, con la humedad, no son los veintiocho grados de las ciudades de interior. Son veintiocho grados de sudor pegajoso y desagradable recorriéndote el cuerpo de arriba abajo.

Y Ramiro Rey, encendido (casi en el sentido literal del término), sugirió un baño nocturno en la piscina de la comunidad. Algunos calificaron la idea de buenísima, otros, sudando como pollos, de celestial… Sin embargo, sólo cuatro personas la secundaron: su hija Sonia y sus sobrinos, Natalia Vilaboi y Alejandro Gómez, y la mujer de este, Ariadne.

Corrieron a toda velocidad al interior de la casa y se pusieron los bañadores. Apenas tardaron tres minutos hasta que la puerta

metálica del jardín trasero chocó violentamente contra el cierre mientras se dirigían a la piscina comunitaria con toallas en el hombro.

Se movieron por un camino empedrado, escoltados en los laterales por chalets idénticos que componían la urbanización Cala Asterpot: tres plantas, jardín trasero y ladrillo vista. Farolas de luz tibia iban jalonando el acceso hasta la piscina. Alrededor de ella, la hierba recién regada abrazaba con mimo y frescor los pies descalzos, aliviando el insoportable calor. El cielo era un azabache, y las brillantes estrellas, sus reflejos. Dejaron las toallas en un banco y se lanzaron al agua. «Menos fría que la de la playa, pero nada mal», apuntó Ramiro. Algunos de sus sobrinos le dieron la razón. Su hija, Sonia, dijo que estaba helada. A lo que Ramiro replicó salpicándola y tronando: «Menuda norteña de *merda*». Fue una de sus últimas frases.

Su sobrina Natalia lo recordaba bien porque en ese momento contemplaba ensimismada la luz verde de un avión que fue alejándose hasta devolver al cielo la estampa inmaculada con la que se habían metido al agua.

Fue Sonia quien propuso salir de la piscina tras unos minutos conversando sobre la importancia de aquellos momentos excepcionales dentro de celebraciones ya de por sí excepcionales. «Sí, salte, que el día de mañana te acordarás más del baño que del sesenta y cinco cumpleaños de tu padre», había culminado Ramiro Rey ante tanta filosofía alcohólica de su hija. No obstante, rechazó la propuesta de abandonar el agua. Usó una de esas frases tan suyas para pedir unos minutos más a solas: «Reivindico mi derecho a aburrirme, *carallo*».

A nadie le pareció extraño. De hecho, horas después declararían la normalidad de esas situaciones ante la policía. A Ramiro Rey le encantaba la soledad siempre y cuando fuese buscada y no impuesta por la vida: escuchaba rock clásico en su estudio, leía y subrayaba con un eterno lapicero mordisqueado. Tanto Sonia como Antón ubicaban ese lápiz como uno de los primeros recuerdos con

su padre… Misma marca y mismo modelo desde hacía más de treinta y dos años. A veces, incluso cogía la bicicleta sin previo aviso y se marchaba a algunas de las calas que Monteferro le regalaba para darse un chapuzón. No importaba si era pleno invierno. Simplemente obedecía con una fe ciega a ese impulso de soledad que su mente le exigía.

¿Hubo algo que les pareciera extraño? No. ¿Alguien estuvo raro o diferente en algún momento de la fiesta? No. ¿Vieron algo fuera de lugar en la piscina? No. No. No. No.

Esa era la respuesta por defecto en cada pregunta policial sobre aquella noche.

Ramiro Rey había pedido quedarse solo unos minutos más y ellos habían vuelto. Eso era todo. No sabían nada más, juraban.

Claro que Ramiro Rey nunca podría desmontar ni tan siquiera dudar de las defensas de sus familiares y amigos. Él seguía flotando en la piscina comunitaria, entrando en la sexta planta de la vida y ajeno a la sombra que acechaba entre los arbustos esperando el momento exacto.

Llegó cuando todavía tenía los ojos cerrados. No percibió ni las pisadas en la hierba ni el olor distinto al del petricor ni la silueta sombreada que se dibujó sobre su cuerpo endeble antes de abalanzarse sobre él como un animal salvaje y feroz.

Los párpados ya le abrasaban cuando los despegó y vio un rostro borroso y líquido antes de hundirse. La sangre ascendía como arena roja dentro del agua. El acero le cercenaba la piel del cuello. Los pulmones se llenaban de agujas. Las yemas de los dedos se cortaban intentando liberarse de la mortal soga metálica.

Hasta que, exhausto, Ramiro Rey dejó de moverse, y su cuerpo, independiente de su mente, se agitó con espasmos involuntarios que certificaron su horrible final.

No hubo túnel con luz. No hubo diapositivas con los momentos más felices de su vida. No hubo ningún pensamiento filosófico, ningún arrepentimiento, ninguna redención.

Sólo pánico. Terror.

Porque Ramiro Rey tenía una vida perfecta que alguien le arrebató asfixiándolo con un cable de acero hasta la muerte cuando iba por la mitad de la sexta planta.

# 3
# Urbanización Cala Asterpot

La cala Asterpot fue, durante años, el deseo de muchos aspirantes a millonarios. El monte nigranés de Monteferro era público, claro, como sus calas. Pero la bautizada mansión Playboy de las Rias Baixas era otro cantar.

A Charles Adonis Asterpot lo de multimillonario se le quedaba corto. Muy muy corto. En 1980 se hizo un discreto chalecito de tres plantas, doce habitaciones, cinco baños, piscina privada, pista de tenis y una extensión de terreno de unos trece mil metros cuadrados. Una mansión amparada en la protección, decían las malas lenguas, de un par de sobres abultados que dio a varios funcionarios para que la Xunta mirase para otro lado.

De hecho, esa vista gorda se manifestó cuando Charles Adonis Asterpot reveló su deseo más caprichoso: quería una cala propia. Y, para alguien acostumbrado a lograr siempre lo que quería, un par de limitaciones legales y paisajísticas no podían suponer un freno.

¿Conclusión? Sí. Más sobres… y una cala espectacular donde el rico inglés amarraba el barco con el que navegaba a las Cíes cada vez que el tiempo se lo permitía.

La década de los ochenta disparó la leyenda de Adonis Asterpot en Monteferro. De él y de sus exclusivas fiestas, algunos aseguran que sexuales. De hecho, insisten en que por la mansión pasaron altos cargos políticos y de la jet set internacional para disfrutar de furgonetas llenas de mujeres que venían directas desde el norte de Portugal.

Dinero, fama, mujeres, drogas sin fin, alcohol sin fin, amigos sin fin… Asterpot lo tenía todo… hasta que su estilo de vida se diluyó

como una de esas aspirinas que se tomaba para las resacas porque el dinero sí tuvo fin. Un par de malas inversiones unidas a un incontrolable despilfarro acabaron dilapidando su fortuna. Las fiestas dejaron de ser tan frecuentes, los invitados de la élite fueron sustituidos poco a poco por narcos locales… El dinero bajaba tan rápido como crecían los rumores de que Asterpot quería vender su adorada mansión. Hasta que dos de esos narcos que asistían a sus fiestas y que querían convertir la *fariña* en ladrillo manifestaron su deseo de hacerse con ella. Entre otras cosas, porque tenían cogidos por los huevos a quienes debían tener. Una buena oferta al rico inglés, una amenaza por aquí, la promesa de una comisión por allá…, y dos narcos disfrazados de constructores cerraron la millonaria venta de suelo y obtuvieron la licencia para construir una urbanización de lujo en los terrenos de la mansión.

En tres años, la cala Asterpot aunaba diez adosados de lujo con vistas privilegiadas, piscina comunitaria y una enorme verja negra de acceso con una C y una A doradas y entrelazadas entre sí en el centro de la puerta. Único recuerdo de Charles Asterpot y de su flamante y exclusiva cala.

Era mediados de 1990 y la Cala Asterpot era ahora una zona tranquila, residencial y familiar donde los niños gritaban en la piscina en verano, los coches subían y bajaban a diario en invierno y el mar siempre cargaba contra la vieja cala de un archimillonario que sólo era un recuerdo arrastrado por el Atlántico.

De Adonis Asterpot apenas se hablaba. Alguna vez, en verano, alguien recordaba su nombre y lo asociaba al peligro de la avaricia. Y, mientras lo hacían, miraban los chalets y la cala con deseo y envidia. Como un tesoro tangible que nunca podrían atrapar.

# 4

## ALFREDO OTERO

Me llamo Alfredo Otero, tengo sesenta y ocho años y estoy a punto de resucitar… Por supuesto, hablo en sentido metafórico y estrictamente mental. Estoy a punto de comenzar lo que, sin duda, será mi legado inmortal: mi primera novela.

Antes, como buen jubilado con necesidad de no callarse, os contaré que hace tres años que dejé de trabajar. Tuve una buena vida laboral: años en la radio, también en el Concello de Ponteareas como responsable de comunicación, ayudé a algún que otro alcalde o candidato en la oposición con la prensa, monté un periódico digital… No tengo queja. He sido afortunado con el *chollo*, como decimos los vigueses al trabajo. Pero eso nunca fue el motivo de mi felicidad. Ese tiene tres nombres propios: María José, Marta y Elena. Mi mujer y mis niñas.

Voy a matizar un detalle, las llamo «niñas» porque siempre serán las mías, pero tienen ya treinta y cinco y treinta y dos años. De hecho, la pequeña ha vuelto a casa de madrugada tras una buena juerga a juzgar por el mensaje de seguridad que ha recibido María José y que le exige cada vez que sale por la puerta. Desde la noche anterior a que encarcelasen a Antón se ha vuelto un poquito paranoica. Normal si tenemos en cuenta que casualmente esa noche la atracaron mientras paseaba a Nala. Setenta y cinco euros menos y un susto tremendo más. Ahora siempre coge la misma rutina: sale con un espray de pimienta en el bolso al paseo nocturno con la perra, llama a su hermana, llama o mensajea a Elena y Marta para comprobar que han echado la llave y, cuando ellas le dan la confirmación, se toma una pastilla para conciliar el sueño con

normalidad. Los traumas pesan demasiado. En fin… Supongo que los padres tenemos arraigado el rechazo de ver a nuestros pequeños como adultos. Yo perdí a mi madre cuando tenía cincuenta y cinco y ella ochenta y seis. Con medio siglo, seguía preguntándole a mi hermana si «el niño» venía a comer el domingo…

Ahora mismo, el niño de sesenta y ocho años está en su despacho con *La Gaceta de Vigo*, un cuaderno y un ordenador abierto. Acabo de recibir un envío certificado con un USB que ha provocado que tenga que limpiarme el sudor que me cae por detrás de las orejas.

Afortunadamente, no puedo quejarme de muchos achaques: rodillas desgastadas, una hernia lumbar…, pero nada grave. Me recuerda a un amigo que acudió al médico muy agobiado por un dolor en la rodilla. «¿Qué es lo que tengo, doctor?», preguntó, y el médico respondió: «Años». En resumen, que soy un tipo calvo, con nariz aguileña, herniado, guapo en algún momento de mi vida (no sé exactamente cuál, pero supongo que alguno hubo), que está a punto de enfrentarse al monstruo mitológico que es la página en blanco.

Imagino que vuestra primera pregunta será por qué se ha metido este jubilado en un *embolao* de tamañas características. Primero, por la imperiosa necesidad de perdurar, algo que va germinando con el paso de los años y que alcanza una frondosidad inesquivable cuando se llega a la senectud. Segundo, porque soy bastante culo inquieto. Tercero, porque tengo una extraña pero efectiva mezcla de motivación y aburrimiento (o, lo que es lo mismo, demasiado tiempo libre). Cuarto, por pura culpa. Y quinto, ligado al cuarto como ya entenderéis, porque tengo una buena historia. Porque esa es la base de cualquier novela: una buena historia. Ojalá pudiera deciros que es una historia que llevo años pensando, como esas sobre la historia de Roma que tanto me gustan. Ojalá hablar de décadas moldeando un conjunto de personajes, formas, historias…, pero no. Nada más lejos. Es una historia que yo mismo he vivido. Una historia real… a la que se suma el inesperado sobre que ha actuado como gasolina.

La segunda pregunta, por lógica, es: ¿qué *carallo* hay en un USB para que yo sude tanto? Os pondré en contexto, porque es el cierre extraño a una semana extraña. Todo comenzó el miércoles pasado. Era una mañana cualquiera. De esas que los jubilados disfrutamos sobremanera en tiempo y forma: compra de pan, lectura de periódico, la tentación críptica de instruir a obreros como si fuéramos ingenieros… y la falsedad de que todavía somos jóvenes para caer en los estereotipos. Esa mañana, mi amiga Cora había cogido el carísimo coche de su difunto esposo y se había presentado sin previo aviso bajo mi casa, un adosado en la urbanización Puente Romano de Baiona. Intuí que el tema que tratar sería delicado, especialmente porque Cora es de esas personas con un cerebro brillante que le permite pensar que mis hijas estarían trabajando; María José, en su clase semanal de pilates…, y yo, pasando el rato. Como diría Ramiro: «Reivindicando mi derecho a aburrirme». Vamos, que estaba completamente solo cuando su tez de porcelana y sus ojos de agua llenaron la pantalla de mi móvil con un retrato hecho en Mondariz.

—Necesito ir a tu casa a tomarme un café —había dicho con misterio. No fue una pregunta, sino más bien un apremio. Las palabras exactas para provocarme un compromiso irrechazable. Ignorante de mí, no sabía que el compromiso no era el café. Más bien lo que traía con él.

—Tú sabes que Antón es inocente —dijo con los ojos turbados por lágrimas desesperadas cuando le serví el café en la cocina de casa y un cigarrillo al que apenas había dado dos caladas agonizaba entre sus dedos.

Ese fue el inicio de una propuesta que he aceptado. Más que aceptar, le he prometido y me he prometido que revelaría quién había asesinado a mi mejor amigo y, lo más importante, que ayudaría a sacar a Antón de la cárcel.

Ramiro y yo nos sacábamos dos años y creo que fuimos inseparables desde que nos conocimos. Representamos la verdadera amistad, esa donde la verdad importa más que el dolor y donde la

cuerda siempre llega por muy profundo que sea el pozo ni importar cómo te has caído… Nos conocimos en el colegio Maristas de la rúa Venezuela de Vigo. Un niño mayor que yo intentó pegarme y Ramiro, un criajo nervioso y fibrado al que le sacaban casi dos cabezas, se metió a defenderme. Fue un acicate para mí ver su valentía intentando zafarse de aquel abusón, así que salí en auxilio de mi salvador. Nos dimos una somanta de palos que en los tiempos modernos hubiese acarreado expulsión, pero en aquellos años no fue más que una llamada a nuestros padres, el consiguiente castigo y la certeza de que ese abusón jamás iba a volver a meterse conmigo o con él. Desde aquel día no nos separamos. Ni siquiera el pequeño lío que tuvo con María José mucho antes de que se casase conmigo influyó en el «nosotros» que componíamos. Juntos brindamos por mi boda, por la suya, por la primera paternidad, por la segunda, por las bromas que hacía Ramiro sobre usar la escopeta de su difunto padre cuando Sonia fuese adolescente, por mi petición de que me la dejase cuando Elena y Marta creciesen, por sus graduaciones, por el inicio de sus carreras profesionales… Forjamos una amistad eterna a base de cerveza y mar. Un nudo de sal. Dos amigos más allá del tiempo… hasta que alguien acabó con el suyo.

Seguro que ubicáis el crimen. Prensa, radios, televisiones… Sólo con vivir en el mismo mundo que el resto habéis tenido que ver a Ramiro: pelo cano, nariz grande, ojos profundos, cicatriz en una ceja, barba de esas de tres días que ahora se consideran moda y que en mis tiempos eran, básicamente, ir desaliñado… Es más, quizá hasta hayáis visto un precioso encuadre que yo mismo hice hace dos años con las Cíes de fondo. Si por algún capricho de la vida con estos datos no es suficiente… ¿Os suena si os digo que es el crimen donde el encarcelado es el hijo de la víctima? Ahora sí, ¿verdad?

Antón Rey, el hijo de mi mejor amigo, conocido de mis hijas, un joven saludable, de buena familia, deportista, guapo, con cultura e intereses…, lleva meses en prisión por un parricidio. Atroz… e injusto.

¿Qué ocurrió? Según las pruebas (perdón, «las pruebas»), Antón aprovechó la fiesta de cumpleaños de su padre, a la que yo no asistí, para estrangularlo en la piscina donde tantas veces habían jugado de pequeños. Algo imperdonable… e increíble. Pero en el sentido más puro de la palabra. No es creíble. Antón no es el asesino. Lo sé.

¿Qué hay contra Antón? Todo. La investigación policial no deja ni una duda ni un cabo suelto. Según la secuencia de hechos, el hijo de Ramiro viajó a Oporto con su novia. Allí, en un momento de distracción de Mónica, su chica, compró un cable de acero que trajo a España oculto en su coche… y que luego usó para estrangular hasta la muerte a su padre. ¿Hay testigos? Sí. El dueño de la ferretería lo reconoció comprándolo. ¿Hay arma del crimen? Sí…, pero nunca apareció. Según la policía, tras cometer el parricidio, Antón arrojó el cable metálico al mar por uno de los acantilados cercanos a la urbanización Cala Asterpot y el mar se lo llevó.

Por si esto no fuera suficiente, la reputación del hijo de mi mejor amigo se ha emborronado por culpa de la revelación de todos sus trapos sucios. Desconocemos quién lo ha filtrado, sólo se sabe que alguien envió un e-mail denunciándolo… Y sí, se ha confirmado que Antón estaba relacionado con las drogas, aunque no de la forma en que pensáis. Lo han calificado como el tesorero de la Fariña. La maldita televisión y sus motes. Antón Rey recibía bolsas y bolsas de dinero de la droga, lo guardaba y después se lo daba a los capos a cambio de una comisión.

¡Ah! Un detalle importantísimo: la sala donde Antón guardaba el dinero… ¡no ha sido descubierta! Entonces ¿de dónde se adivina la existencia de esa sala? Antón ha admitido que existe, pero se niega a revelar su paradero. Es una estrategia absurda, que me resulta incomprensible, pero él está convencido. Eso sí, pese a haber admitido su trabajo para la Fariña, insiste una y otra vez en que no mató a su padre. Aunque socialmente no sólo ha sido juzgado, también condenado.

La teoría policial sobre el crimen ha sido meridiana: mi amigo, Ramiro Rey, se enteró de las fechorías de su hijo, amenazó con

denunciarlo si no se deshacía de ello… y Antón lo mató. ¿Se sostiene? Sí. ¿Es verdad? No.

¿Por qué lo sé? Porque lo sé.

Es justo esto lo que me llevó primero a convertirme en portavoz de la familia Rey Vilaboi. Bueno, esto y la culpa por haberme perdido el sesenta y cinco cumpleaños de mi amigo. Sí, he pensado mucho que tal vez las cosas serían diferentes de haber estado presente en la fiesta. La pegajosa culpa me ha llevado a aceptar algo inasumible para un civil: averiguar la identidad del verdadero asesino. ¿Quién mató a mi amigo Ramiro Rey?, ¿por qué le han colocado el muerto, y perdón por la broma macabra, a Antón? Esos son los misterios.

Lo de la portavocía nació de un modo casi natural. Al día siguiente del crimen, en casa de mi amigo y con un luto solemne, me quedé a solas con Cora. Ella aprovechó un momento en el que María José, mi mujer, se fue al baño para preguntarme si me sentía cómodo ante los micrófonos dado mi pasado en la radio y me pidió el favor de ejercer de portavoz. La flaqueza que Cora atravesaba en esos momentos le impedía conservar la claridad suficiente ante la ingrata tarea de dar explicaciones.

Me habitué a los focos, a los canutazos (como llamamos los periodistas a las declaraciones que se cogen con una decena de micros) e incluso a las ruedas de prensa. No me tensaban las cámaras ni me agobiaban los presentadores.

La frecuencia de mis apariciones fue decayendo conforme iban pasando semanas sin noticias del presunto culpable y volvieron a aumentar cuando se detuvo, de manera oficial y bajo acusación de parricidio, a Antón. Ahí no sólo ejercí de portavoz, también de parapeto. Pero en un medio vales mientras das audiencia, así que la miasma que desprenden los programas de sucesos fue desapareciendo de mi alrededor.

Ahora soy más libre para acometer esa investigación y también tengo más contactos. Aunque dudo que a Cora le haya incentivado eso, más bien creo que su propuesta nace de la desesperación y se ampara en el secreto.

Antes os he hablado de un argumento irrefutable para decidirme a escribir la novela: tengo una buena historia. No hay más que sumar dos y dos. Sí, voy a escribir el crimen de Ramiro. Mi libro se titula *El crimen de Cala Asterpot*. Ese es el nombre que encabeza la primera página del cuaderno que tengo desplegado junto al ordenador. Es de tamaño bolsillo y me lo regaló mi hija Marta hace unos cuantos cumpleaños porque tiene un grabado que representa al Frankenstein de Mary Shelley en la portada. No es mi libro favorito, pero me une a mi hija por una curiosa historia: ella tenía quince años y debía hacer una exposición sobre una obra al azar. Yo ya la había leído y la reté: «Veinte euros si al final sabes decirme el nombre del monstruo». No, no es tan fácil. No se menciona en toda la novela. Fue la propia Mary Shelley quien, en una lectura pública, lo llamó Adam, pero en las páginas se refiere a él como «engendro» o «monstruo». Frankenstein es el doctor. ¿Sabéis qué pregunta le hizo la profesora cuando terminó de exponer? Sí: «¿Cómo se llama en realidad el monstruo de Frankenstein?». Le pusieron un diez y yo pagué veinte euros por un recuerdo vitalicio.

Tengo la mirada fija en ese título de *El crimen de Cala Asterpot*. No puedo creer que haya pasado ya un año desde que me arrebataron a mi mejor amigo. Debo reconocer que esta idea sobre mi novela me revitaliza. Sobre todo, porque a mi edad brotan inevitables ciertas preguntas trascendentales: ¿quién me recordará?, ¿cómo lo harán?, ¿cuál será mi legado?

Bueno, creo que como contexto ya es suficiente, ¿verdad? Un jubilado de sesenta y ocho años dando la chapa… ¡Eso sí que da para una novela! Vamos a lo importante: ¿seguís queriendo saber qué contiene ese USB para provocar sudores fríos? Ese pequeño cachivache tiene algo que ni esperaba… y que me sorprende que llegue una semana después de aceptar investigar el asesinato de Ramiro: los interrogatorios hechos por el policía que se encargó del caso. Un tal Teo Costas.

¿Quién me los ha enviado?

¿Qué razones tenía para hacerlo?

No tengo respuestas para ninguno de los interrogantes, pero ahora mismo no las veo necesarias. Lo importante es que están en mi poder y que voy a saber todo de cada persona que fue interrogada. Y eso, automáticamente, me convierte en el narrador de mi propia novela.

# 5

## Teo Costas

Ya conocéis las tres patitas de esta historia: Ramiro Rey fue asesinado en su adosado de Cala Asterpot la noche de su sesenta y cinco cumpleaños, su hijo está en prisión como único, ÚNICO, acusado del crimen, y yo estoy muriéndome en el suelo de casa.

Destaco el segundo punto porque las pruebas eran sólidas de cojones. ¿Habéis oído eso de «blanco y en botella»? Pues van a cambiar la expresión por un «Antón encarcelado, leche». Joder, yo mismo me hice cargo de la investigación. Si hasta hubo un tipo que lo identificó comprando el cable en Oporto.

Aun así, me da a mí en esta naricita preciosa que tengo estampada contra el parqué que estoy aquí hablando contigo mientras la diño porque alguien cuestiona que Antón Rey sea el asesino. O quizá porque a alguien no le ha gustado que encarcelase al tesorero de la Fariña. O vete tú a saber por qué…

La cuestión es que estoy hablando contigo como un detalle egoísta. Mi único interés es que se sepa la verdad porque no sé si llegaré a contarlo. Ahora mismo estoy escuchando pasos acelerados corriendo por el rellano. Hay dos opciones: o que la persona que ha intentado matarme haya vuelto para rematar la faena, o que alguien venga a rescatarme.

Sinceramente me da igual quién sea mientras sea rápido. Esto duele.

# 6
# El último adiós a Ramiro Rey

ALFREDO OTERO

Las películas suelen reflejar los funerales como días cargados de lluvia. En Estados Unidos, paraguas negros cubren rostros devastados y cabizbajos mientras la música melancólica se mezcla con las gotas picoteando el ataúd.

En España es más común escuchar el llanto desgarrado de la familia. Es más pasional, más febril y crudo.

La indumentaria también cambia. Los estadounidenses lucen trajes impecables mientras los españoles se dividen entre quien respeta las costumbres ancestrales del luto y los que obvian el rito y lo convierten en una bacanal hortera donde conviven riñoneras, camisas de manga corta y bermudas de cuadros anchos junto a deportivas. Porque, total, sólo voy a dar un último adiós.

En el último adiós a Ramiro Rey, un cielo pétreo cubría Vigo. Se mezcló en el funeral esa dejadez estética tan vulgar con la pulcritud del luto. De camisas por las que te sorprende que alguien pague a brillantes zapatos recién pulidos. De barbas mal afeitadas a meticulosos rasurados. De señoras orladas con perlas a chándales *aciertopelados*, que no aterciopelados, de mercadillo.

Porque Ramiro Rey, mi amigo, era un hombre llano, de familia humilde, que había construido un imperio de la nada. Hijo de los panaderos de un pequeño pueblo cercano a Vigo. Su espontaneidad, naturalidad y, sobre todo, inteligencia, lo habían convertido en alguien capaz de destacar en muchos ambientes.

Los besos sonoros de ancianas dejaron paso a apretones de manos formales… y a muecas cómplices que callaban tanto que hacían dudar al silencio. Todos habían leído esas primeras informaciones sobre Antón Rey. Todos sabían de la detención. Yo lo notaba en muchas miradas que iban más allá de la compasión.

En primera línea de consuelo, Cora Vilaboi, mujer del difunto, y Sonia Rey, hija del finado. En segunda, pero muy cerca de ellas, el hermano de Cora y su mujer, que prestaban asistencia a su hija, Natalia Vilaboi, sobrina de Ramiro y quien encontró el cuerpo. Me fijé en que evidenciaba los rasgos adormecidos de quien ha necesitado cierta ayuda ansiolítica para estar allí. Sólo pareció disimular el adormecimiento cuando un grupo de cuatro hombres, ya entrados en años, se acercaron hasta ella para abrazarla y consolarla.

Yo mantuve un rictus de evidente afectación. Crucé la mirada con Natalia Vilaboi, que durante años fue una hija más para Ramiro y Cora. Siendo preadolescente, vivió dos años con sus tíos por problemas familiares. El shock por la pérdida y la condena por haber hallado el cuerpo eran motivos más que suficientes para verla en ese estado. Aquella niña que yo conocí, ahora convertida en mujer, se sintió casi obligada a esa sonrisa forzada e incómoda que se pone cuando no tienes interés en presentar a nadie.

Mientras la lluvia arreciaba, regando de tristeza las lágrimas ya de por sí amargas, continuaban llegando condolencias al tanatorio de Pereiró de Vigo: amigos y compañeros de trabajo, directivos del Celta, gente a la que Cora no recordaba haber visto en su vida, pero que le mostraban sus respetos. Incluso el exprometido de Sonia, que sentía adoración por Ramiro, pese a que la boda con su hija se había roto sorpresivamente en el último momento. Hasta el investigador del caso, Teo Costas, se acercó por allí, aunque se mantuvo en un discreto tercer plano, alejado de la muchedumbre y apoyado en el coche que había estacionado en el aparcamiento. Sólo Cora le sostuvo la mirada. Lo interpreté como un reto por la detención de Antón.

El sol se abrió paso entre las nubes lluviosas y el multicolor del arcoíris impregnó las lágrimas de los asistentes. La rabia por el asesinato se manifestaba en los pésames que clamaban contra la injusticia de perder a «un hombre bueno» y era arrastrada por los coches que cruzaban raudos por debajo del tanatorio. Pero, a pesar de la pena y las palabras de alivio, alrededor de Cora Vilaboi flotaba un sentimiento extraño, difícilmente reconocible, pero capaz de empapar cada palabra pronunciada: desconfianza.

Porque la mujer de Ramiro estaba convencida de la inocencia de su hijo, y eso, meses después, desembocó en una serie de decisiones que cambiarían nuestras vidas para siempre.

# 7

ALFREDO OTERO

*Interrogatorio a Natalia Vilaboi, sobrina de Ramiro y quien encontró el cuerpo*

La soledad deseada es una de las necesidades vitales menos escuchadas… Especialmente, porque muchos pecan de un exceso de sociabilidad para no quedarse a solas con ellos mismos. No es mi caso. Disfruto enormemente de mi soledad. Más ahora que tengo un proyecto tan interesante como mi propia novela centrando mis pensamientos.

Lo primero que he hecho ha sido buscar cuáles son los mejores pódcast para aprender a escribir un libro. Soy un absoluto adicto a este tipo de programas, ¿qué voy a hacerle? Imagino que viene de tantísimos años de vocación radiofónica: crímenes, historia de Roma, cine… y ahora, también, literatura. Me interesa todo lo que me cuentan.

Como segundo movimiento preliterario, en la librería adquirí *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa, y *Mientras escribo*, de Stephen King. Dos biblias para los legos como yo en esto de escribir grandes historias.

He decidido que lo mejor para explicar lo ocurrido con Ramiro y, por ende, mi novela, es detallar los interrogatorios y que sean estos los que vayan guiando mis movimientos. He ido ordenando alfabéticamente la carpeta del ordenador con las conversaciones mantenidas por Teo Costas con los sospechosos del crimen, y los he abierto uno a uno y numerado basándome en la fecha que aparecía en la esquina superior derecha de las grabaciones. Ahora sólo tengo

que buscar si hay algo que no cuadre. Tengo el olfato periodístico un poquito oxidado, pero también confianza.

Antes de empezar, me parece relevante recordaros que mi intención es ayudar a Cora…, pero también a mí mismo. La culpa sigue haciendo mella en mis noches. Escribir la apacigua. Si a eso le sumas que el día de mañana mis hijas y mis nietos o nietas tengan algo de un valor incalculable creado por su abuelo… La historia de Ramiro y mi obra magna van ligadas. Si resuelvo el crimen, se hará justicia y yo tendré un cierre perfecto para mi libro. Obviamente, mis hijas y María José saben lo de la novela, pero no que pretendo desenredar un caso que ni la policía ha sido capaz de desentrañar. Y eso que mi mujer parece haber recuperado la normalidad. Este último año no nos dejaba estar solos prácticamente ni un segundo. Supongo que le afectó sobremanera lo de Ramiro…

He bajado la luz del cuarto para que ninguna reverbere en la pantalla del ordenador. Las distracciones deben ser mínimas. Me voy a colocar los cascos… y empiezo con el primer interrogatorio. A ver si descubro algo.

Play.

A la primera que veo es a Natalia Vilaboi. Es la persona que encontró el cadáver de Ramiro, así que responde a la lógica que inaugure los interrogatorios. En el lado izquierdo de la pantalla está Teo Costas, el policía; a la derecha, Natalia Vilaboi. Es una sala pequeña, con una única mesa y dos sillas. La sobrina de Ramiro tiene un hermoso melenón castaño, suelto y brillante. Casi parece sacado de una de esas películas infantiles de Disney que mis niñas veían de pequeñas. Los ojos son pequeños, igual que la nariz y la boca. Es alta. Muy muy alta. Rondará el metro ochenta y, en conjunto, es atractiva. Mira de forma desafiante a Teo Costas… Lo cual no me parece una estrategia muy inteligente.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —preguntó Natalia Vilaboi mientras dejaba en la mesa un vaso de plástico del que salía humo. El hilo

con la etiqueta de papel de un té pendía del borde.

—¿Qué recuerda de la noche en la que encontró muerto a su tío Ramiro? —Sin presentaciones ni formalismos.

—¿Cuándo podremos celebrar el funeral? Antón… Bueno, todos estamos afectados.

—Mañana o pasado mañana. No queda mucho para que concluyan la autopsia. ¿Qué recuerda de aquella noche?

—Estábamos celebrando el sesenta y cinco cumpleaños del tío, él propuso ir a la piscina, algunos aceptamos…

—¿Quiénes? —la cortó Teo Costas.

—Sonia, mis primos, Alejandro y Ariadne, y yo.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Vio alguna silueta?, ¿una sombra?, ¿un agaporni?, ¿una *meiga*? No sé, alguna mierda extraña.

—Eeeh… No.

—¿Y por qué Ramiro se quedó solo?

—No lo sé. Le gustaba. —El rostro se le ensombreció con una sonrisa triste. Tenía los dientes pequeños y enseñaba las encías—. Mi tío Ramiro era, cómo decirlo… Era como muy metido para dentro para algunas cosas.

—Ojalá el castellano nos hubiese regalado alguna definición para alguien tímido. O introvertido.

—Es que no es exactamente eso… Le gustaba disfrutar de sus ratos a solas. Reivindicar su derecho a aburrirse, lo llamaba él.

—O sea, que fue él quien pidió quedarse solo…

—Sí. Y, como no nos sorprendió, aceptamos y ya está.

—¿Y cuánto pasó desde que se fue hasta que volvió?

—Pues unos… ¿quince minutos?, ¿diez?

—¿Me lo pregunta a mí? —se burló Teo Costas—. Yo a esa hora estaba aguantando los vómitos de mi mujer. Usted sabrá…

—Es que no puedo ser más exacta, pero diría que sí. Fue muy poco tiempo.

—Fue el suficiente para matar a alguien —atacó Teo Costas antes de proseguir—. Y en ese lapso desde que regresó a la casa para luego volver a la piscina… ¿hubo alguien que se fuera?, ¿alguna ausencia que le pareciese extraña?

—La verdad es que n… —Movió levemente la cabeza, como si le hubiera dado un tic o la fuerza de la revelación que acababa de tener la hubiese desplazado involuntariamente—. ¡Sí! —exclamó mientras estiraba el cuello y la espalda—. O sea, no del todo. Quiero decir que, ahora que lo dice, sí que vi ausentarse a una persona… y además creo que no se llevaban muy bien.

—Venga, acelere.

—¿No apunta?

—¿No ve la cámara o qué? —Natalia Vilaboi tragó ante la bordería del policía. Abrió la boca un par de veces para replicar, pero en lugar de eso lo aclaró con tono serio.

—Cuando todos fueron a cambiarse, yo me quedé fuera unos segundos con mis padres…, y estábamos todos menos mi tía Carlota.

—¿Quién coño es su tía Carlota?

—La mujer de mi tío Juan, el hermano de mi padre.

—¡Ah, vale, clarísimo! —Teo Costas se golpeó los muslos con las palmas de las manos y después las levantó con rapidez—. Pero vamos a ver, ¿cómo coño quiere que yo sepa quién es su tío Juan?

—Porque es usted quien investiga el caso. Supuse que habría hecho su trabajo.

Celebro con orgullo la respuesta. Ya estaba bien de tanta bordería de Teo Costas.

El policía parece verme porque se reclinó en la silla y señaló insistentemente a Natalia Vilaboi con el dedo índice mientras sonreía, burlón. La sobrina de Ramiro interpretó la invitación.

—Mi tía Carlota es bajita, rubia, con un gran tatuaje en un brazo…

—Ya la buscaré… Avancemos de una puta vez. ¿Qué le pasaba a tita Carlotita con Ramiro?

—Tuvieron problemas por un tema de dinero, pero no sé nada más… ¿No le parece vergonzoso que por dinero discuta gente de la misma sangre?

Teo no respondió, pero sí intuyo que ocultaba una sonrisa sarcástica.

—¿Sus tíos viven por aquí?

—¿Juan y Carlota? En Nigrán. ¿Quiere la dirección?

—No. Por si no se ha dado cuenta, tengo el poder de llamar a quien considere necesario. Lo da esta plaquita brillante. —Golpeó dos veces con el dedo índice la insignia policial—. ¡Ah! Permítame un comentario antes de despacharla… ¿Dónde vive? —Natalia dudó—. En realidad es una pregunta retórica. Tengo su dirección. Gran Vía de Vigo, ¿no?

—Sí…

—Tengo aquí que es teleoperadora en una compañía de móviles… —Se inclinó sobre el papel y volvió a repanchingarse en la silla.

—Bueno, soy licenciada en Periodismo.

—¿Trabaja de ello?

—No…

—Entonces esa titulitis la deja para sus padres. Es teleoperadora porque lo pone aquí. ¿Le puedo preguntar cuál es su sueldo?

—Mil… Perdón, pero ¿esto qué importa? Me parece una pregunta muy personal…

—Sólo que me extrañó que una teleoperadora tenga un pisazo de la hostia en plena Gran Vía. He tenido curiosidad y he mirado el catastro: ciento diez metros cuadrados, cuatro habitaciones, dos baños, terraza… ¿Lo ha reformado?

—Quiero irme de aquí. Esto son preguntas personales. Lo… ¡Lo voy a denunciar!

—Yo lo voy a llamar intuición policial, pero algo me dice que tiene usted un piso, seguramente bien reformadito, que usted no puede pagar. Así que deduzco que detrás de él está la cuenta corriente de papá y mamá. —Silencio como respuesta—. La próxima vez que se plantee si es o no es vergonzoso que alguien de la misma sangre

discuta por dinero, acuérdese de que hay gente que no tiene padres que le regalen un piso.

Cuando mis niñas eran pequeñas se inventaron un verbo para la cara que acababa de poner Natalia Vilaboi: *furiar*. Y, por supuesto, con su conjugación: Yo *furio*, tú *furias*, él *furia*, nosotros *furiamos*, vosotros *furiáis*, ellos *furian*. La sobrina de Ramiro acababa de *furiar* mientras se levantaba y se iba hacia la puerta.

Teo Costas gritó en cuanto ella cogió el pomo.

—La señora Natalia Vilaboi ha terminado… Qué hasta los cojones estoy de las niñas de papá.

Estoy anonadado con la actitud de Teo Costas. Aunque lo recordaba brusco…, nunca habría creído que llegaría tan lejos. El interrogatorio de la sobrina de Ramiro había sido considerablemente rápido, pero apuntaba claramente a sus tíos… Consulto el reloj. Aún es pronto. No pierdo nada por seguir viendo los vídeos. Además, no llegará nadie hasta dentro de, como mínimo, una hora. El segundo es el de Juan Vilaboi y Carlota Vázquez. Algo bastante lógico.

Pulso en el vídeo del hermano de Cora. Es un hombre de casi dos metros, enjuto y con remolinos de cabello engominados hacia la parte trasera de la cabeza, como un galán de los años sesenta. Aunque la galantería se había quedado en el pelo: dientes enormes, nariz grande, ojos saltones separados… Me recuerda a un vendedor que conocí en un mercadillo portugués: *carapau*, lo llamaban. El *carapau*, en portugués, es un jurel. Un pescado la mar de feo… Además, la ropa no acompañaba: un pantalón que le hacía bolsas, una camisa de una marca completamente desfasada, de esas con un cuello doble en dos tonos, y una horrible riñonera cruzada. La antítesis del estilo. Y no es que yo sea precisamente supermoderno.

—Usted dirá… —dijo el nuevo *carapau* con tono tosco.

—Le noto molesto. De hecho, me han contado mis coleguitas que han tenido bastantes problemas para que viniese a verme. ¿No le gusto? Soy un tío bastante guapete…

—No tenemos tiempo para gilipolleces. ¿Puede acabar de una vez? —El tono agudo de la mujer perforó hasta el micrófono. Sonrío al recordar que María José siempre se quejaba de la forma en la que hablaba la cuñada de Ramiro y Cora.

Carlota Vázquez también era delgada, aunque no estaba tan consumida como su marido. El moño rubio y descuidado, curiosamente, le confería un aire salvaje. Además parecía en forma. Llevaba un brazo cubierto por completo por tatuajes con la tinta desgastada por el paso de los años.

—Ustedes eran los payasos del cumpleaños de su cuñado, ¿no? Menudo humor…

El gesto de ambos mudó a la piedra. Incluso los hombros cayeron ligeramente. Teo Costas no paró.

—Voy a pasar por alto los problemas que han puesto para venir, pero… ¿tenían alguna fiestecita rara dentro de casa?, ¿algo que pueda ofender a un respetado agente de la ley como yo?

Fue Carlota Vázquez quien dio un paso al frente, aunque no respondió a la pregunta sobre la casa, por lo que deduzco que sí debían estar haciendo algo raro. Me encantaría contárselo a mi mujer, pero descubriría que tengo estos interrogatorios y eso sería sinónimo de problemas.

—¿Qué quiere saber?

—Sus problemas con Ramiro Rey.

—Ninguno. Era nuestro cuñado. Es una tragedia lo que le ha pasado —atajó *carapau*.

—Me lo creería si no fuera porque parece usted un robot, Juan, bonito. Hasta me hubiera tranquilizado más que fuese la típica persona seria con un palo metido por el culo. Pero, joder, un *poquiño* de sentimiento… Han matado a su cuñado, ¿no les da pena?

Guardaron silencio. Se miraron. Sopesaban sus opciones… y finalmente hablaron.

—Ninguna. —Lo dijeron a la vez. Con firmeza y convencimiento.

—¿Y eso por qué?

De nuevo, Carlota Vázquez intentó tomar el mando.

—Será mejor que hable yo. Es un tema delicado. Al final, no deja de ser el marido de la hermana de Juan.

—Claro, claro… —Teo Costas no pudo evitar una sonrisilla burlona mirando a aquel hombre de dos metros. Yo tampoco. Un gigante escuálido al que su mujer tenía completamente agarrado por la *inguinalia*. Seguro que era el típico al que le decidían qué beber cuando iban de cena: «Quiero un agua con gas», pediría él. A lo que ella corregiría mirando primero a su marido y luego al camarero: «Eso no, cariño. Que luego te da gases. Tráigale mejor un agua sin gas». Tengo que contener la risa porque Carlota ya está hablando.

—… y esa inversión ruinosa fue por su culpa. Ramiro nos aconsejó mal y tuvimos que cambiar un chalet enorme en Nigrán por el piso de mierda de ahora.

—Por lo menos siguen teniendo una vivienda. No es para tanto…, ¿o es que hubo más? —Anzuelo lanzado…

—¿Le parece poco? —… anzuelo picado—. Teníamos un coche recién comprado, un todoterreno de casi trescientos caballos nuevecito y tuvimos que venderlo. Ahora vamos con un trasto de hace diez años porque necesitamos un vehículo. Y no sólo eso, también las joyas, los relojes de Juan…

—Igual el problema fue el grado de inversión que hicieron. ¿Eso también fue culpa de Ramiro?

—¡Claro que fue su culpa! —saltó Juan Vilaboi.

—Cariño…

—¡No! Joder, si quiere investigar quién era mi cuñado, por lo menos que sepa la mierda de persona que era.

Teo Costas guardó silencio con un gesto impertérrito mientras volaban los puñales. Después extendió las manos, con las palmas abiertas hacia arriba invitándole a hablar.

—Mi cuñado era un jeta. —Recuerdo perfectamente que Ramiro tenía una opinión idéntica de Juan Vilaboi. Lo consideraba un verdadero imbécil, pero, como decía él, «me toca tragarlo»—. Básicamente, Ramiro era un bróker a pequeña escala. Él nos aconsejaba qué hacer con nuestro dinero y se llevaba un

porcentaje…, pero nunca se jugaba el suyo. Actuaba con comisiones y siempre se las llevaba en negro. SIEMPRE. Todo ese chalet, ese lujo…, ¿de dónde se cree que salían? No tengo ni puta idea de cómo lo hacía, pero la cosa es que hace menos de un año nos dijo que tenía una inversión clarísima, sin riesgo de ninguna clase. ¿Sabe cuánto dinero nos pidió?

—Sorpréndame.

—¡Un millón de euros! —chilló Juan Vilaboi.

—¡No tienes que gritarlo aquí!

—¡Lo grito si me da la gana, Carlota, coño!

«Madre mía con Pau Gasol, está desatado», pienso. Vuelvo a recordar a Ramiro, en ese humor tan suyo, y de pronto me entristezco pensando en que no podía llamarlo y contarle nada sobre ese cuñado suyo al que no soportaba. Lo peor de perder a alguien son las rutinas y costumbres. Esa es la verdadera guerra que hay que librar. Que, de pronto, no hay nadie al otro lado del teléfono. Que, cuando tu equipo marca un gol, tu amigo no está a la izquierda sosteniendo una cerveza…

—Supongo que le dio el dinero —siguió Teo Costas, sacándome de mi lúgubre espiral.

—¡Joder, claro!, ¿cómo no iba a hacerlo? Todas las inversiones que nos había pedido habían salido bien. No fallaba ni una. No sé cómo coño lo hacía, pero no fallaba.

—¿Qué garantías les dio?

—Triplicarlo.

—Tres millones de euros… ¿Rehipotecaron la casa?

—Totalmente. Nos dieron el dinero y se lo dimos. En bolsas, claro.

—¿En bolsas?, ¿cómo que en bolsas? A ver, a ver… —A Teo Costas le entró la risa—. Le dan el dinero en bolsas de basura, ¿y no saben por qué no fallaba su cuñado? Me están vacilando, ¿verdad?

—Suponíamos que era algo ilegal, pero…

—¿Algo ilegal? Algo ilegal es circular a 160. Esto va más allá.

—Pero nosotros no lo sabíamos.

—¿Son retrasados entonces?

—Perdone, ¿cómo se atreve a…?

—Insisto —los cortó Teo Costas, ya serio, levantando la mano y colocándoles la palma prácticamente a la altura de los ojos—: su cuñado les pide un millón de euros…, ¡un millón de euros! —repitió alzando la voz—, se lo dan en bolsas de basura… ¿y no intuyen que lo que va a hacer es *muy* pero que *muy* ilegal? Si de verdad me están diciendo eso, es un milagro que todavía no se hayan ahogado con su propia baba.

«¿Ramiro relacionado con las drogas? ¿Mi amigo Ramiro? No, no. Eso no es posible. Era Ramiro. Me lo habría contado…».

Juan Vilaboi y Carlota Vázquez estaban callados. Tal vez por vergüenza, tal vez porque pensaron que esa conversación podría causarles más problemas. Los nervios, esta vez en boca del hombre, afloraron con la defensa de su inocencia.

—Odiábamos a mi cuñado, pero no lo matamos. Se lo puedo asegurar.

—¿Y dónde coño estaba su mujer cuando mataron a Ramiro Rey?

—¡En la fiesta, como todo el mundo! —saltó ella, ofendida.

Sin duda, la reacción que Teo Costas esperaba. Parecía perfectamente ensayado.

—Entonces ¿por qué tengo a alguien que dice que era la única persona a la que perdieron de vista en el jardín?

—Porque subí al baño.

—¿Sola?

—Sí.

—¿A qué? —Carlota Vázquez se quedó callada. No fueron más de cinco segundos, pero Teo no le permitió que fuese más—. Venga, señora. Hagámoslo fácil y así vuelven al polvo o lo que cojones fuera que estuvieran haciendo en su casa cuando los sacamos de ahí. ¿Qué coño hacía? Suéltelo de golpe.

Primero miró a su marido. Después a Teo. Luego otra vez a su marido. Debo reconocer que me echo hacia delante en la silla por puro interés. Aunque no se me va de la cabeza esa posible relación de Ramiro con la droga, debo estar atento al interrogatorio.

—¡Arranque, coño! —bramó Teo Costas—. ¿Drogas?, ¿follándose a algún niñato?

—¡No! —La ofensa se manifestó en un grito aguado—. Me estaba haciendo unas fotos…

—¿Unas fotos? —preguntó Juan Vilaboi.

Teo Costas estalló en una somera carcajada. Luego miró al hombre torre que tenía frente a él y volvió a reírse en su cara.

—Por favor… Dígaselo. ¿Quién es el amante?

—¡Nadie!

Eso me pilla a contrapié. Y creo que a Teo Costas también.

—No tengo ningún amante, Juan. Es sólo que… Son fotos. Es dinero rápido…

—¿Qué?

—Tengo una cuenta de esas… Onlyfans.

—¿Qué coño es eso, Carlota?

—Eso, Juanito, es una web donde la gente sube fotos guarras por pasta —se mofó Teo Costas—. Oiga, ¿y le va bien? Yo estoy pensando en abrirme una, pero la tengo pequeña.

Tengo que reírme y automáticamente taparme la boca con las manos. No sé qué me ha hecho más gracia, si el descubrimiento o la respuesta del policía.

La mujer se giró hacia su marido.

—Juan, te juro que sólo enseño el pecho. El resto lo tapo.

—¡Ah!, ¡¿lo tapas?! ¡Qué bien, Carlota! ¡¿Qué digo bien?! ¡Cojonudo! ¿Y con qué lo tapas?, ¿te pones piñas?, ¿o una seta? ¡¿A mí qué coño me importa que tapes «el resto»?! —Hizo las comillas con los dedos.

Sólo la discusión tiene algo de gracia porque el resto del interrogatorio es absolutamente intrascendente. Voy a empezar con el de Cora, el que entiendo como verdaderamente relevante, aunque no sé muy bien por qué. A buen seguro que mi amiga me ha contado todo, entonces… ¿por qué pienso que voy a descubrir algo?

No tengo oportunidad de comprobarlo. María José me llama y apago todo. Mi prioridad es mi familia. Ya tendré tiempo para los

interrogatorios y la novela. Aunque la idea de Ramiro relacionado con la droga no se me va de la cabeza.

# 8

## ALFREDO OTERO

*Primer interrogatorio a Cora Vilaboi, mujer de la víctima*

¿Existe algo más cautivador que la belleza? No, no me refiero a los cánones. Esos son tornadizos e irreales. Me refiero a la belleza verdadera, la que oculta la paradoja de ser eterna y a la vez fugaz. Porque hay momentos que siempre serán bellos, pero sólo son instantes: la luz que reverbera en la mirada de los enamorados, dos manos entrelazadas en el véspero, el sol de invierno besando el cuerpo desnudo del ser amado, el abrazo luengo de unos padres, la risa revitalizante de un hijo, el arrebol en la rumazón sobre el mar…

¿Alguna vez habéis visto una puesta de sol en el monasterio de Oia? Es uno de esos instantes bellos, fugaces. El espectáculo se multiplica si buscas el sitio adecuado. Hay una tapería, A Camboa se llama, donde puedes disfrutar de un blanco París o una cerveza helada mientras te deleitas con un momento deífico. Una pareja con un bebé se hace fotos a nuestra derecha, un grupito de amigos a nuestra izquierda. El barullo está vivo… y muere cuando comienza el espectáculo. El agua, a la izquierda, teñida de naranja. Los muros del monasterio de Oia, a la derecha, ardiendo con el sol ya oculto. En Galicia, donde tenemos algunas de las palabras más bonitas que existen, llamamos a ese momento *luscofusco*. Es cuando la luz del sol ya se ha ido casi por completo y va entrando la noche. Otra vez, un momento único, fugaz, bello…

¿Que qué hacemos en el monasterio de Oia? La pregunta es qué hacéis vosotros sin haberlo visitado todavía. Se construyó sobre el siglo XII, durante el mandato de Alfonso VII. Tuvo su papel

estratégico en 1624 cuando los monjes lograron desbaratar el ataque de una flota turca. Gracias a ellos, Felipe IV concedió al monasterio el título de Real. En 1835 ya pasó a ser propiedad privada, pero la iglesia sigue funcionando como parroquia. ¿Cómo sé todo esto? Basta con pagar la magnífica visita guiada a un precio miserable para todo el conocimiento que ofrece. Y además, como nosotros, podéis tomar algo mientras disfrutáis de la puesta de sol…, de la que yo debería estar disfrutando en vez de pensar en el interrogatorio de Cora.

El pensamiento *per se* me agobia sobremanera. Marta y María José discuten sobre un conjunto para la boda de un primo suyo que tenemos el año que viene. Elena, lejos de integrarse en la conversación, está más callada de lo habitual y mira al horizonte. ¿Qué hago yo pensando en ver qué le dijo mi amiga a un policía en lugar de disfrutar de ese pequeño placer de la vida acompañado de mi mujer y mis hijas? Ojalá pudiera pararlo, frenar mi cerebro, pero en su lugar pienso si mi amigo, mi mejor amigo, estaba relacionado con el mundo de las drogas. Me había tomado con muchas reservas aquella declaración de Juan Vilaboi y Carlota Vázquez. Sobre todo porque sabía que a Ramiro le parecían estúpidos y el sentimiento era mutuo. A mí Ramiro jamás me había invitado a participar en ningún negocio. ¿Por qué no hacerlo conmigo, una de las personas con las que más confianza tenía, y sí con gente a la que no soportaba?

¿Qué sabe Cora de todo esto?

Intento apartar el pensamiento, pero soy completamente incapaz. Regresamos a casa pasadas las doce de la noche. María José llama a las niñas para asegurarse de que han llegado bien, y yo me encierro en el despacho con la excusa de trabajar en mi novela. María José ya ha tomado la pastilla para dormir e incluso mi perra descansa en su enorme cama gris. Estoy solo.

Me coloco los auriculares, cierro la puerta y pongo el cerrojo con muchísimo cuidado de que no haga ruido. Si María José viene, le diré que me he enclaustrado para evitar que le moleste el ruido frenético del tecleo.

Selecciono el archivo de Cora y aspiro nervioso.

Play.

Veo a la mujer de Ramiro. Es mi amiga de hace tantos años que aún la recuerdo sin las arrugas y la preocupación trazando pinceladas por un rostro nórdico, rubio y de ojos pequeños y turquesas.

—¿Quiere agua? —le preguntó Teo Costas. Me sigue pareciendo un tipo peculiar, sorprendentemente normal. De hecho, no hay nada en él que resultara distintivo. Altura media, sobre 1,80, algo de tripa… Camisa azul claro, vaqueros y deportivas blancas, pelo desordenado y rizado, nariz aguileña y ojeras. No era feo, pero tampoco guapo. Un hombre normal. No me había fijado antes de este interrogatorio.

—No. Quiero terminar cuanto antes —contestó mi amiga Cora al policía.

—La entiendo. No es una situación agradable.

—No, no me entiendes.

«¿Por qué lo tutea?», pienso.

—Sí, sí *la* entiendo —zanjó Teo Costas, remarcando el trato de usted. La grabación de la cámara de seguridad era en color, y la definición, bastante decente—. Créame que lo único que deseo es detener a la persona que mató a su marido. Es mi trabajo.

—Si es su trabajo, es una obligación. No un deseo.

La sala de interrogatorios quedó en silencio con el corte de Cora. Es de esas personas que no suelen decir mucho, pero cuando lo hacen… Sonrío, claro, porque no es la primera vez que lo veo, y la conozco. Son una familia modélica. Bueno, eso pensaba. Antón debe ser la oveja descarriada…, y aun así estoy convencido de que es inocente. Una cosa es estar metido en el mundo de la droga, y otra bien distinta matar a tu propio padre. Pero sigamos.

Tras el corte de Cora, Teo Costas suspiró y tamborileó con los dedos de la mano derecha en la mesa. Después se pasó el pulgar y

el índice por el bigote varias veces y, por fin, habló en tono conciliador.

—Señora Vilaboi…, yo no soy el enemigo. Lo sabe, ¿verdad?

Guardaron silencio otra vez. De unos quince segundos. Hasta que Cora primero agachó la cabeza y luego respondió:

—Lo sé. —El tono hosco había cambiado. Mi amiga levantó las palmas de las manos aún con la mirada baja, avergonzada—. Necesito que esta pesadilla termine cuanto antes. —Noté la súplica en su voz.

—Y para eso tenemos que coger al asesino. Sí. Lo sé perfectamente. Ya le dije antes que la entiendo. De verdad que sí, pero para atrapar al que se cargó a su marido necesitamos su ayuda. —Teo Costas le tendió la mano derecha. No lo suficientemente baja como para que la cogiera, pero sí para que entendiera la importancia de la oferta y del claro gesto de acercamiento.

Cora Vilaboi la miró. Dudó si cogerla o no. Y de pronto alzó la vista hacia el policía, aunque no logro interpretar qué dijeron sus ojos oceánicos. Finalmente, mi amiga levantó los hombros. Estaba cogiendo aire. Todo el que podía. Todo el que necesitaba porque sabía lo que se venía. Y lo que se venía no es fácil ni de entender ni de asumir ni de responder.

—Adelante.

—¿Qué estaba haciendo cuando mataron a su marido?

—Hablar con mi sobrino, unos amigos nuestros de toda la vida y su hija.

—¿Dentro de la casa?

—Dentro de la casa, sí.

—¿Y no escuchó nada?

—Si hubiese escuchado algo, habría ido corriendo.

—Bueno… Podría estar usando una batidora, una tostadora… O haciendo cualquier otra cosa. Cualquiera. No sé si me explico… —Las cejas del policía ascendieron y descendieron a toda velocidad, fingiendo una pícara conexión que mi amiga rechazó.

—No. No se explica.

—Da igual. —El tal Teo Costas se separó ligeramente de ella echándose hacia atrás en la silla. Después siguió preguntando—: ¿Cuándo supo que algo iba mal?

—Cuando escuché los gritos de Natalia. Ella…

—Disculpe. —El interrogador había levantado la mano para cortarla en seco y se acercó de nuevo, aunque no hacia ella, sino hacia su cuaderno. Empezó a pasar hojas de papel a toda velocidad. Tanta que el sonido de los folios agitándose con inquietud en el aire se coló por el micro—. ¿Se refiere a Natalia Vilaboi?

—Sí. A mi sobrina Natalia.

—Muy bien, siga. —El policía volvió a echarse hacia atrás.

—Natalia gritó, nos asustamos y salimos corriendo.

—¿Hacia dónde?

—¿Cómo que hacia dónde? Hacia la piscina, claro.

—¿Y por qué sabía que estaba en la piscina?

—No sabíamos que estaba allí. Seguimos a la gente.

—O sea que no salió corriendo hacia la piscina. Salió al jardín trasero… ¿y la gente ya estaba corriendo?

—Sí.

—¿Quién iba delante?

—No me fijé.

—¿Y se fijó en quién iba en ese grupo?

—No. O sea, sí. O sea… —De pronto Cora se calló, agobiada por haberse liado. Entre el primer «no» y el primer «sí» había agitado la cabeza. El policía también se había dado cuenta y se cernió sobre ella con los codos apoyados en la mesa. Parecía incluso haber estirado la espalda para parecer más alto.

—¿Me está mintiendo?

—¡No te miento! ¡Perdón! ¡No le miento!

—Lo ha dicho muy segura, y sin embargo no sabe decirme quién iba en el grupo cuando escuchó los gritos de su sobrina.

—Iban… —Mi amiga cerró los ojos, tratando de evocar el recuerdo. Se lo he visto hacer tantas veces que me sorprende

fijarme en un gesto tan robótico. Después cantó los nombres mientras llevaba la cuenta con los dedos de la mano—. Mi hija Sonia, mi sobrina Natalia y mis otros sobrinos, Alejandro y su mujer.

—¿Nadie más?

—No me acuerdo bien… Tengo esos momentos bastante borrosos.

Teo Costas estaba tomando notas, garabateando con el bolígrafo en una libreta de bolsillo. Después dejó el boli con cuidado sobre el papel, como si fuera de cristal, y juntó las yemas de los dedos. Levantó los ojos hacia mi amiga y atacó sin previo aviso.

—¿Alguien quería matar a su marido?

Fue prácticamente un gancho. Una frase pensada para desestabilizar, para confundir y generar un efecto de aturdimiento por la sorpresa.

—¿Có… cómo quiere que responda a eso?

—Abriendo la boquita y hablando. No es difícil. —Ahora era Teo Costas quien tenía un tono hosco. Las tornas habían cambiado. Ambos lo sabían. Cora también.

—No… No sé. No creo.

—No. No sé y no creo —se mofó el policía—. Si tiene usted el coño para meternos tanta presión con encontrar al asesino, también lo tiene para ayudar.

Yo no doy crédito. Y eso que Cora ya me ha hablado pestes del tal Teo Costas. Menudo maleducado. De pronto, un violento manotazo estalló contra la mesa seguido de un chillido confuso y un respingo. El tono grave y el agudo rebotaron por la sala y se colaron en la grabadora.

—¿Alguien tenía motivos para matar a su marido, sí o no? —aulló el policía con una furia desmedida.

—Sss… íií… —El siseo fue tan suave que apenas resultó audible.

—¡¿Sí o no?! —insistió la voz con violencia.

—¡Sí!

Tras la afirmación, Cora Vilaboi se quebró en un llanto. Era lastimero, hasta cruel para los oídos, sabiendo que lo proyectaba

una persona que acababa de perder a su gran amor. El amargor casi traspasó el objetivo.

—¿Quién?, ¿quién podía odiar tanto a su marido como para querer matarlo? —El policía volvió a usar el tono liviano y calmado del principio.

—Mi… mi…

No pudo continuar. La palabra le ardía en la garganta. Si la vocalizaba sería una condena. Ella lo sabía. También yo. Y sólo había una persona en el mundo que merecía tanta protección tras un crimen. La entiendo porque yo también lo haría.

Teo Costas esperó. Sin movimientos, sin habla, pero con los ojos fijos en Cora Vilaboi brillando de apremio y ansiedad. Esperó a que lo dijera porque era un juego de pesca, y ella, un triste pez que había mordido el anzuelo. Todas las preguntas iniciales, toda la delicadeza de las primeras cuestiones, desapareció de un plumazo. El sedal estaba tenso, el policía arqueó la caña y mantuvo el carrete aferrado. Me acordé de *El viejo y el mar*, que leí tiempo atrás. Llegó el momento de recoger, pero había que hacerlo con suavidad. Un tirón más de la cuenta, y el pez escapaba en vez de subir a la superficie.

Justo a donde ascendió Cora Vilaboi en cuanto terminó de llorar.

—Mi hijo. Creo que lo odiaba tanto que pudo matarlo.

# 9

TEO COSTAS

Fijaos cómo debía odiar Antón a su padre para que su propia madre, *sí, su propia madre*, lo señale así. Además, si eligió a ese culpable es porque renunció a otro. La vida es eso: elegir significa renunciar. Esto me lleva a pensar en las prioridades.

Hay que ver lo que le hace a uno un golpe en la cabeza. Parezco listo y todo. Toda vuestra vida gira alrededor de las prioridades. Aprendeos esto que os lo dice un moribundo: priorizar. Priorizar. Priorizar. ¿Lo tenéis en la cabeza?

Priorizar.

Que por cierto, ya que antes hablábamos de Cora, esta palabra me arrastra irremediablemente a Alfredo Otero. Él es otro de los protagonistas de esta historia. ¿Jugamos a ser malos y os cuento algo sobre él?

Alfredo Otero era el mejor amigo de Ramiro Rey y ahora está empeñado en resolver un caso que está perfectamente cerrado: Antón Rey es culpable de matar a su padre. Punto.

Pero eso es problema suyo. Otra lección para aprender: la única mochila con la que tenéis que cargar es la vuestra. ¿Egoísmo? No. En todo caso ser práctico. Los problemas de los Rey Vilaboi son suyos y los míos son míos. Bastante tengo ya…, ¿o tengo que recordaros quién está con la cabeza abierta en el suelo de su casa?

Alfredo Otero era como yo: culto, inteligente, delicado… ¡Ja, ja, ja, ja! No hay que perder el sentido del humor ni moribundo. Era un moñas. Alfredo Otero era y seguirá siendo un moñas. Delicadito como una flor. Siempre correcto al hablar, siempre cuidadoso a la hora de elegir las palabras. Lo conocí por primera vez en el

interrogatorio donde me insistió una y otra vez en que nadie de esa fiesta había matado a Ramiro porque era imposible y todos lo querían… En fin, lo que hace la edad.

Alfredo era un tipo culto, de palabras pomposas. A veces en exceso. Cuando lo interrogué me costó seguirle el ritmo. Tanta palabrería para insistir en que su cabeza se preguntaba una y otra vez si debía haber ido a la fiesta de cumpleaños de su mejor amigo.

Antes de que sospechéis: sí, tenía coartada. Según nos contó, Cora lo había invitado. «¿Cómo no iba a hacerlo?», se preguntó en voz alta. Ramiro y él salían prácticamente todas las semanas a navegar. Eran amigos desde hacía décadas. Y, si la mar no estaba dispuesta a brindarles un domingo de barcos y cervezas sin alcohol («Lo contrario hubiera sido una imprudencia», dijo), pues cambiaban el timón por la taberna Eligio de Vigo o por O Petisco de Baiona y las pintas subían de cero grados a los seis y medio que tenían los botellines de Estrella Galicia.

Tan antigua era su amistad que Ramiro había sido testigo en la boda de Alfredo, asistido al bautizo de su hijo, a la comunión… No eran conocidos. Ni colegas. Eran amigos. Amigos de verdad. De esos que se cuentan con los dedos de una mano. O eso dicen. Yo no es que tenga muchos.

La cuestión es que le pregunté a Alfredo Otero, bastante incrédulo debo reconocer, por qué no había asistido a la fiesta si tan amigos eran. Y, como ya me vais conociendo, permitidme deciros que sí: lo hice con mi habitual tono delicado y cuidadoso.

—Mucho «mi mejor amigo», mucho «mi mejor amigo», pero bien que se escaqueó del coñazo de fiesta, ¿no?

La razón que dio Alfredo Otero lo avergonzaba. Se le notaba más en el tono que en la expresión: no fue porque le dio pereza. La primera vez que lo dijo fue con la frase apagándose cuanto más se acercaba al punto y final. Tuve que insistirle un poco más de la cuenta para que lo reconociese. Sorprendentemente, un hombre que parecía medir cada palabra se desató luego con justificaciones absurdas que no le habíamos pedido. Que si María José esto, que si

las niñas lo otro… Gilipolleces. Absolutas gilipolleces. Me dio la impresión de que, como todas las parejas, estaba en un momento ATD con su mujer (alta tensión doméstica, que lo llamo yo).

Días después de su primera declaración volvimos a vernos tras la detención de Antón. La cuestión es que, ese día, le pregunté a Alfredo Otero, para putear debo reconocer, si su matrimonio iba bien. Y vosotros diréis: ¿y a ti eso te importaba?

A ver si os pensáis que no tengo empat… ja, ja, ja, ja. No, no la tengo.

Era una opción maravillosa para sacarle información a alguien que yo consideraba clave en todo esto. Su relación hacía aguas, Ramiro era su mejor amigo y…

¿Os lo desvelo?

No sé, no sé… Bueno, ¿por qué no?

La mujer de Alfredo Otero, María José Suárez, había tenido un noviazgo efímero con Ramiro Rey cuando estrenaban los veinte años. ¿Donde hay fuego… quedan cenizas? Tal vez sí. Voy más allá. ¿Y si la crisis matrimonial se había agravado y Ramiro y María José habían retomado el contacto? Era un buen móvil, ¿no os parece?

Así que, con un café denso como el alquitrán en la mano, empecé a preguntarle como si fuéramos amigos de hace años. Lo hice con una técnica habitual: le conté algo malo de Begoña, mi mujer, que obviamente era mentira, y le dije que me estaba volviendo loco, que no sabía si era feliz… Para luego añadir la preguntita más tocacojones para alguien que está en plena zozobra matrimonial: «¿Y tú cómo lo has hecho para estar tantos años con tu mujer, tío?». Me gané su confianza, vamos.

Me aclaró que María José y él simplemente se querían y que «cuando es la persona, es la persona». Da igual lo que pase…, pero la racha de mierda (esto lo digo yo, él dijo «negativa») estaba durando más de la cuenta por culpa de sus personalidades tan opuestas. Antes eran un incontrolable polo de atracción, pero ahora estaban tan desatadas que era imposible que alguien las modificara…, y se habían hartado. Alfredo se quejó de que, si salía a

navegar, ella se quedaba leyendo. Si era María José la que salía de cena, Alfredo se iba al cine. Si él salía a pasear, ella aprovechaba para ir a ver a su hermana. Si ella salía de compras, Alfredo optaba por esperarla en casa con sus viejos libros sobre Roma.

Y la pregunta que seguro que os hacéis también me la hice yo: ¿qué hacían cuando estaban juntos en casa? En palabras de Alfredo: «Compartir la agónica monotonía de un silencio convertido en un reloj de arena donde no se veía cuántos granos quedaban». Sí, ya os dije que era un moñas. Aclaró, luego, que las conversaciones entre ambos existían, claro, pero eran aburridas y tediosas. Rutinarias de la peor manera posible. Sobre todo porque, al estar jubilados, ninguno tenía mucho que contar. Y mientras María José no paraba en casa, Alfredo prefería quedarse con su literatura de autores muertos hacía un milenio o con sus pódcast.

¿Por qué os cuento esto? Porque, para entender cómo hemos llegado hasta aquí, tenéis que conocer a Alfredo Otero. El mejor amigo de Ramiro Rey es clave del caso. Un hombre que paseaba en silencio por la playa para aclarar la mente cuando le dijeron que habían asesinado a su «hermano». No podía quitarse de la cabeza aquella mañana. Me dijo literalmente esa frase antes de describirme todo: las barcas meciéndose mansas y a lo lejos sobre las tranquilas aguas del Atlántico, el castillo de Monterreal estirándose sobre los mástiles, las islas Estelas, al fondo, y tras ellas, en lontananza, las Cíes y la línea blanca de la playa de Rodas. Incluso a un tipo con sudadera roja que sudaba como si acabara de bañarse, pero no dejaba de lanzar un palo a su perro una y otra vez. O a dos chicas que corrían por la arena con mallas bien ceñidas, tops muy apretados y coletas bailando de lado a lado. Recuerdo todo esto porque me hizo gracia cuando dijo que se quedó embobado al verlas, pero que no sintió nada. «Adiós, don Juan de los veinte. Hola, viejales de casi setenta». Me descojoné. De forma fingida, claro.

Fueron estas dos chicas las que le trajeron a Ramiro a la cabeza en su paseo por la playa de la Ladeira de Baiona. El «esto es todo,

amigos» y cómo la vida se le había pasado volando porque los tiempos en los que compartía comentarios sobre chicas con su mejor amigo eran la prehistoria. Explicó que la vida los había ido uniendo, que un par de amigos ya la habían diñado (aunque él lo llamó «cruzar la puerta de salida»), otros se habían marchado a Madrid, Barcelona u otras ciudades grandes, pero ellos habían permanecido juntos. Alfredo bromeó con que a veces se veían como un viejo matrimonio. Incluso habían aprendido a respetar los silencios del otro.

Tal vez por eso aceptó ser quien luchase hasta el final por los Rey Vilaboi. Eso explica sus palabras cuando Sonia, la hija de Ramiro, lo llamó para contarle que habían asesinado a su padre: «Me doblé. Derrotado por la vida y sabiendo que un pedazo de mi alma nunca abandonaría esa playa». Lo que os dije: un moñas.

# 10

ALFREDO OTERO

*Primer interrogatorio a Antón Rey, hijo de la víctima*

Siempre he creído que el mundo se divide en dos tipos de personas: los que creen que la vida es corta, que hay que hacer de todo, que vivir requiere velocidad, disfrute, acelerones de autopista donde el 120 es un consejo… Y, por otro lado, los que opinan que el camino es largo. Que la salida está lejísimos y que el 120 te invita incluso a desobedecer, pero a la baja. Conduciendo despacio para recrearte en el paisaje.

Yo estoy claramente en el segundo punto. He parado en muchas áreas de servicio, he visto coches a toda velocidad cruzar el camino con prisa. He visto otros lentos, e incluso alguno ha chocado para nunca más regresar, o para volver al principio, renaciendo y presentándose otra vez mucho más lento y con más ilusión.

No me importa reconocer que en ocasiones me ha costado. Porque el materialismo, el peligroso acecho del sueño americano de crecer hasta el infinito, me ha arrastrado con sus fauces babeantes de falsas promesas. Afortunadamente, siempre he encontrado el poso en el jardín cargado de petricor, en la ternura implícita en los abrazos de mis hijas y en los ojos felinos de la mujer a la que amo.

Esto no siempre ha sido así, claro. De hecho, antes de la trágica muerte de Ramiro, mi relación con María José estaba en un momento delicadísimo. Creo que ninguno quisimos afrontar que nos odiábamos estando juntos en casa. Pero la vida, que tiene esos caprichos y esa sabiduría germinal, opta por darte una bofetada para que te centres.

La muerte de Ramiro y el asalto sufrido por María José nos unió sobremanera. Dejamos atrás nuestros problemas y nos amoldamos el uno al otro. Eran demasiados años como para arrojarlos a la basura. Así que, poco a poco, nos fuimos haciendo a las nuevas rutinas. Yo opté por acompañarla a alguna de sus excursiones, y ella, por respetar mis tiempos y mi soledad.

Entiendo que soy un ser complejo. En tiempos donde prima la inmediatez, a mí me fascina la lentitud. En tiempos de ruido, el silencio me refugia. Estoy lejos de las redes sociales y cerca de los libros. A años luz de la prisa y enamorado de la paciencia.

Ahora nos respetamos. Nos queremos.

Mi novela ha avanzado, aunque no mucho. Poco más de un par de capítulos con los primeros interrogatorios. Leyendo *Mientras escribo*, he descubierto la importancia que le da Stephen King a los paseos como método para aclarar ideas. Si tengo fe, tengo fe ciega. Así que estoy dando una vuelta a la fortaleza de Monterreal de Baiona mientras escucho un pódcast donde analizan con bastante tino *En las orillas del Sar*, de Rosalía de Castro. A mi izquierda, crestas de espuma blanca golpean las rocas con embestidas furiosas. El Atlántico, noble con el marinero, saluda bajo un cielo límpido y un sol imponente. Un arcoíris de hortensias jalona el acceso a la playa baionesa de Os Frades. Un sendero de grava precede a unos peldaños de piedra que caen hasta que miles de diminutas conchas entierran los pies.

Camino unos metros a la izquierda, hasta que hallo una roca de aspecto cómodo donde me siento con cuidado. Una costumbre malsanamente adquirida a partir de los sesenta, una vez que asumí la vejez latente de mis articulaciones.

Primero contesto al mensaje de María José sobre dónde estoy y qué hago. Sigue manteniendo esa actitud preocupada desde el asesinato. Luego abro mis archivos y pauso el pódcast. Pese a los auriculares, aún oigo cómo graznan las gaviotas, los truenos de las olas en sus impactos e incluso la cinta VHS de mi cerebro rebobinando a toda velocidad mientras me castiga con recuerdos

luctuosos de los que ya no están y a los que reúno en cada atardecer.

El último integrante de mi particular Santa Compaña es Ramiro. No sólo por la ausencia de la hermandad que nos unía, también por la culpa. No haber asistido a su cumpleaños es una de las decisiones más devastadoras de mi vida. Aceptar la oferta de Cora fue una forma de saldar la deuda con él y conmigo mismo.

Mi móvil es grande, de casi siete pulgadas. Es ahí donde veo el interrogatorio a Antón. Es el primero que escucho después de que Cora lo acusase de tener motivos para matar a Ramiro. Algo que no pude compartir con nadie, pero que me quita el sueño. Es completamente inviable que alguien como Antón haga algo así…, ¿o no?

Lo entiendo todo cuando le doy al Play.

Esperaba dar con el joven algo silencioso pero afable que yo conocí y me encuentro un chulo de instituto. Grotescamente chulo. Una actitud impropia de su padre e inadecuada para el niño bien educado que yo traté. Además, la exhibía con una pose fanfarrona en la silla. Y no. No era despreocupación. Era bravuconería.

La odio. Y de pronto me planteo si esta persona sería capaz de perpetrar un parricidio. ¿Acaso no sentía rabia ante tal injusticia?, ¿odio por la orfandad obligada con la que lo habían castigado? En un pódcast escuché a un afamado psicólogo hablar sobre los psicópatas integrados. Explicaba que, normalmente, imaginamos a un psicópata capaz de cometer los actos más atroces y crueles. No os pongo ejemplos, en España hay infinidad de ellos encarcelados. Sin embargo, un psicópata es un individuo carente de emociones. Ahí entran los psicópatas integrados. Hombres y mujeres socialmente aceptados. Con familias, amigos, trabajos normales…, que esconden a personas que son témpanos ante tus emociones y comen de tu vulnerabilidad. ¿Y si Antón era uno de ellos?, ¿y si ese niño al que yo

había visto cientos de veces a lo largo de los años era un psicópata integrado? ¿Y si Antón había matado a su padre?

No. No era posible. Sí, me estoy autoconvenciendo. Vuelvo al vídeo porque, lógicamente, la actitud del hijo de mi amigo había generado una tensión en la sala que traspasaba la pantalla y había convertido ese interrogatorio en un ring de boxeo. A la izquierda Antón Rey, con más de 1,90 de altura y unos noventa kilos de músculo y un chándal rojo. La cara era ruda, de matón. Y ese look deportivo no la suavizaba. A la derecha, Teo Costas, con 1,80 y setenta y cinco kilos a dividir entre músculo y grasa y un rostro absolutamente tranquilo. Parecía hasta más tranquilo de la cuenta.

—¿Sabe por qué lo hemos detenido?

Silencio.

—¿Está implicado en la muerte de su padre?

Silencio.

—¿Es usted tonto o sólo sordo?

Silencio. Aunque ahí Antón Rey se movió ligeramente en la silla. Desde luego, si algo había que reconocerle a Teo Costas era que no se amedrentaba.

—Constará que se ha negado a cooperar durante el curso de una investigación por asesinato.

Silencio. Y una vez más ese movimiento de incomodidad en la silla.

—Hágase mi voluntad entonces porque aquí, Antón, yo soy Dios. —Teo Costas se levantó y se marchó. Apenas unos segundos después dos tipos más grandes y corpulentos que Antón Rey entraron y se lo llevaron esposado.

Pienso en la pregunta que acaba de hacerle Teo a Antón: ¿tonto o sordo? No contestar en el interrogatorio donde te acusan de asesinar a tu padre refleja, sin duda, que has escogido la primera opción.

# 11

TEO COSTAS

No quiero escuchar hablar sobre ese primer interrogatorio a Antón Rey. «Yo no me habría ido tan pronto, yo hubiera presionado más…». Blablablá.

Me quedaba un as en la manga. Bueno, uno no, varios. La pregunta es muy sencilla: si en una piscina comunitaria se cargan a un tío que estaba en una fiesta con un montón de amigos y familiares… ¿Cuántos interrogatorios tiene que hacer vuestro amigo Teo para encontrar sospechosos? Bueno, vale, tan sencilla no es. Más que nada porque es una pregunta trampa: la respuesta varía en función del número de invitados al evento, y aquí había un huevo. Pero es cierto que el resto de los interrogatorios apenas tuvieron importancia. Por ejemplo, la hermana de Ramiro, que aún iba de resaca… Yo ya sabía que no iba a aportarme nada. Y podéis llamarme chulo o lo que queráis, pero, tras hablar con ella y con esos amigos de Ramiro, pasé a la tercera pata de la mesa de los Rey Vilaboi: Sonia. La hija del muerto.

¡Ah, casi se me olvida! Seguro que os estaréis preguntando de quién eran los pasos que escuché por el pasillo de casa hace un rato, ¿verdad?

¿Verdugo o salvador?

Redoble de tambores…

Parece que el concursante lo tiene claro… ¡El presentador levanta la ceja! ¡VA A HABER RESPUESTA!

Música de tensión y…

S A L V A D O R.

# 12

ALFREDO OTERO

*Primer interrogatorio a Sonia Rey, hija de la víctima*

Creo que uno de los días más fructíferos de mi vida fue cuando mi hija Marta me descubrió los pódcast. Intuyo que los israelitas debieron sentir algo similar cuando les enviaron el maná.

Un mundo de historias y sonidos se abrió ante mí como el tesoro de Rackham el Rojo. Tomé cada moneda, la analicé y volteé para admirarla bien y después me entregué a su sonoridad como un avaricioso corsario.

Cuando estudié Comunicación, la televisión era muy diferente a lo que es ahora. Ni tantos canales ni tanta programación ni tanta tontería. Luego, por los noventa, cuando nacieron las cadenas privadas y la caja tonta se adaptó a un horario mayor, se acuñó el término «televisión de compañía». Referencia a la gente que sólo la encendía para escuchar una voz amiga que paliase la soledad. Para mí existen los pódcast de compañía. Si estoy solo, me pongo un pódcast. Para salir a la calle me pongo un pódcast. Para cocinar, para dormir…

En uno de los últimos pódcast que escuché, el entrevistador y un neurocientífico hablaban sobre el comportamiento humano y la influencia de nuestra educación infantil. Citaban un experimento de Walter Mischel realizado en 1960 con niños de cuatro años. Los chiquillos debían esperar con una gominola delante hasta que el buen doctor regresase. Si no se la comían, se les daba otra. Walter Mischel demostró que los niños que lo esperaron se convirtieron en

adultos más exitosos que los que habían sucumbido a la inmediatez de la golosina.

He pensado en esto porque Sonia Rey Vilaboi es ahora una adulta exitosa y tal vez se deba a esa paciencia. Esa niña siempre fue… ¿cómo explicarlo? Especial. Tenía un aura. Un halo. Irradiaba luz… Tanta que a veces parecía impostada de pura inviabilidad. Nunca un mal gesto o una palabra más alta.

Voy a comenzar a escuchar su interrogatorio y su postura ante Teo Costas es totalmente relajada.

He salido a primera hora a comprar el periódico en el paseo con Nala. En mi despacho cae una luz tibia sobre la mesa. De esas que endulzan Baiona cuando el sol se ríe de la diafanidad de las nubes. Una diagonal luminosa cruza la portada de *Cartas a un joven novelista*, abombado por un lápiz que sirve de marcapáginas. Bajo él está mi cuaderno de Mary Shelley lleno de frases que me dibujan como un novelista que sabe lo que hace: «Más profundidad de personajes», «matices en las descripciones», «¿demasiados contextos?»… Y también con otras que evidencian que soy un investigador terrible: «¿Antón lo hizo?», «¿Ramiro drogas?», «¿Cora?», «¿Hablar con Cora, o muy pronto?».

A través de las cortinas desplegadas puedo ver recovecos azules imponiéndose al gris que había cerrado el cielo desde primera hora. Alguna gaviota llama a sus tocayas con un graznido y el sonido quiebra los latidos de una calle aún dormida por la tormenta matutina.

Antes de darle al Play, entorno la puerta para que ni mi mujer ni las niñas descubran que tengo esos interrogatorios entre manos.

Adelante con el segundo interrogatorio. Adelante, Sonia:

Play.

—¿Está cómoda?

La hija de Ramiro asintió. Le veo el gesto sereno acompañando una postura relajada, con los dedos cruzados y los codos sobre la

mesa. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta que resaltaba con mayor naturalidad las facciones duras, la piel blanca y unos ojos muy azules, heredados de Cora. La nariz, abultada en la punta, y la boca, grande, de labios finos. Nunca perdió esos rasgos…, y a mí siempre me pareció guapísima. Elena, Marta y ella se llevaban. No eran amigas, pero se alegraban de verse de vez en cuando. Con Natalia Vilaboi pasaba algo parecido por los años que había vivido en casa de Ramiro y Cora siendo preadolescente.

Cuando Teo Costas tomó asiento lo hizo con tediosa parsimonia. Buscaba ponerla nerviosa. De hecho, colocó la libreta sobre la mesa y la centró ajustando la esquina derecha con la yema del índice. Después puso el bolígrafo encima, dejándolo exactamente en medio del cuaderno. Carraspeó, aspiró y aguantó el aire para echarlo en un suspiro de agotamiento. Bostezó. O lo fingió. No lo tengo muy claro. Luego se frotó los ojos como un niño pequeño… y sin decir nada se levantó y desapareció de la sala con paso tranquilo.

Acelero la grabación porque algo me dice que esta pausa será más larga de lo que parece. Cuando Teo Costas volvió a entrar compruebo que habían pasado exactamente ocho minutos. Ocho minutos en los que el policía habría disfrutado del café desde el cristal que cubría una pared de la sala de interrogatorios. O esto intuyo. Tal vez he visto demasiadas películas, pero ¿por qué ocho minutos exactos?, ¿por qué ha entrado? Retrocedo al último minuto para verlo ahora a velocidad normal…, hasta que me percato. A los siete minutos y cuarenta y cinco segundos, Sonia Rey, que había permanecido en la misma postura, con pestañeos leves y mirada perdida en un punto fijo de la pared, se había acomodado en la silla. De manera sutil, como si no estuviese a gusto.

Teo Costas entró justo en ese momento.

—Perdone —dijo cuando estaba a punto de llegar frente a ella—, no le he ofrecido café. A su madre se lo ofrecí, pero me dijo que no. ¿Quiere uno? Puedo ir a por él —sorbió su bebida, provocando un ruido francamente molesto— si quiere…

—No. No quiero. —La voz de Sonia Rey temblaba. Intentaba controlar el estado de nervios, pero ¿por qué? Si ella no era sospechosa… ¿No? ¿Acaso Sonia ocultaba algo? Tal vez Teo lo sabía. Eso explicaría el porqué de esta técnica desde el primer momento.

—¿Qué le pasa, Sonia? —El policía seguía de pie, con el peso del cuerpo sobre la mano derecha que apoyaba en el respaldo de la silla.

—Nada.

—¿Con quién estaba cuando mataron a su padre?

—Con Alejandro. Mi primo. Los dos nos bañamos en la piscina. Él puede corroborarlo. O sea, pregúntele. Salimos del agua, nos pusimos las toallas y volvimos a casa. Él puede confirmárselo todo… ¡Por Dios, era mi padre! Yo no… Yo…

Teo Costas levantó la mano, frenando la vomitona verborreica de Sonia. Después sonrió, apuró de un trago el café que sostenía con la mano izquierda y lanzó el vaso a la papelera. Al meterlo, apretó el puño y volvió a sonreír. Yo empiezo a no entender nada de ese interrogatorio.

—¿Ha visto *Cadena perpetua*? —preguntó de pronto Teo Costas mientras se dejó caer en la silla de forma plomiza.

—¿Qué?

—Que si ha visto *Cadena perpetua.* La película de Tim Robbins y Morgan Freeman donde…

—Sí, la he visto —lo interrumpió.

Pero a Teo Costas le dio igual.

—… donde el banquero es acusado injustamente de un asesinato y pasa varios años excavando un túnel para fugarse. Al final se marcha a…

—¡A Zihuatanejo! ¡O sea, sí! ¡Ya le he dicho que la vi! —Y, por primera vez, el tono de Sonia Rey sonaba más alto y crispado.

Teo Costas sonrió. Igual que cuando ella dijo que no le pasaba nada. Igual que cuando encestó. Porque sabía que esta canasta valía todavía más. La había sacado de sus casillas.

—Me encanta esa película. Pregúnteme por qué. —Teo Costas sonrió con credibilidad. Una credibilidad tan asombrosa como escalofriante.

—¿Có… cómo?

—Que me pregunte por qué me encanta *Cadena perpetua*. —Esta vez era una orden muy clara. Y Sonia evitó la confrontación.

—¿Por qué le gusta *Cadena perpetua*?—Fue apenas un hilillo que fue extinguiéndose hasta apenas ser audible.

—¡Qué pregunta tan acertada, Sonia! ¿Ha salido de usted? No hace falta que me responda, no perdamos la magia. —Volvió a sonreír. Se estaba divirtiendo con cierto sadismo—. Me encanta por dos motivos. Primero, por el final. La sorpresa… ¡El zénit de la obra! —gritó, histriónico—. Ese túnel oculto tras un póster de Rita Hayworth… ¡Es cine, Sonia!

La hija de mi amigo dudaba entre el terror y la incomprensión. Yo me inclino por lo segundo… Nunca había presenciado nada tan extraño. Aunque los interrogatorios de Teo Costas parecían funcionar, no tengo ni idea de por dónde podía salir aquello.

—Pero no estamos aquí para hablar de cine, ¿verdad, Sonia? Estamos aquí para hablar de quién se cargó a su padre… Venga, ¿qué me oculta?

—¿Qué? —Otra vez aquel hilillo temeroso brotando de su garganta.

—Ya me ha escuchado. —Teo Costas había cambiado radicalmente. Hablaba con seriedad, seguridad y dureza. Ni rastro de la amabilidad del principio ni del histrionismo desatado hablando del cine—. ¡¿Qué me oculta?!

—Na… ¡Nada! —Sonia estaba muy tensa. Se movía en la silla. Miraba hacia todos lados. Hasta a mí me parecía que ocultaba algo.

—¡Que qué me oculta, coño!

—¡Nada! Lo juro. ¡Yo no tuve nada que ver! —Sonia empezó a llorar de tensión.

El policía se reclinó en la silla. Inspiró, expulsó el aire y forzó una sonrisilla con un único lateral de la boca.

—Pero Sonia… ¡Sonia! Si yo ya sé que usted no tuvo nada que ver con lo de su padre. ¿Usted? ¿La hijita perfecta?, ¿la niña modelo? No, no. Yo sé que usted no fue. Pero le falta el segundo motivo.

—¿El segundo motivo? —Sollozó antes de volver a hablar—. ¿Qué segundo motivo?

—El segundo motivo por el que me encanta *Cadena perpetua*. Pregúntemelo.

Esta vez, Sonia no replicó. Ahora no había confusión, sino miedo. Tensión.

—¿Cuál es el segundo motivo por el que le gusta la película?

—Ha conocido el primer motivo y no podía esperar, ¿eh? Normal. Verá, hay un momento de la película con una frase buenísima. Es cuando Tim Robbins le dice a Morgan Freeman que no tiene enemigos dentro de la cárcel, y él le dice que se dé tiempo.

Sonia se pasó la mano por la cara y se frotó los ojos llorosos. Parecía cansada. Mejor dicho, cansada y desesperada.

—O sea, lo que quiere decirme es que… —preguntó en un tono que delataba la absoluta necesidad de terminar con la conversación.

—Que todo el mundo tiene enemigos. Su padre también. Y más moviendo el dinero que movía.

—¿Y cómo sabe eso?

—Porque lo hemos investigado.

—Yo no sé… O sea, no tengo ni idea de…

—No me interesa —la cortó Teo Costas—. El enemigo de su padre es su hermano Antón. Por eso está detenido.

—¿Qué? —Sonia Rey no pudo evitar una sonrisilla incrédula bajo los ojos vidriosos. Casi parecía… ¿aliviada?—. O sea, ¿cree que mi hermano mató a mi padre?

—No. Lo he detenido porque tengo envidia de su altura. ¡Obvio que creo que mató a su padre, coño! ¿Y sabe por qué lo creo? —Teo Costas se inclinó ligeramente sobre la mesa. Una técnica de intimidación que ya usó con Cora Vilaboi—. Porque su madre ha dicho que tenía motivos. Motivos para matarlo, ¿eh, Sonia? Es gordo.

—Mo… —Entonces algo en Sonia Rey hizo clic. No fue más que un ligero movimiento de cabeza, la izó ligeramente y la ladeó, como si de pronto hubiera vuelto la luz a una casa a oscuras en plena noche —. La discusión…

¡Eso era lo que ocultaba!

—¡Ahí quería llegar yo! ¿De qué discusión hablamos?

—Fue unos días después de que llamásemos a la policía por la alarma…

—¿Qué alarma?

—¿No sabe nada? O sea, ¿no sabe que nos entraron en casa?

—No me suena nada de eso. Explíquemelo.

—Hará unas… dos semanas. O no. O sea, igual fue hace tres… Bueno, o sea, da igual. Saltó la alarma de casa…

—Recuerde el día. Es importante.

Yo sí lo recuerdo. Ramiro me lo contó. Dijo que se habían llevado su colección de relojes, todos carísimos. No menos de ochenta y cinco mil euros en marcas de lujo. Eso y documentos. Aunque Ramiro no me contó qué eran ni yo pregunté.

Sonia Rey se quedó pensando unos segundos, incluso cerró los ojos antes de hablar de nuevo. En ese gesto, veo a mi amigo Ramiro y el corazón me pellizca.

—Tres semanas. O sea, exactamente tres semanas y un día antes de lo de papá. Era viernes. Estábamos los cuatro fuera de casa y esto debió ocurrir… Sobre las… ¿once de la noche?

—¿Y cómo se enteraron de la alarma?

—Porque nos llegó un mensaje al móvil. Lo tenemos configurado para que nos llegue a los cuatro. Por si ha entrado alguien. O sea, que nos enteremos todos y podamos… —le costó decirlo— ponernos a salvo.

—Pero ¿se llevaron algo? Nadie me ha dicho que había una denuncia tramitada…

—Pues…

—No. Cuando alguien la caga, hay que reconocerlo. Ya me jode. Echaré las broncas a quien tenga que hacerlo. Panda de ineptos. Me

toca muchísimo los cojones. Uno aquí intentando resolver un crimen y a esta gente le suda los huevos algo tan importante. ¡Me voy a encargar de que ruede alguna cabeza! ¡No soporto el trabajo mal hecho!

—No hace falta… Yo se lo cuento si quiere.

—¿Cómo no voy a querer? Claro que quiero, pero no le garantizo que no tome represalias… En fin, dígame.

—Nos encontramos la caja fuerte revuelta. No sé cómo lograron la combinación, papá era cuidadoso…

—Eso nos dice que no era la primera vez que robaban. Bien, algo es algo.

—Habían sacado todo. O sea, dinero, relojes… Se llevaron todo.

—Sí, lo básico de gente forrada.

—¿Gente forrada?

—Venga, Sonia —se burló Teo—. Que somos mayorcitos los dos. Su padre cagaba pasta. ¿O me va a decir que ese pisito tan cuco en la avenida de las Camelias que se ha comprado lo ha pagado usted?

—¿Cómo sabe…?

—No haga una pregunta tan absurda. Investigamos el crimen de su padre, ¿de verdad cree que no íbamos a saber que le pagó la casa? Por favor, la tenía por alguien inteligente. Venga, siga con lo del robo.

Sonia Rey guardó silencio unos segundos. No fue demasiado, lo suficiente para aceptar ese bofetón de realidad sobre ser la hijita de papá. Prosiguió con el tono más neutro que pudo.

—Papá dijo que también se llevaron algún papel. Y supongo que no se llevaron más porque sonó la alarma. O sea, tirarían lo que tuviesen encima y huirían.

—Todo desperdigado. Vale. ¿Y la discusión?

—Porque Antón llegó el primero. Era el que más cerca estaba y encontró la herencia… O sea, el documento de la herencia.

—¿Y no estaba contento?

—No mucho… Mi padre me dejaba el chalet de Cala Asterpot. No sé por qué, pero eso lo volvió loco…

# 13

TEO COSTAS

¿Fue esa discusión entre padre e hijo por la herencia lo que propició la detención y posterior acusación contra Antón Rey? Pues… no del todo. Pero sí que reveló que ese chico no era realmente quien parecía. Esa certeza acabó confirmándose con cada miembro de los Rey Vilaboi. Pero volvamos al tema que nos preocupa (a mí por lo menos): ¿quién coño está salvándole la vida a vuestro amigo Teodomiro?

Ya. Pensabais que me llamaba Teodoro, ¿no? Os pasa por adelantaros. Aquí nada es lo que parece. Me llamo Teodomiro Costas. Mi padre se llamaba Teodomiro Costas, mi abuelo se llamaba Teodomiro Costas y mi bisabuelo se llamaba… Manolo. Pero era un graciosete, y a saber por qué le dio por tocarnos los huevos a las generaciones venideras y vender lo de Teodomiro como una tradición familiar. Yo espero una niña y seguro que no hace falta que os haga una descripción de la cara de mi mujer cuando le dije que por tradición familiar le tocaba Teodomira.

Esa es otra de las cosas que he aprendido durante este embarazo: molestar a una embarazada está en la lista de peores ideas del mundo. Sus niveles de paciencia se reducen drásticamente, hasta llegar a culparte de los vómitos matutinos y el malestar.

No quiero agobiaros con mi sabiduría…, bueno, eso y que no sé si llegaré a conocer a mi hija. La cuestión es que alguien ha entrado en mi casa y me está salvando la vida. ¿Por qué? Pues no lo sé. No tengo ni puta idea de qué hace ni cómo ha entrado. Un indicativo más de que no tenía nada planeado. ¿No le puedo preguntar? Pues no. Ahora mismo, no tengo la cabeza como para preguntarle eso.

Por el detallito de tenerla espachurrada contra el suelo, más que nada. Supongo que el asesino, asesina o asesine ha dejado la puerta abierta. Error bastante absurdo, por otro lado.

La cuestión es que ahora mismo esta persona, *persono, persone, personi, personu*, me está tomando el pulso y ve que haberlo *haylo*. Así que está llamando al 112 con mucha urgencia. Bueno, es una deducción porque he perdido bastante oído, pero me extrañaría que estuviera pidiendo pizza. Así que, de un momento a otro, supongo que llegará a salvarme un comando sanitario de estos bien uniformaditos.

Mientras eso ocurre, ¿os parece si sigo con esta maravillosa historia? Realmente, os lo pregunto por cortesía, pero me la pela porque voy a seguir contándola. Para algo es mi historia.

Como imaginaréis, tras los interrogatorios de Cora Vilaboi, Antón Rey y Sonia Rey, decidí volver a por Antón. Y ya os adelanto que este interrogatorio fue bastante diferente al primero.

Descubridlo vosotros mismos.

# 14

ALFREDO OTERO

*Segundo interrogatorio a Antón Rey, hijo de la víctima*

Adoptamos a nuestro primer perro en 1992. Un *teckel* de pelo de ébano y patas como un tizón aún ardiendo. Lo llamamos Hope. «Esperanza» en inglés. El nombre lo eligió María José porque fue la única que no la perdió durante el peor momento de nuestra vida. En algún lugar leí que todos tenemos un trauma por pequeño que sea. Creo que lo dijo un escritor, pero no recuerdo su nombre. Lo diferencial es la severidad de esa herida y, por supuesto, si está cerrada. Muchas personas no logran sobreponerse nunca y les condiciona para siempre.

Yo logré cerrarla con la ayuda de Marta, mi psicóloga. Han pasado casi treinta años y sigo teniendo contacto con ella. Marta vive en Pontevedra, cerca de la iglesia de la Virgen Peregrina. Ocasionalmente nos vemos con un café como excusa. Nos recibimos como dos viejos amigos para los que no ha pasado el tiempo y nos aconsejamos. Aunque, lógicamente, sus consejos son más útiles para mí que los míos para ella… Yo me esfuerzo en intentar aportar esa visión panorámica y ajena a los problemas que es imprescindible para hallarles solución.

El primer día que me senté en la consulta de Marta fue la primera vez que lloré delante de alguien. No lo había hecho delante de mis padres ni de amigos ni de María José. Con ella me vacié con tanta violencia que incluso tuve espasmos. Aguantó la tormenta, esperó la calma y aportó un paraguas infinito de pañuelos de papel que iban saliendo de la caja con asombrosa velocidad. Acudí a ella por la

recomendación de un amigo. Habíamos pasado la segunda peor de las pesadillas para un padre: estar a punto de perder a una hija (obviamente, la primera es perderla).

Sucedió poco antes de la Navidad de 1992. Marta apenas tenía un año y medio y Elena todavía no había llegado. El primer año de vida con una hija es la lucha por sobreponerse a un ciclón arrasador capaz de darle la vuelta a tu existencia. De la noche a la mañana, dejas de ser tu propio centro. Es cruel asumir que tu egoísmo ha vivido en el corredor de la muerte hasta ser ejecutado por un pequeño clon de ti mismo.

«La paternidad es lo más difícil que hay en la vida», recuerdo.

Una gaviota cruza el cielo, dirección al horizonte. La siguen otras dos más pequeñas. Seguramente sus polluelos, a juzgar por las plumas marrones. Me es inevitable perseguirlas con la vista hasta que se convierten en líneas finas. Acabo posando los ojos en las Cíes. Me acuerdo del caso de la chica francesa. Ramiro y yo debatimos largo tiempo sobre ello sentados en la terraza del bar O Petisco, en Baiona. Nos encontrábamos allí dos o tres veces por semana durante todo el año. A veces media hora, a veces dos horas, a veces una tarde entera. La dueña, Rut, ya nos conocía y nos servía sin preguntar.

Un día, algo tocados por la cerveza y la nostalgia, recordamos los viejos tiempos. Esos en los que nuestros chiquillos nos daban guerra por tonterías y no se enfrentaban a los verdaderos problemas que un padre siempre sueña con evitar a su hijo. Lo dijo ahí: «La paternidad es lo más difícil que hay en la vida». Lo recuerdo en ocasiones con la voz de Ramiro.

A mi amigo no le faltaba razón. Yo lo comprobé, con todo mi pesar, cuando Marta enfermó. Porque un año después de su nacimiento, tanto María José como yo estábamos plenamente adaptados a nuestro papel de padres. En buena medida, gracias a la guardería que nos había permitido moldear ligeramente nuestros horarios. Teníamos tiempo para nuestra hija y para nosotros como pareja. Marta comía decente y dormía indecente. Lo típico de

cualquier familia. El problema surgió en la propia guardería por una maldita bacteria. Es curioso que los momentos más felices y los más sombríos compartan la cualidad de ser imborrables. Este fue de los segundos y se llamó *Streptococcus pyogenes*. Entró por una herida del cuello y a Marta le provocó lo que en medicina se llama celulitis infecciosa. Las células grasas del cuello se le hincharon tanto que se le cerraba la glotis y el aire no le llegaba a los pulmones. Estábamos en una sala del hospital y mi pequeña dejó de respirar en los brazos de su madre. Recuerdo una marabunta de médicos corriendo, apartándose los unos a los otros para reanimarla, mientras mi mujer, subida en una silla, miraba desde las alturas cómo devolvían el oxígeno a los diminutos pulmones de nuestra hija.

Mi niña, con apenas un año y medio, se quedó ingresada en la UCI pediátrica del hospital de Vigo durante tres días. En cada visita médica preguntaba si iba a perderla. Las respuestas eran miradas cabizbajas y dudas manifiestas en voces temblorosas. Esos tres días entendí el abismo infinito que hay delante de la simple posibilidad de sobrevivir a una hija. Estaba aterrado. Nunca había sido tan vulnerable, tan creyente. Me dio igual a quién rezar con tal de que la salvaran. Esa es la inefabilidad del amor hacia un hijo: renunciarías a todos tus principios si eso garantizase su bienestar.

Cuando por fin me convencieron de ir a la psicóloga, tras mucho esfuerzo y muchas promesas de que tenía todo controlado, me encontré en un bajo en el barrio del Calvario de Vigo. Marta compartía consulta con otras compañeras de profesión. Era atenta, cuidadosa… e inteligente. Sobre todo era, y sigue siendo, profundamente inteligente.

Así que, la primera vez que ahondamos en el tema, recuerdo que hablamos de la muerte, y, en un alarde de su magnífico cerebro, me evidenció la belleza del castellano recordándome que no hay palabra capaz de expresar el sentimiento de sobrevivir a un hijo. Si pierdes a tu pareja, eres viudo. Si pierdes a tus padres, huérfano…, pero nada te define si pierdes a tu hijo porque ese dolor es imposible de definir. Luego me preguntó cómo me sentía. Sigue acordándose de mi

respuesta: «Tengo el invierno dentro», le dije. Después estallé en el llanto contenido que llevaba meses guardando con celo.

Se me ocurrió la metáfora un día que estaba sentado en mi sillón. Ya había pasado todo y me entró una vertiginosa necesidad de leer. Porque leer es, a veces, la única forma de escapar de la jaula de miedos donde nos encierra la mente. Aposté por una novela histórica, ambientada en el año 800 en las regiones nórdicas, donde un personaje, una *völva*, el equivalente a una adivina, vaticinaba la llegada del *Fimbulvetr.* En la mitología nórdica es uno de los momentos más importantes. Se llamaba así al preludio del juicio final, el *Ragnarök*, cuando todo quedaba helado y cubierto por la nieve. Así estaba yo: cubierto de un frío desgarrador y lóbrego que me impregnaba los huesos.

Tres sesiones después, Marta me recomendó hacer algo que nos uniera como familia y a la vez nos distrajese de lo ocurrido. Le di muchas vueltas, pero acabé sucumbiendo al deseo de mi propia hija y lo hice mío: adoptaríamos un perro. Así llegó Hope. Un diminuto *teckel* que me puso la pata en el pecho cuando lo cogí de la perrera. Un cachorrillo de apenas dos meses y ya me tenía ganado.

Obviamente, Hope murió hace muchos años. El dolor por la muerte de un perro no tiene comparación por la pureza del animal, pero, si lo enfocas bien, aprendes a transmitir ese amor a otros perros igualmente necesitados de una familia que los quiera.

Hoy yo hago eso con Nala. Es la tercera perra que tenemos después de Hope y Ginger. Nala es una *palleira* portuguesa. De pata larga, hocico fino, color café con leche y orejas diminutas, como si hubieran crecido ajenas al corpachón de treinta y cinco kilos que gasta. Es tan miedosa con los extraños como frenética cuando siente la libertad de pasear sin correa. Eso la convierte en impredecible, pero también en leal.

Ahora camina unos metros delante de mí, volviéndose cada pocos pasos para comprobar que la sigo. El sendero que conduce hasta la batería militar de Artillería J3 de Monteferro está escoltado por pinos y eucaliptos. Una combinación extraña entre la Navidad y el frescor

de la menta. Acículas secas y quebradizas pueblan el suelo y se rompen con livianos chasquidos bajo mis pies. Es lo único que se escucha junto con los jadeos de Nala.

Siempre que salgo con ella en verano llevo una botellita, un cuenco plegable y una ristra de bolsas. Mientras le servía algo de agua, le he puesto el collar. Se deja sin oponer ninguna resistencia. Conmigo es mansa y confiada. Ato la correa alrededor de un eucalipto de tronco más fino y me siento con las piernas colgando sobre el desnivel que rodea un gran cañón. Un legado oxidado y casi atemporal de la Guerra Civil abandonado en los sesenta. Igual que el resto de las construcciones que componen la batería militar. Los viejos esqueletos de los edificios están llenos de grafitis de un amarillo gastado. La pintura, igual que el metal de las armas, se ha corroído en la crudeza de la intemperie.

¿Será esto lo que nos pasa a todos? ¿Acaso nos corroemos y es ahí cuando se ve nuestra verdadera cara? He reflexionado mucho dentro de mi recién adaptado papel como novelista porque un escritor debe, a veces, entrar en las profundidades más abisales de su mente. Con el riesgo que eso conlleva…

Nala se ha tumbado a mi lado. Saco la libreta de Frankenstein y veo mi propia letra: «¿Hablar con Cora?». Tal vez, después de esto, sí… Me coloco los auriculares y busco el siguiente interrogatorio entre los vídeos ocultos del móvil. Otra vez Antón. Y justo después de que su hermana lo señalase por una discusión que la hacía heredera del chalet de Cala Asterpot. Un enfado que sólo se entiende si tenéis en cuenta que Antón Rey era el tesorero de la Fariña. Él sabía que su modo de vida estaba en aquella casa.

Me resulta muy triste y a la vez muy revelador. Llevo la mano al lomo de Nala y dejo que las caricias la relajen. Yo ni por esas lo conseguiría. La voz de Teo Costas se cuela por el espectacular paisaje de Monteferro cuando pulso el Play con la vista fija en la pantalla:

—Otra vez aquí, ¿eh? —Parece que me lo diga a mí… Se burló repanchingado en la silla mientras otro agente sentaba al hijo de Ramiro.

—¿Le hace gracia?

El policía ladeó la mano en el aire en un inconfundible gesto de «así asá» mientras su compañero abandonaba la sala.

—Estoy entre la gracia y los nervios. Es que no le había escuchado en nuestro último interrogatorio y tiene una voz preciosa.

El hijo de Ramiro Rey le devolvió la sonrisa burlona y se recostó también en la silla. Chulería contra chulería.

—¿Qué quiere?

—El premio del euromillón. Pero supongo que no lo tiene encima. Así que pasemos a lo segundo más práctico: saber por qué mató a su padre.

—¿Y qué le hace pensar que fui yo?

—Minucias. Detallitos nimios y carentes de importancia… Igual tampoco debería darle tanto peso a que su madre haya dicho que usted lo odiaba y tenía motivos para hacerlo, y su hermana, además, confirmase que discutió con él por la casa de Cala Asterpot.

Todo aquello pareció cogerlo a contrapié porque la reacción fue abandonar la actitud chulesca y ajustar el trasero en la silla. Sonrío. Desde luego, Teo Costas sabía cómo hacer sangre.

—¡Anda!, ¿qué ha pasado?, ¿se ha quedado picueto? —Acompañó el tono burlón moviendo las manos delante de él con una especie de baile estrambótico.

—Me sorprende que precisamente mi hermana sea la que me acusa de algo así.

—Cuando el río suena…

—Pero de ella nadie ha dicho nada, ¿verdad? —Antón Rey dibujó una sonrisa confiada y sarcástica.

Teo Costas se llevó la mano a la barbilla. Sí, parecía que el hijo de Ramiro lo había intrigado…, y a mí también, por qué no reconocerlo.

—Estoy más perdido que Marco el día de la Madre… ¿A qué se refiere?

—Mi hermana descubrió… Algo.

—¿Qué es «algo»?

—Mi… mi padre…

—¡Arranque, coño!

—¡Mi padre le era infiel a mi madre!

¿Cómo? ¿Ramiro, *mi* Ramiro, era infiel a Cora, *mi* Cora? Pierdo la capacidad de control de mi cuerpo. De hecho, la recupero porque Nala me da un patazo y me hace algo de daño. He dejado de acariciarla, estoy boquiabierto y el vídeo sigue reproduciéndose. Ni me he dado cuenta.

¿Tantos años de matrimonio…? Pero si eran una familia feliz.

No entiendo nada.

Una mujer joven que empuja un carrito de bebé pasa cerca y me saluda alzando la mano. Sé que la conozco, pero no sé de qué. Aun así, soy cortés y devuelvo el gesto sin dejar de pensar en que, sea lo que sea, mi siguiente paso debe llevarme a Cora, tal como he apuntado, pero ¿estoy en mi derecho?

Me turba la dicotomía entre exigirle explicaciones sobre la infidelidad de su marido y respetar su privacidad, ya que no soy quién para intervenir en su vida personal. Por otro lado, ¿puedo escribir esto en un libro?, ¿revelar que era infiel? Tal vez debería cambiar el nombre de los personajes. Para no ofender a nadie en la vida real.

Decido relegar la idea a un segundo plano mental. Aparcada, momentáneamente, hasta que termine la grabación. Así sabré qué pasos dar. Antes de continuar con las caricias a Nala, retrocedo el vídeo casi un minuto. No puedo darle al Play. De nuevo un mensaje de María José preguntándome dónde estoy. Ni Maldini hizo semejante marcaje. Contesto enviando una foto paisajística sin texto y reanudo el vídeo.

—¡Arranque, coño! —bramó de nuevo Teo Costas.

—¡Mi padre le era infiel a mi madre! —repitió (no por ello dolió menos) Antón Rey.

Lo pauso, cojo aire y vuelvo a darle al Play.

—Muy bien. ¿Y qué? Echaba una canita al aire.

—No lo entiende…

—¡Pues explíquese de una jodida vez!

—Sonia se enteró. Se lo dijo a mi madre delante de mi padre y…

—¿Y qué?

—Pues que ella confesó que también.

Puedo ver una sonrisa de enorme satisfacción en la cara de Teo Costas. Ya había que ser mala persona para reírte viendo cómo una familia empezaba a desmoronarse.

—Menudos padres ejemplares, ¿eh? No me extraña lo bien que salió usted. Siga…

—Discutieron. Muy fuerte. Nunca los había visto así. Discutieron tanto que mi padre acabó amenazando a mi madre…

—Y su hermana enloqueció.

—Dijo que, si la tocaba, lo mataba. ¡Sonia amenazó de muerte a mi padre!

La confesión cayó como una losa en la sala… y en mí. El silencio se tragó todo. ¿Sonia?, ¿mi Sonia? Pero si… El móvil empieza a temblar en mi mano. Entonces recuerdo mis propias palabras. ¿No era yo quien había pensado que esa luz que desprendía Sonia Rey parecía a veces tan increíble… como impostada? ¿Escondía esa magia a una asesina?

Tengo que comprobar que la grabación no se ha parado porque veo el pecho de ambos subir y bajar. Primero el de Teo Costas, extrañamente calmado, segundo el de Antón Rey, agitado y rápido.

El policía movía la boca, pasándose la lengua por las encías y cerrando los ojos. Parecía pensar cómo gestionar la nueva información que acababan de darle.

—No le voy a mentir. Esto me ha pillado totalmente a contrapié…, pero no es suficiente.

«¿Cómo que no es suficiente?», pienso.

—¿Cómo que no es suficiente? —chilló Antón Rey.

—Es un motivo para investigarla, sí, pero la revelación que ella descubrió… Es más suave que la suya. Y lo sabe.

—¡Es usted un hijo de la gran puta! Está yendo a por mí.

—Qué feo eso que me ha dicho, pero se lo perdonaré. —El policía se encogió de hombros—. Dios dice que hay que poner la otra mejilla. Así que le ofrezco la mía donde llevo tatuado: «O me dice cómo coño mató a su padre, o lo acuso formalmente del delito».

—¡¿Pero cómo voy a matar yo a mi padre?!, ¿está loco?, ¿no ha escuchado lo que dije de mi hermana?

—Lo escuché y ya le he dicho que la voy a investigar. Y sí, estoy como una cabra, pero sé cuándo tengo delante a un asesino. Créame.

—¡Que yo no maté a mi padre, hostia!

—¿Y quién lo hizo?, ¿el Espíritu Santo?, ¿se le fue la mano con lo de embarazar gente?

—¡Eso tendrá que descubrirlo usted, que para eso le pago!

—¡¿Me paga?!, ¡¿usted?!

—¡Yo y todos los españoles!

—Ya tardaba en salir la tontería. Vamos a ver, yo quiero detener al asesino de su padre porque es mi trabajo y porque me jode que haya asesinos sueltos. Llámelo, no sé, inquietud profesional.

—Pues yo no soy. Así que póngase a buscarlo y déjeme irme a mi casa. O meta aquí a mi hermana.

—Qué pesado con su hermana… ¡Ya le he dicho que iré a por ella! Explíqueme cuál era su coartada para que deje de sospechar de usted… —Teo Costas se interrumpió a sí mismo. Agachó ligeramente la cabeza, como si quisiera darle más énfasis a la primera palabra de la siguiente frase—. Porque tendrá una coartada, ¿no?

—Cuando mi padre murió yo estaba dentro de la casa.

—¿Solo o con alguien?

Puedo percibir cómo Antón Rey valoraba su respuesta. Pensando en qué decir y sobre todo en cómo. El silencio delator llenó la grabación hasta que el hijo de Ramiro se atrevió a hablar.

—Con alguien…

—¿Quién?

—Un primo.

—¿Un primo primo?

—Un primo hermano. Estábamos…

—Metiéndose unas rayas.

¿Antón se drogaba? Tal vez en otras circunstancias me habría sorprendido, pero ahora sé que era el tesorero de los narcos. Y, además, en este vídeo he descubierto que mi mejor amigo engañaba a su mujer desde hacía años y que Sonia, su hija, podría ser una asesina. Esto me parece demasiado irrelevante.

—¿Cómo lo sabe?

Teo Costas tardó unos segundos en responder. Levantó las cejas en señal de sorpresa.

—Salta a la vista que consume. Ha sido pura deducción.

Antón Rey se calló. Entiendo que fue una intentona de no seguir hablando, algo que ya le había perjudicado en el primer interrogatorio. Teo Costas no lo dejó y continuó preguntando.

—¿Y ese primo suyo quién es? Porque necesito confirmar su coartada.

—Se llama Javier Marco.

—¿Dónde vive?

—Baiona. En un piso encima del bar que tiene su novia Rut.

—¿Me va a dar todos los datos en una misma frase o voy a tener que estar preguntándole como si le faltase un verano?

Antón Rey estuvo a punto de responder a la provocación. Fue muy claro por cómo echó la cabeza ligeramente hacia delante. La palabra murió en su boca justo en el momento en el que rozó los labios. En lugar de eso, tragó saliva y contestó.

—Viven los dos encima de O Petisco, en la rúa do Reloxo.

¿Cómo? ¿Rut? ¿La misma Rut que siempre nos servía a Ramiro y a mí? Se me están abriendo demasiados frentes.

Paro la grabación, abro el cuaderno de Frankenstein y apunto:

- Hablar con Cora. Infidelidad.
- Hablar con Sonia. Amenaza a Ramiro.
- Hablar con Cora y Sonia. Drogas Antón.

Empezaré por Cora. Seguramente será lo más sencillo. Si Sonia está en casa, incluso podré abordar la amenaza a Ramiro y también el tema de las drogas de Antón. A ver hasta qué punto de drogadicción llegaba.

Reanudo el interrogatorio intentando concentrarme. Aunque me resulta complicado tras la gravedad de las revelaciones.

—Él tiene unos treinta años y ella treinta y dos. Es alto, moreno, con la nariz bastante grande, pero guapo. Está bastante fuerte porque hace mucho deporte. Ella es guapa, bajita, rubia, con los dientes pequeños y muchos tatuajes *fine line*.

—¿Qué coño es eso?

—Finitos. De trazo fino, vamos.

—*Boh*. ¿Y por qué *carallo* no lo llama así? —Teo Costas no lo dejó responder y atacó con una nueva pregunta—. ¿Sabe ella que él consume?

—Para nada. Rut odia las drogas. ¿Por qué?

—Solo para tocarle un poquito los cojones a su primito cachas. Y, terminado esto, empiece a largar: ¿cómo fue la discusión con su padre?

—Ese día habían entrado en casa…

—Sí, sí, sí —lo cortó el policía—. Esa parte me la sé. Entraron, les robaron, blablablá… ¡Al turrón, *meu*!

«Idéntica referencia a la que ha hecho Sonia», pienso.

—Encontré el papel con la herencia en el suelo. Y, obviamente, abordé a mi padre.

Ramiro sí me había contado lo del robo, pero no había dicho nada de esa discusión. ¿Por qué?

—¿Y qué le dijo su papaíto?

—Que no iba a dejarle el chalet a Sonia. Que esa herencia no era la suya.

—¿Cómo que esa herencia no era la suya?

—Que su herencia estaba bien clara: todo al cincuenta por ciento para los dos hermanos y mi madre como administradora hasta que muriese.

—¿Y lo creyó?

—No. Obviamente no. ¿Cómo iba a creerlo? Tenía delante un papel firmado por él mismo que decía otra cosa.

—Y entonces un día se calentó de más… y decidió matar a su padre.

—¡No, joder! ¿No quedó claro ya que estaba con mi primo Javi?

—Lo que no entiendo, Antón, es por qué matarlo. Si hay un testamento donde deja la casa que usted tanto quiere a su hermana…, ¿por qué lo mata? ¡Si es la forma de que se cumpla ese testamento! No entiendo el plan. Y me considero un tío listo. A no ser que me reconozca que fue por un ataque de rabia. Podría alegar enajenación mental transitoria. Eso gusta mucho a los abogados.

Antón Rey golpeó la mesa con las palmas de las manos. Se levantó con la cara roja y la mirada iracunda apuntando a un Teo Costas que ni se inmutó mientras el hijo de mi amigo le gritaba a la cara. De hecho, el policía levantó la mano con parsimonia hacia la cámara. Supongo que era para que ningún agente entrase.

—¡Que no hay ningún plan, hostia!, ¡que no lo hay! —chilló—. ¡Yo no maté a mi padre!, ¡no lo maté!, ¡no lo matéééééé!

Teo Costas respondió con una calma desquiciante. La misma que había exhibido durante casi todo el interrogatorio. Primero manteniendo la mirada fija en Antón y luego añadiendo una sonrisilla de suficiencia.

—¿Lo ve? Enajenación mental transitoria —se burló Teo Costas—. Ya veremos si mató a su padre, Antón. Lo veremos. —Y sonrió con seguridad, algo que desquició todavía más a un Antón Rey que todavía intentaba digerir el sentimiento de ser acusado del crimen mezclado con la tristeza de perder a su padre—. No me fío de usted. Se va a quedar en prisión hasta que interrogue a su primito.

—Le recordaré su error cuando me suelte.

—Lo dudo. Yo no cometo errores.

La grabación se detiene. No hay más. Pero en apenas unos minutos de conversación he descubierto muchas cosas que hacen tambalearse mi fe inquebrantable en la bonhomía de la familia Rey

Vilaboi. ¿Había vivido engañado por Ramiro, Cora, Antón y Sonia durante más de treinta años? ¿Qué más escondían?

Cojo a Nala y echo a caminar. Se resiste a hacerlo, pero le pego un tirón enorme. Desmesurado…, y la miro con rabia. Sus ojos pardos, lastimeros por la incomprensión, me rompen.

Hay verdades que es mejor no saber nunca.

# 15

TEO COSTAS

Sí, amigos. Todo queda en familia. En este caso, en la familia Rey Vilaboi. Una familia modelo, conocida en el Baixo Miño, en Vigo incluso…, que no era tan perfecta como parecía. Igual hasta alguno de vosotros sabía de ellos. Pero no os sorprendáis tanto. Anda que no habréis visto reportajes donde sale algún *parvo* diciendo: «Pues era una persona muy educada» o «Saludaba siempre». ¿Qué esperan?, ¿encontrarse a un asesino en el portal y que diga algo tipo: «No te puedo saludar porque acabo de matar?». Tendrá que disimular, ¿no? ¿O vosotros no lo haríais si hubieses matado a alguien? Intentas aparentar normalidad, aunque no la sientas. O sí. Depende.

La cuestión es que en ese momento había gente disimulando sus pecados y mi objetivo era sacarlos a la luz. Tenía un hijo despechado por una herencia y, quizá, sólo quizá, capaz de matar… que se defendía atacando a su propia hermana por descubrir una infidelidad de su madre.

¿Qué me tocaba? Pues evidentemente interrogar a Sonia Rey y luego a Cora Vilaboi, claro, pero también al primito de Antón Rey y a la novia. Javier Marco y Rut Estévez. Nuevos actores para esta historia, sí. Y, antes de que os preguntéis si descubrí algo, ya os adelanto que sí. Mucho más de lo que imagináis. Porque todo el mundo tiene secretos. Malos, buenos, menos malos y más buenos… La cuestión es cómo afectan a tu vida.

Y si eres una de esas personas que está diciendo: «Pues yo no tengo secretos», por favor, léeme: sé que no es verdad. No me hagas indagar. Cuando me pongo a indagar, no hay NADA que se me

ponga por delante. Alguna medalla tengo por ello…, aunque sin reconocer exactamente cómo obtuve ciertas informaciones complicadas relacionadas con la Fariña.

¡Ah, sí! Lo otro que os preocupa. Estoy hecho una mierda. Me ha parecido escuchar «crítico». Y que esa palabra acompañe tu nombre es peor que apellidarse, no sé, Mier de Cilla, Calzón Palomino o Macías Pajas.

Unos señores vestidos con colores chillones me han estado toqueteando el brazo con menos delicadeza que mi primera novia. He notado un pequeño pinchazo. También me han puesto una máscara transparente muy guapa, como si Darth Vader se hubiera quedado sin presupuesto, y han dicho que traían una camilla. Aquí me tienen, esperando.

¿Por dónde iba? Ah, sí, los siguientes interrogatorios. Voy a ir por orden: empecé por Javier Marco y la novia. Así descubrí si Antón Rey tenía coartada. Después fui a por Sonia Rey para que me contase cómo reaccionó cuando supo que su padre engañaba a su madre. Especialmente porque, si mamá era la favorita, tal vez se había tomado la justicia por su mano. Y, por último, volví a Cora Vilaboi. Si tenía un amante, quizá se cansaron del marido y quisieron matarlo. ¿No creéis? Me encanta haceros estas preguntas cuando yo ya sé quién mató a Ramiro. Está en la cárcel por ello. Sólo me falta saber quién ha intentado matarme a mí.

Estoy tratando de hacer memoria. Saber qué pasó en mi propia casa por si hubiera algo que me ayudase a resolverlo. ¿Qué escuché? ¿Qué vi? ¿Qué noté? ¿Había algún objeto fuera de sitio?, ¿algún olor?

Un momento, sí. Sí había un olor… Olía a…

# 16

ALFREDO OTERO

Rosas, orquídeas, albahaca, bergamota… El ambientador de mi coche era una obsesión para María José y parecía que mil primaveras hubieran estallado sobre la tapicería. El limpiaparabrisas se esforzaba al máximo.

La tormenta arreciaba sin control, igual que había hecho por la noche. ¿Dónde estoy? ¿Por qué he venido aquí?

Todo empezó de madrugada. Era un búho en mi habitación, alternando pesadillas extrañas con periodos prolongados de insomnio. Acabé en el salón, con mi mujer farfullando y yo cobijado en el sillón bajo la luz macilenta de una lamparita que usamos para leer. Repasé la estantería visualmente. Dudé entre releer a Santiago Posteguillo, incluso las *Meditaciones* de Marco Aurelio… Pero finalmente abrí *La sonrisa etrusca*, de José Luis Sampedro. Uno de mis libros refugio. Esos que releo cuando tengo malos días… o malas noches. Aguanté un par de páginas hasta que los ojos me picaron.

No podía volver a la cama ni leer ni tampoco escribir. No me sentía nada lúcido. Y en esto pequé de incumplir un refrán popular: que tu musa te pille escribiendo. Tendré sesenta y ocho años, pero estoy en primero de escritura.

Me quedaba la opción de un pódcast o de un interrogatorio. No tardé mucho en decidirme, me levanté a por los cascos, giré el móvil para ponerlo en horizontal y pulsé sobre el que tocaba ahora: Javi Marco y Rut, el primo de Antón Rey y su novia.

Los dos eran jóvenes y guapos. Él tenía el cuerpo atlético, de futbolista, pero con más masa. Nariz grande, ojos grandes, boca grande… Sonrío por la broma soez que cruza por mi mente. Ella también era guapa, de mirada ardiente, dientes pequeños, pelo rubio recogido en una coleta y una piel radiante por el envidiable y primoroso efecto del verano.

Tal como había dicho Antón, tatuajes de trazo fino cubrían los brazos que terminaban en una manicura impecable, recién hecha. Tenía las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados entre sí y la espalda recta. Miraba a Teo Costas con firmeza, parecía consciente de la gravedad de todo. Javier Marco era el polo opuesto. La actitud era parecida a la de Antón Rey en ese primer interrogatorio cargado de chulería: repanchingado en la silla y con las piernas estiradas bajo la mesa. Rodeaba el respaldo de la silla de Rut con un brazo y tamborileaba en la madera. Con los dedos de la otra mano articulaba una especie de chasquido constante y rápido. Su mirada volaba por la sala, analizándolo todo, pensando que no debería estar ahí.

Si yo lo he notado, Teo Costas también. Y mi impresión me dice que este no es Antón. No tardaría en sonsacarle todo.

—¿Dónde estaba cuando mataron a su tío, Javier?

—En la cocina con mi primo. —Intentaba sonar seguro, pero estaba lejos de ello.

—¿Haciendo qué, bonito? —Teo Costas disfrutaba. Se le notaba. Tenía la misma mirada que un león que observa a una presa que aún no lo ha detectado.

—Hablar.

Los ojos ambarinos del depredador brillaban. La presa tenía la guardia baja. O, directamente, no había calibrado el peligro que la acechaba. Yo casi siento la lengua de Teo Costas deslizándose por los dientes, saboreando la victoria.

—Entre raya y raya, ¿no?

El movimiento de cabeza de su novia fue tan lento que asusta. Rut Estévez tenía los ojos muy abiertos. La boca se abría en un círculo

de decepción que apuntaba a su novio. Casi exnovio, diría yo, a juzgar por esa reacción.

—¡Ah, sí! No lo sabe. Bueno, su primo Antón ha confesado. —El policía tiró el pedazo de carnaza a Rut y esperó a que fuera ella quien atacara. Sin duda, Teo Costas estaba disfrutando.

—¿Es coña? —La voz de la chica temblaba de pura rabia.

Silencio.

—Eres un puto desgraciado, tío… —El golpe en el brazo que le propinó fue tremendo. Después volvió a pegarle. Dos, tres, cuatro veces, pero él no hizo nada—. Con lo que yo viví con esa mierda y mi hermano… ¡Hijo de puta!

Teo Costas acabó por levantarse y parar a Rut, ya fuera de sí. Intentó agarrarla como pudo, pero fue ágil. Y fuerte, sorprendentemente fuerte. No sólo esquivó la mano del policía, sino que se libró de su agarre. Y, aunque no destacaba por un cuerpo fornido, le sacaba una cabeza.

El policía reaccionó haciendo un gesto a la cámara. En cuestión de segundos, dos agentes entraron y sujetaron a Rut Estévez. Uno de ellos era enorme. Daba la sensación de que podría alzarla con un solo brazo.

—¡Dadle agua y calmadla! —ordenó Teo mientras la arrastraban fuera. Aun cuando había desaparecido del plano se seguían escuchando los insultos que lanzaba contra su novio.

Teo Costas volvió a su sitio sonriendo. Ni pizca del jefe impositivo que acababa de lanzar la orden a sus subordinados.

—Me ha encantado el espectáculo. Si soy sincero, Javier, lo he provocado queriendo… Su primo Antón ya me avisó de que su novia no sólo odiaba las drogas, sino que usted le mentía con que no consumía. Vaya huevazos, *meu*.

—Cabronazo, *cho.*

—¿*Cho*? Vaya, un malote baionés de manual, ¿eh?

—Yo no le hice nada para que fuera a joderme.

—¡Ah, no! Claro que no, Javier, por Dios. Yo soy así, ¿sabe? Me gusta ir jodiendo. Pero vamos al grano: quiero que me cuente con

todos los detalles cómo fue su estancia en casa de sus tíos, qué hizo con su primo en la cocina, qué hora era, quién podría haberse cargado a su tío… Porque fue feo, ¿sabe, Javier? Es feo meterse en una piscina, en el cumpleaños de un tipo, y estrangularlo con un cable de acero. Es de ser muy hijo de puta. ¿No le parece? Así que… ¡Hable! —Teo Costas estampó la mano contra la mesa metálica. El estruendo sobresaltó al chico, que retrocedió ligeramente en la silla.

—Pues… ¿por dónde quiere que empiece?

—Es igual que su primo, también le falta un puntito de cocción… ¡Que me cuente todo!

Javier Marco titubeó. Titubeó mucho. Se irguió en la silla. Intentaba que las manos acompañasen las palabras, el problema era que estas últimas no salían de ninguna manera. Y Teo no aflojaría. Eso lo tengo yo clarísimo.

—Nos…, nos metimos unas rayas en la cocina cuando escuchamos el grito de Natalia.

—¿Hora?

—Sobre la una de la madrugada. Había mirado el móvil un poco antes y eran las doce y media, así que habrían pasado unos diez o quince minutos.

—¿Cuántas rayas?

—Dos cada uno.

—Joder, bien serviditos. Muy bien. ¿Quién la llevó?

—La tenía Antón en su casa. No sé de dónde la saca, pero…

—¿Pero?

—Siempre tiene.

—¿Y no sabe de dónde la saca? ¿Pretende que me trague eso?

—¡Se lo juro!¿Para qué voy a mentirle, *cho*?

—¡Cómo vuelva a oírle un *cho* le meto tres días en el calabozo! Me invento algo de lo que acusarle y le juro que lo hago. —Javier Marco respondió asintiendo. Teo Costas siguió—: ¿Alguien más de su familia sabía que estaban ahí?

—No. Nadie.

—¿Seguro?

—¡Que sí, seguro! ¿Qué espera? Joder, tampoco vamos anunciando por ahí que vamos a drogarnos.

—No, pero pudo pillarlos alguien.

Javier Marco no contestó a eso. Y Teo Costas tampoco insistió. No entiendo muy bien por qué, pero Teo siguió preguntando sobre quién podría ser sospechoso.

—*Eu que sei*… A mi tío lo querían… —Javier Marco se encogió de hombros, resignado. No era la primera vez que se hacía esa pregunta—. *Non sei*. No tenía enemigos.

—No. Está claro que no. Por eso lo estrangularon. Dios mío. Espero que usted y su primo Antón no sean la parte inteligente de la familia. Escúcheme, sus padres, sus otros tíos… ¿Alguno había discutido recientemente con Ramiro?, ¿alguno tenía problemas con él?

—Nadie.

Esta vez sí sonó contundente y seguro. Por un momento, tengo una extraña sensación de orgullo, como si la confirmación de que todo el mundo quería a mi amigo fuese una medallita para mí.

—¿Antón hizo algo raro?

—¿Cuándo?

Teo Costas se pasó las manos por la cara, desesperado. Le estaba costando tener un mínimo de paciencia con ese chico.

—A ver, Javier, *bonitiño*, que me está empezando a tocar muchísimo las pelotas. Pruebo otra vez: se está metiendo rayas en la cocina con Antón, no lo pierde de vista y cuando él se entera de lo de su padre…

—No, a ver…

—A ver ¿qué?

—Que sí lo perdí de vista. Hubo quince minutos que Antón desapareció.

Teo Costas suspiró. Se cubrió la nariz y la boca con las dos manos formando un triángulo. Cerró los ojos. Estaba controlándose. O intentándolo al menos.

—*Cago en Deus*…, pero ¡¿por qué no me lo dice al principio?!

—Es que, bueno, fueron quince minutos de nada. Yo tampoco era muy consciente del tiempo…

—A ver, Javier… Y le pido por favor que se concentre muchísimo. Inténtelo con la única neurona que tiene y que va rebotando por el hueco vacío de ahí arriba. ¿Hay algo más raro que viese ese día? —Se lo dijo muy lentamente, haciendo pausas entre cada palabra, como si se dirigiese a una persona con algún tipo de problema neurológico. Una forma de hablar hiriente y cruel.

—Nada m…

—¡Shhh! Piense bien la respuesta porque como tenga que volver a llamarle le juro que me invento algo para joderle, ¿eh? Que ya se lo dije. Piénselo bien. Avisado está.

—Nada… Nada más, señor.

—¿Señor? —En la cara de Teo Costas había una expresión infantil, risueña—. Esto no es el Ejército, pero me gusta lo de «señor»… ¿Hay algo más o no?

—No…

—¿Está completa y absolutamente seguro?

—Del todo.

—Una última cosa. ¿Sobre qué hora perdió de vista a Antón?

—Fue antes de meternos las rayas… Entre las doce y las doce y media. En esa media hora. Pasada la medianoche.

—¿Y dónde fue?

—No lo sé. Cogió el móvil y salió.

Teo Costas sonrió. Después lo despidió con cordialidad. Entiendo perfectamente su alegría. Javier Marco acababa de confirmarle que perdió de vista a su primo, principal sospechoso del crimen y ahora encarcelado, en el periodo de tiempo donde cuadraba el asesinato. No sólo lo de Oporto jugaba en contra de Antón Rey…, y, sin embargo, tengo la impresión de que se me escapa algo.

Necesito reorganizar mis ideas, así que me levanto del sofá y voy al despacho a por el cuaderno de Frankenstein y escribo «Cronología».

No es la primera vez que la hago, pero ahora tengo bastantes más datos y nunca está de más repasar.

- Ramiro Rey es hallado muerto en su piscina comunitaria por su sobrina, Natalia Vilaboi.
- Los interrogatorios policiales apuntan claramente al hijo de Ramiro (Antón Rey). Cora y Sonia lo han señalado por la herencia y la discusión (¿móvil?).
- Antón Rey apunta a su hermana, pero niega todo. Javier Marco dice que perdió de vista a Antón 15 minutos (¿dónde fue?).
- Antón Rey compra un cable de acero en una ferretería de Oporto (¿por qué Oporto?). El dueño lo reconoce. Él lo niega, pero ese fin de semana sí había estado en la ciudad portuguesa.
- Antón Rey es, además, el guardián de gran parte del dinero de la droga del Baixo Miño.

No sólo acabo de crear unos cuantos capítulos para la novela, también he puesto en perspectiva la absoluta contundencia de las pruebas contra Antón Rey por mucho que me duela reconocerlo. Aun así, él negó en todo momento ser el culpable del asesinato de su padre. ¿Por qué?, ¿por miedo a lo que pensase su familia? Si incluso cumplía una condena más alta por no reconocer los hechos. Le ofrecieron un pacto si admitía el crimen, pero se mantuvo en su inocencia. Eso me chirría. Lo ha hecho desde el principio.

Con ese pensamiento de que algo se me escapa, he decidido ir a ver a Cora. María José sigue con esa especie de control obsesivo, así que me he duchado bien temprano y he alegado que me marchaba a la biblioteca de Baiona donde leería *La Gaceta de Vigo* y buscaría información para mi novela. Me encanta aquel lugar, más desde la remodelación de 2018. Antiguamente, había sido el hospital Sanctu Spiritus, un hospital de peregrinos del siglo XVI, pero ahora alberga uno de los registros históricos más importantes de la comarca. Y, además, es un sitio perfecto para disfrutar de la lectura en silencio.

Mi intención no ha sorprendido a María José, pero no he cumplido mi palabra. Hace unos minutos que he atravesado Baiona, dejando a mi izquierda el océano embravecido y las playas hechas desiertos ante la virulencia de la tormenta. El tráfico es lento, de luces rojas

sobre asfalto mojado y cuidadosas maniobras bajo la cortina de agua.

Mi madre, la que me llamó «el niño» hasta el fin de sus días, era natural de Getafe y siempre decía que, si sabías conducir en Madrid, sabías conducir en cualquier sitio. Creo que el axioma se rompe en cuanto inicio un ascenso por la típica carretera rural gallega mientras llueve sin cuartel. La subida a Monteferro ya no es tan complicada como antaño, pero resulta igual de agobiante.

Ya aparcado en Cala Asterpot frente a la casa de Cora, resoplo de alivio. La lluvia sigue cayendo sin piedad. He salido con mi cazadora habitual, una Barbour que María José me ha regalado hace dos años, y un paraguas enorme que llevo en el coche a modo de emergencia y que he recordado sacar del maletero y dejar en el asiento del copiloto antes de abandonar el garaje.

Ha sido la manera de no calarme entero. He dejado el paraguas abierto en la entrada de la puerta de casa de los Rey Vilaboi y he llamado al timbre. He ido tantísimas veces a ese adosado… He repetido tantas y tantas veces ese proceso del paraguas… Pero ahora lo hago sabiendo que Ramiro jamás estará dentro para meterse con mi altura y preguntarme si he encogido.

Ese sentido del humor tan suyo… Echo de menos a mi amigo. La amistad verdadera, igual que los recuerdos, es inmortal…

Han debido de verme por la cámara porque he empujado la puerta y se ha abierto. He atravesado el vestíbulo, pulcramente limpio, y he encontrado a Cora en el salón. Con un libro entre las manos en lo que ellos llaman zona de lectura. Está compuesta por un sillón de color burdeos colocado de modo que la luz de la ventana caiga sobre las páginas. La claridad del día baña las manos y el tomo, ajado y viejo, de *Amar en tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez. El repiqueteo de las gotas contra el cristal hace más bucólica la postal.

—Sabes qué te habría dicho Ramiro, ¿no?

Apenas levanto la vista del libro, noto el devastador paso del último año. La belleza nórdica tan característica de Cora Vilaboi, de

mi amiga Cora Vilaboi, ha desaparecido. El fulgor de los ojos, capaces de derretir mil inviernos, se ha extinguido. Tiene las ojeras propias del dolor y el llanto. A mí también se me habían manchado los ojos cuando murió mi madre. Las facciones, siempre marcadas, ya no resplandecen acotadas por arrugas de felicidad. Son cadavéricas, demacradas y pálidas. Sin embargo, lo que me provoca un vuelco al corazón es su ropa… Cora viste casi siempre con colores alegres, incluso excesivamente eléctricos algunos inviernos. Hoy día lleva un cárdigan gris sobre una camiseta negra, un pantalón negro y unas chanclas de tira que dejan ver un pie exangüe, con líneas amoratadas en el empeine que terminan en unas uñas descoloridas y descuidadas.

Trato de disimular lo que me provoca aquel aspecto desalentador. Qué sencillo es juzgar el dolor de los demás y qué contención de prudencia hay que ejercer para no cruzar la línea entre el interés y el morbo.

—¿Encogiste o qué, Alfredito? —respondo a su pregunta imitando la voz de mi amigo Ramiro.

—Siempre te hacía esa broma. Siempre. Y mira que habían pasado años…

—Le encantaba meterse con mi altura…

—Le encantaba meterse contigo. En general. —Cora Vilaboi se levanta no sin antes marcar la página por la que iba. Señalo el libro mientras viene hacia mí.

—¿No lo habías leído?

Ella se gira para mirar la portada. El pelo, recogido en una coleta alta y gris, no oculta algunas calvas en la zona de la nuca. El estrés le está pasando factura.

—Me lo había regalado Ramiro hará…, no sé, cinco o seis años. Pero nunca lo acabé de entender.

—¿Y ahora sí?

—Más. Entre otras cosas porque entiendo a Florentino Ariza… y lo que supone perder el amor.

Ojalá pudiese decir que actúo bajo el concepto tan extendido de lo que, se supone, debe ser un hombre. Que rodeo con los brazos a Cora, la atraigo hacia mí y la consuelo mientras ella llora y yo clavo una mirada decidida en el horizonte, motivado para lograr descubrir la verdad sobre el crimen de mi amigo… Pero no es así para nada. Ella no llora. Sólo me abraza. Cuando lo hace y tras su frase, las lágrimas vibran en mis párpados, luchando por no evidenciar la debilidad que me ha provocado su dolor.

—¿Qué quieres, amigo? —pregunté mientras se separaba.

—Hablar contigo.

—Me refería a de beber. Lo otro lo suponía.

—¿No podía venir a ver qué tal estabas?

—Con lo que te pedí… No. Era improbable, Alfredo.

—Café con leche, entonces.

—Ven. Creo que Sonia hizo una cafetera por la mañana. Y hablamos en la cocina.

—También quería hablar con ella…

—Déjala. No se deja ver últimamente… Ni te abrió ella.

—Bueno, tampoco es tan gra…

—Tuvo que hacerlo Natalia, Alfredo. Y ni es su casa.

—¡Ah, ¡¿tu sobrina?! Ni he visto su coche…

—Viene a hacerme compañía de vez en cuando, pero desaparece por la casa en cuanto la llaman por teléfono. Algún noviete…

—¿Y Sonia?

—¿Qué?

—Que qué le pasa.

—Me dijeron que le diera su espacio, visto lo ocurrido.

—Un año después no ha…

—No. No ha mejorado. Déjalo ahí, porfi.

—Déjame subir luego. Después de hablar contigo. Igual a mí sí me quiere contar algo.

Cora no me da el sí, pero tampoco el no. Como respuesta me sirve un café con leche en una tacita con un colibrí dibujado en rosas y verdes. Los habían comprado en Portugal, junto con el juego de

copas de cristal con rombos de la marca Vista Alegre. Yo también las tenía cuando era pequeño, a mi padre se las regaló un cliente. Le dijo que eran *biquinhos…* Yo pensé que hablaba de un dulce. Me quedó marcada la decepción.

—¿Qué tal estás?

—Triste, cansada, harta… Intento mantener la cabeza ocupada, pero me cuesta.

—¿Y volver a ejercer? —sugiero antes de darle un sorbo al café. Se nota que es de estos que ahora llaman de especialidad, no el abono reseco y barato que compramos la mayoría.

—¿Como ingeniera de minas? —Una sonrisa incrédula e infantil ilumina el rostro ajado. Por primera vez y durante unos segundos, rejuvenece—. Me tienes en muy alta estima.

—Fuiste la primera de tu promoción.

—De una carrera que no me gustaba y que estudié por obligación paterna.

—Pero llegaste a ejercer…

—Un par de años francamente tristes, sí… Esa opción está descartada.

Cora no aguanta más. Y lanza la pregunta que ha esperado hacerme desde que accedí a su casa.

—Dime que has averiguado algo.

Soy perfectamente consciente de que no puedo revelarle que tengo los interrogatorios. Si lo hago, corro el riesgo de que no me cuente toda la verdad. Al fin y al cabo, ese es mi único objetivo: la verdad. «La verdad por amarga que fuera», diría Sabina. Y, sin embargo, la única manera de descubrir qué pasó la fatídica noche en la que perdí a mi mejor amigo es romper con mis propios valores de ir siempre con la verdad por delante.

—No he averiguado mucho todavía, pero por eso estoy aquí.

Se echa café en otra taza y se sienta a mi lado, en la enorme cocina reformada hacía apenas tres años. Habían colocado una isla central, derribado una habitación contigua que servía de despacho a Ramiro dándole amplitud y modernizado todo el mobiliario en

colores negros, grises jaspeados y exentos de tiradores. Incluso habían cambiado los electrodomésticos por otros plateados de última generación y con pantallitas. María José siempre dice que cuando algún mueble lleva pantallitas es que no saben qué ofrecerte para que lo compres.

—¿Qué quieres saber?

—Si hay algo que no me hayas contado, Cora. Lo que sea. Piensa que esto no es ni por ti ni por mí, es por Ramiro… y por Antón. —Hago la pausa entre «Ramiro» y «Antón» con toda la intención. Dura un suspiro, suficiente para que caiga con el peso necesario de la culpa. Yo sé que Cora ha acusado a su hijo de querer matar a su marido. Necesito que me lo diga y también que me dé el motivo de dicha acusación. Obviamente, y gracias a los interrogatorios, sé que engañaba a Ramiro, pero es necesario escucharlo de su boca para no revelar mis cartas.

Mi amiga agacha la cabeza en un inconfundible gesto de vergüenza. Veo lágrimas amargas provocar diminutas ondas en la superficie plana del café. Levanta la mirada, de brillo inexistente y dolor incalculable, y rompe en un llanto amargo. Con pavorosa lentitud, se lleva los puños de las mangas a los ojos y aprieta antes de colocarse de lado y encogerse sobre sí misma en la silla.

Yo me levanto de inmediato, arrodillándome ante ella y poniéndole las manos en las rodillas. Noto el crujido de mi rótula al hacerlo. Igual la manera de que deje de llorar es que vea mi indignidad al levantarme. Porque sí o sí necesito apoyarme en algo. La voy abrazando hasta que se inclina para cerrarse sobre mis hombros.

La dejo. El consuelo siempre me ha parecido propio de valientes porque es difícil superar la incomodidad de ver a alguien vulnerable. Cora llora durante casi tres minutos. Lo hace a corazón abierto. Descargando un torrente de emociones sobre mí. Tengo la certeza de que hace mucho que no llora así y también de que no tiene a nadie con quien hacerlo. La vida la ha condenado a una jaula de soledad tras el asesinato de Ramiro, el encarcelamiento de Antón y el silencio de Sonia.

Cuando termina, se echa a reír con vergüenza y filtra entre dientes un «lo siento» de voz queda.

—No tienes nada por lo que pedirme perdón, Cora…

—Necesitaba… Hacía tiempo que no me desahogaba así. Da igual, amigo. Gracias.

—Tampoco tienes nada por lo que darme las gracias.

Me mira con dulzura y, por un momento, me parece que por sus ojos cruza una chispa de la vitalidad extinta desde hacía un año. Aunque sólo es un reflejo. Una vez que recupera la compostura, da un sorbo largo al café, resopla y me sonríe antes de hablar.

—Antón…

—Tenías claro que él no fue. ¿Por qué me pediste ayuda si no, Cora?

—Porque las pruebas no dicen eso, Alfredo.

—Sé esa historia, Cora. Sé que es una de las bases del encarcelamiento: Antón va a Oporto con su novia, compra el cable de acero, que es el mismo con el que matan a Ramiro, y encima el tipo de la ferretería lo reconoce. Pero no me lo creo… —Me quedo pensativo. No he caído en un matiz hasta ese momento—. Necesito hablar con la exnovia de Antón.

—¿Con Mónica?, ¿para qué?

—Para ver si Antón lleva o no lleva un año mintiendo.

—¿Por qué estás tan empeñado en el viaje a Oporto?

—Es la gran prueba contra él, Cora. Lo han encarcelado por ello, adjudicado el crimen de Ramiro. A tu hijo le han ofrecido reducirle la pena si reconoce el parricidio…, y sigue firme, insistiendo en su inocencia. Firme, Cora. No ha dudado en ningún momento. Eso hace dudar a cualquiera… —Me callo que Javier, su sobrino, había reconocido que perdió a Antón quince minutos de vista la noche en la que mataron a su marido.

—No fue él, Alfredo. O sea, yo quiero creer que no fue él… —Se calla de golpe sin terminar la frase. No hace falta. Sé lo que viene después. Cora Vilaboi es incapaz de vomitar ese «pero» que yo ya conozco y que permanece atascado en lo más profundo de su

corazón precisamente por el verdadero peso de la aporía: ¿se puede querer menos a un hijo… o la cualidad de lo inefable permanece independientemente de sus acciones?

—Cora…

—Lo acusé, Alfredo —confiesa.

—¿A quién?

—A Antón.

—¿Lo acusaste de qué? —Finjo desconcierto y asombro, aunque ya sé lo que hay.

—De querer matar a Ramiro.

Guardo un silencio medido y ensayado.

—¿Por qué?

—Nunca lo había visto tan furioso como cuando discutió con su padre por la herencia.

—¿Qué herencia? —Otra mentira necesaria. Sé perfectamente de qué habla.

—Unas semanas antes de que… ocurriese —sé que el verbo es «matar», pero ella no puede decirlo; no la culpo— lo de Ramiro, entraron en casa. Se llevaron los relojes de Ramiro, dinero y algunos documentos. No todos, pero revolvieron toda la caja fuerte. Dejaron todo desordenado y Antón encontró el testamento. Le dejaba a Sonia esta casa.

—¿Tú lo sabías?

—¿Yo? No. Ni de lejos. De hecho, pensaba que iba a dejar todo al cincuenta por ciento…

—¿Y qué le hizo cambiar?

—No lo sé, pero él sostenía que ese testamento no era el suyo.

—¿Cómo que no era el suyo?

—Que no era el suyo. Lo dijo una y otra vez. Y todos le decíamos: «Pero si tiene tu firma». Pero él insistía en que no había firmado nada.

—¿Le creíste?

—No…, y Antón tampoco. Y le gritó, lo insultó, sacó basura… Dijo que lo había protegido. Y Ramiro se enfadó muchísimo. Le dijo que

cómo se atrevía, que si no hubiera sido por él ni siquiera pisaría la calle.

—¿Protegido?, ¿protegido de qué?

Las lágrimas corren velozmente por sus mejillas, aunque no emite sonido alguno.

—¿No lo intuyes, Alfredo? ¿De verdad no sabes de dónde venía este nivel de vida que tenemos?

—El tesorero de la Fariña… —Recuerdo el mote que le había puesto la prensa a Antón. La condena sobre guardar el dinero a los narcos.

Cora asiente. Y lo hace con terror mientras le tiembla el labio de abajo.

Voy a preguntarle si ella envió ese e-mail acusador, pero la pregunta muere en mis labios ante una revelación aún peor.

—Ramiro también estaba metido hasta el fondo, ¿verdad?

# 17

TEO COSTAS

¿Perdón? ¿Estaba a punto de desvelaros a qué olía cuando me atacaron? Pues… no me acuerdo. Sinceramente.

¡Ah, lo siento, don Estoy En Mi Casa O En La Playa Bien A Gustito Enterándome De Esta Historia Mientras Teo Tiene La Cabeza Como Un Melón! A ver si ahora va a ser mi culpa perder el hilo de las conversaciones.

Me voy a tranquilizar hablándote de algo que sí sé. Lo que tenía claro es que Ramiro estaba metido hasta el puto cuello. ¿Cómo no iba a estarlo? Jodida prensa de los cojones y su san Ramiro. En este país se dulcifica a los muertos. ¿Y si resulta que era un cabrón?

Acusarlo era imposible porque no tenía pruebas, pero yo lo sabía de antes, claro. ¿Cómo suponíais que había entrado Antón en ese negocio? Esa fue su verdadera herencia. Miles de euros. ¿Qué digo miles? ¡Millones! Décadas llevando una vida cojonuda a costa de ser el tesorero de los narcos. A costa de no tener moral ni principios. Así todo es más fácil, ¿verdad?

Si queréis saber cómo lo hacía, buscad la historia de Cala Asterpot. Y, si no os acordáis, rebobinad. Adonis Asterpot pierde su dinerito porque folla pagando día sí y día también, esnifa todo lo que le entra por la nariz y bebe hasta que le revienta el hígado. ¿Y quién está allí cuando su decadencia alcanza el *summum*? Los capos que querían convertirse en ciudadanos honrados. Aprovecharon la ruina del inglesito para pasar de narcos a constructores. Y se lo permitieron con sobres. Pero ¿no os parece algo extraño que unos traficantes de droga se interesen repentinamente por una zona concreta de Monteferro?

Hoy en *Aprende con Teo*: «Mi instinto policial está atrofiado». A ver, lumbreras, ¿cuál era el gran capricho que había motivado, incitado, animado, a Charles «Forradito de Pasta» Asterpot a construirse la humilde mansioncita en Monteferro? Sí, la cala. No una cala cualquiera donde puede ir todo el mundo, aunque el acceso sea difícil. No, no: SU cala. PRI-VA-DA. Es decir, los tipos que metían droga en la zona dieron con un fulano que necesitaba dinero y encima tenía una cala privada. Vamos, que el negocio estaba hecho. Compraron los terrenos y el casoplón a Asterpot, el tipo volvería al *fish and chips* (valiente guarrada) encantado y los honrados «constructores» deshicieron toda la mansión, construyeron adosados y otra cosa mucho más importante. Bueno, importante se queda corto. Construyeron algo decisivo, imprescindible, clave para entender quién mató a Ramiro.

Y esa cosa es…

Es mejor que pare de contarlo aquí, ¿no? Así genero un poco de intriga. Tendría que haberme ganado la vida como narrador de historias. O cuentacuentos. Me habría ido mejor. Y tal vez lo hubiera hecho de no ser por lo de mis padres…

Sí. Eso también más adelante. Ahora querréis saber cómo está vuestro amigo Teo, ¿no? Bueno, en realidad no. En realidad os estáis preguntando qué es eso tan importante que construyeron los putos narcos cuando compran la cala Asterpot. ¿A que sí? ¿Qué es eso tan decisivo, tan imprescindible, tan clave…?

Pues a esperar. Que esta es mi historia.

Ahora mismo estoy en una cama de hospital. Es una habitación individual, creo. Nada más entrar, a la izquierda, está el baño. Huele a lejía. Esto de estar a punto de diñarla desata los sentidos. Menuda fantasía de olores y ruidos. La lejía, un médico que apesta a colonia barata, un enfermero con halitosis y una tía que huele a talco. No sé si se echa encima el bote de polvos de talco o es que el perfume huele así, pero me flipa.

Entiendo que me han estabilizado. Y, teniendo en cuenta la hostia que me dieron en mi propia casa, me parece un milagro. He

intentado abrir los ojos varias veces, pero no soy capaz. Imagino que estaré en coma o más sedado que un perroflauta de festival. Vete tú a saber. Sé que mi chica viene de vez en cuando por su colonia… Pero tal vez podría estar imaginándolo todo.

La verdad es que morirme me toca los cojones. Más ahora que espero una hija. Me había costado decidirme a dar ese paso y ahora que por fin lo doy llega un hijoputa o hijaputa y me deja la cabeza como un melón. Manda *carallo*.

Por cierto, ¿seguís pensando en qué construyeron los narcos en la cala?

Normal. Yo también lo haría.

Cómo me gusta tocar las narices. Si alguien me dijese que tengo que estar un día sin hacerlo, creo que me moriría.

¿Os lo cuento?

Un momento…, veo una luz… Una luz al final del túnel…

Túnel.

Del túnel.

Más claro no puedo ser, *amiguiños* y *amiguiñas.* Todos y cada uno de los adosados de Cala Asterpot estaban conectados por un túnel.

¿Tuvo esto que ver en la muerte de Ramiro Rey? Si usamos la aplastante lógica policial: si Antón Rey era el tesorero de la Fariña, ¿no debía él conocer ese túnel secreto? ¿Y si fue su vía de escape, o incluso su forma de llegar a la piscina? Tal vez bastaría con ausentarse de la fiesta… No sé, por ejemplo, ¿los quince minutos que Javier Marco dijo que lo había perdido de vista?

# 18

ALFREDO OTERO

Uno de los planes más típicos y tediosos del verano en Baiona es ir a Portugal. En Vilanova de Cerveira o Valença do Miño se celebran mercadillos los miércoles o sábados y María José me obliga a conducir hasta allí. A veces vamos con las niñas y el plan mejora ligeramente: compran, paseamos, tomamos una cerveza y acabamos comiendo en Chamosinhos, un sitio especializado en carne de cebú donde ya nos conocen.

El trayecto hasta allí trae a mi mente dos escenas: la primera, el inicio de *El resplandor*, de Kubrick. Los planos iniciales de la película se grabaron en una carretera conocida como Going to the Sun Road (ir al sol), en el estado de Montana. Esas curvas, esas subidas y bajadas rodeadas de un idílico paisaje que parecen conducirte al sol, me recuerdan a la carretera de Gondomar a Portugal que culebrea en una montañosa selva de eucaliptos.

La segunda imagen siempre llega cuando veo por primera vez la señal que alerta del peligro de animales sueltos. Imagino la escena del corzo, el jabalí o la liebre cruzando la carretera y mirándome con ojillos asustados sabiendo que puede morir. Esa mirada es una metáfora visual de la decepción. Si esquivas al animal, seguirás recordando siempre lo cerca que estuviste de tener un accidente. Si te lo llevas por delante y chocas, tardarás mucho en salir adelante tras un golpe de esa magnitud. Tal vez ni lo cuentes.

—Me lo ocultaste, Cora. Me lo ocultaste desde el principio. Defendí a Antón ante las cámaras, me pediste que investigase el crimen… ¿Y

no me contaste esto? Tú lo sabías. Esto podría haberlo cambiado todo.

—Alfredo…

—Lo sabías, Cora. Sabías que Ramiro estaba metido en ese mundo. ¡Y yo estuve dando la cara por vosotros! ¡Por mi familia! —Me tiembla la voz, pero ni soy capaz de gritar. La decepción que siento aplaca la furia que me ha golpeado repentinamente el estómago.

—¿Y qué iba a decirte? —Llora con la amargura de quien revela un oscuro secreto, pero también por sentirse liberada tras décadas de engaño—. ¿Que la calidad de vida que teníamos y todo el dinero de tu mejor amigo venía de aliarse con los narcos? ¿Eso querías, Alfredo?

—La merecía, Cora. La merecía y tú lo sabes.

—Nunca pudo jubilarse, Alfredo. Nunca. Durante años intentó huir de eso. La primera vez en cuanto nació Antón. Ahí sólo lo avisaron. Una amenaza y nada más. Eso me dijo, aunque estoy segura de que fue mucho más. La segunda vez… fue la grave. Un narco local, un tipo oscuro a las órdenes del Pailán…

—¿El rey narco de la trama de Cíes y Verné Dupont?

—Sí, el mismo. Él tenía súbditos y cabecillas en diferentes zonas. Dio la casualidad de que Antón acabó juntándose con uno de ellos. El amigo de un amigo de un amigo que tiene un trabajo, que le gusta la fiesta… Ya sabes. Cuando le ofreció entrar, Antón aceptó y Ramiro lo pilló.

—¿Cómo que lo pilló?

—Un conocido de Ramiro le dijo que le había parecido ver a su hijo con un chico que traficaba. Ramiro se asustó. Primero, porque sabían quién era Antón, y, segundo, porque no quería que estuviera metido en esto. Ramiro fue a hablar con el chico ese y después con su contacto para decirles que salían del negocio. ¿Sabes cuál fue la respuesta?

—No sé si quiero saberlo…

—Fue en el año 2004. Teníamos una cena con vosotros un sábado de febrero. El cumple de…

—¡El cumple de María José! Sí, me acuerdo. Pero el sábado por la mañana llamasteis a casa y dijisteis que Ramiro estaba malísimo con una gastroenteritis horrible… —Conforme lo voy pronunciando, voy dándome cuenta de mi ignorancia—. Me acuerdo porque le regalasteis un reloj que no se quitó durante años… Pero no había ninguna gastroenteritis, ¿verdad?

Cora sonríe con tristeza antes de explicarse.

—Asaltaron a Ramiro el día antes de la fiesta, un viernes. Nos estaban vigilando y sabían que ni Antón ni Sonia ni yo estaríamos en casa. Le dieron una paliza y lo colgaron del balcón de la primera planta bocabajo y en calzoncillos.

Palidezco. ¿Todo eso había pasado y yo sin enterarme de nada?

—Pero los golpes…

—Cubrieron a Ramiro con una toalla y lo apalearon. No dejaron prácticamente ni una marca más allá de un corte en la ceja. Él dijo que se lo había hecho…

—Al tropezar y darse con el borde de un escalón yendo al baño a vomitar. Sí, también me acuerdo…

Cora Vilaboi no dijo nada más. Yo tampoco. A veces, el silencio es lo único que se debe compartir.

Permanecemos en el mismo estado de quietud durante cinco, diez o veinte minutos. No puedo precisarlo porque el tiempo parece regirse por unas pautas diferentes durante ese rato.

—¿Pudieron hacerlo ellos, Cora, pudieron matarlo?

—Sí… Creo que sí —solloza.

—¿Y por qué no dijiste nada a la policía?

Cora suspira. Luego echa hacia atrás la silla y el chirrido toma la cocina. Se cierra los laterales de la chaqueta gris y mira a la puerta para asegurarse de que no entran ni Sonia ni Natalia. Especialmente esta última, dado que Cora desconoce dónde está. Mi amiga se agacha al lado de una enorme pachira que hay junto a la mesa,

inclina el macetero y los músculos de su fibroso antebrazo se tensan. Extrae lo tiende.

—Léelo tú mismo.

Siento que la carta pesa toneladas. Cora abre uno de los armarios sobre el fregadero, se pone de puntillas y rebusca encima de un montón apilado de viejos táperes. Saca un paquete de cigarrillos, me ofrece uno, que rechazo, y acto seguido enciende el suyo para echar el humo cerca de la ventana. Al abrirla entran algunas gotas y el silbido del viento se cuela bajo mis musitaciones:

> Ojito con sacar a Antón. Mas bale que todo siga como asta hora
>
> PD: Bss a Sonia

Leo en voz alta. La nota está redactada con una caligrafía pésima, a bolígrafo azul. Puede haberla escrito cualquiera, y sin embargo no es difícil adivinar de qué grupo de personas proviene.

—¿Dónde estaba esto, Cora?

—En el buzón. La dejaron justo después de que Antón entrase en prisión.

—¿Viste algo?

—No, pero…

—¿Pero?

—Todas las entradas de los chalets están grabadas…

—¿Y no…? No. Claro. No preguntaste por miedo. ¿Puede que esté grabado quién lo dejó?

Asintió antes de contestar.

—Si quieres saberlo…

—¿Cómo que si quiero saberlo? Cora, si quieres sacar a Antón, hay que arriesgarse.

Tras una pausa entre el dramatismo y la falta de convencimiento, mi amiga me indica el camino.

—Pregúntale a Antoñito.

—¿Antoñito?

—El guardia de seguridad. Hay de lunes a viernes. Puede que tenga todo…

—Cora…

—¿Qué?

—Voy a ir a hablar con Antón. Necesito la verdad sobre esto… Estamos hablando de algo muy grave.

Conviene con un gesto, derrotada y consciente de que la propia vida la está superando.

—Yo tenía concertada una visita mañana. Íbamos a ir Natalia y yo.

—Habla con el abogado y pídele que cambie los datos. Necesito ir, Cora. Quiero saber hasta dónde llegan estas amenazas. Puede que estéis en peligro… —Repaso la nota una vez más. Hay algo que me escama—. Cora, una cosa más. —Esta vez no espero su aprobación para seguir—. ¿Por qué dicen «que siga todo como hasta ahora»?

—Entiendo que se refiere a que Antón siga preso.

—Ya… Claro.

Pero no. No lo tengo claro. ¿Acaso hay alguien más ejerciendo de resguardo económico para el dinero de los capos de la droga?

Con ese pensamiento atravesando mi mente, me pongo la chaqueta Barbour. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Y eso que he usado paraguas. Pero, cuando llueve con ganas en Galicia, la única forma de no salir calado es resguardarse.

En la calle tengo la sensación de estar dentro de un huracán. El viento azota con violencia, la tormenta se revuelve, furiosa, con una lluvia incesante formando riachuelos de un palmo de ancho en los laterales de la calzada. Es imposible mantener limpios los cristales de las gafas. Me las quito y las echo al bolsillo. Soy un miope de manual, pero puedo distinguir las formas y, por supuesto, ir desde la casa de mi amigo a la garita de portería que había justo después de atravesar la valla con la C y a A en dorado tan características de Cala Asterpot.

Camino cinco minutos pensando que todavía no le he sacado a Cora el tema de la infidelidad ni a Sonia el de la discusión, pero ya tendré tiempo. Si tienen grabado quién dejó la nota en el buzón,

estaré más cerca de la verdad. En la garita encuentro a un chico alto, con barba de tres días, gafas y ojos pequeños y marrones. Me coloco la montura tras limpiar los cristales con el jersey que llevo bajo la chaqueta. Ahí lo distingo mejor. Antoñito, si es que es él, está recostado en una silla con pinta de incómoda y mantiene la mirada fija en una tablet que reproduce una serie, creo que fantástica porque vuela un dragón. Frente a él hay cinco monitores que reflejan la señal de cada cámara de seguridad, pero no les presta atención. El muchacho tiene las mangas de la chaqueta a la altura del antebrazo. En la muñeca derecha lleva un smartwatch, en la izquierda, un tatuaje con el símbolo de las reliquias de la muerte de Harry Potter (es lo que tiene ser padre de dos niñas lectoras de la generación milenial).

—Antonio, ¿verdad? —Levanta la vista, desconfiado. Le sueno, pero no sabe de qué. Respondo a la mirada con un aclaratorio—. Soy Alfredo Otero. Amigo de Ramiro y Cora. Creo que nos hemos saludado un par de veces. Me ha mandado ella aquí.

—Buenos días. —La frase suena sin las eses, con un andaluz cerrado—. ¿Cómo le puedo ayudar?

Pausa la serie y se levanta con la intención de salir de la garita. Lo freno como gesto de cortesía.

—No salgas. Mira cómo llueve. Sólo vengo a pedirte un *favorciño*. A ver si sería posible.

—Mientras —*mientra*— no me pida dinero.

Río por cortesía. Yo mismo he hecho la broma alguna vez, pero me parece tan anticuada que ni me hace gracia.

—No me atrevería a pedirle dinero a nadie. De hecho, no soy de pedir favores, pero… Enseguida entenderás la importancia. —Antoñito se queda callado, pero ya percibo que no le hace mucha gracia—. Necesito las grabaciones del 29 de julio del año pasado. Justo las del día siguiente a la muerte de Ramiro Rey.

Antoñito niega con la cabeza.

—Las grabaciones se borran cada dos semanas. Es un ciclo automático. Si necesita un día concreto, hay que contactar con la

empresa… Eso suele hacerlo la policía, porque sin una orden es muy complicado que te den los vídeos. —El acento andaluz se marca tanto que no puedo evitar la pregunta justo después de chistar de resignación.

—¿De Jaén?

—Montilla. Córdoba.

—¡Claro, Córdoba! Me encanta la ciudad. Alguna vez voy por ahí. Tengo unos amigos que viven en El Brillante.

—Eso es zona de dinero, ¿eh? —Me enseña los dientes con una sonrisa similar a la de un niño que ha dicho una maldad.

—Un amigo de la infancia al que le fue bien. Vaya chalet se compró…

Antonio, Antoñito para Cora, mira alrededor, a la hilera de adosados que se pierde entre la cortina de agua, y se echa a reír. Yo también. No puedo evitarlo.

—Yo tampoco vivo en uno de estos. Si te sirve.

Volvemos a reírnos juntos. Me cae bien ese chaval andaluz.

—Perdóname una pregunta, Antonio, pero ¿cómo acabas tú aquí?

—Es una historia corta: me enamoré, vine aquí con mi novio, que es óptico, y me tuve que buscar la vida. Salió esto y…

—¿Él es de aquí?

—De Vigo.

—¿Y prefieres Vigo o Córdoba?

—Córdoba, claro. —Vuelve a regalarme esa risa infantil, propia de un chiquillo jugando a algo—. Aunque reconozco que esto me gusta y me da tiempo para estudiar la oposición.

—¿Un opositor? Mi enhorabuena. Sólo el hecho de intentarlo ya te hace merecedor de la felicitación. Yo jamás me vi preparado.

—Se lo agradezco, pero me está costando. Es para policía nacional. De hecho…

Lo dejo hablar. Aunque para nada espero ni lo que va a decirme ni lo que voy a descubrir.

—¿Era muy amigo de Ramiro?

—Mucho. Un gran amigo. ¿Qué digo un gran amigo? ¡Mi mejor amigo! Crecimos juntos… En fin, no te quiero aburrir porque esto sí es una historia acorde a los sesenta y ocho que gasto. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que…

Estira el cuello para mirar detrás de mí. Cuando comprueba que no hay siluetas desconocidas, se agacha y saca un ordenador portátil. Es relativamente moderno, de estos que se doblan y pueden transformarse en una tablet. Gira la pantalla, toca un par de veces en la esquina superior derecha del escritorio y se abre una carpeta de la nada.

—¿Qué es eso?

—Una carpeta oculta. Pero no oculta como las de Windows. Oculta de verdad. Sólo tiene una coma por nombre y no tiene icono. Aquí guardo las grabaciones del día siguiente al crimen. Lo que me ha pedido, vamos… Pero…

Siempre hay peros…

—Los peros son una mierda, decía Ned Stark.

—¿También le gusta *Juego de tronos*?

—¿A quién no le gusta *Juego de tronos*?

—Nadie debe saber que yo tengo esto. Por favor.

—Tienes mi palabra, pero… Sí. Ahora me toca a mí el pero. —Le sonrío para aliviar un poco la situación. Parece que sirve—. Intuyo que si me dices esto es porque viste algo raro.

—Creo que sí. Quería decírselo a la policía, pero mi novio me dijo que era un paranoico. Que entonces empezarían a acusarme de haber grabado sin permiso y cosas de esas. —Asiento invitándolo a seguir—. Me tocó turno la mañana siguiente al crimen… Revisé las cámaras, pero en la piscina no hay por un tema de privacidad… Donde sí hay es en la entrada, en las farolas que apuntan a los chalets. Las revisé y me encontré… —desliza el dedo por la pantalla un par de veces más, pulsa sobre un archivo y me entrega el PC convertido en tableta— esto.

La imagen es nítida. Clarísima. Una persona camina con paso acelerado hacia el buzón de los Rey Vilaboi y mira a ambos lados antes de arrojar una carta al interior.

Dejo de escuchar la lluvia y su taconeo acuático contra el techo de la garita. Dejo de escucharlo todo para sumergirme de lleno en un silencio escalofriante. No hay lluvia. No hay gotas picando el suelo ni bombardeando con sonidos huecos el techo acristalado. No hay nada más allá de mis manos temblando. Es precisamente el reflejo de controlarlo lo que me devuelve al mundo real. Ese en el que mi amigo ha sido asesinado en la piscina. Ese en el que su mujer me pide ayuda y tiempo después confiesa entre lágrimas que ha recibido una carta con amenazas para no contarle a la policía que Ramiro estaba metido en el mundo del narcotráfico…

Ese mundo real en el que María José, mi mujer desde hacía más de treinta años, mete un sobre en el buzón de los Rey Vilaboi el día después de que encarcelen al hijo de mis mejores amigos por matar a su padre.

# 19

ALFREDO OTERO

Si la revelación de que Ramiro está metido en el mundo del narcotráfico como tesorero de la Fariña me ha parecido la decepción más profunda de mi vida, me resulta imposible explicar cuán inefable es la tristeza que siento ahora mismo.

Mi primer impulso es llamar a María José. Para reprochar. Para atacar. Y el segundo impulso, al que hago caso, es dudar. Tiene que haber algo que se me escapa. No puedo traicionar más de treinta años de matrimonio así como así. Tiene que haber una razón, pero en ese momento recuerdo el noviazgo efímero que mantuvieron en la juventud.

¿Y si había pasado algo y me lo había ocultado? ¿Y si su amor no se había terminado? ¿Era eso una carta de despedida?

El viaje de regreso a Baiona lo hago en un silencio incómodo, sepulcral y enloquecedor para una cabeza que no para de darle vueltas a la idea de la traición y la decepción. Sólo estaciono en una plaza de CARGA Y DESCARGA para grabarle un audio a Cora. Hay que ser precavido. Despacho a mi amiga, asustada por mi rápida marcha, con la excusa de que María José se ha caído y dado un golpe muy fuerte en la rodilla. Prometo la llamada de vuelta y envío el audio a toda prisa antes de incorporarme con precaución a la carretera.

Es entonces cuando reparo en que ya no llueve. Una diminuta isla azul se cuela entre la piedra gris del cielo. Dentro de ella, un círculo abrasador lanza rayos tímidos pero molestos sobre la carretera, obligándome a bajar el parasol mientras frunzo el ceño.

Mi cerebro pugna entre la duda y la certeza de que existe una explicación para todo. El problema es que la sospecha es como un faro en la niebla: brilla, te atrae, te guía…, pero cuando se revela hay rocas afiladas.

¿Estarán mis rocas esperando en Baiona, en mi propia casa?

He dejado todo para irme a hablar con María José. Ni la infidelidad de Cora ni la amenaza de muerte de Sonia a Ramiro… Ahora mismo, lo prioritario es María José. La «traición» de María José. Los porqués de María José.

Cuando llego a casa sólo está Nala. Me saluda efusivamente moviendo el rabo y enseñándome los dientes en una sonrisa tan fea como divertida. El mismo silencio tormentoso que me ha acompañado en el coche ha asaltado mi hogar. La claridad ilumina las habitaciones, edificadas sobre la base de toda una vida junto a mi mujer. Sin embargo, siento que la sombra de la desconfianza va trepando por cada pared, impregnando cada cuadro, cada fotografía… Me detengo a observar la copia de una imagen de nuestra boda (la original la guardábamos en el álbum). Está anclada, torcida, en el marco del espejo del recibidor como la eterna declaración de amor de dos jovencitos. La azotea de ese chico, ahora completamente despejada, luce un melenón castaño con raya a un lado. Las gafas son grandes, de montura dorada. La cara aniñada, contraste de unos pelos rebeldes que caen por la patilla convirtiéndolo en una estrella de la música inglesa. Así me veo, por lo menos. Sin duda, los años me han castigado…

María José, por su parte, luce la misma sonrisa franca y sincera que siempre ha tenido. Un velo le cubre la cara, aunque no logra esconder la mirada avispada, rápida, como una chispa atenta a cualquier cosa y reveladora de una inteligencia ágil. A mi mujer no se le escapa nada y no necesita preguntar. Hay un sexto sentido que la guía a detectar un problema: líos de amores de las niñas, un mal día en el trabajo… De hecho, lleva unos cuantos días diciendo que Elena está rara y lo achaca a alguna discusión con Nacho, su novio. María José se percata de todo lo que nos rodea. Eso siempre me ha

fascinado. Entre otras cosas, porque yo nunca he tenido esa inteligencia.

Yo soy concienzudo, meticuloso. Un tipo leído, amante de la literatura más compleja de lo habitual. Me encanta retarme con obras pomposas que me pongan a prueba. Mi inteligencia, por ende, nace de la palabra escrita y leída. No es natural, sino entrenada. Al contrario que María José. Sí, yo puedo sentarme delante de las niñas y sonsacarles qué pasa a base de paciencia, pero para lo que yo necesito horas, incluso días en alguna ocasión, ella lo averigua por un tono de voz más bajo de lo habitual, un comentario fuera de lugar, un despiste ilógico…

¿La habrá transformado esa inteligencia en una actriz indetectable? ¿Incluso en alguien capaz de engañarme con mi mejor amigo?

Ambas preguntas me provocan terror.

Arrojo las llaves de casa y del coche en el cuenco del mueble del vestíbulo. Es de cristal y tiene el Big Ben serigrafiado, recuerdo de un viaje familiar a Londres. Después dejo la chaqueta, aún húmeda, en el enganche de la alcachofa de la ducha. Reviso mi cara en el espejo: Cansancio y Ojeras, viejos amigos, me devuelven la mirada. Bufo y me lavo las manos a conciencia. Acabo de llegar a casa y he heredado esa costumbre de mi tío abuelo Marcelino mucho antes de la pandemia.

Paso del baño a la cocina, donde me deleito con dos líneas enteras de la tableta de chocolate amargo con almendras. «El chocolate es la piedra angular de una buena alimentación», dijo una vez un filósofo… Alfredo Otero, creo que se llamaba.

En ese momento, solo y sentado en el taburete de la cocina, insisto en darle vueltas a la idea de por qué María José habrá dejado esa nota en el buzón de los Rey Vilaboi tras el crimen. Y como buen pensador, leído, concienzudo y meticuloso…, me doy cuenta de que no tengo ni puñetera idea porque cualquier opción me parece tan inverosímil que no soy capaz de imaginarme a mi mujer haciendo algo tan horrible.

La mezcolanza del amargor y el dulce del chocolate sigue instalada en mi boca y me relajo ligeramente, aunque no logro que aquella idea de traición abandone mis pensamientos. La imagen de María José metiendo la carta en el buzón de los Rey Vilaboi me asalta y la espera se me está haciendo eterna. ¿Y si me voy a Vigo, a su clase de pilates, y directamente le pido explicaciones?, ¿o la llamo por teléfono?, ¿y por qué no un wasap? Lo descarto todo tan rápido como voy pensándolo porque las situaciones complejas hay que hablarlas a la cara. Algo de lo que yo me jacto de hacer tras décadas escuchándolo en boca de mi padre.

Decido hacer guardia en el salón. No opto por avanzar con ningún interrogatorio porque tengo demasiado ruido en la cabeza. De escribir, mejor ni hablamos. Intento, inútilmente, refugiarme en *Elogio de la madrastra*, de Vargas Llosa, pero también soy incapaz de concentrarme en la prosa del peruano. Releo las páginas varias veces y aun así no entiendo nada. Pienso en un paseo, eso siempre me ha ayudado, pero lo descarto porque corro el peligro de no encontrarme con María José cuando vuelva a casa. Cojo el móvil, miro la actualidad del Celta de Vigo, ya en puestos europeos con Giráldez como entrenador. Reviso el correo electrónico, me intereso por un artículo de *La Gaceta de Vigo*, a la que estoy suscrito, sobre los seis años que han pasado desde que el Torturador del Val Miñor mató a varias personas precisamente en Baiona. De ahí salto a otro sobre el crimen, aún sin resolver, de la periodista Andrea Lobo en un hotel de lujo de Vigo tras haber hablado con la única superviviente del Oso Rojo… Galicia está demasiado negra últimamente. Y ahora lo ocurrido con Ramiro.

Todo es muy interesante. El problema es que llevo ahí media hora, María José sigue sin llegar y estoy desesperado. Es entonces cuando escucho la música celestial en forma de ladrido perruno primero y las llaves colándose en la cerradura después.

—¡Alfredo, ayúdame, que vengo con compra!

Acudo rápido a la entrada. No por la petición de rescate, sino por la imperiosa necesidad que tengo de conocer la verdad. Cojo las

bolsas a toda prisa, las levanto como un veinteañero fornido y las llevo presto a la encimera de la cocina. La cara de María José raya entre el asombro y el desconcierto. Siento el alivio al soltarlas. Mi hábito de ejercicio consiste en pasear, así que levantar la compra de todo el mes me obliga a un esfuerzo ímprobo.

Cuando la cabeza de mi mujer asoma por la puerta, ya estoy mirándola con la furia creciente de la impaciencia que va envolviendo la sospecha.

—¿Por qué dejaste la carta en el buzón de Ramiro?

Nunca olvidaré su expresión. Por un momento me transformo en Medusa, ese monstruo ctónico de la mitología griega capaz de convertir a alguien en piedra con su mirada. Estoy iracundo, rabioso por la confianza perdida y también por estar convencido de que mi mujer pueda ofrecerme una explicación que evitaría cualquier reproche.

—¡¿Por qué dejaste la carta en el buzón de Ramiro?! ¿Teníais un lío? —Doy un paso hacia ella, amenazante. Ella retrocede otro en un temeroso baile de tanteo, pero sigue sin contestar. Lo cual me enfurece aún más.

—¡Contéstame! —aúllo con toda mi rabia y con todos mis celos infantiles desatados, debo reconocer. Una corriente de dolor me rasga la garganta, pero no articulo gesto alguno que me delate. Para mi sorpresa, María José no grita. Da otro paso hacia atrás, pero no hay horror en su mirada, sino estupefacción.

—No puedo…

—No me lo puedo creer… —De nuevo aquella decepción—. ¿Después de treinta años me engañas con mi mejor amigo?

—Pero ¿qué estás diciendo? No te he engañado nunca, Alfredo.

—Ramiro y Cora se engañaban mutuamente. Tú fuiste novia de Ramiro…

—¿Se engañaban mutuamente?

—¡Ah! ¿Te sorprende?

—¡Pues claro que me sorprende! Supongo que como a ti. —Ahora sí, se acerca hasta mí, manteniendo sus ojos fijos en los míos. Eso

me aplaca—. Y, además, no fuimos novios, Alfredo. —Sonríe, burlona —. Nos dimos dos besos tontos años antes de que tú y yo empezáramos a salir.

—Donde hay fuego quedan cenizas.

—Alfredo, por favor, que tienes sesenta y ocho años…

—¿Y qué?

—Pues que, con tu edad, igual es momento de no tener ciertos ruidos en la cabeza.

Me defiendo con un argumento irrefutable, dignificando sesenta y ocho años de conocimiento y lectura:

—Blablablá.

Tras la aguda burla infantil, guardo silencio, ligeramente avergonzado, pero me dura poco. Una oleada de furia me recorre el espinazo. Vale, tal vez he tenido un ataquito de celos absurdo…, pero lo de la carta es una absoluta evidencia. Lo he visto.

—¿Y qué me dices de la carta? La he visto… ¡Te he visto dejarla en el buzón, María José!

No responde.

—¿Te das cuenta de lo grave que es? ¿Te das cuenta de que coaccionaste a Cora para que no dijese nada a la policía? ¡Ellos podrían ser los asesinos de Ramiro!

—No lo entiendes, Alfredo.

—¡Claro que no lo entiendo, no me has explicado nada!

—¡Es que no puedo!

—¡¿Que no puedes?! ¡¿Cómo que no puedes?! ¡Que esto podría llevarte a la cárcel, María José, coño!

Mi mujer nunca ha sido de llanto fácil. Más bien lo contrario. El llanto no va ligado a la frialdad de una persona. Puedes ser un témpano, pero incapaz de controlarte. Mi mujer es lo contrario: cariñosa, calurosa, cercana, pero no llora. Mientras yo me emociono con cualquier tontería, ella mantiene el tipo en prácticamente cualquier situación. Y sin embargo, esta mañana de julio, un año después del asesinato de mi mejor amigo, María José estalla en lágrimas incontenibles. Me asusto cuando abre la boca intentando

coger aire, como si le faltase. Boquea como un pez, señalándose los labios mientras dos cascadas amargas le caen por las mejillas, empapando un sentimiento que todavía no es capaz de identificar.

Caminando hacia atrás, María José busca a tientas algo en lo que apoyarse y finalmente, agarrada a la encimera de la cocina, acaba dejándose caer al suelo, absolutamente devastada y rota. Liberada por fin de un año entero guardando un tormentoso secreto.

Yo sólo comprendo eso, pero necesito explicaciones. Desde luego si, como he sopesado antes, mi mujer es una fantástica actriz, está rozando el Óscar con esa interpretación.

Estira los brazos hacia mí y sólo entonces aprecio el miedo en un rostro contrahecho. ¿Qué la aterra? La abrazo antes de poder preguntárselo. Permanecemos así diez minutos, aferrados como dos niños. Cuando dejo de percibir el movimiento espasmódico que acompaña al gimoteo, la separo con delicadeza y sonriendo (actuando, mejor dicho) demando explicaciones. Brotan en una voz trémula y apenas audible.

—¿Te acuerdas de la noche que me robaron los 75 euros?

—La noche anterior a que encarcelasen a Antón.

Asiento antes de continuar.

—No sólo me quitaron el dinero, Alfredo. No fue un robo. Eso lo hicieron para disimular. Iba paseando a Nala y acababa de colgar con mi hermana. Ya conoces esto, por aquí, de noche, no hay ni un alma… No vi que se acercase nadie. Salió de la nada. Ni siquiera…

—María José, tranquila…

Apoyo la mano en su hombro. Después la beso en la frente con ternura. Es mi forma de decirle: «Da igual todo, estoy aquí». Resoplo antes de continuar y bajo las revoluciones pese al evidente nerviosismo.

—Un tío salió de no sé dónde, se puso delante de mí con una pistola y encañonó a Nala.

—¿Y la perra?

—Gruñía. Pareció detectar el peligro, pero no se atrevía a ladrar. Creo que, si lo hubiese hecho, me habría matado. De hecho,

amenazó con hacerlo si yo gritaba. Me ordenó que atase la correa a la farola. No sabía qué iba a hacerme, Alfredo… —No puedo contener más las lágrimas y dejo que broten con libertad, reviviendo un trauma escondido durante casi un año—. Obedecí muerta de miedo y entonces sacó un cuchillo y me lo puso en el cuello. Noté el frío del metal en la piel. Pensé que iba a matarme… Entonces sacó un sobre de la chaqueta y lo arrojó a mis pies.

—La amenaza a Cora…

Mueve la cabeza arriba y abajo en señal de afirmación.

—Me ordenó dejarla en el buzón. Antes de irse, volvió a mirar a Nala y me dijo que le diera lo que tuviese en la cartera. Le di los 75 euros. Y después… —Mi mujer comienza a hipar y temblar mientras sorbe por la nariz. Las lágrimas siguen cayendo, aunque aún no son una cascada. Yo intuyo que falta algo…, y es un golpe de gracia lo que rompe la presa—. Después atravesó el dinero con la navaja y me dijo que imaginase que eso era el cuerpo de Nala.

—¿Cómo sabía el nom…?

No me deja terminar.

—Y me dijo que le haría lo mismo a Marta y Elena si avisaba a la policía…

La oleada de pánico se manifiesta en forma de arcadas. Ahora el aire está faltándome a mí. María José me agarra del antebrazo y con la otra mano me acaricia la mejilla.

Yo no hablo y la presa que contiene el llanto de mi mujer está desbordada, esperando a que yo reaccione. Comienza a decir algo, pero ni una sola de sus palabras tiene sentido. O, por lo menos, yo no las entiendo… Entre todo ese pandemonio inconexo de frases titubeantes, distingo una que repite como un mantra al principio y al final de cada cosa que dice:

—Tuve que hacerlo. Tuve que hacerlo. Tuve que hacerlo.

# 20

TEO COSTAS

Tuve un profesor en la academia de Ávila, cuando entré para ser madero, que nos dijo que la clave para ser un buen policía es reconstruir. La verdad que como consejo no es malo, aunque la frase es una mierda. ¿Reconstruir qué?, ¿un lego?, ¿un puzle? La clave para ser un policía cojonudo, y ya os lo digo yo, que de esto sé un rato, es ser un *pesao*. No más listo. Eso no tiene que ver. No es difícil poneros un ejemplo de compañeros que tienen menos luces que una patera y que triunfan. Hace nada los estaban venerando en el cuerpo por «descubrir» lo del Pailán en las Cíes.

A Hollywood, y a mi chica, les encantan esas polladas donde un detective traumado con la muerte de su compañero crea un tapiz en la pared con fotos unidas entre hilos para descubrir al asesino. Pero eso no sirve de una mierda. Bueno, a veces sí, aunque es mejor usar rotuladores. Lo importante es: si quieres descubrir algo, usa el coco. No hay más. Déjate de hilitos, apuntes y gilipolleces: PIENSA. Las pistas están ahí, sólo hay que encontrarlas y deducir.

Os voy a demostrar lo importante que es pensar detallando algo que no os habían detallado hasta ahora. Porque seguro que estáis convencidos de que Antón Rey es inocente, ¿a que sí? Normal, estaréis escuchando la historia del pobrecito Alfredo Otero. Tan digno, tan correcto, tan culto…, y sin embargo el muy imbécil se niega a ver la realidad. ¿Sabéis que un hombre identificó a Antón Rey en Oporto comprando el cable de acero con el que asesinaron a Ramiro Rey? Sí, ¿verdad? ¿Y eso no os parece suficiente motivo para daros cuenta de que Antón Rey mató a su padre? Joder, si hasta arrojó el puto cable al mar… Alfredito «el Justiciero» Otero os está

convenciendo porque todo depende de quién cuenta «la verdad». Yo, para todo lo referente a ella, prefiero optar por una práctica más propia de Descartes: lo único indudable, para mí, es mi propia existencia. En lo relativo al resto, me cuestiono todo.

¿Qué?

A ver si os pensáis que Otero es el único que sabe leer y que fue al colegio.

Yo también lo hice, y hasta más o menos los nueve años fui un estudiante de la hostia, sacaba unas notas cojonudas. Luego ya pasaron cositas como lo de perder a mis padres y mi hermana, irme con mi tía y su novio maltratador, escaparme de casa… Esos detallitos que hicieron que no tuviera la cabeza muy pendiente de las mierdas filosóficas, pero algo recuerdo.

Aun así, no me interesa la filosofía. Me interesa que entendáis que toda esa pomposidad de Alfredo Otero (que habla de puta madre, no lo niego) está ocultando la realidad.

Yo sabía que Antón Rey era el asesino. Lo tuve clarísimo desde el primer momento. Pero sólo eso no sirve (por mucho que vuestro querido Teo tenga un piquito de oro para acusar a gente). Necesitaba pruebas y las encontré en Oporto.

Seguro que ahora Alfredo os contaría algo del cable para haceros dudar, pero dejad que os lo cuente yo: ¿sabíais que llevaba un trenzado típico de una empresa de fabricación de Borralha, cerca de Aveiro, y que comercializaba con todo Portugal? Este Alfredo Otero… ¡Qué *cosiñas* se deja de contaros! ¿Por qué será?

Vuestro amigo Teo, que es muy listito, fue un paso por delante y, sabiendo que Antón Rey había viajado a Oporto con su novia, Mónica, la interrogó. ¿Y sabéis qué dijo ella? Que hubo un momento donde Antón recibió una llamada muy rara y le dijo que tenía que hacer una cosa. Intuí que ese era el momento en el que había podido ir a comprar el cable, así que me acerqué a las ferreterías de Oporto cercanas al hotel donde el hijo de Ramiro se había alojado. Y sí, hubo premio: un empleado lo reconoció e incluso me dio una grabación.

Y, ante vuestra duda de por qué coño va a irse Antón Rey a Oporto para comprar un cable de acero, la respuesta es obvia: para no levantar sospechas. El problema es que ese cabrón no esperaba que yo fuese hasta allí para preguntar. Eso es ser un buen policía. Ni puzle ni mis cojones.

Bien, una vez que tenéis claro cómo lo hizo Antón Rey para comprar el cable, es lógico que queráis saber cómo llegó a la piscina cuando había un cojón de gente en la fiesta, ¿no es así? Aquí debo regresar a nuestra conversación anterior. Esa en la que hablé de algo decisivo, imprescindible, clave… Bueno, si no os acordáis tiráis p'atrás. La cuestión es que todos los chalets de Cala Asterpot están conectados entre sí por un túnel. Y esto lo sabe muy poca gente, pero, claro, el hijo de Ramiro era el tesorero de la Fariña… ¿Adiviináis por dónde mete el dinero? Lo único que hace falta es no tener visión túnel. ¿Lo pilláis? Túnel… De verdad, tenéis el humor más atrofiado que mi cabeza. Da igual. La cosa es que Antón desciende al túnel por el acceso de su casa, que conoce bien (no necesito deciros por qué), sale por la casa más cercana a la piscina, la de Cósima y Alberto, que, casualmente, estaban en la fiesta, y espera a que su padre se quede solo… porque lo conocía. Eso es lo más triste de esta historia, que Antón se valió de lo mucho que conocía a su padre para asesinarlo. Un verdadero hijo de perra.

Y ahora, si me lo permitís, voy a seguir durmiendo. Menos mal que las aguas van volviendo a su cauce, porque esa historieta fantástica de salvación que se inventa Alfredo Otero es acojonante.

Joder, tanto hablar de Alfredo Otero y parece que lo oigo en el hospital. No soy capaz de dormirme con ese timbrecito de mierda que tiene… Un momento, ¿por qué oigo su voz… junto con la de mi mujer? ¡Joder, no! ¡Esto es lo último que tenía que pasar…! ¡¿Qué coño hace Alfredo Otero en mi habitación?!

# 21

ALFREDO OTERO

No es la primera vez que veo a alguien postrado en la cama de un hospital y no por ello deja de impresionarme. El aspecto de Teo Costas es devastador e ingrato para un hombre que debe rondar los cuarenta. Ahora se mueve en la fina línea que separa la vejez de la adultez. Una edad indeterminada unida a la fastidiosa imagen de un cuerpo joven, denigrado por la bata de hospital, y ahora robótico, tomado por cables y tubos que se ondulan hasta las máquinas.

Para que comprendáis cómo he acabado en el Meixoeiro de Vigo, es importante retroceder al menos veinticuatro horas. Justo después de la terrorífica revelación de María José, cuando aclaró por qué había estado tan sobreprotectora el último año. El tonelaje del secreto la había hundido y, al liberarse de su indescriptible pesadez, había sentido la ligereza de la libertad. Flotó hasta el jardín, donde la seguí cual perro fiel.

La tarde de julio era calurosa, de cielo limpio, sol radiante y aroma a mar. La típica tarde de verano en las Rias Baixas que evidencia la falacia del «en Galicia siempre llueve». La hierba brillaba bajo mis pies como briznas de esmeralda. El muro gris de la casa de piedra se calentaba con la luz tibia del estío…, y sin embargo el invierno se había cernido sobre nosotros.

Me acerqué hasta mi mujer. Miraba por encima de la valla una carretera de Baiona que en ese momento no era más que una serpiente gris reptando entre el océano verdoso del monte. Coloqué las manos en sus hombros con dulzura y apreté con confianza.

—Lo que hagamos ahora podría determinar la vida de nuestras hijas, María José.

—¿Y qué quieres hacer, Alfredo? No podemos hacer nada. Si avisamos a la policía… Lo único que queda es obedecer y esperar. —Pese al tono duro y hosco, no movió los ojos de la carretera.

—No, María José. Sí que hay que hablar con la policía. Claro que hay que hablar con la policía. Si no lo hacemos, las estamos dejando desamparadas.

—¡No, Alfredo! ¡Las estamos protegiendo! Sabía que no tenía que decirte nada… —Sus ojos pardos, vivos, inteligentes, se clavaron en los míos. En ellos sólo brillaba el miedo.

—Las estamos separando de los únicos que pueden protegerlas. Si no confiamos ya en la policía, ¿qué nos queda? —Obvié que yo mismo no confiaba en ellos y que estaba investigando la muerte de Ramiro por mi cuenta… Y sí, siempre he ido con la verdad por delante, pero los valores importan hasta que tus hijos están en juego.

—La certeza de que no han venido a por ellas en un año.

—Que nosotros sepamos, María José. No sabemos si las han vigilado. Estás confiando en un fantasma. Quizá su seguridad sea un espejismo.

Calló y apartó la mirada. La posó en el suelo y supe que estaba calibrando su decisión. Tanto el «sí» como el «no» podían ser peligrosos. Y ella lo sabía.

Durante sesenta interminables segundos sus lágrimas bañaron nuestros pies en un llanto mudo e incómodo. Estrechándola entre mis brazos, sentí la fragilidad de una madre recorriendo su cuerpo menudo y también la indeseable vulnerabilidad que recubría aquellas lágrimas amargas e imposibles de olvidar.

Al alzar la vista encontró una presa a punto de estallar en mis párpados. Resistí, estoico. Comprendiendo que uno de los dos debía aparentar serenidad y control, aunque estuviese aterrado. Fue la primera vez que invertimos esos papeles. Normalmente, la dura, la irrompible, era María José. Entendí que, si en ese momento se había quebrado, mi obligación era ser su red de seguridad durante la caída.

Una vez calmada, optó por el sí. Hablaríamos primero con las niñas para que comprendieran la situación y después con la policía para poner en su conocimiento las amenazas recibidas. Optamos también por revelar que María José había dejado la carta en el buzón, pero solamente se lo diríamos a Teo Costas, el hombre que nos había interrogado y que dirigía la investigación del caso. Lo recordaba como alguien arisco, aunque competente. Tal vez yo, si no conociese a Antón Rey, también me hubiese dejado guiar por las pruebas y un relato incontestable.

Fuimos a buscarlo a comisaría y no lo encontramos. Aun así denunciamos y nos dijeron que se harían cargo tras unas tediosas preguntas. Cuando quise saber por qué Teo no estaba, un bigardo con la cara picada, que se identificó como *Nosequé* Marín, nos dijo que Teo Costas estaba ingresado tras sufrir un accidente y que no molestáramos. En un ejercicio de gallardía, vista la respuesta antipática que nos habían dado, María José pidió saber en qué hospital estaba para llevarle «unas flores por todo lo que nos había ayudado».

La respuesta, literal, fue: «En el Meixoeiro. ¡Y lárguense ya, coño! Que esto no son las páginas amarillas». Una contestación que, lejos de la intención desagradable, nos provocó una risa cómplice por lo antigua que sonaba.

No es que esté orgulloso, pero debéis entender que mis hijas estaban en peligro. Eso condiciona los actos y las decisiones de cualquier padre. Era Teo o nada.

Cruzamos Vigo en el SUV, todavía sucio por el baño de lluvia recibido al ir a ver a Cora. El coche se había conectado automáticamente a la biblioteca de mi móvil y por los altavoces vibraba el virtuoso piano de Ludovico Einaudi interpretando su *Divenire.* Era la música que usaba para relajarme. Parece que con María José también funcionó: estiró la mano con la palma hacia arriba desde el asiento del copiloto y yo solté una del volante para tomarla. Colocamos la unión cerca del cambio automático y nos miramos. Fue ella quien habló.

—Sabes que todo va a ir bien, ¿no?

Cómo habían cambiado las tornas desde hacía un par de horas… La red de seguridad en la que me había convertido, destrozada por una vulgar frase.

—Sí. Sé que va a ir todo bien —mentí. Y debí hacerlo con tan poca convicción que María José, dándome un apretón cariñoso, volvió a insistir.

—De verdad que va a ir bien, Alfredo. Ya verás.

—No van a tocar a las niñas —sentencié.

Mi única preocupación en el mundo era esa. Sabía que en su caso era exactamente igual, pero a mí, en ese momento, me nació el machito que todos los hombres tenemos dentro. Y eso que, como se dice coloquialmente, no tengo ni media torta.

Tuve la fortuna de ver cómo una mujer encendía su coche a lo lejos, así que aceleré sutilmente, marqué con el intermitente y esperé a que saliese para estacionar. No fue una maniobra de más de un minuto, pero sé que varios conductores pasaron a mi lado recordando a mis ancestros por tan pronta suerte.

Una vez en el hospital Meixoeiro, entramos en la floristería y compramos una planta. Bueno, María José entró en la floristería y compró una planta. Yo aguardé con la misma cara que ponían las niñas cuando eran pequeñas y, en la fila del supermercado, les decía que me esperasen porque me había dejado algo.

La planta era muy bonita, de hojas grandes y moradas y tallo fino pero consistente. Mi mujer me explicó que se llamaba *Anthurium lila*. Que se había decantado por ella porque tenía una estética que mezclaba la elegancia y la arrogancia, y que el color le transmitía calma y tranquilidad. Que era equilibrada en los tonos. Después me preguntó qué me parecía…, y yo respondí que era una planta morada muy bonita.

Si las miradas matasen…

Me obligó a sostenerla mientras sacaba el móvil y enviaba un mensaje con un tecleo frenético. Recibió la respuesta casi inmediata.

—Dice Rosiña que está en la quinta planta. Habitación sesenta y cinco.

—¿Eso no va contra la protección de datos? —pregunté, inocente. Rosiña era una amiga de toda la vida de María José. Estaba a sólo dos años de jubilarse como jefa de Medicina Preventiva del Meixoeiro.

—Le he dicho que un amigo nuestro había sufrido un accidente y que no sabíamos dónde estaba. Es Rosiña. No va a hacer preguntas… Pero vamos a ver, Alfredo —recrudeció el tono, como si recordase que tampoco eran necesarias tantas explicaciones. Total, sólo era su marido—. ¿Quieres decirle a ese policía lo que ha pasado o no?

Adoraba a mi mujer. Adoraba a mis hijas. Y por supuesto adoraba la capacidad que Dios me había concedido de comprender que en mi casa jamás tendría la sartén por el mango. Callé, asentí y caminé. El orden perfecto.

En la puerta de la habitación sesenta y cinco de la quinta planta, una joven embarazada hablaba por el móvil dando vueltas en círculos. Nerviosa, tensa y visiblemente agobiada. Llevaba un vestido premamá blanco, de tirantes anchos y caída holgada justo por encima de las rodillas, aunque eso no disimulaba la prominente barriga. Calzaba unas zapatillas blancas marca Autry. No es que haya estado nunca muy pendiente de la moda, pero conocía la firma estadounidense porque Marta también las tenía.

Supuse que sería la pareja del policía, aunque también podría ser su hermana… Calculé cuál debía ser nuestro siguiente movimiento. Y, mientras lo hacía, mi mujer se lanzó directamente. Viva el disimulo.

—Perdona, ¿eres la mujer de Teo Costas? —Se acercó con una delicadeza que ocultó el manojo de nervios que la dominaba prácticamente desde que me confesó la carta amenazadora hacia nuestras hijas.

La mirada fue de absoluto desconcierto. Primero analizó a María José y después a mí. Murmuró un «Ahora te llamo» y cortó la

llamada.

—Hemos ido a verlo a comisaría. Un compañero suyo nos ha dicho que estaba aquí…

—Lo siento, pero es que no sé quiénes son. Teo no tiene familia. No ha venido por aquí mucha gente más allá de sus pocos amigos… Y son en realidad los míos. Y sí, soy su novia…

—Soy Alfredo Otero. Su marido y yo… Bueno, nos hemos visto un par de veces. La última por la calle. Yo iba con mi hija Elena. Pero no vengo por eso. Soy…

—¿Alfredo Otero? ¿Es el portavoz de los Rey Vilaboi? —Asentí…, y fue como una señal de ataque—. ¿Qué se le ha perdido aquí? —La rabia contenida le brotó árida entre los dientes—. ¿Ha venido a regodearse?

—¡Por Dios, no! —saltó María José ofendida—. Si hasta le había comprado esta plantita.

La novia del policía la analizó, dudando si debía aceptar o no el regalo. No sabía de dónde venía esa actitud, pero empecé a sospechar que lo que le había ocurrido a Teo Costas no había sido un accidente y era mucho más grave de lo que pensaba. Finalmente cogió la maceta, la miró, murmuró un «Gracias» fútil y la dejó sobre un relieve que había a su izquierda, bajo el cartelito con el número de la habitación.

—No he venido a regodearme —tercié—, pero es que aunque quisiera tampoco podría hacerlo. Desconozco completamente qué le ha ocurrido a su… Perdone. No sé cómo se llama.

—Begoña —respondió con sequedad—. ¿De verdad que no tienen ni idea de lo de Teo?

María José y yo negamos. Al percibir la sincronización, empecé a plantearme que quizá un matrimonio con tantos años de convivencia adopta irremediablemente actitudes calcadas, similares a las de un ente unicerebral.

—Voy a por agua. Si quieren un café…

Comprendimos que se trataba de una invitación para hablar y la seguimos. Bueno, yo la seguí. María José la sometió a un tercer

grado. Ríete tú de los interrogatorios: que si cuánto le quedaba para dar a luz, que si era niño o niña, que si tenían pensado el nombre, que si estaba preparada su habitación, que si su embarazo había sido bueno o malo… Me sorprendió la cantidad de información que su cerebro fue capaz de recordar sobre los meses previos a la maternidad. Entendí que esa era una de las razones por las que Dios había decidido que fueran las mujeres las que tuvieran hijos. Imaginad que hubiésemos sido nosotros. Habría sido imposible que nos acordásemos con ese pósit que tenemos por memoria.

Una vez en las máquinas expendedoras, la invité a una botella de agua fría y por supuesto me agaché para extraerla de la boca metálica y entregársela. Me costó un poco levantarme y chirrié al hacerlo. Igual que cuando tuve que incorporarme cerca de Cora. Los sesenta y ocho no son muy discretos.

—¿De verdad no les dijeron por qué Teo está aquí? —preguntó mientras nos marchábamos. Sólo había una chica sentada en los asientos, pero entendí que quisiera privacidad.

—En comisaría sólo hablaron de un accidente. Nos lo dijo un tipo con la cara picada.

—¿Alto, con mala leche? —Asentimos—. Santiago Marín. Es el que resolvió el caso Verné Dupont en las islas Cíes junto con Nora Pardo y su compañero. Pero ni eso los salva. Son todos *tan* torpes… —Se pasaba la mano por la tripa, como si no quisiera que el bebé fuese consciente de su enfado.

—No fue un accidente, deduzco…

—No. No fue un accidente. Alguien entró en nuestra casa y atacó a Teo.

María José y yo nos quedamos petrificados.

—¿Cómo que atacó a…? ¿En su propia casa? —El tono de mi mujer mezclaba el asombro y el terror. No era la mejor historia para una madre de dos hijas que ha sido asaltada, amenazada y que lleva un año paranoica.

—Llamaron a la puerta, Teo abrió y lo golpearon con algo en la cabeza. Los médicos… —Gimoteó, aguantando el llanto—. Los

médicos no saben si saldrá… Ahora mismo está en coma. Han tenido que operarlo. No los he entendido muy bien, pero parece que del golpe tiene el cerebro hinchado y han tenido que reducir esa hinchazón mediante cirugía. No tengo la cabeza muy lúcida ahora mismo.

—¿Le suena craniectomía descompresiva? —Subió y bajó la cabeza despacio, en señal de afirmación—. Es para evitar que un edema expansivo pueda dañar el resto del cerebro tras un traumatismo craneoencefálico grave —intenté explicarlo gesticulando con las manos—. Se quita parte del cráneo para que el cerebro, hinchado, se expanda y el hueso no lo comprima y no haya presión. ¿Les han hablado de otra operación?

—Todavía no… ¿Por qué?

—Normalmente, en una operación así, el hueso que se extrae se conserva para una futura intervención cuando se haya reducido la inflamación.

—¿Es médico?

—¿Yo? —Sonreí, burlón—. Ojalá. Mejor me habría ido. Soy periodista, bueno, era. Lo que pasa es que leo mucho. Y escucho muchos pódcast.

—Demasiados —aclaró María José.

—Corrijo. —Levanté el índice en el aire, como un eficiente orador previa matización ante un público entregado—. No soy periodista, soy *todólogo*. Según mi mujer, claro. Porque dice que sé de todo.

Begoña me devolvió una sonrisa franca. Me dio la impresión de que era la primera que esbozaba con sinceridad en bastante tiempo. Había generado algo más de confianza.

La realidad era que sabía lo que era una craniectomía descompresiva porque a mi amigo Salva le pasó exactamente lo mismo tras sufrir un accidente de coche.

—¿Cree que lo ocurrido con su marido tiene algo que ver con Ramiro Rey? —pregunté.

—No. Sí. No estoy segura. —Ante nuestras caras, aclaró la decisión final—. No lo sé… Sé que alguien entró en casa y golpeó a

Teo en la cabeza.

Había repetido lo mismo tres veces. Era más que evidente que estaba en shock. Me parecía milagroso que no hubiera sufrido un aborto, visto lo ocurrido. Mi cabeza funcionaba rápido y, en ese momento, ya había conexiones confirmadas por Cora entre Ramiro y el narcotráfico de las Rias Baixas. ¿Y si mi difunto amigo era una figura mucho más importante de lo que pensaba? ¿Y si el encarcelamiento de Antón había supuesto un problema para la Fariña y se habían tomado la revancha? Sí, podía ser, pero entonces ¿por qué ahora? Si de lo de Ramiro había pasado más de un año, y del encarcelamiento de Antón también…, ¿qué había podido ocurrir para que ahora, justo ahora, los capos atacasen a Teo Costas?

—Begoña, ¿se llevaron algo de su casa?

—Nada. Por eso sé que fueron a por Teo… Entraron y lo… —Aguantó el llanto como pudo, pero tuvo que sentarse en una de las sillas que había fuera de la habitación, en una especie de sala de espera cercana. María José optó por cerrar aquel capítulo tras rodearla con los brazos. O intentarlo, al menos.

—No te molestamos más. Siento que tengas que pasar por todo esto. Y más en tu estado.

Se adueñó de nuestro espacio vital un silencio incómodo, roto por los sollozos ligeramente controlados de Begoña. El resto del hospital pareció callarse, solidarizándose con ella.

—Me he pegado dos días enteros buscando información sobre el coma… —dijo de pronto. Comprendí entonces que esa pobre mujer necesitaba hablar. Y además necesitaba hacerlo con alguien que no fuera de su entorno. Supongo que a veces los extraños son los únicos que no nos juzgan ni nos compadecen—. He estado meses buscando sobre el embarazo. Tengo tanta información que no sé ni qué es real.

—El sentido común —atajó María José con contundencia. Eso la hizo sonreír y prosiguió con su discurso.

—Teo me decía lo mismo… —Las palabras se le atascaron. Supe que no iba a tardar en llorar otra vez—. Que si me iba a contaminar

de información, que igual de malo es saber de más que saber de menos, que iba a volverme una maniática… —Y se cumplió: estalló en un llanto amargo y crudo otra vez. Hablaba hipando, como una niña en medio de una rabieta—. Y de pronto me va a dejar sola para criarla…

María José volvió a demostrarme su saber estar y la agarró para atraerla a sus brazos. La estrechó contra ella pese a que la novia de Teo Costas le sacaba dos cabezas.

—No te preocupes. Llora. Llorar es bueno. —Lo repitió en un tono tan meloso que fue como escuchar las primeras palabras de una nana melódica y tranquilizadora.

Cobijada en el pecho de mi mujer, Begoña, la novia de Teo Costas, se liberó del yugo del miedo y la pena hasta quedarse completamente vacía. Ante la situación tan difícil que la asolaba, era probable que rellenase pronto el tanque de lágrimas, pero de momento lo había vaciado y eso no sólo da tranquilidad, da lucidez.

—Perdón.

—No hay nada que perdonar.

—Ya, pero no es cómodo ver a alguien así. En fin. Decía que había leído mucho sobre el embarazo, pero llevo dos días leyendo todo sobre el coma y se supone que te escuchan. Eso encontré en una web.

—¿Le hablas? —quiso saber María José.

—Cada día. Le cuento del bebé, de la habitación de Antía…

—Bonito nombre.

—Gallego —repuso con chovinismo. Encogió los hombros, rebajando la ilusión.

—¿Notas algo en él? —se interesó mi mujer señalando la habitación.

—Todo… o nada. Ni lo sé. A veces tengo tantas ganas de que despierte que creo que ha movido un dedo, ha parpadeado…

—¿Le importa si…? —Indiqué hacia la puerta, solicitando el permiso. Me lo concedió mientras se acariciaba la tripa.

—Creo que en el fondo le caías bien —dijo mientras me seguía después de que la ayudáramos a levantarse.

—¿Yo, a Teo? ¿Por qué?

María José la dejó pasar primero adelantando el brazo con un gesto educado. Los tres entramos en fila india. La habitación estaba fría. Asombrosamente fría. Casi… desesperanzadora.

Me sorprendieron los cables, las máquinas y el aspecto robótico que le conferían a quien hacía un año me había interrogado en una sala de la comisaría de Vigo.

Ahora estoy en la habitación sesenta y cinco de la quinta planta del hospital Meixoeiro de Vigo contemplando el aparatoso vendaje que recubre la cabeza de Teo Costas. En el sillón contiguo a la cama hay una chaqueta de punto y nada más.

—Un día estábamos en casa viendo la tele —dice Begoña respondiendo a mi anterior pregunta— y apareciste rodeado de micrófonos…

—Hubo una temporada donde casi no podía salir a la calle. Afortunadamente para mí, la fama es veleidosa… —No debe coger la broma, porque ni sonríe. Simplemente sigue con el relato.

—… y Teo dijo algo así como «Ya está ahí el cabrón de Alfredo Otero».

—Cabrón es un piropo precioso, sí…

Sonríe. Tiene una sonrisa bonita, un pelín amarillenta. Supongo que del tabaco que se habrá quitado nada más conocer su estado.

—Conociendo a Teo, podría haber sido un halago. Decía muchos tacos. Era una de nuestras peleas para el futuro con la niña. Pero después dijo: «Es listo de cojones, Bego. Él controla a los periodistas, no al revés. Marca los tiempos de todo lo que dice».

—Bueno, nada como ser uno para saber cómo pensamos. Puse mi veteranía al servicio de los Rey Vilaboi. Nada más.

—No seguí tan de cerca la investigación como cree. Teo no hablaba mucho de eso. Es más, yo sólo sé lo que aparecía en *La*

*Gaceta* o en la tele. Intentaba no involucrarme.

—¿Él lo estuvo?

—¿Involucrado? Muchísimo. Se pegaba horas y horas sin dormir. A veces se iba a una casita diminuta que heredó en Meder y que utilizaba como retiro. —Su memoria debe volar al pasado, porque casi parece seguir un recuerdo con la mirada—. Vivimos en un piso pequeño en Príncipe, cerca de la sede del Celta. Su despacho no es más que una mesa plegable que tiene en nuestra habitación. Donde pone el ordenador y esas cosas. Se tiraba allí horas. Al final, por comodidad, me pidió ir solo a Meder para pensar.

Veo la oportunidad para preguntarle más… a la vez que veo la mirada de María José diciéndome que ese no es ni el sitio ni el lugar para querer saber esos detalles. Antes os comenté que normalmente nunca tengo la sartén por el mango. Lo bueno de ello es que aprendes a vivir sin que te importen ciertas cosas.

—¿Y por qué estaba allí tanto tiempo si lo de Antón lo tenía tan claro?

«Una vez más, si las miradas matasen, ¿eh, María José?».

—Ya le digo que ni seguí la investigación. Sé que Teo empezó a encerrarse muchísimo en sí mismo. Apenas hablábamos. Por aquel entonces ya estábamos intentando quedarnos embarazados…, y pensé que quizá fuese por mí, porque no quería tener hijos y no sabía cómo decírmelo.

Ahí, en mitad de ese recuerdo, me doy cuenta de que he metido la pata. Estoy obligando a una mujer a adentrarse más profundamente en un pozo del que ya le cuesta salir. Siempre me ha parecido curiosa la fragilidad de los recuerdos, capaces de disparar un torrente de dolor o mecernos en una explosión de felicidad en función de cuándo pensemos en ellos. Tal vez, si Teo estuviese bien, si estuvieran pintando la habitación de la niña, montando la cuna o viendo con su hija una película, Begoña luciría una sonrisa al recordar cómo se enfrascó su marido en resolver el crimen de Ramiro Rey, y, sin embargo, ahora sólo siente dolor.

—Será mejor que nos marchemos ya, Alfredo. Por favor. —Nunca un «por favor» sonó tan a orden.

El móvil empieza a cantar en el bolsillo, rompiendo la tranquilidad de la habitación y también la paciencia de mi mujer, que vuelve a dedicarme una de sus miradas. Ya lleva tres caídas de ojos mortales. Me va a costar cara esa visita.

Salgo al pasillo y veo el nombre de Cora en la pantalla junto a su foto.

—¿Todo bien?

—Eso digo yo, amigo. ¿Está bien María José? ¿Necesitáis algo?

Lo he olvidado. He puesto la excusa de la caída de mi mujer.

—Sí, todo bien… Se ha asustado. A esta edad que tenemos, ya sabes…

—Uy, calla. El otro día casi me caigo yo y no veas qué susto. —Hay un silencio incómodo. Ambos tenemos la certeza de qué pregunta viene a continuación—. Oye, Alfredo…, ¿te dijo algo Antoñito?

Ahí está.

Sé que ahora estáis recordando la infinita cantidad de veces que os he dicho que siempre voy con la verdad por delante (y sí, sé que me repito), pero nunca antes he estado en una encrucijada similar. Supongo que es en casos como este donde se ve cuán profundo han calado los valores vitales y sobre todo qué estás dispuesto a poner por delante de ellos. Yo lo tengo claro.

—No, no tiene las grabaciones. Por lo visto se destruyen cada dos semanas.

—Ya imaginaba…

—Pero oye, Cora, quiero hablar contigo de algo. Creo que es importante.

—¿Has descubierto algo que pueda ayudar a Antón?

¿Y ahora qué le digo? Porque la verdad es que no. No tengo absolutamente nada que pueda ayudar a Antón. Simplemente estoy viendo cómo el disfraz perfecto de mis amigos, los Rey Vilaboi, a los que considero mi propia familia, va cayendo lentamente.

—No estoy seguro —digo.

—El abogado te ha conseguido la visita con Antón para mañana a las 10:00 en la cárcel de A Lama… ¿Podemos quedar después? Así me cuentas también cómo has visto a Antón.

Acepto el trato. La despedida es corta. Diría incluso que algo fría.

Regreso a la habitación con la disculpa en el semblante arrepentido. María José me fulmina, Begoña no le da importancia.

—Nos vamos ya —ordena mi mujer.

María José le da dos besos a Begoña. Yo la imito. Y eso que no me parece el momento.

—Oye, Alfredo —me llama justo antes de salir por la puerta—, ¿tú quieres ver lo que estaba investigando ahora Teo?

No podemos irnos de la habitación. La máquina que monitoriza los latidos de Teo Costas empieza a pitar con frenesí. Los dientes de sierra de su línea vital son ahora una raya uniforme. Todos sabemos qué significa…

Teo Costas acaba de morir.

# 22

TEO COSTAS

Pero ¿qué mierdas voy a morir? No, no. Ni de coña estoy muerto. Sigo conectado a la maquinita y la línea esa ya es normal. Ni pitidos ni nada. Es lo que coloquialmente se llama un chungo.

No sé qué coño explicó el médico. No le hice caso. Bueno, ni a él ni a ninguno. Sí, soy de esa gente que se automedica y además me encanta. Me esnifaría los medicamentos efervescentes si no odiase tanto la droga. Pero vamos, que Alfredo Otero y su mujer estaban cuando vino el fulano y aclaró por qué me había dado un parraque. Preguntadle a él.

Tenéis muchas dudas, ¿verdad? Normal.

¿Me caía bien Alfredo Otero? No. Mi mujer se equivoca. La quiero, pero es demasiado buena. A mí Alfredo Otero me ronca un huevo… ¿Qué? ¿No lo habías escuchado nunca? Frase cortesía de mi mentor, que curiosamente también se llamaba Alfredo… Pero no viene al caso.

Alfredo Otero me caía mal, pero era listo. Y lo es. Sí, es cierto que dije lo de la prensa delante de Bego. Lo dije porque es la realidad. Los *periolistos* de los cojones saben dónde y cómo pinchar. Pues Alfredo Otero no caía; mostraba una serenidad, una paz… Supongo que en el fondo habla la envidia porque es lo opuesto a mí, pero me parecía increíble. Nunca lo pillaban a contrapié. Hablaba directo, sin tapujos, desarmando hasta a los opinadores estos de las mesas de debate. A esos sí que les tengo manía. Está todo lleno de maestros liendre: de nada sabe, pero de todo entiende.

En eso me recuerda un poco a mi difunto suegro. Si algo me da pereza de morirme es tener que volver a verlo. Aunque vista mi

forma de ser, tengo una parcelita bastante grande en el infierno. No sé si me dejarán subir a visitarlo si la diño. ¿Que por qué sé que él está en el cielo? Por favor, semejante meapilas. Hay que joderse. Como ese no esté en el cielo, ya no sé ante quién tienes que arrodillarte para que te den hueco…

No era mal tipo mi suegro, y eso que teníamos nuestras diferencias. Me llamaba Teodoro. De hecho, insistía en llamarme Teodoro. Y yo, que soy muy comprensivo, empecé a llamarlo «anormal» cada vez que se equivocaba. Fijaos qué curioso, que la segunda vez que utilicé su nuevo apodo recordó que yo me llamaba Teodomiro. Otra casualidad de la vida, ¿eh?

Murió hará unos cinco años. A mí me cogió de servicio y de noche. El buen señor estaba en un restaurante con su mujer, y el de arriba, al que le rezaba, decidió que se le cruzara en la garganta un trozo de carne…, y chao. Tanto rezo para morirte con setenta y uno mientras comes.

Bego lo pasó bastante mal. Se encerró mucho en sí misma. Estuvimos cerca de dejarlo, pero sinceramente yo no fui capaz. Para definir lo que siento por ella, suelo pensar mucho en la canción de un grupo que se llama Arde Bogotá cuya letra dice: «La salvación estaba dentro de un beso». Para mí, ella es eso. Fue mi salvación.

Me jode dejarla sola porque alguien decidió vengarse de mí. En el fondo es injusto que con todo lo que he sufrido tenga que escuchar a mi mujer llorando y no pueda hacer nada.

Cuando éramos pequeños teníamos una casa de veraneo en Meder, en Salvaterra do Miño. La construcción en sí era más bien escasa: dos habitaciones, un baño, un salón con cocina americana y ya… Creo que serían, no sé, unos cincuenta metros cuadrados como mucho. ¿Mis padres tenían pasta? Sí. Un huevo. ¿Podrían haberse comprado una choza más grande? Obvio, pero es que lo que molaba de esa casita era el jardín y sus tropecientos metros cuadrados en pleno monte. Fijaos cómo debía ser que mis padres nos tenían prohibido a mi hermana y a mí levantar las piedras por si había víboras.

Uno de los pocos recuerdos agradables que tengo con mi madre viene de esa casa. Era de noche y fue poco antes de *aquello*, así que tendría unos ocho o nueve años.

Estábamos solos los dos, mi padre y mi hermana ya dormían. Yo me había enfadado por alguna gilipollez que ni siquiera recuerdo. En una de esas frases de niño, mientras mi madre seguía intentando que yo comprendiese por qué me castigaba, le dije: «Es que es injusto». Os lo imagináis, ¿verdad? Con esa voz de pito que tenemos todos a esa edad y hablándole de justicia a una mujer con dos hijos.

¿Sabéis qué me respondió? «La justicia no es justa ni injusta, es justicia».

Parece una frase mala de una peli de superhéroes, pero me marcó. Y no sólo porque sea uno de mis pocos recuerdos felices con ella. Me marcó porque es una mentira como un piano de grande.

¿Cómo que algo no es justo o injusto? ¿Por qué yo, precisamente yo, que he tenido una vida de mierda, tengo que perderme el nacimiento de mi hija? ¿Por qué yo, precisamente yo, que he crecido sin familia, tengo que morirme cuando voy a formar la mía? ¿Por qué yo, precisamente yo, no puedo amar a mi hija como deberían haberme amado mis padres a mí?

Sí. La vida es injusta. Y además es injusta de cojones. Es injusto que yo me vaya ahora porque alguien entró en mi casa y me atizó en la cabeza…

Un momento… ¡Las pisadas! Joder, eran tacones.

¡Lo recuerdo!

¡Hija de la gran puta, ya sé quién eres!

# 23

ALFREDO OTERO

Afortunadamente, Teo Costas no ha muerto. El monitor Holter ha sufrido una alteración por un dispositivo electrónico que ha enviado ondas, modificado los valores y provocado esa especie de colapso. Nos han hecho salir a todos de la habitación y nos han explicado que pasa en ocasiones muy muy raras.

Los médicos llegan a tiempo, tranquilizan a Begoña y nos informan de todo como si fuéramos familia. Eso nos une algo más a ella. María José se muestra especialmente cercana y cuidadosa. Es una mano amiga cuando más se necesita. La pobre chica llama a su madre cuando ha recobrado la compostura para que vaya a hacerle compañía.

Regresamos a Baiona más tarde de lo debido, pero al ser verano las horas de sol son más extensas. Durante el camino llamamos a las niñas. Ambas están en casa y nos tranquilizan asegurando que ha sido un día de lo más relajado. Al colgar, se hace entre nosotros un silencio incómodo. Sabemos qué piensa el otro.

—¿Hay algo más que podamos hacer para protegerlas?

—Contratar seguridad privada. Pero no sé…

—Digo una idea de verdad, Alfredo.

—¡Era una idea de verdad!

—¿Cómo vas a ponerles seguridad privada a las niñas? ¡Eso llamaría todavía más la atención!

—¡Pues no sé qué hacer, María José, coño! Ya has visto lo que le han hecho a Teo Costas. ¿Y si son los mismos que te amenazaron?

—Alfredo, que estoy de tu parte…

Mi ceño fruncido se alivia. Curioso que haya tenido que recordármelo para que deje de atacarla. Sólo busca alguien con quien descargar mi rabia e imagino que el amor, o una de las partes feas del mismo, lleva implícita esa injusticia.

—Perdóname. Es que… me pone muy nervioso pensar en…

—No lo pienses. Creo que lo mejor es que vuelvan a vivir con nosotros.

—¿Seguro que no es mejor lo de la seguridad privada? —La broma le arranca una sonrisa. No la más amplia, pero una sonrisa al menos. Tras disfrutar de ella, continúo—. Pero es que no van a querer, cariño… Y con lo rara que está Elena últimamente, me da yuyu hasta sugerirlo.

—¿Se te ocurre otra cosa?

—Que no estén solas. Nunca. Al menos hasta que eso pase. Tienen a Iago y a Nacho. Y, si van a quedarse solas, nosotros vamos a por ellas.

Ahora María José sí que se ríe con ganas. Con muchas ganas. Y recuerdo que la risa de la persona que amas son las notas de la partitura de la vida.

—Igual que cuando te tocaba ir a por ellas a las discotecas: Basic, Ramallosa 2000, Villa Rosa…

—La de kilómetros nocturnos de carretera que me he comido por estas dos. Se bebían hasta el agua de los floreros y claro…

—Les echabas la bronca porque tenías que echársela, pero anda que tú no te ponías fino de joven.

—«La paternidad es lo más difícil que hay en la vida». Lo decía siempre Ramiro.

María José calla. Aún le apena hablar de él. Y eso que no tiene ni idea de su vinculación con el mundo del narcotráfico.

Tras cinco minutos donde el único sonido son suaves acordes del piano de Ludovico Einaudi, mi mujer rompe la tranquilidad resumiendo la conversación que habíamos mantenido con Begoña. Después decide asaltarme con la gran pregunta que yo tanto temo:

—¿Tú tienes interés en ver lo que estaba investigando Teo?

La verdad es que sí, aunque no me lo he planteado hasta el momento en el que Begoña lo ha dicho. Tal vez allí encuentre no sólo la clave para aclarar la inocencia de Antón, sino auténticas piedras preciosas que engarzar en mi novela. El problema es que no puedo decirlo de forma tan clara, así que esquivo la pregunta como puedo con medias verdades. No le convencen mis argumentos, pero no dice nada. Supongo que, igual que antes, ahí entran en juego las décadas de matrimonio y convivencia. El aprender que no puedes controlar todo lo que hace tu otro cincuenta por ciento.

El océano queda a nuestra derecha, pero no lo vemos. Las construcciones de casitas, naves industriales y pequeños negocios lo tapan. Vemos algún chalet en la zona de Nigrán con el que otrora soñábamos. Con arcoíris de hortensias azules trepando por puertas metálicas correderas de las casas. Con paredes de piedra gris desgastadas por el paso del tiempo. Recordamos el pasado, cuando éramos novios y jugábamos a que la imaginación volase como un fénix hasta quemar los sueños para después verlos renacer otra vez más grandes e intensos.

El tono de la conversación va decayendo fruto del cansancio. Pese a ello, tenemos tiempo para sentirnos afortunados porque tenemos más de lo que habíamos imaginado. Sobre todo porque, conforme la vida avanza, el tiempo y la salud ascienden en la pirámide de prioridades: «¿Imaginas cómo será la graduación de nuestras hijas? ¿Imaginas cómo será su boda? ¿Imaginas cómo será su embarazo?, ¿su parto?, ¿nuestros nietos?, ¿la boda de nuestros nietos?, ¿nuestros bisnietos?…». Y eso es lo que importa. Ni las casas ni el coche caro ni el barco ni nada. La vida. La vida junto a los tuyos.

Lo que voy a decir a continuación tal vez os parezca de mala persona, pero antes envidiaba a la familia Rey Vilaboi. No era una envidia malsana, nunca lo ha sido. Pero es inevitable comparar y darte cuenta de que la vida les dio mejor mano a ellos que a nosotros. Al menos al principio: mejor posición, más dinero, más lujos, mejor educación para sus hijos… O eso creía yo cuando

pensaba que el dinero puede comprarlo todo. Tardé años en entender que los valores no se pueden pagar.

Ese pensamiento que me atraviesa la mente se bifurca en dos conceptos. Detenido en un semáforo, mis ojos brillan presos del amor hacia la mujer que tengo a mi lado.

—¿Qué? —pregunta sonriendo.

—Tú —respondo fascinado por la curva más bonita de su cuerpo. Luego me llevo su mano a la boca y la beso con dulzura. Un gesto habitual, repetido miles de veces a lo largo de las décadas y no por ello menos romántico.

Al reanudar la marcha, y aún aferrando la mano de mi mujer, vuelvo al segundo y odioso concepto: tengo que llamar ya a Cora. Más que nada porque sé que al sentarme ya no habrá forma de ponerme en pie. Me sugiere venir por la tarde, pero le pido que se acerque hasta Baiona a eso de las 13:00. Así me dará tiempo a hacer la visita con Antón y volver. En este momento estoy exhausto.

Quedamos a la entrada de la fortaleza de Monterreal pegada a la playa de la Ribeira. No es un trayecto de más de veinte minutos desde mi casa.

Beso a mis niñas nada más entrar. Mejor dicho, las abrazo. Mucho y bien. Con ganas. Como sólo saben abrazar los progenitores. Representando en un gesto amoroso que la palabra inefable se inventó para definir qué sienten los padres por sus hijos.

Caigo destruido en la cama. Ni tengo ganas de leer. Ni Roma ni historia ni nada de nada. Sin embargo, esta noche me despierto varias veces. No recuerdo qué he soñado, pero sí que estaba Ramiro. Desayuno rápido y, cuando sólo queda Nala, salgo en dirección a la prisión de A Lama. Tengo poco más de una hora hasta allí si no cojo tráfico. La cárcel por excelencia de Galicia tardó cuatro años en construirse y se inauguró en 1998. Se hicieron muchos traslados desde la cárcel de Pontevedra. Hay cientos de reos, algunos muy famosos por el carácter mediático de sus crímenes. Entre ellos, Antón Rey.

Os ahorraré los tediosos detalles del inicio de la visita, así como de la entrega de documentación, papeleo y avisos del funcionario de prisiones de turno. Al entrar en la sala de visitas hay muchos presos recibiendo a sus familiares y conocidos. Me llama la atención un joven de camisa de rayas y pantalones beige que habla con un tipo desgarbado y gafudo. No parece una conversación agradable. Espero que la mía tenga otro cariz. Antón Rey me espera sonriente, vestido con una sudadera gris y unos pantalones deportivos negros. Lleva la barba cuidada, aunque tiene ojeras y ha adelgazado considerablemente. Sus ojos siempre han sido idénticos a los de Ramiro y la sonrisa también se parece, aunque tiene los dientes pequeños como los de Cora. Es un híbrido perfecto entre sus padres. Se levanta al verme y, con una amplia y cálida sonrisa, me envuelve en un abrazo.

—Esto sí que me dejó loco, ¿eh, Alfredo?

—Confío en que te dieran el aviso… Porque sé que esperabas a tu madre y a tu prima.

El hijo de mi mejor amigo extiende la palma de la mano hacia arriba, invitándome a sentarme en la silla enfrentada a la suya. La mesa que nos separa es diminuta, en tonos claros. Las paredes anaranjadas con puertas de madera de color huevo dan una sensación cerrada, lúgubre, contrario a lo que podría parecer por los tonos que las colorean.

—Me avisó mi abogado hace una hora o así —aclara mientras toma asiento. Se inclina para apoyar los antebrazos sobre la mesa y va directo al grano—. Cuéntame, ¿por qué ese interés en visitarme?

—Iba a preguntarte qué tal te adaptas y todo eso, pero supongo que lo considerarás un formalismo y una pérdida de tiempo.

—Llevo casi un año aquí, Alfredo. Mi entretenimiento es saber cosas de otros presos. Mira, por ejemplo, ¿ves a ese tuerto de ahí, a tu derecha? Está hablando con uno que creo que sale en la tele. Pues a ese cabrón lo llaman el Chosco. Un pederasta de mierda. Hace un tiempo mataron a su compañero de celda. Castelo, ¿te suena? —Niego con la cabeza—. Era de un clan narco. Da igual… Es

que esto es lo único que me mantiene entretenido —hay resignación en su voz—, el resto es un puto coñazo, pero es lo que me toca. Si quieres te lo cuento al final. Que en estas visitas el tiempo suele ir a toda hostia.

—Nunca había dejado las preguntas de cortesía para el final, pero tú mandas: imagino que tu madre te ha contado el encargo que me hizo, ¿no?

—Vas a demostrar que no maté a mi padre.

—Voy a intentar demostrar que no mataste a tu padre.

Antón sonríe, burlón.

—Veo muy poquita confianza.

—Confianza tengo, pruebas no. Por eso estoy aquí. Porque creo que todo esto tiene que ver con vuestra vinculación con los narcos. La tuya y la de tu padre —aclaro con una estocada directa.

—¿Lo sabes?

—Todo. Me lo reconoció tu madre el otro día.

Antón Rey retrocede con gesto extrañado, dejándose caer contra el respaldo del asiento.

—¿Así sin más?

—¿Cómo que así sin más?

—¿Mi madre te dice a qué se dedica realmente mi padre mientras tomáis café? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No exactamente. Tu madre recibió amenazas el día después de que entrases en prisión.

Antón Rey se pone tenso, ladea ligeramente la cabeza y frunce el ceño. La mano que se apoya sobre la mesa se cierra en una pinza rabiosa.

—¿Qué amenazas?

—Un anónimo con una ortografía horrible donde le advierten que ojito con sacarte de aquí. ¿Tienes idea de quién pudo enviarlo?

Los primeros segundos me sostiene la mirada. Luego la aparta, pero el gesto ha durado más de lo normal. Cómo si dudase si contarme algo o no.

—No. No lo sé… ¿Dónde lo encontró?

—En el buzón. Se lo dejaron ahí. ¿Seguro que no sospechas de nadie?

—No. Ya te dije que no —ataja muy rápido antes de volver a preguntar—. ¿Quién lo dejó ahí?

—No lo sé —miento—, pero tu madre se ha asustado.

—Sí, tanto como para correr a pedirte ayuda.

No le devuelvo la sonrisa sarcástica que me dedica.

—Tu madre está desesperada y asustada. Y me vas a perdonar, pero te hablo como alguien que te conoce desde que estabas en la tripa de mi amiga: por un hijo se hace lo que sea, Antón. Incluido pedirle ayuda a un jubilado que sigue aquí pese a descubrir que su mejor amigo desde que era un niño trabajaba para la Fariña.

Antón guarda silencio durante unos segundos. Veo en sus ojos el mismo atisbo de duda de hace unos segundos. Parece que esta vez sí va a revelarme algo. Antes de hablar, se asegura de que no hay más ojos que los míos puestos en él. Luego se inclina hacia mí y habla con la voz algo más baja:

—Alfredo, esa gente es peligrosa.

—Lo supongo. Son narcos.

—No. No sólo son narcos. Ellos no.

—¿Quiénes son «Ellos»?

—No lo sé. Pero insisto: son peligrosos.

—¿Qué me ocultas, Antón?

—Nada que necesites saber. Sólo te aviso: ándate con ojo.

—Gracias por el consejo. Ahora permíteme que te dé yo uno a ti: sé que sabes algo…, ¿por qué no haces un trato con la Fiscalía?

—¿No has leído el anónimo? Si canto, irán a por mi madre, a por mi hermana, a por… —Aguardo, expectante, pero se contiene—. Irán a por mi familia, Alfredo. No pienso ponerlas en peligro. Ni a ellas ni su calidad de vida. Mi madre nos hacía creer que no lo sabía, pero tonta no es. Por mucho que no ejerza como ingeniera de minas, nadie se saca una carrera así siendo retrasada mental. Mamá sabía lo que había desde hacía tiempo, pero supongo que los billetes son la mejor mordaza.

—No es justo que cargues contra ella, Antón.

—Y no lo hago, joder, pero se hacía la tonta y eso es una puta mentira. Con veintitrés años llegué a casa con la ceja abierta y el labio roto. Le dije que había sido una pelea y se lo creyó.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Porque una vez cuela, pero cuatro seguidas…

—¿Ajustes de cuentas?

Asiente como respuesta antes de seguir hablando.

—¿Alguien va a creerse que por tener un bar de copas en Vigo, por muy bien que me vaya, voy a ganar semejantes cantidades de pasta?

—La hostelería da mucho dinero —justifico.

—Y la ignorancia también —contraataca Antón en un nuevo envite contra su madre.

—Me vas a perdonar, Antón, pero ¿en esto no te metiste tú solito?

—Sí, ¿y?

—Pues que me parece de tener una zona inguinal bastante grande culparla a ella.

—Yo no la culpo de eso. Los culpo a los dos de esa educación de mierda que me han dado. De querer siempre más, de ser caprichoso, codicioso…

—¿Y a tu hermana Sonia también se la dieron?

—No quiero hablar de Sonia. —Es tajante. De hecho, se echa sobre el respaldo, hastiado. Creo que en el fondo ni él mismo cree que su hermana pudiese matar a su padre.

—Pues hablemos de otra cosa: ¿qué sabes del robo en vuestra casa?

—No me jodas, Alfredo. ¿Crees que por dedicarme a lo que me dedicaba le robaría a mi propio padre? No tienes ni idea.

Lejos de achantarme, me envalentona la falta de respeto.

—Si va de ti, siempre hay justificación; si va de los demás, no tengo ni idea o no quieres hablar. Es una estrategia bastante egocéntrica, ¿eh? Como no me expliques las cosas…

—No quiero hacerlo. Me da igual lo que pienses. Yo no maté a mi padre.

Levanto las cejas, suspiro y me quedo callado mientras mira hacia abajo, pensando. Antón primero mantiene los ojos clavados en mí y finalmente los aparta para perderse en un análisis de la sala de visitas.

—Voy a obviar tu falta de colaboración en algo así. Pero que sepas que la reacción de dejar todo como está ante las amenazas a tu madre me parece sorprendentemente cobarde. Y te lo digo desde el cariño que te tengo por conocerte desde pequeño. —Va a replicarme, pero no lo dejo—. Centrémonos en la noche del asesinato porque hay una cosa que no me cuadra: estuviste con tu primo Javier drogándote en la cocina…, pero él dijo que te perdió de vista quince minutos. ¿Dónde estuviste?

—Recibí una llamada y tuve que atenderla.

—¿Una llamada de quién? Porque eso no figura en ningún sitio.

—Una llamada de trabajo.

Vuelvo a suspirar, a levantar las cejas y a cerrar los ojos. Este interrogatorio me está resultando agotador.

—Antón, esto puede ser mucho más fácil. Yo sólo quiero ayudarte, pero sólo me respondes con evasivas y así es francamente imposible.

—Una llamada de algo relacionado con lo mío, Alfredo. Una llamada de esas que hay que atender sí o sí. ¿OK?

—No, OK no, Antón. Puedo creerte o no hacerlo. También puedes estar mintiéndome y haber aprovechado esos quince minutos para matar a Ramiro.

Vuelve a cerrar los puños, furioso. Desde luego, este Antón Rey no es ni parecido al joven que yo conozco.

—Alfredo, he aceptado estar aquí por el tema de la droga, pero no por matar a mi padre. Yo no maté a mi padre. Me da igual lo que digan las pruebas. Yo no compré ese cable en la ferretería de Oporto. Yo quería a papá. Mucho. Y no merecía lo que le hicieron.

Era una buena persona… —Le tiembla la voz y los ojos se le iluminan por las lágrimas contenidas que le titilan en los párpados.

—Nunca he puesto eso en duda, Antón. Yo sólo quiero sacarte de aquí y hacer justicia.

—Pues ahora mismo esto es todo lo que puedo contarte, Alfredo. Nada más.

—¿Por qué?

—Porque esa gente es muy peligrosa, Alfredo, joder. Son gente muy muy chunga. Más vale no tocarles los cojones. No es la primera vez que nos avisan. —Recuerdo aquella paliza sufrida por Ramiro hacía años que Cora me había revelado en nuestra última conversación. Esa en la que lo dejaron en calzoncillos y con la ceja abierta—. No me extrañaría nada que hubiesen amenazado a mamá. Si debo estar aquí para que ellas estén seguras, aquí me quedo.

—O sea, tú crees que fueron esos «ellos» de los que has hablado antes los que mataron a tu padre.

—Sé que no fui yo.

Insisto.

—Pero ¿por qué no quieres contarme nada?

—Otra vez. Mira, Alfredo, si fue esa gente… Todo debe estar muy atado. Pero me sorprendería que hubiesen matado a papá.

—¿Por qué?

—¿Qué ganan matando a su tesorero y culpándome a mí?

—Y, si sabes que no fuiste tú, ¿por qué no me das nada para ir a por ellos?

No dice nada, sólo niega.

Da igual cuánto insista. De nuevo aquella odiosa falta de colaboración. No estoy seguro de si calificarlo como cobardía o como protección. Por un lado, estar ahí metido le impide protegerlas; por otro, si él los conoce, sabe que, si se queda quieto, ellos no actuarán. Este último pensamiento me provoca ganas de vomitar porque yo sí he obrado ante las amenazas.

—Antón, sé sincero… ¿Cómo de peligrosos son? —pregunto evitando incidir en las amenazas que María José recibió la noche

después de que lo encarcelasen para dejar el anónimo en el buzón de los Rey Vilaboi.

Sonríe con tristeza. Me recuerda a Cora al hacerlo.

—Matarán a quien se les ponga por delante, Alfredo.

Esto me acongoja todavía más, pero yo no puedo hacer nada. Ya he actuado. Eso sí, obra en mí otro efecto: el de fortalecer una teoría que me planteé al leer la amenaza a Cora por primera vez. Ese detalle que me escamó también lo hace ahora y me parece que ha adquirido un tonelaje trascendental.

—Antón, una última cosa antes de despedirme… —Hago una pausa medida para generarle expectación, a ver si con eso baja ligeramente la guardia—. El anónimo que recibió tu madre decía una cosa más: «Más vale que todo siga como hasta ahora». ¿A qué se refieren?

—Supongo que a que no intente salir de la cárcel.

—¿No pueden referirse a que otra persona siga guardándoles el dinero tal y como hacíais vosotros?

—Imposible. Sólo éramos mi padre y yo. —La respuesta es tan automática que invita a dudar.

—Antón…

—¿Qué coño quieres que te diga, Alfredo? No hay nadie más en esa mierda. Mi padre y yo. Ya está.

—Eres consciente de que estás descartando automáticamente una vía que podría conducir a tu libertad, ¿verdad? Si hay alguien más aparte de tu padre y tú, una tercera pata, podría haber matado a Ramiro para escalar…

—No hay nadie más. —Lo dice en un tono tajante y separando las palabras con amenazante lentitud para dejar clara su veracidad.

Creo que miente, pero no voy a insistir en ello. El tiempo está cerca de terminarse y, sinceramente, tras lo acontecido ayer en el hospital, siento que las fuerzas me fallan. Me agobia enormemente pensar en las repercusiones que todo esto puede tener contra mis hijas. Aunque, es cierto, María José cumplió con sus exigencias. Por una parte, me siento liberado. ¿Qué somos nosotros más que unos

mindundis que se han relacionado con la gente equivocada? «Y tú la persona que está intentando sacar a Antón de la cárcel», añade mi cerebro en un tono asquerosamente marisabidillo que me da la vuelta al estómago.

Necesito irme de allí cuanto antes.

—¿Quieres que le diga algo a tu madre? He quedado con ella ahora.

—Que esté tranquila por mí. Que todo va bien. Y que la quiero. —Antón se calla, cavilando, y finalmente vuelve a hablar—. Díselo también a Natalia.

Asiento. Me sorprende que no me diga nada para Sonia, pero entiendo que sigue pensando que fue su hermana la que cometió el crimen…, y al final Natalia es quien lo visita a diario. Nuestro distanciamiento se evidencia en la despedida: del cálido abrazo de bienvenida al frío apretón de manos como adiós.

He sacado dos cosas en claro de aquella visita. Si esos «Ellos» están en el medio, debo andarme con más cuidado del que pensaba…, y mi sospecha está empezando a convertirse en una realidad: hay una tercera arista en ese triángulo del narco que formaban Ramiro y Antón… Pero ¿quién?

# 24

TEO COSTAS

No pretenderéis que os desvele ya quién entró en mi casa, ¿verdad? Dadle vueltas. Yo, mientras, quiero volver a algo muy muy importante: ANTÓN REY MATÓ A SU PADRE.

Vamos a ver, a Antón se le pierde de vista exactamente quince minutos y qué casualidad que es justo cuando matan a Ramiro Rey. Se le ve comprando en Oporto justo el mismo cable de acero que usan para matar a Ramiro. Todo son casualidades, ¿no? ¿El móvil de la herencia también? Las causas nobles pero absurdas como las de Alfredo Otero me ponen de una mala hostia… Es como creerte el alegato final de un tío condenado por follarse y matar a un crío. Y anda que no hemos visto de esos.

Además, quiero que hagáis una reflexión conmigo: Antón Rey no trabajaba precisamente para las hermanitas del Cojón Descalzo, trabajaba para los narcos. ¿Os pensáis que yo lo hubiese empapelado sin proteger a Bego?

De hecho, yo fui a por Antón Rey por ser el asesino de su padre, no por el tema de las drogas. La filtración por medio del correo electrónico llegó después, y no tengo ni idea de quién la hizo. Cuando ese ASESINO, que no olvidemos lo que es, estaba en pleno juicio, fue cuando entendí que había dejado a una organización criminal sin tesoreros, y eso es un problema.

Ahora mismo me extrañan dos cosas: la primera es por qué han venido a por mí casi un año después. La segunda es qué vincula a esta hija de puta con los narcos.

Supongo que otra pregunta bastante normal en un caso así es: ¿por qué no seguiste tirando del hilo, Teo? Bueno, la respuesta es

sencilla: se lo asignaron a otro departamento. Supongo que lo llevaría Antidrogas. No estuve muy pendiente. Yo tenía que resolver quién mató a Ramiro Rey y lo hice. Ahora la pregunta es: ¿resolverán quién me atacó a mí? Sinceramente, no tengo ninguna fe.

# 25

ALFREDO OTERO

Hago el viaje de vuelta desde la cárcel de A Lama en completo silencio. Ni pódcast ni interrogatorio ni nada parecido. Mis hijas están trabajando y a María José quiero contarle la conversación con Antón Rey cara a cara. Me preocupan esos Ellos y por supuesto el peligro. No puedo quitármelos de la cabeza, y se quedan instalados en un cuartucho trasero de mi cerebro, reservado solamente para las cosas capaces de inhibir mi capacidad de pensar.

Tras encerrarlos con llave y varios candados, me pongo a elucubrar sobre la novela. Ir imaginando opciones acaba por amenizar la hora de viaje hasta que aparco en la puerta de casa. Tal como bajo del coche, echo a andar hacia el punto donde he quedado con Cora. Valoro llevarme a Nala, pero declino la opción. Es una caminata larga y mi perra tiene artrosis. La edad no perdona y acabaría siendo un suplicio para ella. Ya le ha costado lo suyo recuperarse de aquel último paseo por Monteferro de hacía unos días.

Debo caminar una media hora. Estoy muy cansado, pero el paseo merece la pena y siempre me ayuda a despejar la mente. Cuando llevo cinco minutos y he dado vueltas más que suficientes a la novela y al encuentro con Antón Rey, valoro ponerme un interrogatorio de Teo Costas, pero estoy algo saturado, así que opto finalmente por un pódcast: *Esto merece una explicación*, de la periodista de RTVE Laura Madrid. Por mis auriculares inalámbricos, una voz femenina, suave y armónica, comienza a explicar la historia sobre un crimen ocurrido en Lavandeira, A Coruña, hacía más de diez años, por un lejano 2013. Una aleatoriedad cuando menos

curiosa teniendo en cuenta que yo mismo debo encontrar la verdad sobre un asesinato. Tal vez en el futuro podría hacer un pódcast de toda la historia de la novela, de la historia de Ramiro. Sonrío. Vaya idea descabellada. Ya quisiera yo hablar con la misma claridad que la locutora.

Mientras la historia del asesinato de Lavandeira me acompaña, me deleito con el precioso trayecto que une Ramallosa y Baiona. Decido ir pegado al estuario de A Foz. Ahí desembocan los ríos Belesar y Groba, y, cuando la marea es baja, puedo disfrutar de las gaviotas paseando entre la hierba o de las garzas blancas bailando sobre sus zancos negros.

Entre el océano y el estuario, una gran lengua de arena ejerce de ubicación privilegiada para el camping de Baiona y permite a los bungalows estar a pie de las dunas blancas de la playa de la Ladeira. Yo suelo ir allí a pasear con Nala, pese a estar prohibido.

Hago el camino pensativo y, sinceramente, algo perezoso. No es que no me apetezca quedar con mi amiga, pero prefiero quedarme en casa tras lo vivido con Begoña y Teo Costas… y el encuentro con Antón. Sin embargo, siento la imperiosa necesidad de preguntarle a Cora sobre esa infidelidad. ¿Y si ese amante se había cansado de compartir y decidió acabar con Ramiro? ¿Fue aquel asesinato un crimen pasional? La teoría de una tercera persona, ajena a la familia, me impulsa porque hay dos vertientes: el amante de Cora y también esa posible tercera pata que se haya sumado a Ramiro y su hijo. La posibilidad de escalar posiciones también tiene fuerza, aunque son pura especulaciones. Ni siquiera sé si es real.

Lo importante es cómo llegar hasta ese asesino o asesina. Si lo hubiera hecho el amante de Cora sería sencillo. Si era cosa de un narco, algún rey de la Fariña, tendría que conformarme con demostrar la inocencia de Antón, sin acusaciones.

Pienso en lo absurdamente enrevesado que estoy haciéndolo todo. ¿Y si únicamente estoy negando la realidad? ¿Y si todo este ejercicio de hilar interrogatorios, indagar en personalidades, en excusas y

coartadas… es realmente el rechazo a asumir que Antón Rey mató a su padre? ¿Me habrá mentido en plena cara?

¿Conozco casos? Sí. En España hay varios: el asesino de la katana, el asesino de Pioz… Hasta de algunos sucesos en el extranjero se han hecho series en plataformas digitales que yo he visto.

No puedo negarlo, la posibilidad de que Antón cometiese un parricidio es real. Debo contemplarla porque existe. Más teniendo en cuenta que lo reconocieron comprando el cable metálico en una ferretería de Oporto. Chisto en voz alta al darme cuenta de que no le he preguntado por ello. Tal vez deba volver a verlo en unos días… Él ha negado siempre haber entrado en ese sitio, pero había cámaras de seguridad grabando, un empleado que juraba que le cobró y que, además, lo hizo en efectivo. ¿Cómo se desmonta algo así?

Absorto en mis pensamientos he llegado prácticamente hasta Santa Marta, la primera playa de Baiona, frente a la única gasolinera del pueblo y donde aprovecho para comprar *La Gaceta de Vigo*. La marea está bajísima, por lo que las boyas rojas y amarillas están a un par de pasos del agua. Un grupo de chicos juega un partido de fútbol y el griterío se mezcla con los graznidos de las gaviotas y los coches. Avanzo por el paseo, bien pegadito al mar, dejando a la izquierda los edificios de apartamentos Puga, llamados así porque antiguamente se ubicaba allí una fábrica de conservas de idéntico nombre. Barcas y gamelas son acunadas por un Atlántico calmo y bañadas por un sol radiante. El aparcamiento del puerto deportivo está lleno en esta época.

Un poco más adelante están la lonja y el paseo marítimo. Empiezo a escuchar el bullicio desatado del verano baionés. En la acera enfrentada al mar, las terrazas rebosan de cafés, batidos, gofres y helados en cucuruchos y tarrinas. Por el lado por el que yo camino, el muro elevado unos metros sobre el océano sirve de asiento a la infinidad de turistas y nativos que se han quedado sin sitio en las terrazas y disfrutan allí de sus dulces.

Muchos, muchísimos, veranos he sido uno de esos padres que contentan a sus hijas con un helado. Ahora, décadas después, sigo

invitándolas si pasamos por la zona. No por una cuestión económica, sino por el recuerdo que me trae hacerlo. Pienso en Marta, en Elena, en los paseos con cada una agarrada de una mano mientras con la otra saboreaban el manjar gélido. Felices, ajenas a las preocupaciones. A veces incluso con Antón y Sonia, con Ramiro, con Cora… ¿En qué momento el tiempo se ha acelerado tanto?

Giro a la derecha una vez que llego a la Ribeira, dejando la playa bajo mis pies. Es uno de los pequeños arenales por excelencia para la infancia baionesa. De hecho, es adorada por los niños y rehuida por muchos adultos que buscan paz. Yo mismo dejé de ir en cuanto las niñas se convirtieron en adolescentes.

Camino hasta la entrada de la fortaleza. Espero durante cinco minutos a Cora, incluso veo su coche entrando en el aparcamiento de la Palma. Pese a lo carísimo que es ese vehículo, no lo envidio. Entiendo que no es más que la maldición de la fosa en la que se había sumergido Ramiro y de la que no le dejaron salir.

—¿Qué tal estás?

Sonrío, fraternal, mientras camino hacia ella con los brazos abiertos, inequívoca oferta de abrazo. Tiene mejor aspecto que el día anterior. Se ha enmarcado los ojos en dos rayas negras. Los bloques de hielo de su mirada ya no se derriten en lágrimas amargas, aunque siguen abatidos y carentes de brillo.

—Cabreada contigo. —Deja que la arrope y devuelva el gesto, llevando las palmas de las manos a mi espalda—. ¿Cómo se te ocurre irte y decirme por mensaje que se había caído María José? Te habría acompañado… —asegura mientras se separa.

—Ni me di cuenta, Cora. Perdona. —Ella sonríe. Yo sé perfectamente que no hay reproche en su voz—. Pensé que podríamos dar la vuelta a la fortaleza por la parte alta. Está menos concurrida y además está el bar del Parador. ¿Qué me dices? Paseo, buenas vistas y una conversación tranquila…

—¿De qué quieres hablar?

—Hay cosas que no te pude preguntar el otro día, Cora. Cosas importantes.

—¿Sobre Antón? ¿Has averiguado algo? ¿Qué tal la visita? —Su tono va descaradamente cargado de impaciencia. Es algo telúrico. Inevitable. La voz de una madre desesperada. De una mujer necesitada de respuestas a dudas capaces de destrozar su propia existencia: «¿He sido una buena madre? ¿En qué me equivoqué? ¿De verdad puedo querer a alguien que mató a mi marido?».

—Ha ido bien. Me ha pedido que te diga que te quiere. —Le arranca una sonrisa y yo prosigo—. También le he contado lo de las amenazas… Creo que debía saberlo.

—No quería preocuparlo.

—Lo sé, pero eso nos podría dar una idea de a quién nos enfrentamos. Él los conoce mejor que… yo. —Voy a decir «nosotros», pero luego recuerdo que Cora sabe perfectamente a qué se dedicaba Ramiro y no soy capaz de verbalizar la primera persona del plural.

—¿Y qué te ha dicho respecto a eso?

—Que es mejor que se quede en prisión. Por vuestra seguridad.

Mi amiga no dice nada más. Parece decepcionada con aquella respuesta. Sé que le turba la idea de pedirme que siga adelante, pero, sinceramente, yo necesito hacerlo. Dudo si volver a sacar esa idea de una tercera persona en la tesorería de los narcos, alguien que colaborase con su difunto marido y su hijo guardando el dinero de la droga. Finalmente no lo hago porque quiero aprovechar esta conversación para incidir en la posibilidad de un crimen pasional. En su amante.

—A tu pregunta de si he averiguado algo: no todavía. Hay matices, detalles, que aún necesito que me aclares. ¿Me aceptas invitarte a un café?

—Suficientes problemas para dormir tengo ya.

—No es impositivo, mujer. Puedes elegir otra cosa.

—Con los días que me está dando Sonia, un gin-tonic…

—¿Está bien?

Y comenzamos a caminar hacia la parte alta de la fortaleza de Monterreal. Un hombre bajito, de piel cetrina y polo azul claro, nos

cobra dos euros para permitirnos subir desde la Puerta del Sol al Parador de Turismo. Una especie de gabela al populacho que yo no pago por estar censado en Baiona. Cora sí debe pagar, pues reside en Nigrán. Hago amago de sacar la cartera, pero reacciono fingiendo una ofensa e insistiendo en que esa era mi casa.

La última vez que habíamos paseado por allí fue para una charla guiada con el cronista de la villa donde aprendimos unas cuantas características y datos históricos sobre la fortaleza de Monterreal. Han pasado tres años, pero yo seguía con el recuerdo de esa tarde en la memoria.

Me agarra del brazo y yo me dejo con galantería y caballerosidad. Después dejamos atrás la Puerta del Sol y la Torre del Reloj, en cuyo punto más alto ondean tres banderas: España, Galicia y Baiona. A nuestra izquierda, una fila de coches pegados al muro durante toda la subida evidencian que hay más turistas de los que debería.

—¿Sabes que precisamente viniendo hacia aquí me acordé de Sonia?

—¿Y eso? —Separa un poco el cuerpo, extrañada, pero no me suelta el brazo.

—De cuando eran pequeños y los traíamos a comer helado. ¿Te acuerdas?

—Como para olvidarlo… Menudas peleas tenían ella y Antón… —Sonríe con tristeza. ¿Cuánto daría Cora Vilaboi por regresar ahora a esas disputas?

—A ver si te crees que Marta y Elena no peleaban… —respondo intentando suavizar lo agrio del recuerdo.

—Sinceramente, no me acuerdo.

No. No puedo recordarlo porque mis niñas jamás pelearon en público. Y, si lo hacían, cortábamos de raíz la discusión. Era como una extirpación. Duro, agresivo, rápido… pero efectivo.

—Bueno, ¿por qué te está dando los días?

—Está muy tocada, Alfredo. Si ni ha ido a ver a su hermano a la cárcel. Va Natalia todos los días. Ya te lo dije.

—¿Y Mónica? —Recuerdo que Antón ni la ha mencionado en nuestra conversación.

—Tampoco. Creo que ya no están juntos. Ya tuvieron problemas antes de todo esto porque estaba convencida de que Antón tenía una amante.

«De padres a hijos», pienso. Tal vez no sea mala idea preguntarle por esto. Al final voy a tener que hacer una segunda visita.

—¿Lo supiste alguna vez?

—Antón nunca me dijo nada… Sinceramente, tampoco pregunté.

—Perdona, te he cortado. Me hablabas de Sonia.

—Sí, eso. Que yo la entiendo, de verdad que sí. *Joba*, soy consciente de que ha perdido un padre. Que no le pido imposibles, pero un poquito de…

—¿De qué?

—De alma, *carallo*. De ganas. De ánimo. De querer seguir.

—Cada uno lleva el duelo como puede, Cora.

—Ha pasado un año, Alfredo… Y sé que para ella es muy duro, pero no puede estar así. No duerme, apenas prueba bocado, lo dejó con el novio, apenas tiene amigas…

—¿Y por qué no llama a Elena o Marta?

—Porque no quiere ver a nadie. O sea, no me refiero a que no tenga amigas porque las haya perdido, me refiero a que no tiene amigas porque las ha descuidado. Ni quiere ver a su prima Natalia, que es como otra hermana y está un montón de días en casa… Bueno, mira el otro día. Te abrió ella, aunque luego no la vieses. Sonia es que ni hizo el amago.

El bocinazo de un coche nos obliga a parar. Pasa por debajo de la Porta Real y de sus dos arcos. Nosotros nos pegamos al muro antes del viraje ascendente a la derecha que hace la calzada. Seguimos al vehículo pasando por debajo de la puerta. Cora se gira a mirar el escudo que hay en el reverso de uno de los arcos.

—Diego Sarmiento de Acuña… —aclaro.

—¿Qué?

—Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar. Por eso está el escudo ahí.

Sonríe y bufa.

—Te juro que sabía que había algo, pero no recordaba la explicación… ¿Fue en la charla?

—Fue en la charla. Nos explicaron que esta era la Porta Real y por qué el escudo de armas de los Sarmiento estaba ahí.

—Es curioso, pero hay un montón de información que he borrado de la cabeza.

—No creo que sea el momento de torturarte con eso teniendo en cuenta cómo ha sido el último año, Coralista.

Vuelve a sonreír. Creo que los jóvenes llaman a eso desbloquear un recuerdo. Año 1993, partida de Trivial asombrosamente reñida entre Ramiro y María José, por un lado, y Cora y yo por otro. Antón y Marta dormían en las habitaciones del chalet de Cala Asterpot y los padres, copa en mano, dejábamos nuestra noche en manos del azar y los dados, picándonos por ver quién sabía más de cultura general. Íbamos bastante parejos hasta que Cora empezó a acertar preguntas una tras otra. Sin fallo. Ni el pobre Ramiro entendía cómo era posible que todos aquellos conocimientos estuvieran ya en su cabeza. La apodé Coralista. Desde entonces siempre nos pedíamos como pareja de baile intelectual.

—Sonia tiene que seguir, Alfredo —retoma tras un minuto de ascenso silencioso—. Entiendo que ha perdido a alguien importante, pero no puede encerrarse así en sí misma. Es odioso y contraproducente para su propia salud.

—El tiempo es relativo, Cora. Tal vez no tenga capacidad para superar esto todavía. La sensación de orfandad que acompaña a la muerte de los padres es pegajosa.

—Sí, pero… Ha pasado un año.

—Claro, *sólo* ha pasado un año. Y tú quieres forzarla a superar algo que tal vez no supere.

—¿Que no supere? —La alarmo tanto que se suelta de mi brazo y se separa. No ha contemplado ese escenario.

—¿Y si sólo vive con ello? ¿Y si dentro de su cabeza hay un muro que no puede saltar?, ¿un río que no puede cruzar? Tal vez tú necesites que vuelva a su antiguo mundo, pero ¿lo quieres por ella o por ti?

—¡Por ella!

—Sé sincera, Cora…

—¡Por ella, joder! Bueno, y un poco por mí. No puedo hacer esto sola. No puedo tener a Antón en la cárcel de manera injusta y que ella no reme a mi lado. Ya te he dicho que el único apoyo que tengo en casa es Natalia, no ella. Y con eso no me da, Alfredo. —Los ojos se le encharcan. Es demasiado pronto para preguntarle sobre la infidelidad, las amenazas de Sonia, la discusión que había visto en el interrogatorio… Y, por cierto, según el momento, dudo de Sonia. Veo la culpabilidad, pero también la inocencia. ¿Qué clase de hija se pasa un año en esa especie de hibernación tras la muerte de su padre?

El recorrido del trayecto obliga a ascender cerca de las almenas, donde un camino salpicado con bancos de piedra regala la postal completa de Baiona: a la derecha parte de la muralla, majestuosa y altiva sobre la playa de la Barbeira; los barcos, aletargados, aguardando en el Club de Yates, y la villa pesquera, refugiándose tras el mar y creciendo sobre las faldas del monte da Groba. A la izquierda, la frondosidad boscosa de Monte Lourido, el tapiz acuoso y glauco del Atlántico, encanecido por las estelas de los barcos que cruzan raudos ante un grupo aislado de bateas estratégicamente ubicadas frente a las playas de Portocelo, Área Fofa y Arribas Blancas. Sobre ellas, Monteferro y la antinatural presencia de muros áridos de la urbanización Cala Asterpot abrasando el lienzo verdinegro.

—Oye, Cora, ¿y tú cómo ves a Antón? —pregunto mientras caminamos aún cogidos del brazo.

—La última vez que fui a verlo con Natalia lo vi… —durante unos segundos valora qué decir. Seguramente, por su cabeza cruzan varias respuestas. Al final opta por una palabra que yo no espero— esperanzado.

—¿Esperanzado?

—Le dije que ibas a sacarlo.

—*Carallo*, Cora… —Ahora entiendo esa decepción en la cara del hijo de Ramiro cuando le aclaré la petición de su madre.

—¿Y qué le digo, Alfredo, que va a pudrirse ahí dentro? Él no mató a su padre.

—No dije que lo hiciera, pero obviamente siento muchísima presión. ¿Y si sale mal? Y si…

—¿Qué?

—No.

—¡Habla!

—¿Y si descubro que sí que mató a Ramiro?

—No vas a descubrir eso porque no pasó.

—Ya… —Comprendo a Cora. Seguramente yo actuaría igual si fuesen Elena o Marta las acusadas de algo tan atroz.

—No lo mató, Alfredo. Pongo la mano en el fuego por él. Y tú también.

—¿Cómo no vas a hacerlo? Es tu hijo.

—Claro, ese es mi caso, pero ¿y el tuyo? Porque sabes tan bien como yo que Antón no mató a Ramiro. Sabes que no fue él. ¿No pondrías la mano en el fuego por mi hijo, Alfredo?

—Sí.

—Da igual qué me respondas. Sabes que no lo mató. ¿Y sabes por qué lo sabes? Porque lo conoces. No es por nada más. Conoces a Antón desde que nació y sabes que sería imposible que hiciera algo así. Y mucho menos a su padre.

—Cora, las pruebas…

—Me dan igual las pruebas. Ya me las sé, Alfredo. Me sé lo del señor de Oporto, la compra del cable… Me sé todo. Y, aun así, sé que no fue él.

Asiento. ¿Qué voy a hacer si no? Mi memoria trae al presente un libro estupendo que leí hace unos pocos años. Se titula *El dolor de los demás*. El autor, Miguel Ángel Hernández, relata cómo en 1995 su mejor amigo asesinó a su hermana y se quitó la vida tras

arrojarse por un barranco. Él lo contaba casi veinte años después, y una de las aristas que más me fascinaba del libro era que la madre de la víctima y del presunto asesino seguía convencida de una historia increíble para no asumir la posible culpabilidad de su hijo. Me destrozó esa parte porque me sentía identificado. Podría ser yo si las niñas estuvieran en una tesitura similar. ¿Cómo voy a juzgar a Cora, entonces?

El eco de la última frase de mi amiga, ese «sé que no fue él» tan tajante, flota sobre nosotros neutralizando cualquier inicio de conversación. El vuelo de aquella aseveración categórica es peligroso y amenazante, pues puede caernos encima como una bomba si se demuestra que es errónea.

En silencio llegamos a la parte más alta de la península de Monterreal, donde habita el Parador de Turismo, un sobrio edificio que mezcla el castillo medieval con el palacio señorial gallego. Según nos explicaron en esa visita guiada que hice con Cora tres años atrás para repasar la historia de la fortaleza, aquella fue, en su día, la plaza de armas de la villa. Hacía siglos, la población residía dentro de la muralla, usándola como férrea defensa ante asedios y asaltos. Paulatinamente, los baioneses fueron saliendo de allí y los años pasaron hasta que Elduayen, una de las personalidades más importantes del municipio, compró los terrenos y construyó su residencia veraniega en forma de palacete. Posteriormente la vendió a un empresario asturiano, Ángel Bedriñana, cuyos herederos acabaron por recibir una buena suma en 1963 para que se levantase el parador, inaugurado en 1967 bajo el nombre de Conde de Gondomar. Recuerdo ilusionado los trabajos de construcción que culminaron con aquella obra faraónica a ojos de un niño. Años después, aquel pequeño celebró su banquete nupcial en el salón del parador. De la mano de María José y con Ramiro y Cora en una de las mesas más cercanas, prácticamente como hermanos.

Ahora, tantísimo tiempo después, estoy en esa misma entrada con Cora, sin mi amigo y con la imperiosa necesidad de averiguar cosas que me viene exageradamente grandes.

El bar queda a la derecha de la entrada al edificio. Hay bastante gente al ser verano, pero ni la última ni la penúltima mesa de la terraza están ocupadas. Escogemos la más alejada. Así no tenemos a nadie al lado, salvo a dos gaviotas que roban frutos secos de un cuenquito todavía sin recoger. Un pequeño gorrión sobrevuela también la zona, esperando a que las aves grandes se despisten y se alejen dejando desprotegidos algunos manjares que llevarse a la boca.

La panorámica de Nigrán, Playa América y Monteferro es impresionante desde allí. El camarero, un tipo espigado como un junco, cara de mala uva y pelo oscuro e hirsuto, nos toma nota de los dos blancos París que solicitamos.

No puedo esperar ni a que nos hayan servido.

—Lo sé todo, Cora…

—¿Sobre Antón? ¿Lo has conseguido? ¿Sabes quién mató a Ramiro? —dispara las frases con asombrosa rapidez, omitiendo las pausas, conectando una palabra con otra, presa de la emoción. No suelo pecar de elegir mal lo que digo, pero, viendo la cara de mi amiga, en esta ocasión tengo clarísimo que he tropezado.

—No me refería a eso —me disculpo con seriedad—. Me refiero a… lo tuyo. A todo lo tuyo.

Ladea ligeramente la cabeza. No tiene ni idea de qué le estoy hablando.

El camarero regresa con los albariños y la cortesía de ponernos olivas verdes y patatillas. Callamos con prudencia y esperamos a que nos deje solos para retomar. No me da tiempo a hacerlo, pues Cora se adelanta.

—Me dijiste que había cosas importantes que tenías que preguntarme. He bajado hasta Baiona desde allí. —Estira el brazo señalando la masa de ladrillos de Cala Asterpot que se vislumbra a lo lejos afeando Monteferro—. No quiero jugar a las pistas ni a los detectives, Alfredo. Quiero saber quién mató a mi marido y por qué mi hijo se está comiendo el muerto.

Me siento vilipendiado y despreciado. Me dan ganas de preguntarle por qué no ha contratado a la famosa detective Nora Pardo en vez de pedirme algo absolutamente imposible. En lugar de aquel reproche, trago saliva y barajo mentalmente mis cartas. No es el momento más adecuado para atacar y sí para defenderse. Sobre todo porque, diga lo que diga, va a suponerme un problema con Cora.

—No me preguntes cómo, pero he tenido acceso a los interrogatorios.

—¿A qué interrogatorios?

—A los que hizo Teo Costas.

—¿Cómo es…?

—No lo sé, Cora. No sé quién me los dio ni sé por qué lo hizo. Me llegaron en un USB por carta. Pero eso da igual. Lo he visto todo: tu conversación con Teo Costas, la de Antón, la de Sonia…

La cojo a contrapié. Se lo noto en las cejas arqueadas con sorpresa y el rictus de pánico en los labios, apretados hasta ser sólo una línea en la cara rojiza y a punto de explotar. No dejo que se pronuncie.

—Eso me ha permitido imaginar una perspectiva en la que no había pensado hasta ahora, pero que es viable: ¿Y si la persona que mató a Ramiro fue un enemigo que él no conociese?

Espero una respuesta… que no llega. Por primera vez en muchos años, me aparta la mirada. Siento el engaño fluyendo furioso por mi sangre. Quemándome por dentro, hirviendo y ascendiendo de las venas al cerebro para contaminarlo todo. Nunca un silencio ha dolido más que una respuesta.

—He pensado que a Ramiro pudo matarlo tu amante, Cora.

Agacha la cabeza e inspira. La mantiene así un rato. Callada y juraría que avergonzada. Antes de hablarme bebe un trago largo de vino, se pasa las palmas de las manos por la cara y se atusa el pelo con las yemas de los dedos. Después saca una cajetilla de tabaco, extrae uno, lo prende y da una calada larga para acabar lanzando el

humo en un suspiro. Luego se echa hacia atrás y cruza los brazos, disgustada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Tengo los interrogatorios. Ya te lo dije.

—La pelea…

—Sí. Antón le contó todo a la policía. Que os… —se me atraganta la palabra— os engañabais. Y que, al descubrirlo, empezó una discusión muy fuerte donde Ramiro se pasó contigo y tu hija se volvió loca. Según Antón, Sonia amenazó de muerte a su padre.

—Lo hizo, pero ella no lo mató. Venga, Alfredo, no me fastidies. ¿Sonia? Ya viste cómo está.

—No. De hecho no lo he visto, Cora. No he podido hablar con ella.

—Porque pasó lo de la caída de María José. —«La caída que nunca existió», pienso para mí—. Pero ¿y qué? ¿Sólo por eso ya sospechas?

—¿Cómo que sólo por eso? —Ahora soy yo el que retrocede contra el respaldo, extendiendo los brazos y con los ojos bien abiertos, estupefacto—. ¡Que su propio hermano la acusó, Cora! ¡Que la acusó Antón! ¡Que lo he visto! —Me está resultando imposible contener la ira.

—Sí, ¿y qué? Yo también acusé a Antón. No fui lógica.

—¿Y ahora sí lo estás siendo?

No responde a mi pregunta, pero sí es tajante.

—Ni Sonia ni Antón son asesinos, Alfredo.

—Bien, asumamos esa teoría. —Mi tono ha vuelto a ser sereno—. Regresemos a la inicial. ¿Y tu amante?

—Tampoco pudo ser él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque aquella noche estaba en su casa con su mujer. Me envió una imagen.

—Nunca lo dijiste. Ni en el interrogatorio con Teo Costas. —Sonríe con sarcasmo. Sí, con sarcasmo, pero es una sonrisa al fin y al cabo —. ¿Qué te hace gracia? —La rabia está volviendo a corroerme. ¿Cómo osaba reírse en una situación así?

—Nada. Da igual. Pero no sé qué tiene que ver esto. Tenía un amante, ¿y qué? ¿Me convierte eso en una criminal?

—Cora, por favor. No insultes mi inteligencia. ¿Por qué esa persona no fue señalada?

—Porque no fue él, Alfredo. Ya está. Déjalo ahí. No fue él.

—¡No quiero dejarlo! —Grito más de la cuenta, lo que hace que un par de mesas ubicadas al principio de la terraza se giren a mirarnos. Disimulamos como podemos. La conversación va subiendo decibelios, así que pasamos a gritarnos en voz baja. Una de las maneras más ridículas de discutir, pero inevitable en un caso como este—. No quiero dejarlo porque mi cabeza intenta encontrar un culpable que no sea Antón. Y, sinceramente, me está resultando muy difícil, Cora. ¿Y si fue tu amante y estás encubriendo a un asesino?

—¡Que no fue mi amante, Alfredo, coño! —Gesticula furiosa, agitando el cigarrillo en la mano y creando involuntarios trazos de humo que zigzaguean por el aire.

—¿Cómo estás tan segura? Sólo dime cómo es posible que estés tan sumamente segura de ello.

—¡¿Otra vez?! Porque me envió una foto esa misma noche desde su casa. Y estaba su mujer. Estás queriendo criminalizar a alguien porque tenía una amante. Y, que yo sepa, tener un amante no te convierte en asesino.

—A ti te convierte en la persona que engañaba a mi amigo. Y por tanto en una mala persona.

Suelto el veneno y noto el alivio instantáneo. Como un chute de endorfinas atravesando todas y cada una de mis conexiones neuronales. Entre nosotros se hace un silencio desgarrador. Breve y roto por un bufido que Cora lanza y que me recuerda a los que soltaban Marta y Elena cuando eran adolescentes y creían que lo sabían todo. Hay en él juventud, chulería y mofa. Para redondearlo, da una calada al cigarro y habla mientras el humo abandona sus labios.

—No deberías juzgar algo de lo que no tienes ni idea, Alfredo. —Las palabras no son tan ariscas y duras como su tono. Me parece

que incluso se le agrava la voz.

—¿Debo tener idea para juzgar una infidelidad?

—Sí. —Otra vez me sorprende con una inusitada soberbia.

El corazón me late desatado. ¿Cómo se atreve?

—Ilústrame para que pueda decirte a la cara, otra vez, que eres una mala persona y que me has decepcionado. —Y me inclino hacia ella, expectante.

Cora Vilaboi, que en este momento es la mujer de mi mejor amigo, bebe otro sorbo de vino. Esta vez uno pequeño, medido. Veo cómo el líquido se desliza por su gaznate y cómo cierra los ojos, no sé si cogiendo aire o impulso. Después resopla y se pasa la lengua por los labios. Aplasta lo que queda del cigarrillo, al menos la mitad, en el cenicero. Todo me parece orquestado, pensado y meticulosamente calculado como parte del show de lavado de cerebro que pretende hacerme.

—Primero, ambos nos engañábamos, Alfredo. —Voy a replicar, pero Cora es más rápida—. Y, por favor, déjame acabar. —Espera mi beneplácito, que llega en forma de una mano extendida y gesto de afirmación muy poco elocuente—. Él me engañó primero. No me preguntes por qué lo sé, pero lo sé. Nada más. ¿Fue ella la asesina? ¿Lo mató por despecho? No. Sé que fue un *affaire* de un par de días. Después Ramiro se echó atrás. Me enteré de pura casualidad, ¿eh? Un amigo de un amigo los vio… En fin, la serie de casualidades que conducen a la verdad. Primero pensé en reprochárselo, en mandarlo a la mierda. Ya sabes, divorcio, rehacer mi vida…, y luego me dije: ¿qué coño?, ¿por qué no puedo hacerlo yo si él ya lo ha hecho?

—¿Me estás diciendo que tirasteis por la borda unos treinta años de matrimonio por un ojo por ojo, Cora?

—Déjame terminar, por favor.

—Es que no lo entiendo. No lo entiendo. Lo siento, pero no lo entiendo.

—¡¿Sigo o no sigo, Alfredo?!

Bufo. Convencido en un porcentaje altísimo de no dejarla…, pero hay una parte de mí que necesita saber qué los había llevado a

actuar así.

—Sigue.

—Conocí a un hombre. Alguien más joven que yo… Mucho más joven que yo.

—¿Cuánto?

—Más de veinte años.

—¡Cora!

—¡Venga ya, Alfredo! ¿Se te pone a tiro una niña de treinta o cuarenta y vas a decir tú que no?

—¡Obvio que diría que no! Estoy casado. Amo a mi mujer.

Sonríe con una tristeza infinita. Y, esta vez sí, el dolor de su alma me sobrecoge.

—El problema, Alfredo, es que yo no amaba a Ramiro… Lo quería, claro que sí, pero no lo amaba. El amor es el principio de las relaciones. Los dos, tal vez los tres primeros años. Lo que queda después es cariño, hábitos…, pero no amor. Y sí, sé que discrepas —dice levantando la mano para frenar mi réplica—, pero yo lo siento así. Me he dado cuenta ahora. Cuando conocí a este hombre entendí qué era de verdad el amor. El sentir que te rompes por una persona. Empecé a actuar como una colegiala. Nos llamábamos a escondidas, nos veíamos en sitios poco lógicos… A veces quedábamos en Tui, en Salceda… Y por supuesto íbamos a hoteles a pasar noches enteras donde yo recordaba qué era ser mujer. ¿Sabes lo que es tener los cinco sentidos a disposición de alguien? ¿Sabes lo que es oler la pasión, mirar de tú a tú al deseo, acariciar al éxtasis, escuchar al placer, besar los lunares como si fueran un senderito al cielo…? En una sola noche, una sola, Alfredo, volví a ser una jovencita de treinta años.

—¿Y por qué no lo dijiste, Cora? ¿Por qué no terminaste la relación con Ramiro? Hay mucha gente que se separa y no pasa nada. Y no me digas que él te engañó primero.

—Es que yo sí quería a Ramiro. Te lo he dicho. Pero lo quería a mi manera.

—Que querías las dos cosas y que fuiste egoísta es otra manera de decirlo.

—No, Alfredo. No lo estás entendiendo. —Se recoloca en la silla, pero no por incomodidad, sino para arrancar a hablar—. Yo quería a Ramiro. He dicho que no lo amaba, pero sí lo quería. Lo quería como compañero de vida, como padre, como amigo, pero no como amante.

—Entonces ¿todo se resume a una cuestión sexual?

—No… —Tuerce el gesto y matiza—. No del todo, Alfredo, encontré a alguien que me generaba el problema de que, siempre que lo besaba, me hacía falta un beso más… ¿Tú sabes lo que es dar con alguien que convierta tus arrugas en experiencia?, ¿que bese tus complejos?, ¿que se recree en tus imperfecciones? Te hablo de sentirse deseado. De la conquista. Eso no puede morir, Alfredo. Y en nuestro caso murió… —La frase quedó en suspenso, esperando un cierre que llegó en forma de pregunta—. ¿Sabes lo que es la teoría del aguacate? —Recupera un tono más jovial, el habitual que usábamos los dos.

—Sorpréndeme. —Mi voz suena plana y automática. Todo me está pareciendo una excusa enorme.

—Es la teoría de una amiga. Imagina que a ti te encanta el aguacate más que nada en el mundo. Tanto que todos los días te lo comes para desayunar. ¿Te cansarías? Hablamos de desayunar *todos* los días lo mismo.

—Supongo que sí.

—¿Y pese a lo que te encanta el aguacate, si lo desayunas siempre, no te apetecería comerte, por ejemplo, un melocotón alguna vez?

—Te sigo. Y entiendo esa parte, Cora, pero no voy por ahí. No te hablo del plano físico. Eso no es lo más importante. ¿Querías a Ramiro como pareja? Y es una respuesta de sí o no.

—Se puede ser infiel, pero nunca desleal.

—¿Me vas a citar a García Márquez para justificar que te acostabas con otro?

—Yo nunca quise ser desleal a Ramiro, pero me enamoré. No lo elegí yo, Alfredo.

—¡Cora, por favor! —Hago un aspaviento demasiado exagerado con las manos. Incluso mi tono es más alto de lo normal. Acabo gritando en voz baja. Otra vez—. ¡Claro que lo elegiste tú! ¡Lo elegiste tú en el momento en el que te acostaste con ese otro tipo al que tanto proteges!

—*E dalle* con la protección… ¡Estaba en casa con su mujer!

Tomo aire. Mucho. Después lo expulso con la desesperación cerrándome los ojos. Trazos de un mismo pensamiento dibujan sus líneas por mi mente de manera fugaz. Cuando hablo tengo claro el concepto que quiero transmitirle a Cora. No voy a estirar más aquella discusión absurda.

—¿Sabes qué es para mí el amor, Cora? Es un hiperónimo.

—¿Qué es eso?

—Una palabra cuyo significado incluye el de otras. «Pájaro», por ejemplo, es hiperónimo de «gorrión» o de «gaviota».

—¿Y qué tiene que ver con el amor?

—Que yo lo entiendo como el hiperónimo del arte porque todas las palabras que lo componen respiran el mismo final: respetarte, besarte, abrazarte, cuidarte, amarte…

—Es que hablas del amor como si fuese algo previsible, pero precisamente a «amarte» y «amante» sólo las separa una letra. Es una distancia muy corta, Alfredo.

Entre nosotros se hace un silencio kilométrico. El muro sólido sobre el que hemos construido nuestra amistad acaba de fracturarse de manera abrupta. Por primera vez desde que nos sentamos, el alboroto que forman las risas de los niños, las opiniones de los pájaros con sus trinos, los motores de algún coche lejano y el ajetreo de las idas y venidas de los camareros es capaz de sobreponerse a la importancia de nuestra conversación.

En ese momento, las dos gaviotas se alejan y el gorrión se abalanza hacia la mesa colindante a la nuestra con tal ímpetu voraz que roza a Cora con una de sus alitas pardas. Mi amiga, en un

ejercicio de temple, agita los brazos despavorida e insulta al pajarillo al grito de «¡Imbécil!». Obviamente nos entra un ataque de risa…, y Cora quiere aprovechar el momento de relajación.

—Sí, he insultado a un pájaro. ¿Pagamos y nos vamos? —sugiere sonriendo.

Pero no. No va a ocurrir. No he llegado hasta ahí para tener una conversación filosófica sobre el amor y escuchar las justificaciones sobre la infidelidad a Ramiro. Yo busco respuestas, no la razón.

—No. No vamos a pagar. No he terminado.

—Pues yo sí, Alfredo. No quiero tener esta conversación contigo.

—¡Me da igual lo que hicieras, Cora! ¡Quiero la verdad! Por culpa de ese hombre, Sonia amenazó a su padre y mi amigo, tu marido, fue hallado muerto poco después. Tú insistes en que no ha sido ella, pero puede haber sido él. ¡Así que dime quién es!

—¡No pienso darte un nombre para que vayas corriendo a la policía cuando ya te he dicho que no fue él! —Se levanta en un intento de conservar la dignidad que para mí ya ha perdido.

—¡Venga ya, Cora, por favor, venga ya! ¿De verdad la policía importa en esto? ¡No me jodas! Es que debería darte igual… ¡Si es que ni el investigador del caso podría hacerse cargo! ¡Está medio muerto en un hospital!

Se gira de pronto hacia mí. Pálida. Los labios bailan, intentando decir algo que no es capaz de abandonar su boca. Trata de agarrarse al respaldo de la silla, pero este se vence y cae al suelo con todo su peso. Me levanto como un resorte gritando su nombre. Un camarero deja la bandeja corriendo en una mesa. Una mujer de unos ochenta años y con un bonito fular en tonos marinos se levanta de su sitio disparada.

Ni las risas de los niños ni los trinos de los pájaros ni los motores de los coches lejanos ni el ajetreo de las idas y venidas de los camareros. Nada es capaz de sobreponerse al repentino y agónico llanto de Cora Vilaboi. Tiembla mientras sigue intentando hablar, incapaz de respirar ante las cascadas de amargas lágrimas que transforman sus ojos árticos en una lluvia de pena.

—¡Cora, Cora, Cora! —grito abalanzándome sobre ella. Protegiéndola con mi menudo cuerpo de quien ose acercarse.

—El… El… El policía… —Las palabras son apenas audibles. Tímidos gorgoteos impregnados de dolor—. El policía…

—¿Qué policía? ¿Que la llame? ¿Que llamemos a la policía?

—Teo… Teo…

No entiendo nada.

—¡Costas! ¡Sí, Teo Costas! ¡¿Qué pasa con él?!

—Mi amor. Mi amor… ¡Teo!

Siento el puñetazo directamente en el estómago. De hecho suelto una de las manos que sujetan a Cora para llevármela al pecho. No es posible. Aquello no es posible…

—¡Yo lo amaba!

Lanza un grito desgarrador. Una parte de su alma queda rota en ese lugar.

# 26

TEO COSTAS

He sido bastante claro durante toda mi historia. Porque esta es mi historia. No lo olvides. Sí, me tiraba a Cora Vilaboi. Y me da completamente igual lo que pienses. Es más, me la refanfinfla, me la pela, me la suda, me la envaina y, por supuesto, mi favorita, me la chufla. No sabes cuáles fueron mis razones para hacerlo. Esto no quita, para nada, que mantenga lo que he dicho antes: para mí, Bego fue la salvación.

Una vez aclarado, joder, espero que Cora no se presente en el hospital, porque menudo marrón…

Resolvamos la pregunta de un mojón de euros: ¿quién es la hija de puta que entró en mi casa?

Antes de darte la respuesta, te explicaré cómo lo he recordado. Se llama efecto proustiano. Lo vi en un documental de alguna plataforma de pago. Es cuando un olor nos evoca un recuerdo. La loción de afeitar que asocio a mi padre, las rosas del perfume que me recuerdan a mi madre, el tufo a biberón de leche con cereales de mi hermana… o el miedo, que sigue oliendo a petricor en Meder.

Ya os hablé de esa casa y por supuesto que la sigo teniendo. Tuve la suerte de que, cuando pasó *aquello*, no había tantos problemas con okupas o amigos de lo ajeno. Las casas se cerraban y ya está. Bueno, eso, y que ahora uno tiene opciones para protegerse: por ejemplo la ley. O, en mi caso, una USP Compact de 9 mm que la policía tuvo a bien darme cuando entré en el cuerpo y que blandí con tesón y firmeza ante los indignos usurpadores de mi propiedad… ¿Qué tal me ha salido? ¿Imito bien a Alfredo? Parece que esa mierda pomposa os gusta más que escuchar decir a vuestro Teo: «Fui a mi

puta casa, llamé a mi puto timbre y, cuando un puto piojoso abrió la puerta, levanté mi puta pistola y se la coloqué en la frente, amenazándole con volarle la puta cabeza si se les ocurría volver a acercarse».

Para demostrarle al anormal que no iba de farol, le solté una hostia que le rompió la nariz. Luego lo encañoné y le dije que como contase algo lo buscaría y lo mataría porque conocía su cara. Si no estuviera en la cama del hospital con más droga en el cuerpo que la pandilla de *Trainspotting* me escucharíais descojonarme. Echaron a correr tan rápido que hubieran pulido a Usain Bolt.

En ese momento entendí que no podía dejar abandonada aquella casa. Era demasiado importante y además un caramelito. El recuerdo de la comunión con mi pasado. Mis padres la habían bautizado como Villa Ledicia, o sea, «alegría» en gallego. Incluso habían comprado uno de esos azulejos tan cursis. Llevaba años sin dejarme caer por allí, pero hubo un momento donde comprendí su importancia. ¿Habéis escuchado eso de que hay quien nace con estrella y quien nace estrellado? Pues yo nací con estrella, después me estrellaron y ahora quería reventar a todas las putas estrellas.

Hasta ese momento, no me había permitido visitarla, pero ahora todo tenía un objetivo nuevo. Restauré puertas y ventanas, limpié a fondo, tiré muchísima mierda, le puse una plaquita de cuidado con el perro, aunque obviamente nunca lo tuve, compré la réplica de una pegatina de alarma, recreada con gran acierto en una de esas webs chinas, instalé cámaras falsas compradas en una tienda de segunda mano… Todo está en la apariencia y el disimulo. Incluso las personas somos como una casa abandonada. ¿Queréis comprobarlo? Mirad a quien tengáis al lado, sea quien sea. Observadlo detenidamente y después intentad adivinar cuál es su secreto más oscuro. Pues ni con esas seréis capaces de sacar toda la mierda que hay dentro.

Bueno, vale, no es mi mejor metáfora, pero el pensador es Alfredo. Yo no sirvo para darle literatura a la vida. Lo que quiero decir es que Villa Ledicia, mi casita de Meder, albergaba una parte de mí desconocida incluso para Bego. Y la mantuve así durante

muchos años. Ella jamás ha acudido allí. Entiende que se trata de una parte dolorosa de mi pasado.

Villa Ledicia era mi tesoro. Como el de Gollum en *El señor de los anillos*, ese que no quería compartir. Ya os la he descrito antes, pero quiero que recordéis el jardín. Bueno, más que jardín, campos y campos. Era tremendo. Y, cuando digo tremendo, es tremendo. Viñedos incluidos. Mi padre los usaba para vender la uva, sacar algo de dinero y tener siempre un par de botellas de vino de nuestra propia cosecha que regalaba a los ricachones de sus clientes. Ahora esas viñas eran cruces muertas, esqueletos de madera seca que entrelazaban las manos como un ciempiés decrépito por mi abandono.

Había convertido la casa en una fortaleza. En mi bastión de soledad. Me largaba ahí cuando necesitaba pensar, pasar algún tiempo solo. Villa Ledicia me despejaba la mente. Supongo que estos días he estado pensando en ella y por eso he podido morder la magdalena de Proust que me ha llevado a identificar claramente el olor de Elena Otero. Sí, la hija de vuestro amado Alfredo fue quien entró en mi casa.

# 27

ALFREDO OTERO

No es necesario llegar al hospital, pero sí avisar a los servicios de emergencias, que se demoran veinte minutos. La sirena de la ambulancia retumba entre los muros, transformándose en la histórica campana de la Torre del Reloj que alertaba a los baioneses de los asedios marítimos en el medievo. Cuando acceden a la parte alta del parador, Cora está prácticamente recuperada, salvo por un pequeño ataque de ansiedad. No hace falta mucho más allá de una revisión fugaz que confirma que está bien. Ella le resta importancia: «No ha sido más que un mareo inesperado», dice para convencimiento de aquellos que no la conocían.

Yo insisto en acompañarla a Cala Asterpot. Se niega, por supuesto, pero no es optativo. Descendemos desde la terraza hasta el aparcamiento de la Palma caminando en el más absoluto silencio, separados por esa brecha que se ha creado con su revelación. Cuando llegamos al coche, Cora intenta despedirme y me niego. Protagonizamos una absurda discusión similar a la de un viejo matrimonio. En otras circunstancias, me hubiese entrado la risa, pero este día no.

Prácticamente la obligo a subir al asiento del copiloto y me pongo a los mandos de aquella bestia de 250 caballos. Sin embargo, conduzco despacio. Muy muy despacio, frenando el ímpetu de un motor brioso que me exige que apriete más el acelerador.

—Entiendes que debo preguntarte por ello, ¿verdad? —dice mientras cruzamos la carretera de Elduayen, arteria principal de Baiona, que la atraviesa de lado a lado.

—Dime cómo está. —Pese a que el mar queda a su izquierda, Cora mira a la derecha, a las calles llenas de gente que disfruta del verano bajo un cielo de terciopelo azul.

Dudo. ¿Debo decirle la verdad? Puede tener la misma reacción que cuando lo mencioné en la terraza… Recuerdo haber usado «medio muerto», ¿puedo alegar que era una exageración o no se lo creerá? Opto por la verdad. Ya os he dicho que intento ir siempre con ella por delante. Aunque a veces no me sale bien, lo reconozco.

—Crítico.

Espero una reacción. Un gesto de dolor. Pero no hay nada. Sólo una cabeza girada, con la mirada fija en los edificios. Contemplo el cuello largo, ladeado, y el moño alto y rubio.

—¿Qué pasó?

—Lo que se sabe hasta ahora es que alguien entró en su casa y lo atacó. Han tenido que hacerle una intervención bastante compleja por un golpe en la cabeza. Lo han dejado en coma.

—¿Quién fue?

—No se sabe.

—Pero ¿se sospecha de alguien?

—Tampoco.

Silencio. Otra vez ese compañero que va anudándose a nosotros como una rémora y toma cada molécula del cubículo de lujo con su peso y su densidad. Silencio palpable, material…, tan plomizo que incluso parece ralentizar la marcha.

—Por favor, Cora, dímelo… Necesito saber cómo alguien como tú acaba siendo infiel con… con alguien como él.

Elijo con cuidado las palabras, calibrando qué debo decir para que cale tan hondo como para que reaccione, pero tampoco eso es suficiente para que gire la cabeza. Aun así, habla.

—Él simplemente apareció en un restaurante un día que yo discutí con Ramiro. Estaba harta, Alfredo. —Se gira hacia mí y nuestros ojos se encuentran—. Harta de tu amigo, harta de mi marido. Y Teo entró, hablamos… Parecía que nos estuviésemos esperando.

—Venga ya, Cora. No me vendas una historia de amor de película. Tú cuando te enamoras de alguien lo haces paulatinamente.

—¿Paulatinamente?

—Sí, paulatinamente. No te enamoras de un día para otro.

—O sí, Alfredo. A ti alguien te puede gustar paulatinamente o entrar en tu vida como un ciclón. Eso fue Teo. Teníamos una compenetración… distinta. —Se calla de golpe y vuelve a mirar por la ventana—. ¿Cuestionar a quién amaba va a llevarte a saber quién inculpó a Antón o quién mató a Ramiro? —pregunta, sarcástica.

—Ya no tiene que ver con eso, Cora. Tiene que ver con la fidelidad. Con que somos amigos desde hace décadas y ahora tengo la sensación de ir en el coche con una desconocida. Y por cierto, ya que lo comentas, voy a hablar con Sonia en tu casa.

—¿Sigues con eso?

—La acusó Antón, Cora.

Se vuelve a girar. Incluso muevo la cabeza hacia atrás, sintiéndome ligeramente amenazado por sus ojos transformados en un mar embravecido.

—Alfredo, YA. En serio. Lo hablamos antes. No es una asesina. Y Antón tampoco.

—¿No te das cuenta de lo raro que es que intentes evitar que hable con ella, Cora?

—¿Raro? ¡Hostias, Alfredo, que es mi hija! Que lleva casi un año sin querer salir de casa. Que estrangularon a su padre en una piscina diez minutos después de que estuviera en el agua con él. ¿Tú crees que me apetece que le andes molestando con tus preguntitas? ¿No harías tú lo mismo por Marta o por Elena?

—Mis preguntitas, como las has llamado —no pierdo de vista la carretera ni tampoco la calma—, vienen porque tú misma me pediste que indagase en la muerte de Ramiro. ¿Qué es lo que te da miedo que descubra?

La respuesta es un bufido de hartazgo, unos ojos cerrados, unas cejas levantadas y unas manos en el pecho, intentando contener la respiración. La estoy sacando de quicio. Y, sinceramente, dudo si es

porque Sonia ocultaba algo y no sabe cómo frenarme o porque realmente su hija no ha hecho nada y yo estoy siendo muy pesado.

—Mira —aprovecho que he detenido el coche para dejar pasar a una familia en el cruce de peatones de la playa de Santa Marta para mirarla a los ojos, ya abiertos y furiosos—, yo hablo con Sonia. Y, en cuanto termine, me dices si quieres que siga investigando o no.

—Ya sabes qué te voy a decir.

—Y, aun así, me la juego a dejarte decidir. Imagina hasta qué punto quiero saber quién mató a mi amigo.

Eso la desarma. Lo noto en cómo se apaga el brillo furioso de sus ojos para dar paso a una sensación diferente, una especie de miedo. Tenía razón Tony Montana en *Scarface*: «The eyes, chico. They never lie». Los ojos nunca mienten.

—¿Qué tal están Marta y Elena? —pregunta para romper el hielo.

—Bien, están bien… —Tengo que hacer un esfuerzo ímprobo para no devolver la pregunta.

En ese momento, y evitando la incomodidad de seguir con una conversación que no quiere seguir, Cora Vilaboi baja la ventanilla dejando que el aire limpio y, sobre todo, el ruido de la calle se cuelen en el vehículo. El ajetreo de la villa va extinguiéndose hasta quedar en un murmullo lejano, propio del que vive en el interior de las caracolas. El viento se topa con el rostro pálido y ojeroso de mi amiga, que cierra los ojos como si quisiera disfrutar de aquella sensación de libertad.

Yo, por mi parte, miro a la carretera, acelero, freno… Toda mi conducción es un automatismo, salvo las contadas ocasiones en las que me giro para mirar a Cora. Mentalmente, voy estructurando qué le preguntaría a Sonia, qué respondería ella, cómo contraatacaría yo… Ascendemos con lentitud por la piel pétrea de la enorme serpiente de asfalto que abraza Monteferro. Los laterales están flanqueados por eucaliptos y pinos de color esmeralda, con troncos esqueléticos desde los que se desparraman ramas desnudas y descaradas.

La C y la A doradas de la verja negra de Cala Asterpot se desatan ante nosotros y el portero, un tipo mayor que el que yo he conocido, nos saluda con un gesto con la mano. Cora sube la ventanilla en cuanto meto el coche en la cuesta de su garaje, el número cuarenta y ocho, y se apea. Yo la sigo y, al girarme para apuntar la llave hacia el vehículo para cerrarlo (una absurda costumbre por miedo a «romper» un coche así), veo a un par de vecinos estirando el cuello o fingiendo regar las plantas de sus porches delanteros mientras observan a la viuda de Ramiro, a la del hijo en la cárcel, regresar a su prisión particular.

—Cora… —me responde girando la cabeza, con un mohín que emuló un interrogante—, ¿por qué no te has ido de aquí? Quiero decir, los vecinos…

—Porque mis hijos son inocentes.

No hace falta más. Responde con ese silencio que se ha sentado con nosotros prácticamente todo el trayecto. Cora atraviesa la puerta que conecta el garaje con el salón habilitado en el sótano. La decoración es escasa, aunque práctica: una mesa comedor, un mueble en el que se guardan juegos y licores y donde se encaja una televisión, una anticuada videoconsola a la que Ramiro jugaba de vez en cuando y un sofá viejo y desgastado tras el que brillan los cristales de la puerta corredera que permite acceder al jardín trasero. De una de las paredes crecen unas escaleras que dan a la planta calle. Cora las sube con lentitud y la cabeza gacha, pensativa. La sigo sin opinar sobre la metódica limpieza y el enfermizo orden que reinan en aquella zona y que evidencian que Cora se ha obsesionado con mantener la casa en perfecto estado.

—Sonia estará en su cuarto. Ya te dije que no sale mucho de allí. Te espero en el salón —dice en cuanto llegamos a la planta calle y antes de dejarse envolver por su rincón de lectura.

—¿Ni siquiera vas a intentar acompañarme?

Su insistencia en que sus hijos son inocentes es feroz, y, sin embargo, no va a hacer nada cuando toca hablar con Sonia.

—¿Para qué? Su versión no va a aclararte absolutamente nada, Alfredo. Lo que pasa es que sigues insistiendo porque buscas un culpable cerca de Ramiro.

—No es por eso.

—No. Desde luego que no. —Sonríe sarcástica.

Voy a contestarle, pero opto por no hacerlo. Es entrar otra vez en un bucle absurdo. Cora siente que estoy atacando a sus hijos. Yo ya le he insistido en que no, en que sólo quiero la verdad. Y, para ser sincero, no acabo de entender esa actitud a la defensiva. Si tan convencida está de la inocencia de Sonia, ¿qué le preocupa?

Subo por las escaleras a la primera planta, tamborileando con los dedos por el pasamanos de madera clara, a juego con las contrahuellas de los peldaños blancos que iba ascendiendo. En ese piso están las habitaciones de Sonia, Antón y Cora y Ramiro. Un piso más arriba, la buhardilla, comparable a la Sala de los Menesteres de *Harry Potter*, esa sala que es un todo en uno: estudio de música, despacho, zona de lectura, improvisado cine, gimnasio, trastero… Y todo con su consiguiente cambio de mobiliario. Lo único que permanece es un mueble de roble viejo y desgastado con dos portezuelas correderas que Ramiro se llevó de casa de sus padres y donde guardaba la vajilla de boda que nunca usaban, el vestido de novia de su madre junto a una cajita de bisutería que ella lucía como si fuesen joyas, un tren de madera que fue su primer juguete, las cartas que su padre le escribió a su madre durante el servicio militar y la escopeta que este usaba cuando iba de caza. Me había enseñado todo una vez que le pregunté por qué no se deshacía de aquel mueble de apariencia fruslera y estética anticuada. Hace mucho que no subía a esa buhardilla…, y algo me dice que su última función, la de trastero, es la actual, pero no tengo tiempo ni ganas de comprobarlo.

La luz agoniza hasta resucitar de manera atrayente y cegadora, casi celestial, frente a la puerta de la habitación de Sonia Rey, cerrada y con una enorme S de flores secas colgando. Llamo con

delicadeza y espero con paciencia a que abra. Tarda un par de segundos.

—Gracias por abrirme.

—Tenía curiosidad. O sea, sabía que no era mamá porque ella entra directamente.

—Yo soy un invitado, no podía hacer eso.

—Eres más que un invitado y lo sabes, Alfredo.

Se hace a un lado, dejándome entrar en su templo. Inconscientemente, he creado en mi mente la imagen de una adolescente hastiada y deprimida. Enclaustrada en un cuarto caótico, decorado con pósters rebeldes y símbolos modernos que evidencian la repulsa contra la sociedad… Qué error más absurdo. El cuarto de Sonia es un templo, sí, pero del orden y la paz. Nada está fuera de su sitio. Cada macetita, cada cuadrito, cada fotografía forma parte de una disposición perfecta. Creo que los modernos lo llaman «evitar el ruido visual». La mente es traicionera, y, cuando Cora me contó que Sonia llevaba semanas, meses, sin querer salir de casa, di por hecho que se había recluido en su refugio tenebroso y oscuro, donde la depresión en forma de sombras inmisericordes iba tomando las paredes, ennegreciéndolas… Lo que encuentro es una luz acogedora y blanca, una ventana abierta por la que se aprecia el cielo azul, se cuelan los graznidos de las gaviotas y entra el aire puro y fresco del monte. Todo para una mujer de treinta años vestida con ropa cómoda, pero sin descuidar su imagen: sigue llevando las cejas depiladas, el pelo limpio, la piel radiante…

La habitación no es grande: una cama nido pegada a la pared de la izquierda, un armario de puertas lacadas en blanco, un escritorio pulcramente ordenado con una silla de diseño a la derecha, y sobre él unas baldas de madera clara con recuerdos. Ambas conectadas por una cuerdecita, a modo de tendedero, donde fotografías polaroid están sujetas con pinzas. Siento curiosidad por verlas, pero me abstengo.

No sé dónde sentarme; al ver que Sonia lo hace en la silla del escritorio, opto por la cama. El colchón es cómodo y recuerdo que

llevo muchísimo sin parar tranquilamente en casa. Echo de menos la paz del hogar. Intentaré averiguar lo de Sonia y volveré con María José y las niñas. Y por unos días se acabará lo de descubrir al asesino de Ramiro. Se acabó el pensar en cómo sacar de la cárcel a Antón y, por supuesto, se acabaron los interrogatorios de Teo Costas. No soy un obseso. Hoy va a ser una tarde noche de familia, película y pizza. Me encanta ese plan y sé que a ellas también.

—Supongo que viniste a darme la charla por lo de mi padre —me dice Sonia, arrancándome de la visión del plan de esta noche.

—¿La charla?

—Sí… O sea, del duelo y todo eso. ¿No?

—No. No era mi plan, al menos.

—¿No te ha traído aquí mi madre para intentar que salga de mi cuarto, haga mi vida, vuelva a quedar con mis amigas, hable otra vez con mi ex…?

—No hemos hablado de eso.

—O sea, ¿no está preocupada?

—Sí, claro que está preocupada. Pero no vine aquí por esa razón. Quiero hablar del asesinato de tu padre y del encarcelamiento de Antón. Sé… Creo —rectifico— que él no lo hizo y quiero saber qué hablaste con la policía, qué recuerdas de aquel día y, sobre todo, si hay algo que no hayas contado por el motivo que sea.

Se pone tensa. Igual que ha hecho en el interrogatorio… Yo creo que lo que no ha contado es lo de la discusión, pero ¿hay algo más?

—¿Por qué… por qué crees eso?

Me encantaría decirle la verdad: «Cuando Teo te hizo esa pregunta, reaccionaste poniéndote tensa. Cuando lo he hecho yo, has hecho lo mismo. Es evidente que ocultas algo…». En lugar de eso, vuelvo a usar el verbo.

—En tu tercer cumpleaños, y perdona que me ponga a recordar… Son cosas de la edad. En tu tercer cumpleaños, tus padres montaron una gran fiesta en el jardín trasero. Contrataron un cáterin para que no faltase comida, animadores infantiles, tarta…, y diste regalos, claro, a cada niño un caleidoscopio. No sabes cómo se fue Marta…

Lo miraba y remiraba *todo* el día. Le daba vueltas. Embobada. Si hasta nos pidió dormir con él… Te cuento esto porque, para mí, la verdad es como mirar por uno de ellos. Hay un punto central, pero luego todo va expandiéndose, en formas distintas, colores distintos… Creo que por eso hay gente que cuando habla de ella lo hace como «mi verdad». Yo sólo quiero saber la tuya. Incluidas esas formas y colores raros. —No le digo que he visto su interrogatorio con Teo Costas ni que su hermano ha vuelto a acusarla. Me parece que así va a contarme más cosas.

Suspira antes de comenzar, un esfuerzo burdo para que yo no perciba esa tensión de la que ya me he percatado. Con los ojos cerrados y los puños apretados, Sonia Rey empieza a recordar.

—Cuando pasó todo, yo estaba hablando con Alejandro…

—Es vuestro primo, ¿verdad?

—Sí… Y escuché —le tiembla la voz, el labio inferior y los ojos brillan, acuosos— los gritos de mi prima Natalia y eché a correr hacia la piscina.

—¿Viste algo raro?, ¿a alguien?, ¿alguna sombra?

—No vi nada. Nada… Es que ojalá pudiera decirte lo contrario, Alfredo.

Guardo silencio. Pensativo. No parece estar mintiendo. Sopeso la opción de atravesar aquella puerta que Teo Costas ha entreabierto en el interrogatorio, ese «todo el mundo tiene enemigos». ¿Ramiro también? Una persona alegre, educada, correcta, noble… Después recuerdo su vinculación con los narcos… y que él también engañaba a Cora, y siento una punzada de dolor. ¿De verdad conocía a mi amigo?

—¿En algún momento has sospechado de alguien, Sonia?

Tuerce el gesto. Algo la inquieta. Las dudas iniciales parecen despejarse, lo noto en su mirada huidiza cuando me pregunta:

—¿Por qué estás aquí realmente, Alfredo?

—Porque tu madre me pidió ayuda para sacar a Antón de la cárcel.

—O sea, mi madre te pide a ti, periodista jubilado, que la ayudes a conseguir algo que no han conseguido los abogados en un año. ¿Es así?

—*Home*, visto así…

—A ver, es que no hay otra forma de verlo…

Sonrío, confiado.

—¿Ves? Ahí tienes de nuevo el caleidoscopio. También puedes pensar que tu madre está desesperada, que quiere a su hijo de vuelta, que está convencida de su inocencia…

Abre la boca para replicar y la cierra de pronto. Asumiendo la derrota. Aguardo. No voy a ser yo quien rompa este silencio. Presiento que Sonia puede contarme algo más sobre mi amigo.

—Conmigo hablaba poco de trabajo. Era una de sus máximas. Nunca se traía el trabajo a casa…

Tengo que hacer un esfuerzo por no reírme, aunque sea una primera reacción. La siguiente es sentir una enorme lástima por Sonia. «No. Tu padre no se llevaba el trabajo a casa… contigo. Con su hijo sí, porque ambos estaban en el mismo negocio tan lucrativo como peligroso». La última es comprender que Sonia Rey está lejos de ser esa tercera pata… ¿Mi teoría hace aguas?

Lo único que me queda por preguntarle es si sabe algo sobre esa alarma que había sonado en su casa semanas antes del crimen. Puede no ser nada, pero me parece mucha casualidad que algo así ocurriese… y semanas después matasen a Ramiro. ¿Se habrían llevado de la caja fuerte el dinero de la Fariña?

—Sonia, sé que entraron en vuestra casa unas semanas antes de…

¿Cómo lo llamo para suavizarlo: crimen, asesinato? ¿Algunas de las dos es menos dolorosa? No me da tiempo a responderme. Sonia se ha puesto pálida. Asombrosa y preocupantemente pálida. Tanto que pienso que está dándole algo.

—Eh…, ¿estás bien?

Traga saliva. Un bolo enorme que cae como plomo por la tráquea para golpear con violencia el estómago y provocar que se encoja en

la silla. Como si quisiera ser más pequeña. Los labios inician un triste y ridículo tembleque involuntario. Tengo ante mí a una mujer de treinta años haciendo pucheros.

Coloco la mano en su rodilla con paternalismo. Sonrío con cercanía. Una invitación a compartir conmigo lo que le pase. He dado de lleno en el clavo y la he pillado a contrapié, pero… ¿lo que ocurría es algo tan grave? Está claro. Esa reacción es un claro sinónimo de ocultar algo.

—Cuéntamelo, Sonia. Quizá sea lo necesario para averiguar qué le pasó a tu padre.

«Alea jacta est», me digo.

Los pucheros, pueriles, acaban por convertirse en un llanto adulto. Sonia hace esfuerzos por enmudecerlo, llevándose las manos a la boca. Eso me revela algo definitivo: su madre no sabe por qué llora. Si lo que siente es vergüenza por llorar delante de mí, se habría tapado la cara. Si fuese por pena, seguramente se hubiera levantado o cambiado de cuarto, y, sin embargo, se tapa *sólo* la boca.

—Intuyo que tu madre lo desconoce… —No dice nada, pero no hace falta—. No puedo prometerte que no le diré nada, pero sí que te sentirás mejor en cuanto lo cuentes. ¿Has escuchado eso de liberarse de la carga? No es del todo así. Cuando he tenido que contar alguna verdad incómoda, me he dado cuenta de que, si empiezas a hablar, todo fluye. Es esa verdad, tu verdad, queriendo salir. Y es tu cuerpo queriendo desprenderse de la carga.

Llevo la mano a su cara. Igual que habría hecho si hablase a Marta o Elena. Con la misma ternura y dulzura. Conozco a esa niña desde que estaba en el vientre de su madre. No voy a adoptar ningún rol de policía malo con ella.

—Lo denunciamos. Denunciamos que sonó la alarma, pero la policía no tramitó bien la denuncia…

Ya conocía ese dato porque se lo había dicho a Teo en el interrogatorio, pero ¿por eso se había puesto así? No. No tenía sentido.

—Sé que hay algo más, Sonia.

—Tengo… miedo. —Sollozó con amargor, apretando los dientes al terminar.

—¿Miedo de que te hagan algo? ¿Te han amenazado?

Tal vez penséis que padezco paranoia, pero únicamente soy un padre preocupado. Ya he visto ese comportamiento en María José durante todo un año por las amenazas a las niñas que he descubierto hace nada. Eso sin contar las amenazas a Cora. ¿Le habrá llegado otra carta a Sonia?

—Miedo a mi madre. Por si… se entera.

De nuevo aquel llanto desconsolado, tapándose la boca para que nadie en esa enorme casa, ahora más vacía por la ausencia de Ramiro y Antón, se entere de que está rompiéndose. Me la quedo mirando y hay algo en sus ojos azules, heredados de su madre, que me sobrecoge. Sobre todo porque no estoy asistiendo a una función sobre miedo, estoy asistiendo a una función sobre… No puede ser.

—¿Qué hiciste, Sonia?

Lo que siente Sonia Rey Vilaboi no es miedo. Creo que ni siquiera pena. De hecho, es posible que todos esos meses llorando como un bebé en su cuarto estén patrocinados por la sensación de culpabilidad. ¿Qué tiene que ver ella con ese allanamiento que he escuchado en los interrogatorios de Teo Costas?

Culpa. Pura culpa.

—Yo no sabía… No pensé…

Gesticula mucho. Nerviosa por el ansia de liberación. Un día escuché en un pódcast que la maldición del ser humano es que sólo puede usar una palabra en cada momento y no varias de golpe. Este momento es el reflejo de ello: Sonia quiere contarme tantas cosas que no sabe ni por dónde empezar ni qué palabras usar. Cuando termina de titubear, por fin revela la verdad.

—Creo que tengo la culpa de que mataran a papá.

Entonces recuerdo aquella pregunta que me hice cuando paseaba con Cora por Monterreal: ¿qué clase de hija se pasa un año en esa especie de hibernación tras la muerte de su padre? Una que pudo firmar su sentencia por un simple error.

El silencio que nos rodea suena más fuerte que cualquier grito.

# 28

TEO COSTAS

Antes os he explicado la magdalena de Proust y ahora voy a enseñaros la navaja de Ockham. No tengo ni idea de quién era ese tío ni por qué llamó así a su idea y no la minga de Ockham. Él decía que la teoría más simple es, normalmente, la correcta. ¿Quiere eso decir que Elena Otero es la persona que entró en mi casa y me atacó? *Home*, dicho así… Suena muy contundente, pero… ¡Claro que es ella!

¡¿Cómo podéis dudar, joder?! ¡Hay indicios! ¡Eso es más que suficiente!

Lo único que no consigo ver es: desde que he comenzado mi historia os he explicado que ese ataque lo sufrí un año después de encarcelar a Antón Rey y que estaba convencido de que guardaban relación. Entonces ¿qué unía a Elena Otero y al hijo de Ramiro? Se conocen, pero ¿son tan cercanos como para atacarme así de buenas a primeras? Hay algo que no me cuadra. Yo tenía muy vigilado a Antón… Quiero decir que lo tenía muy vigilado tras el crimen. Nunca lo vi con Elena, nunca hubo una quedada extraña, un mensaje raro…, nada.

La pena es que ahora me viene fatal investigar esa relación. Tengo la cabeza revuelta, podríamos decir.

Otra de las teorías más locas de todo esto es cómo coño se las apañó para entrar en mi casa. ¿Cómo recuerdo el olor? Joder, cómo hostias no voy a recordar ese tufo a colonia. Me ha acompañado tantos años esa peste dulzona que lo reconocería entre la mierda.

Un momento…

Nunca me había planteado esta posibilidad, pero ¿y si Alfredo también tuvo algo que ver y por eso vino al hospital? ¿Y si quería asegurarse de que su hija había terminado el crimen?

# 29

ALFREDO OTERO

Los secretos moldean nuestra personalidad, nuestras actitudes y nuestros comportamientos… Todo es una coreografía diaria, meticulosamente creada con el único fin de que pasen inadvertidos y no levanten sospechas.

En ocasiones he pensado que la vida es lo que realmente pasa mientras intentamos que nuestros secretos no revelen nuestra verdadera identidad. Hay quien lleva una máscara durante décadas y al final es incapaz de discernir entre persona y personaje.

Además, todos los secretos guardan algo en común: siempre sorprenden.

Eso, irremediablemente, me conduce hasta donde estoy: dentro del pequeño utilitario de Sonia Rey en dirección al barrio de Coia, en Vigo, donde ve lo que la hija de mi difunto amigo ha llamado «antigua aventura».

Sonia Rey Vilaboi, la hijita perfecta de unos padres perfectos con una vida perfecta, también tiene sus secretos, pero sepultados bajos capas y capas de falsa perfección. El más devastador es confesar que tres meses antes de que entrasen a robar en la casa familiar de Cala Asterpot, hacía ya casi un año y medio, había conocido a un chico «diferente». Cuando le pregunté qué quería decir «diferente», me regaló una vergonzosa ejemplificación de clasismo al revelar que el muchacho en cuestión se había criado en Coia, uno de los barrios de Vigo tradicionalmente ligados a problemas. Ese clasismo no le había impedido encamarse con él, pese a que llevaba años de relación con Pablo. Un *casiadulterio* teniendo en cuenta que quedaban meses para la boda. Aunque habían acabado

posponiéndola por «desencuentros comunes». «Desencuentros comunes» que ahora entiendo, claro.

Me parece curioso que en aquella familia todos hubiesen cometido una infidelidad, aunque la respuesta podría estar en los genes. Había escuchado en un pódcast que un estudio de la Universidad de Queensland demuestra que hay un gen que se hereda y que influye en si somos o no infieles. A excepción de Antón Rey, aún por confirmar, menudo pleno había en esa casa…, y parecían la familia perfecta.

La cuestión es que la relación de Sonia con ese chico, un conocido de Antón y un enigma aún sin rostro que paseaba por mi cerebro, había acabado de la peor forma posible tras meses de «aventura», como lo calificó ella. Una discusión más virulenta de lo normal provocó durísimas semanas para Sonia tras descubrir que su vida había estado a punto de desmoronarse por alguien escondido tras una máscara de peleas, trapicheos, robos… Una forma de vida a años luz de la pequeña de los Rey Vilaboi, porque la calle no puede sacarse de alguien que ha vivido en ella.

Durante una bronca descomunal a causa de una llamada policial para evitar que pasara la noche en el calabozo, Sonia me ha confesado que lo había insultado presa del hartazgo diciéndole que no estaba ni a la altura de sus zapatos. Y él, lejos de amedrentarse, reaccionó aún peor: «Pija de mierda», «puta», «niñata consentida», «malcriada»… Y el cierre: «Te voy a hacer la vida imposible, zorra mimada». Pero ¿de dónde venían aquellos insultos tan focalizados en su estatus económico? En un error que ahora dobla cada vez más las rodillas de Sonia Rey: había hablado de dinero con él. Del dinero de sus padres, más concretamente. De la colección de relojes de Ramiro, de la casa de Cala Asterpot, de la vivienda que ella acababa de comprarse gracias a sus padres en la zona de Camelias, en Vigo, del coche de Antón… Detalles en otro círculo carentes de importancia, pero reveladores ante alguien condenado por tales fechorías.

Semanas después de dejarlo, Sonia Rey vio cómo su exaventura la observaba desde el coche cuando salía de casa de sus padres. Sibilino, oculto entre sombras, pero acechándola como el león a la presa. El chico huyó despavorido cuando Sonia gritó y no volvió a saber de él, pero tan sólo unas semanas después había ocurrido el extraño asalto a la residencia familiar. Un par de relojes menos y algo de efectivo sustraído hicieron brotar en la hija de mi amigo la semilla de que ya había pasado todo. Que aquel chico, una vez ajustadas las cuentas, los dejaría en paz. Y fue así… Luego sucedió el crimen y cuando Teo Costas interrogó a Sonia ella mintió por una única razón: conservar la condición de ojito derecho de su madre. ¿Qué podía hacer si no? ¿Decir la verdad? ¿Señalar a alguien con el que había estado fuera de su noviazgo y escuchar primero los reproches de su exprometido y después las culpas de su madre? No. No es tan madura como para eso.

El problema es que, ya hechas estas revelaciones, yo necesito hablar con él. Tal vez sea el fin del caso. O hubiese visto algo. ¿Está este chico detrás de la muerte de Ramiro? ¿Es viable entonces mi teoría de que había sido alguien de fuera o simplemente habían cometido el robo como venganza contra Sonia y habían huido? De confirmarse esto último, se acaba el hilo del que tirar. La pista se convertirá en un dibujo en la arena que la marea arrastrará a mi particular mar de irrelevancias.

Seguramente, os estaréis haciendo otra pregunta: ¿por qué no avisé a la policía? Lo intenté. Intenté convencer a Sonia de que lo hiciera, pero se negó. Fue ella misma quien me pidió «ir a verlo juntos». Ni lo entendí ni me apetecía, pero… Sí, había algo en mí que quería hacerlo. Una especie de furor novelístico e imperativo. Toda obra necesita un villano.

Sonia, curiosamente, se ha adecentado un poco para la ocasión. Nada excesivo: un vaquero acampanado bien ceñido, una camiseta blanca y sobre ella una curiosa chaqueta de punto multicolor en tonos veraniegos. Todo concluye con unas deportivas horribles, pero a la última moda. Sonrío al verlas. Fue el regalo que Elena había

pedido en octubre por su cumpleaños. Cuando las tuve en la mano por primera vez, María José y yo compartimos una de esas risas que sólo entienden las parejas y que ayudan a aligerar el día a día: «Creo que son las únicas zapatillas que simbolizan la moda entre jóvenes… y la comodidad para un jubilado de noventa años», dije al dependiente. Menuda cara se le quedó cuando nos vio partirnos de risa mientras asentíamos confirmándole que sí, que nos llevábamos el adefesio.

Durante el trayecto me giro para mirar a Sonia desde el asiento del copiloto. ¿Es así? ¿Estamos yendo allí para vengarnos? Por un momento, he olvidado que la hija se ha inculpado de la muerte de su padre. Tras la sorprendente liberación, le pregunté a Sonia el porqué de tal acusación. Me explicó que al principio había existido esa conexión animal, salvaje, entre ella y la «aventura», de nombre Raúl. Una atracción carnal incontrolable. Lo dijo como si fuese algo especial, casi místico, y no como si esa insuperable atracción no fuese algo que le ocurre a todas las parejas en sus comienzos.

Para los no iniciados en las zonas de Vigo, el barrio de Coia fue promovido por el Ministerio de Vivienda de Franco en 1960. Era la fea del baile, la que nadie quería… Y hay zonas donde sigue siendo así a juzgar por las intervenciones policiales que desarticulan pisos *narcokupados* con redadas estruendosas y alabadas por la prensa. Coia tuvo su zénit de peligrosidad en la década de los ochenta, la calle Marín incluso fue noticia nacional por la delincuencia y el galope del caballo cubriendo cada bajo vacío de los edificios. Ahora, sin embargo, Coia ha dejado atrás esa época tan oscura, y, aunque es una zona más acogedora, aún quedan vestigios de ese pasado delictivo. De hecho, se hizo una serie bastante cómica llamada *Coia o Caos* sobre esa adaptación de la Coia de los ochenta a la Coia actual. La encontré en YouTube y, con sinceridad, me reí bastante.

La cuestión es que ahora estoy por ese barrio que evitaba en mi juventud con la esperanza de encontrar a ese tipo del que Sonia sospecha. Aparcamos en el primer hueco libre que la hija de Ramiro detecta cerca del bar que frecuenta su exaventura. Efectivamente,

está dentro: pelo moderno, con los lados rapados y rizos en la parte superior, aro de oro en una oreja, conjunto de chándal en color verde chillón y zapatillas con una especie de muelles. Si las deportivas de jubilado son un adefesio, estas son la madre del adefesio. El muchacho, pese a sus no más de veinticinco años, lleva un palillo en la boca, aporrea una tragaperras y se ríe girándose de vez en cuando hacia un grupo de amigotes que, apoyados en la barra, dan la nota entre tercios y cañas de cerveza helada.

Lógicamente, y vista la estética del local, se hace el silencio en cuanto Sonia y yo abrimos la puerta.

—Es él —me sisea Sonia, incómoda e intimidada por aquel silencio. Yo, como supondréis, trato de ocultarlo y me encamino hacia él con el paso tan decidido como puedo. No sé explicar por qué, pero tengo la impresión de que no va a hacerme nada.

—¿Eres Raúl?

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Sólo eso.

—Pero yo no quiero hacerlo, *bro*.

«¿*Bro*? ¿Dónde estamos?, ¿en Harlem?».

—Serán sólo unas preguntas relacionadas con mi amiga Sonia. Si lo prefieres, puedo llamar a la policía, decirles lo que sé y que vengan ellos.

—¿Me estás amenazando, tío?

Una bomba detona en el centro del bar, alertando al grupo que va con el chico y también a algún que otro parroquiano, que levanta la mirada de su botellín para ponernos los ojos encima.

—Por favor, ¿tú crees que te iba a amenazar? Soy un viejo de sesenta y ocho palos. —Sé que no me pega «palos», pero intento sonar algo más coloquial. Moderno, si queréis llamarlo así—. Me das un tortazo y estoy dando vueltas hasta que el Deportivo de la Coruña suba a primera.

Tuve un profesor de Ciencias de la Información, hace muchísimos años, que nos dijo que cuando no supiéramos de qué hablar con alguien probásemos con tres temas: política, fútbol y cine. Y que, si

ninguno funcionaba, nos largásemos de allí. En este caso, el chascarrillo con el Depor, en segunda división y máximo rival de mi Celta de Vigo, funciona a las mil maravillas. Uno de los amigotes de Raúl estalla en una carcajada y dice que a un celtista no se le pega. O algo así, porque la vocalización no es el punto fuerte de los beodos. Después me rodea los hombros con el brazo y me acerca a la barra tambaleándose antes de gritar:

—*Cho, Xurxo, bótalle unha cervexa ao meu novo brother.*

Ante tal dominio del lenguaje, estoy a punto de preguntarle si entre sus últimas lecturas estaban Neruda o Machado. Mi *madriña*, qué frase. Toda una oda a la estulticia. El *cho* es propio de macarruzos y demás gente de bien. El resto es gallego culto, imagino que extraído del mismísimo *Follas novas* de Rosalía. Por si fuera poco, el Garcilaso de la Barra ha optado por añadir un *brother*, expresión acuñada en 1605 por Miguel de Cervantes al hablar de don Quijote de la Mancha y su fiel *brother*, Sancho Panza.

Anonadado estoy.

—No, gracias. Sólo quiero hablar con Raúl de una serie de cosas.

—Vamos, *bro, non vai a decíme non a unha mil nueve.*

Lo de «mil nueve» está completamente arraigado y no por ello me pone menos nervioso. Es el vulgarismo para denominar a la cerveza 1906 de Estrella Galicia. La primera vez que lo escuché de boca de Elena me quedé atónito. Mantuvimos una discusión absurda porque no le gustó que le preguntase, con cierto retintín debo reconocer, si sabía leer.

—Brais, déjalo. Que no quiere cerveza, *cho*.

Mi nuevo *brother* alza las manos y agacha la cabeza en señal de rendición antes de girarse hacia sus congéneres. A juzgar por las pintas, de la misma escuela literaria que él.

—¿Y tú qué quieres? —El tono amenazante fue un dardo dirigido a Sonia. Ella no se arruga.

—Saber si robaste en mi casa.

Ni un vacile. Ni un retroceso. Yo estoy intimidado. Noto que el corazón me late más rápido, pero ella se siente segura una vez

superado el temor inicial. Supongo que mi presencia no tiene nada que ver porque, si es así, estoy siendo más inconsciente que valiente.

—Joder, ya sabía yo que esto me iba a salpicar.

*¿Qué?*

Nos da la espalda en dirección a una mesa del fondo y se deja caer con pesadez en la silla, de espaldas a la barra. Apura la cerveza de un trago y, antes de que Sonia se siente, le pide (ordena, más bien) que le traiga otra sin ni siquiera mirarla a la cara. La hija de mi amigo hace un gesto de asco, pero obedece, deseosa por saber la verdad. Yo espero a que regrese y se acomode frente a él. Me coloco a su lado. Raúl bebe un trago largo. Ahoga un eructo que eleva un olor a cerveza alrededor de nosotros.

—Sí. Entré en tu casa.

—Cabrón… Conocías a Antón, te acostaste conmigo…

—Sólo me llevé un par de cosas, Sonia. Sonó la alarma.

—¡Ah, o sea, no te llevaste más porque no pudiste! Pues gracias, vamos.

—De nada. —Y sonrió mirándola. Intentando seducirla con su chulería.

—Eres un cabrón. Y supermala persona.

Decido intervenir.

—¿Cuándo fue eso?

—La segunda vez que fuimos a su casa. —Señala a Sonia con el botellín de cerveza.

—¿Segunda vez? —brama ella. Está poniéndose roja.

—A ver, Sonia, piensa un poco, socia. El primer día tanteamos el terreno, el segundo entramos. Ya está. —Se encoge de hombros, como si fuese algo absolutamente rutinario.

—¿Y por qué no entrasteis ese primer día? —Alzo la mano para frenar a Sonia. Creo que va a volverse loca.

—Nos pilló un tío y sacó una placa. No sé si era real, pero nos acojonamos. Llevo tiempo pensando en que igual era falsa.

—¿Perdona? O sea, ¿y no os detuvo? —La hija de Ramiro sube la voz. Los parroquianos se están girando. Lo último que quiero es tener allí a la policía. Si viene algún agente, Raúl no va a contar nada—. ¡Flipo! Flipo… O sea, ¡flipo!

—Tranquilízate, por favor —pido a Sonia mientras le coloco una mano en el muslo y la miro a los ojos. Algo debe ver en mi mirada porque suaviza el tono y se calla no sin antes inspirar profundamente—. Por favor, entiéndela. Ha perdido a su padre, su hermano está en la cárcel… No es fácil.

—Estoy delante, ¿eh?

—*Cho,* Sonia, que yo entiendo que esto es una mierda, pero que yo no me cargué a tu padre, no me jodas. Que una cosa es que me busque la vida y otra que vaya por ahí matando peña.

—¿A robar le llamas buscarse la vida?

—*Home,* claro.

—Raúl —intercedo mostrándole las dos palmas de las manos; según he leído, es un signo para demostrar confianza—, cuéntanos lo que sepas y lo dejamos aquí. Nos olvidamos de todo. La entrada en la casa es un allanamiento de morada. Es grave. Más teniendo en cuenta que, imagino, tienes antecedentes…

Ni el bullicio formado por el resto de los clientes logra ahogar el silencio que se forma sobre nosotros como una nube oscura y amenazante. Se acerca un temporal.

—¿Y si os lo digo no habrá denuncia?

—No —niego, tajante y antes de que Sonia tenga oportunidad de replicar.

—La primera vez que fuimos a tu casa estábamos en el coche. Se acercó un tío y nos preguntó qué hacíamos allí. El Panda… —Se gira y señala a un tipo alto y muy gordo, con los brazos tatuados de arriba abajo—. Lo llamamos así porque está loco por Borja Iglesias, el del Celta. Yo creo que se lo quiere follar —dice Raúl, adelantándose a mi pregunta y riéndose. No lo sigo—. El Panda le dijo que lo que nos salía de los cojones, y tuvimos la mala suerte del

tío ese que nos pilló. Pero, como sólo estábamos en el coche, sacó la placa, nos pidió el DNI y nos dejó largarnos.

—Entonces no entraste.

Raúl ignora a Sonia, nerviosa e incapaz de callarse. El *bro* continúa hablando:

—Pasaron dos semanas y me llamó un número desconocido. Me dijo que sabía quién era, que había llegado hasta mí por la matrícula del coche que había estado merodeando por la urbanización. Describió el buga, a mí, al tipo que nos paró…

—¿Quién era?

—Yo qué coño sé, tío. Pero me avisó de que, o le hacía caso, o diría que me había visto intentando entrar. Y con mis antecedentes… eso era prácticamente como haber entrado. No me dio ni tiempo a replicarle, al muy cabrón. Me dijo dónde guardaba tu padre todas las cosas de valor: la caja fuerte, los relojes, el efectivo… Hasta me dijo dónde y cuándo debía entrar.

—¿Conocía la casa?

—Como si viviese allí.

Eso me deja pensando. ¿Es posible que Antón sospechase que su padre le dejaba la casa de Cala Asterpot a Sonia?

—Entonces volvisteis… ¿Qué te pidió a cambio?

—Que dejase un sobre en la caja fuerte y que cogiera una carpeta morada.

Me giro hacia Sonia.

—No sé qué había en ninguno de los dos —responde la hija de Ramiro.

Su cabeza da vueltas. Lo noto. Detrás de los ojos hay un motor subiendo las revoluciones hasta casi quemarse… para nada. Todo es demasiado complejo y estoy seguro de que, igual que por la mía, por su cabeza ronda la idea de si Antón está detrás de aquello. ¿Puede ese papel ser el motivo por el que el hijo de Ramiro lo habría matado? ¿Qué había ahí? Raúl bebe otro trago antes de recostarse en la silla. Espero a que termine.

—¿Cuándo entrasteis?

—En el putísimo momento que nos dijo. Me llamó y me avisó que debía entrar. O en ese momento, o en ninguno. Dijo que había dejado un sobre en la quinta papelera del ascenso. —«Muy listo. Así no lo grababan las cámaras», pienso—. Entramos…, cogimos un par de relojes y sonó la jodida alarma.

Así que por eso había saltado y habían encontrado todo revuelto. Lo considero un triunfo muy muy pequeño, pero algo es algo.

—¿Y la carpeta?

—¿Qué le pasa?

—¿Te la llevaste o no?

—¿Estás de coña? ¡Claro! ¡Joder, que me denunciaba si no la cogía! Y además ya había entrado. Él me dijo que la carpeta era prioritaria. Que me podía llevar hasta las flores, pero que quería la carpeta o iba a por nosotros. Y también dejé el sobre.

—Y supongo que tampoco sabías qué tenía, ¿no?

—Obvio que no. Y tampoco pregunté. Que me tenía cogido por los huevos, ¿eh?

—Sabes que eso es chantaje, ¿no?

—Sonia, pareces parva, hostia. Ya sé lo que es el chantaje, pero ¿tengo que recordarte que he entrado y salido dos veces de la cárcel? Sin contar el correccional. Me ve un policía y se me pone cara de diana.

—Vale, a ver, y, después de entrar, ¿qué hiciste con la carpeta?

—El tío me volvió a llamar en cuanto salí de la casa y me dijo que la tirase en una papelera que hay bajando hacia Nigrán. En mitad de la nada.

Había tomado precauciones. Cuidadoso y consciente de lo que hacía.

—Espera, Raúl. ¿Y del sobre?

—¿Qué le pasa?

—¿No te pidió una prueba de si lo habías dejado o algo? Me extraña que tome la precaución de la carpeta, pero no del sobre…

—No me pidió nada. Supongo que se fiaría de mí… No me quedaba otra.

Sí, puede ser, pero es raro. ¿Quién pone dos condiciones y pide pruebas de sólo una? Hay algo raro… O tal vez Antón estaba convencido de que iba a ser él quien cogiese ese sobre.

—Dime algo más de la llamada, Raúl. ¿Era hombre, mujer? ¿Hablaba lento? ¿Tenía acento gallego? Algo con lo que pudiéramos identificarlo.

—Pero ¿a mí por qué me está cayendo esta mierda?

Resoplo. Y me decido a decir la verdad. Va a ser incómoda para Sonia, pero…

—Sonia cree que tú tuviste algo que ver en la muerte de su padre. Eso la atormenta desde el día del crimen.

—¡Eh!, ¡¿pero de qué coño vas?!

La hija de Ramiro y Cora se levanta con violencia. El grito y el chirrido de la silla deslizándose a toda velocidad retumban por las paredes con un eco delator. Todos asisten ahora a un espectáculo difícil de ignorar.

—Siéntate —ordeno valiéndome del respeto que creo que me tiene. No me equivoco. Sonia Rey obedece. Al principio me sostiene la mirada, pero luego vuelve a la silla lentamente. Raúl asiste a todo impasible, cerveza en mano. Sonríe al ver que se retracta. Afortunadamente, ella no se percata.

—Yo no tuve nada que ver con eso, Sonia. Ni estaba allí.

—Raúl, quiero saber qué le pasó a Ramiro. Si alguna vez te gustó Sonia. Algo. Lo más mínimo. Ayúdanos.

—Pero si os estoy ayudando, joder.

—Dame algo de lo que podamos tirar.

—Es que no hay nada, tío. No tenía acento, usaba distorsionador…

Sonia está callada. Sigue pensando…, pero hay algo en ella. Un ladeo de cabeza, un escorzo mínimo, no fácil de detectar, pero evidente si se presta la suficiente atención. Yo he visto esa forma de pensar porque todos tenemos una, hay quien cierra los ojos, otros aprietan los labios… De hecho, cuando estudié Ciencias de la Información y la televisión empezó a abrirse paso, muchos de mis compañeros reconvertidos en profesores insistían en eliminar los

«eeeh», «aaah» cuando se está pensando. Otra muletilla que acompañaba gestos sonoros. Mi hija Marta, sin ir más lejos, miraba al techo, como si pidiese una respuesta divina.

—¿Dejarías tu móvil a un amigo durante cinco minutos? No tienes que levantarte —suelta Sonia de pronto.

—¿Que se lleve mi móvil? —bufa Raúl con una risa sarcástica—. ¿Estás de la olla o qué?

—Que se lo dejes, no que se lo lleve, imbécil. Que no escuchas.

—¡Sonia! —la riño como si fuera mi hija. Supongo que haberla conocido incluso en el vientre de Cora me ha dado esa potestad—. Raúl ha dicho que nos iba a ayudar. Podrías probar a ser un poquito más cortés. Yo también he entendido que le pedías el móvil.

No replica.

—Quiero que venga un amigo y lo conecte a un ordenador. Nada más.

—¿Y para qué coño quieres eso?

—Para averiguar desde dónde te hicieron la llamada.

—¿Qué te crees que es esto, CSI o qué? —Suelta una carcajada antes de apurar lo que le queda de la cerveza. A juzgar por el tono que ha usado Sonia, no es un farol. Conoce a alguien que puede hacerlo. Intento calmar las aguas.

—¿Le va a dañar el móvil?

—No.

—¿Puede ver el contenido privado de su teléfono?

—Sí, pero no lo hará.

—¿Puede estar delante cuando lo haga? Para asegurarse de que no miran nada que él no quiera que vean.

—Sí.

—¿Qué me dices, Raúl? —Le sonrío con toda la credibilidad que puedo. Junto las manos en señal de rezo—. Y te dejamos en paz.

Creo que eso último es lo que lo convence para aceptar. Cuando Sonia se levanta para salir a la calle para hablar por teléfono, le pido que nos acerque dos cervezas. Obedece ya con el móvil en la oreja y, cuando deja el botellín al lado de Raúl, juraría que este le mira el

trasero. Pasan aproximadamente diez minutos donde encuentro en el fútbol lo único común con ese muchacho. El Celta, Giráldez, Aspas… Nos remontamos a épocas lejanas de finales perdidas y goleadas a clubes históricos. Se nos acaba ligeramente la conversación cuando la hija de mi amigo abre la puerta y entra acompañada de un tipo que lleva un maletín colgado al hombro con una correa. Es espigado, con algo de chepa y muy delgado. Tanto que los vaqueros azules le hacen arrugas. Lleva una camiseta morada con el dibujo de un pez en el lado del corazón. En la muñeca izquierda hay un reloj-calculadora de los clásicos; en la derecha, un brazalete de cuero negro tan absolutamente pasado de moda que hasta a mí me sorprende.

No nos da la mano al sentarse, aunque sí saluda con un leve gesto izando la barbilla y las cejas. Una vaharada sudorosa me azota las fosas nasales en cuanto toma asiento. Las gafas son de pasta, modernas, demasiado a juzgar por el resto de la ropa. En la cara luce un mostacho ridículo, digno de un adolescente. Lógicamente, no digo nada.

Es Sonia quien le explica los detalles. Nos lo presenta como Juan Carlos y dice que es amigo suyo desde hace muchos años. Ni un detalle más.

—Sabe navegar por la *deep web* —anuncia como si eso quisiese decir algo importante.

—Traducción —pido.

—Puede entrar en zonas prohibidas de internet.

—¿Eso no es para pedófilos y cosas raras? —Raúl pone cara de asco.

—En la *deep web* hay de todo. Sólo hay que saber buscar. —La voz del informático es grave, ruda, desacorde con la cáscara que lo envuelve como un ser endeble acostumbrado a ser víctima de los palos—. Esto lo hago como un favor a Sonia. Yo no quiero saber nada.

Raúl le tiende el teléfono con cierta desconfianza, pero, en un movimiento ágil, el informático (o hacker, o delincuente pasado de

moda) lo enchufa a un cable que va directamente al ordenador. Teclea algo con Sonia detrás de él y Raúl alternando miradas desconfiadas entre su teléfono y la pantalla. El terminal torna a negro como si hubiera sido víctima de un chispazo. En la del ordenador empiezan a salir números sin ningún sentido, pero Juan Carlos sigue tecleando. Da dos últimos teclazos, introduce un código y sonríe. No tiene una sonrisa fea.

—Se hizo desde aquí. —Con el índice apunta a la pantalla. A Sonia le cambia el gesto.

—No…, no puede ser… —Se ha puesto pálida. Raúl no entiende nada y la mira, preocupado. Juan Carlos permanece impertérrito—. Alfredo, mira…

Gira el ordenador hacia mí… y yo también miro a los ojos al abismo. La pantalla me revela un mapa azul y gris, con los nombres de algunas calles y un punto luminoso y verde que parpadea entre las calles de…

—Oporto…

No hace falta que digamos nada. Ni Raúl es ajeno a que la llamada se había hecho desde la misma ciudad donde el dependiente de una ferretería había identificado a Antón Rey comprando el cable de acero con el que después mataron a Ramiro. En este momento, cada célula, cada molécula de Sonia está destrozando a su hermano. Y yo, desgraciadamente, me quedo sin argumentos para intentar defender a Antón. Empiezo a sospechar que Teo Costas tiene razón. ¿Antón mató a su padre?

—¿Se puede ampliar? —pregunto a Juan Carlos.

—Dale a la tecla del más hasta que quieras. No es muy elaborado, pero la *deep web* funciona así.

Pulso. Una. Dos. Tres veces. Hasta que el puntito parpadeante tapa el nombre de la calle. Entonces siento que me precipito a la profundidad.

—Sonia…, eso no es cualquier punto de Oporto. Es… Es la ferretería donde dicen que Antón compró el cable…

# 30

## Teo Costas

No podía hablar. No podía moverme. No podía comunicarme. Y, lo peor de todo, no podía defenderme. Porque, si Alfredo Otero quería ir a por mí, lo único que podía hacer era rezar (y encima sin juntar las manitas como un niño bueno) para que Bego no me dejase solo.

La idea tenía bastante lógica. Si la hija de Alfredo, con la que lo vi por la calle, era mi asesina, él querría evitar que yo saliese del coma, ¿no? Tiene sentido: la chica entra en mi casa, me atiza en la cabeza, se asusta, se lo cuenta a su padre, y este viene a terminar el trabajo para que no inculpen a su niñita. Sólo hay un problema: no tengo ni idea de qué hacía esa chiquilla en mi casa. Pero sería lógico que Alfredo buscase pruebas aún más contundentes contra Antón. Así desligaría a su hija de todo. ¿Era esa su verdadera causa?

Me jodería morirme antes de descubrir todo esto. Es lo único que me jode. Bueno, y lo de no conocer a mi hija también. Pero no, no le tengo miedo a la muerte. Ella y yo somos viejos conocidos. Su presencia ha marcado mi vida.

Dejad que el abuelo Teo Cebolletas salte hasta 2004. Yo tenía quince años y ya vivía en un centro de menores. Afortunadamente, alejado de mis tías las locas, aunque cargando la mochila con más mierdas. Ya sabéis que cuando uno es adolescente hace de cada problema un mundo, ¿no? Joder, yo tenía que aguantar a los anormales de mis compañeros: «Es que mi papá…», «Es que mi mamá…» Putos lloricas. Por lo menos tenéis padres.

Por esos comentarios entré en una espiral bastante chunga de peleas con un chaval de clase. Un día estábamos jugando al fútbol en el patio, y la verdad es que yo era cojonudo. A ver, no era

Gustavo López, pero ya me entendéis… El subnormal este empezó a darme patadas y patadas por detrás, yo no dije nada hasta que, en una de esas, me tiró al suelo. En la siguiente me tomé la justicia por mi cuenta y le di tal hostia que voló muuuy alto. Se levantó como una bala, me empujó y me hizo esa danza del pavo absurda que a veces hacen los tíos. Ya sabéis, esa especie de pechito con pechito, cabeza con cabeza… ¡Uf, la odio! Si nos pegamos, nos pegamos. Lo llamé hijo de puta y respondió lo único que no tenía que haber respondido: «Al menos tengo padres». Le solté tal hostia en la boca que le rompí el labio. Sangraba como un cerdo y, cuando intentó levantarse, le enchufé una patada en la nariz y se la partí.

«No, Teo. Las cosas no se solucionan con violencia». Nos estamos volviendo gilipollas con esas mierdas sobre el diálogo. Este imbécil compró todas las papeletas, la hostia se rifó y se la llevó en pleno morro.

Lo mejor es que una semana después, cuando me dejaron volver a clase, intentó acorralarme en el patio con dos amigos. Ese día fui yo quien se fue con el labio partido, pero ¿sabéis qué? Tuvo que venir la ambulancia a por él porque le pegué tal patada en los huevos con esta zurda digna de Mostovói que Dios me ha dado que desde entonces pasaron a llamarlo Carlitos Monohuevo. Justo después de una operación cortesía de mi pie izquierdo. De nada, idiota.

Por supuesto no volvió a meterse conmigo. No sé dónde estará ahora. Igual muerto. Me ronca un huevo. La cuestión es que esa semana de expulsión me la pasé descargándome canciones ilegales con un programa de ordenador.

Estaba bajándome algunas de rap cuando caí con una que me revolvió el estómago. Y, como sabéis, no soy flojo precisamente. Se llamaba «Desde el otro lado», del grupo Arma Blanca. Está dedicada a la muerte. La primera vez que la escuché casi me cago encima, pero aguantaba… hasta que llegó el estribillo donde la parca explica a un pobre desgraciado que va a llevárselo sí o sí. Sea o no sea

injusto. Sin importarle una mierda qué le quede por hacer, a quién deje en la tierra o a quién ame.

Llevaba exactamente seis años aguantando. SEIS PUTOS AÑOS. ¿Os dais cuenta de lo que son seis años de vuestra vida? Ya os lo digo yo: 72 meses. 2.190 días. 52.560 horas. 3.155.760 minutos. 189.302.400 segundos. Todo ese tiempo pensando una y otra vez en lo mismo. Torturándome. Dándole vueltas a si fue mi culpa. Si yo, con nueve miserables años, podría haber hecho algo para evitar aquel horror ¿Y sabéis cuál era el peor de esos pensamientos?: «¿Por qué yo no?».

Yo era un crío que llevaba desde los nueve años pensando por qué coño no tuve la suerte de morir. Con nueve años estás jugando al fútbol en la calle, creando historias de mierda con muñecos, soñando con marcar goles en Balaídos, empezando a leer *Harry Potter*, viendo *Aladdín*, *El rey león*, *Hércules*…, y no corriendo ensangrentado y en zigzag entre los árboles para evitar que dos perdigones de escopeta te atraviesen la columna.

Con nueve años, mientras tú veías *Xabarín Club* en la gallega, luciendo orgulloso tu carnet verde, o el *Club Megatrix* en Antena 3, yo miraba las cabezas destrozadas de mis padres y mi hermana. Veía los brochazos de sangre contra la pared y el techo, los putos trozos grises del cerebro como gelatina por el suelo, las astillas blancas del hueso del cráneo que había saltado por los aires. Olía la pólvora, la carne quemada… Escuchaba la lluvia peleando contra la hierba con un repiqueteo que todavía me pone los pelos de punta.

Grabé esa imagen a fuego durante horas. Hasta que se me pasó el shock, dejé de llorar y entendí que nadie iba a venir a buscarme. Herido, con el hombro destrozado y perdiendo sangre. Fue la primera vez que sentí que cualquier ser humano, sea cual sea su edad, tiene instinto de supervivencia. Los móviles estaban empezando a llegar a la vida diaria y no había teléfono fijo. Tuve que caminar cinco kilómetros hasta que di con la primera casa de Salvaterra do Miño. Tengo borrados fragmentos de ese paseo, pero sí recuerdo que me desmayé tras llamar a un timbre. Luego llegaron

los gritos, sonidos de ambulancia, luces raras y el despertar en el hospital.

En sólo una hora, mi vida se había dado la vuelta completamente.

¿Por qué ahora estaba solo en el mundo?

¿Acaso yo no merecí morir igual que mi hermana, mi madre y mi padre?

¿Por qué mi padre tuvo que fallar conmigo después de volarles la cabeza a mi madre y a mi hermana?

¿Por qué tuve que correr en zigzag y esquivarlo?

¿Por qué no fue a por mí antes de suicidarse?

¿Por qué tuvieron que dejarme solo en este mundo de mierda?

# 31

ALFREDO OTERO

Ni siquiera recuerdo la primera vez que viajé a Oporto. Siempre he sido más de Londres, aunque parezca pretencioso decirlo. Sin embargo, en los últimos años he sido conquistado por esas tradiciones lusas, portuenses, para ser más específico. Portugal es una joya. Uno de esos países con menos fama que otros europeos, pero que regala a la mayoría de los turistas la sensación de no marcharse defraudado.

Mi tía Asun, una adelantada a su tiempo por la cantidad de viajes en solitario que realizó entre sus cuarenta y sus setenta, siempre hacía su ranking de ciudades de la misma forma: «Hay una lista donde Roma es Roma. Y luego ya puedes poner la número uno». Coincido con ella: nada es equiparable a Roma, pero el primer puesto de la clasificación por debajo de la ciudad eterna me genera un debate hasta ahora irresoluble.

Lo que nunca imaginé es que vendría a Oporto a hacer algo muchísimo más importante que simple turismo. ¿Estaban las respuestas en Cale, antiguo nombre de la ciudad? ¿Había llamado Antón a Raúl desde allí? Y, lo más importante, ¿qué unía la ferretería donde el hijo de Ramiro compró el cable de acero y la llamada telefónica? ¿Fue el propio Antón quien planeó todo para que entrasen en su casa? ¿Qué había en la carpeta morada que le exigieron a Raúl? Demasiadas preguntas, pocas respuestas…, pero, si las había, estaban en Oporto.

Había hecho el viaje solo. A la mañana siguiente de dejar a Sonia en casa e insistirle, casi ordenarle, que no quería compañía. Rogué a Cora que hiciera entrar en razón a su hija. La revelación sobre

Oporto le había generado un ataque de ansiedad que me obligó a parar en una gasolinera en pleno trayecto Vigo-Monteferro. Pero no fue para comprar las pizzas o decidir qué película ver con palomitas tal y como me había propuesto cuando hablaba con Sonia. Ojalá. Me detuve a comprar hielo para pasárselo por la nuca y disculparme con los empleados de la estación de servicio por la mancha de vómito que dejó en el suelo. Con mi propósito de enmienda olvidado, me eché a dormir tras darle un rutinario beso a María José, que ya dormía… y a la que olvidé decirle nada sobre Oporto. Había sido un día muy largo.

Cora logró convencerla, aunque, desde el momento en el que le vio la cara, tuve clarísimo que no la dejaría venir. Sonia Rey era un cadáver andante pugnando contra su propio cuerpo y contra la terca e irremediable sobreprotección que brindan las madres. No tenía nada que hacer. Se quedó en casa. Según me reveló Cora en un mensaje, con una pastilla de lorazepam debajo de la lengua y en su cama. Mi amiga aprovechó para enviarme un audio largo que escuché ya a la mañana siguiente, en el coche, asumiendo la imprudencia de desbloquear el teléfono y darle al Play en plena autovía. Me preguntaba qué iba a hacer a Oporto, si tenía algo que ver con Antón y la muerte de Ramiro, porque Sonia sólo lanzaba frases inconexas. Poco claras pero preocupantes. Confesé todo, pero aclaré que quizá la pista no sirviese de nada. ¿Lo creía? No. Tenía claro que eso llevaba a algún sitio, pero no podía soltar una certeza tan pesada a una madre desesperada por liberar a su hijo.

El trayecto entre Monteferro y Oporto es de apenas una hora y media. Antes de llegar, paré en un área de servicio, llené el depósito y me fui dentro a pedir un café para llevar. Apoyado en la barra, vi *La Gaceta de Vigo*, doblada sobre los diarios deportivos del día (dos españoles y dos portugueses). Incumpliendo mi rutina diaria, no había comprado el periódico, pero no fue eso lo que me impulsó a ir a por él y desplegarlo. El rostro de Teo Costas ocupaba la portada. El intento de asesinato había llegado a la prensa. Más teniendo en cuenta que había sido Teo quien había encarcelado a Antón Rey, hijo

de una de las víctimas de la crónica negra española más importante de la historia moderna.

INTENTAN MATAR AL POLICÍA
QUE RESOLVIÓ EL CRIMEN DE RAMIRO REY

Fue atacado en su propio domicilio y se sospecha de un intento de asesinato. Permanece ingresado y en estado crítico.

Añadía la foto de la detención de Antón Rey, cuando Teo y otros agentes, entre ellos algún que otro jefazo o el tipo que nos había atendido con tanta bordería en comisaría, *Nosequé* Marín, se llevaban esposado al hijo de mi amigo. Una imagen horrible, causante de todas las pesadillas de Cora. Yo ya sabía toda la historia, así que dejé el periódico. Luego me lo leería, pero ¿iba a encontrarlo en Oporto?, ¿dónde? Una preocupación más a un día lleno de ellas. Cogiendo el vaso de plástico de café bien cargado por los bordes para no quemarme, compré el ejemplar del diario en la parte de las revistas del área de servicio. Lo doblé, me lo puse bajo el brazo y regresé a mi coche. Antes de arrancar, busqué el número de Mónica, la exnovia de Antón, y la llamé. Luego inicié la marcha. Me saludó con un tono cantarín, risueño. Me alegré por ello. La recordaba con cierto cariño, algo tímida pero amable.

—Perdona que te moleste, no te voy a robar más de cinco minutos.

—No te preocupes. Dame un segundo… —Escuché un pequeño ajetreo, unos pasos y después un silencio mucho mayor. Supuse que se había metido en algún lugar más tranquilo—. Cuando quieras.

—Sólo quiero saber qué pasó aquel día en Oporto. Tengo entendido que perdiste de vista a Antón.

—Sí, cuando fue a comprar el cable.

—¿Cómo? Pero ¿eso lo sabes?

—No, no. Es lo que dicen…

—¡Ah, no, no! Olvídate de lo que dicen. Yo quiero saber qué viste tú. Es que estoy escribiendo un libro del caso. Necesito un poquito

de precisión…

—Pues no recuerdo mucho, Alfredo. Sólo que estábamos juntos, lo llamaron… y desapareció.

—¿Y crees que fue a comprar el cable?

—Eso dicen.

—Mónica, de verdad, no quiero lo que dicen. Quiero lo que crees.

Tardó un poco en responder.

—No creo que Antón matase a su padre. Adoraba a Ramiro. Creo que recibió una llamada de otra persona… importante.

—¿Importante?

—De su amante, Alfredo.

La incomodidad se hizo prácticamente tangible en el habitáculo del coche, rodeándome hasta sentarse en el asiento del copiloto. Recordé esa fulminante mirada que me echó María José en el hospital por preguntarle a la mujer de Teo Costas ciertas cosas cuando su marido estaba en coma.

—Ya…

—Estoy convencida de que Antón tenía a alguien, pero no sé a quién. Y, sinceramente, ahora me da igual. Que se lo coma ella. Menuda bala esquivé con Antón. Era una persona horrible.

Colgamos con bastante educación y rapidez. ¿Por qué Antón no me había dicho lo de la amante? ¿Quizá era una simple sospecha de Mónica? Él había hablado de una llamada de trabajo… Esa sensación incómoda seguía instalada a mi lado. Ya no por la sospecha de Mónica, sino por su última frase: «Antón era una persona horrible». ¿Tanto tiempo había vivido yo engañado con la perfección de la familia Rey Vilaboi? Esa duda no debía desviarme de un dato clave: Mónica no había visto a Antón comprar el cable.

Me quedaba una media hora para llegar a la ciudad, así que aproveché para llamar a María José, la cual no sabía nada de este viaje. No iba a ser una conversación sencilla.

—Hombre, ya era hora. Además, tenía que hablar contigo… ¿No has visto el wasap?

—No, es que… Bueno, no. ¿Por qué?

—Es que ¿qué?

—¿Qué me ponías en el wasap?

—Te he mandado el número de teléfono de Begoña, la mujer de Teo Costas. Me ha dicho que la llames si quieres ver qué estaba investigando Teo… Te lo dijo en el hospital, ¿no?

—Genial, cariño. Gra…

—Porque quieres sabes qué estaba investigando Teo, ¿verdad? —me cortó.

La primera vez había sido capaz de salir de esa pregunta con evasivas, pero una segunda iba a ser complicado. Opté por la verdad.

—Sinceramente, sí.

—¿Por qué?

—Porque creo que puede ser útil para la novela, cariño. Nada más. —Mentira. Mentira y gorda.

María José guardó silencio. No fue muy largo, aunque sí lo suficiente como para demostrarme que había algo que no se estaba tragando.

—En fin, Alfredo. Tú sabrás lo que haces… ¿Te espero a cenar?

—Sí, para la cena estoy de vuelta, seguro.

—Pero ¿dónde estás? —Noté el tono preocupado. Esto iba a ir a peor.

—Camino a Oporto, cariño.

Silencio una vez más. Evidencia incontestable de los problemas que se avecinaban. Y eso que había usado tres veces el «cariño» para preparar el terreno.

—¿Cómo que camino a Oporto, Alfredo?

—Pues camino a Oporto, María José.

—¡Ah!, ¿así?, ¿sin más? ¿Sin avisarme a mí o a las niñas?

—No sabía que tuviera que pedir permiso. —Estaba actuando a la defensiva, no me estaba gustando tanto control.

—¡¿Cómo que pedir permiso?! Por Dios, Alfredo. Que tus hijas han estado amenazadas. Acaban de intentar matar a Teo Costas, tú

mismo llevas año y medio diciendo que el crimen de Ramiro no fue Antón, que hay alguien detrás… Hijo, piensa un poco.

Lo peor de todo es que tenía razón.

—Bueno, pues no pensé que fuera tan importante, María José. Es como si un día normal hubiera salido temprano hacia allí.

—¿A qué vas a Oporto? —Percibí en la pregunta un deje hastiado, harto por la falta de explicaciones.

—He descubierto una cosa. Bueno, creo que la he descubierto. Podría ser importante.

—¿Descubierto algo sobre qué?

En ese momento comprendí que no tenía salida porque usar otra vez la novela no iba a colar. La única opción que me quedaba era decir la verdad: la novela no importaba tanto como yo hacía creer. Lo que tenía era una malsana obsesión por descubrir quién había matado a Ramiro y también una deuda por liberar a Antón. Una deuda por ausentarme el día en el que asesinaron a mi mejor amigo. La pegajosa culpa.

Hacía días que no llamaba a mis hijas simplemente para preguntarles cómo estaban. Mi comunicación con María José era cada vez más escueta. Sólo hablaba de Cora, del caso… Sólo pensaba en los interrogatorios de Teo Costas. Y sólo le daba vueltas una y otra vez a la idea de que había algo que se me escapaba. El problema era que ahora me sentía tan cerca de la verdad que no podía soltarla. No podía hacerlo ni aunque quisiera porque dependía de ello. Si hasta me había dado igual el plan de pizza y película.

Yo mismo noté la revelación. Un golpe en el estómago, una bofetada de realidad, un seísmo en mi propia introspección. Dependía de ello porque necesitaba sentirme útil. Porque con sesenta y ocho años, mi necesidad de demostrar que todavía podía ofrecer algo estaba imponiéndose a mis propios valores. Sentí unas asfixiantes ganas de llorar. Una congoja atascada en mitad de la garganta que ascendió hasta que el labio inferior empezó a temblar.

—Te lo explicaré al volver, María José. Lo prometo. No volveré tarde. —El sofisma, descarado, brotó con sorprendente naturalidad

de mis labios. ¿No era yo el que siempre iba con la verdad por delante?—. Te quiero.

No le di tiempo a responder. Me cayeron dos lagrimones de puro dolor. Un dolor que fue transformándose en rabia. ¿Por qué Cora me había pedido eso? ¿Por qué Ramiro me había ocultado durante tantísimos años de dónde venía el dinero? Por qué, por qué y más por qué, como tapadera a la verdadera pregunta: ¿por qué necesitaba aceptar esto?

Con el horrible pensamiento de inutilidad terminé el atasco en el que estaba metido y fui desviándome entre las calles hasta el Cristal Park, un aparcamiento que conocía de otros viajes en la rúa Dom Manuel II, muy cerca del Museo Nacional Soares dos Reis y del Hospital de Santo Antonio.

Las calles portuenses me han recibido con la luz celestial de un cielo pulcro, impoluto en su azul. El sol cae sobre la fachada del Museo Nacional Soares dos Reis, justo enfrente de mí. El año pasado hicimos un viaje veraniego exprés y familiar. Aprovechamos para ver la exposición por los ciento noventa años que cumplía el museo y yo, como meticuloso preparador de viajes, me preocupé en explicarles a las niñas que originariamente aquel edificio había sido la casa de acogida de los Hermanos de la Santa Misericordia y que fue construido a lo largo del siglo XIX. La fachada combina el estilo neoclásico, con simetría, orden y equilibrio, que se aúnan a la robustez y verticalidad que le proporcionan las columnas y pilastras. Las ventanas son de arco, y la puerta principal, de un potente y llamativo rojo con el nombre del museo en letras doradas, igual que las orondas tachuelas que la decoran escalando por los bordes de la madera. No. No es que sepa de arte. Es que había encontrado un pódcast sobre Oporto.

Me he recreado por un momento recordando el fantástico viaje familiar y cómo había ido perdiéndome por la incapacidad para asumir mi edad. De nuevo aquella congoja, aquel malestar

oprimiéndome el pecho… Será mejor que termine pronto y regrese a casa. Por un momento, por una única vez, he deseado que esa pista no condujese a nada. Sé que si encuentro algo seré absolutamente incapaz de parar…, como hasta ahora.

Abrumado por la necesidad de resolver aquello cuanto antes, he hecho dos cosas: la primera enviarle un mensaje a María José con tres escuetas palabras: «Perdóname. Te quiero» (obvié el teléfono de Begoña Alonso que me había enviado). La segunda buscar en Google, el santo más rezado, información sobre el crimen de Antón Rey. Necesito el nombre de la ferretería para acercarme hasta ella. Alguna entrevista, algún vídeo… He encontrado un reportaje donde hablaba el dueño de la ferretería, un hombre mayor, con barba rala, pelo plateado, similar al de un puercoespín, que envejecía aún más el rostro con unas gafas de montura fina y dorada que se colocaba a la mitad del puente de la nariz como un anciano. El tipo, identificado en un rótulo a la izquierda de la pantalla con letras naranjas como José Sosa, aparecía en un plano medio y vestido con un mono azul. La luz era tenue, dándole a la imagen la intención de transmitir un aire de misterio. Alternaban su plano con otros de la ferretería por dentro y, por fin, el exterior. He hecho una captura de pantalla, he buscado el nombre en otra pestaña de Google y he comprobado la dirección en el mapa del teléfono. Sólo quince minutos caminando me separan de ella.

Emprendo el trayecto pasando por delante de la iglesia de los Carmelitas y de la Igleja do Carmo, uno de los símbolos turísticos de la ciudad por su arquitectura barroca y, sobre todo, por su imponente fachada lateral con un gran mural de azulejos blancos y azules que representaba la imposición del escapulario en el Monte Carmelo.

Gracias al último viaje familiar, he ubicado cerca la Livrería Lello. Mundialmente conocida por el bulo de que allí se rodó una escena de la segunda película de *Harry Potter*. De hecho, fue mi propia hija quien me sacó del error y me aseguró que J. K. Rowling, autora de

los best sellers, incluso había desmentido el haberse inspirado en la librería portuense.

Ya había estado varias veces en Oporto. Una de ellas, a solas con María José, cuando decidimos cruzar el puente de don Luis I para ir a una de las muchísimas bodegas de Vila Nova de Gaia tras comer hasta reventar en un restaurante ya cerrado que se llamaba Ora Viva.

Sí, Oporto… es Oporto. Abrumado por la magnificencia de la ciudad, me siento el escritor Andrea Tabucchi, enamorado de Portugal, y deseo encontrarme con Pereira, su periodista y protagonista de una de las novelas que más me han gustado en mi vida. Los lusos, una vez más, empeñados en conquistarme… Ahí está en realidad mi top uno.

Atravieso la praça D. Filipa de Lencastre donde un mendigo vestido íntegramente con un chándal de color rojo me pide una moneda desde el suelo. Le echo un euro en el vasito plástico que tiene delante y continúo caminando para girar a la derecha y entrar en la ferretería. La reviste una pared de ladrillo verde, un cartelón amarillo y una puerta roja.

El hombre del reportaje atiende a una mujer que está terminando de pagar. Aparte de ella, estamos solos. Me acerco al mostrador, un mueble de madera oscura con dos vidrieras por debajo. Tras él hay tres enormes estanterías llenas de clavos, cachivaches y otros elementos de ferretería que desconozco. Las chapuzas y yo nunca nos hemos llevado muy bien.

—*Bom día, em qué posso ajudálo?*

Mi portugués es inexistente. Me salva entender el gallego, pero eso no va a permitirme mantener una conversación fluida. Cojo el teléfono, abro la app del traductor, vuelvo a agradecer mentalmente a los santos creadores de la tecnología y dicto la frase al micrófono: «Soy amigo de Antón Rey. Creo que vino a comprar a su tienda». Cuando menciono al hijo de Ramiro, su cara se contrae con desagrado incluso antes de escuchar la traducción por voz de mi dispositivo. El teléfono habla y el tipo replica:

—*Já contei à polícia tudo o que tinha que dizer* —«Ya le dije a la policía todo lo que tenía que decirle», dice el móvil con una robótica voz femenina.

—Lo entiendo. Yo no soy policía. Soy amigo de Ramiro, la víctima. —Mientras dicto tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar. Ese españolismo tan común que relaciona berrear con hacerse entender—. Sólo quiero ver la grabación de aquel día. Y preguntarle sobre la actitud de Antón Rey.

—*Tenho muito trabalho. Saia, por favor.*

Miro a ambos lados. Después a él. Luego sonrío. La tienda es un páramo. No. No tiene mucho trabajo. Lo analizo detenidamente: un reloj con la correa de cuero muy desgastada, las gafas idénticas a las del vídeo, el mono viejo, sin identificación ninguna…, y el anillo en el dedo anular.

—¿Tiene hijos? —digo al teléfono, pero sin dejar de mirarlo. Intento sonreír con cercanía, pero estoy nervioso. No sé si distingue esa cercanía o le resulta perturbador.

Se lo piensa. Sopesándome, examinándome… Supongo que es normal teniendo en cuenta que mi carta de presentación es venir a hablar sobre un asesino (al menos, eso es lo que ha dicho la Justicia). Tras esos segundos, parece que entiende el significado de mi sonrisa cercana y habla.

—*Tres filhos*… —revela.

—Dos niñas. —Levanto el índice y el corazón haciendo el número en el aire—. Lo más importante de mi vida. Supongo que para usted también lo son los suyos. Y perdone el tono robótico de este cacharro. —Agito el móvil—. Me encantaría que sonase mejor. Le estoy contando todo esto porque hay una madre, mi amiga, que está segura de que su hijo no mató a nadie. De que lo han encarcelado siendo inocente. Sólo quiero su ayuda para ayudarla.

Un silencio denso toma la ferretería. Le aguanto la mirada mientras mi móvil habla. Dos icebergs tras una cortina de vidrio. Suspira y mira por encima de mi hombro, comprobando si hay alguien en la tienda o esperando para entrar. Sale del mostrador con

paso decidido, camina unos metros, cierra la puerta con llave y le da la vuelta al cartel que reza FECHADO.

—*Vou mostrar para você só uma vez e não me pergunte de novo…* —Lo dice tan rápido y de forma tan introspectiva que soy incapaz de entenderlo.

—¡Espere, espere! No entendí. *Non entendo* —digo en gallego, convencido de que es parecido al portugués. Menos mal que no me equivoco.

Se vuelve hacia mí, raudo y con cara de pocos amigos.

—Vídeo. Una vez. Adiós. —Dice «ves» en lugar de «vez», pero lo entiendo perfectamente.

Lo sigo hasta una pequeña salita a la izquierda de la parte trasera del mostrador. Tiene un portátil conectado a la corriente. La pantalla se parte en cuatro planos, los correspondientes a los que ofrecen las cámaras de vigilancia que enfocan los rincones de la tienda, ahora completamente desangelada. La mesa, además del ordenador, tiene libros, facturas, bolígrafos y una taza blanca con el escudo del Oporto y restos negruzcos de café. Colgado de la pared que hay detrás, algo descorchada y con humedad por el techo, pende torcido un banderín con el emblema del club, la fecha 1893, que identifico como el año de la fundación, y el lema MAGICO PORTO. É O CORAÇÃO. Pienso en hacer una nueva referencia futbolística, pero quiero evitar distracciones y que me enseñe el vídeo lo más rápido posible.

El dueño de la ferretería le da al Play. La grabación es bastante nítida, aunque seguramente haciendo zoom se forme «ruido», el término más habitual para designar esa especie de cortinilla granulada cuando los megapíxeles no dan más de sí.

Un hombre con una altura similar a la de Antón Rey camina por los pasillos hasta que da con un enorme rollo de cable metálico. Lo coge, sin dudar ni un segundo, y se dirige al mostrador. Un hombre con andares similares a los de Antón Rey saca dinero del bolsillo, en efectivo, y se lo da al mismo tipo que ahora está detrás de mí, viendo cómo me inclino hacia la pantalla tratando de distinguir algo que me permita ver una trampa. Un hombre con las manos similares

a las de Antón Rey, mismo reloj en la muñeca izquierda, misma pulsera con la bandera gallega en la derecha, coge el pomo de la puerta y abandona la ferretería. En total unos sesenta y cinco segundos de vídeo que veo dos veces sin preguntar y que me confirman la horrible certeza: la prueba contra Antón Rey es completamente sólida. Es él. Es Antón. Había comprado el cable.

El dueño debe ver mi cara de decepción porque señala mi móvil.

—*Espanhol.*

Desbloqueo el teléfono con el reconocimiento facial, pulso el traductor y enfoco el micrófono hacia él. Habla y la voz femenina de un robot traduce en perfecto castellano.

—Ya le dije que había hablado con la policía. Un hombre vino y me dijo: «¿A que fue este hombre quien le compró el cable de acero?». Me señaló a ese chico en la foto y le dije que sí.

Frunzo el ceño. Me sorprende la manera de formular la pregunta… Es una interrogativa, sí, pero indirecta y retórica. Es decir, pone el énfasis en confirmar la suposición… ¿O estoy viendo fantasmas donde no los hay?

—¿Quién vino a hablar con usted, un policía?

—¿Costas? *Não me lembro do nome…*

—Teo. Teo Costas.

—Ese. *Veio e mostroume a foto do menino.*

—¿Y está seguro de que era él?

Asiente dos veces. Y, en cada subida y bajada de cabeza, los cimientos que sostienen mi convicción en la inocencia de Antón Rey van desmoronándose. Entonces ¿fue él quien llamó a Raúl? Desde luego, su hermana había dicho que lo conocía… ¿Se aprovechó de ello? Pero ¿para qué?, ¿qué buscaba? Por lo que había leído, no era difícil ocultar un rastro de forma básica, pero, aunque no soy un zoquete informático, esos detalles son demasiado técnicos para mí. Y sigo sin verle el sentido a ese movimiento. ¿La intención era el testamento?

Abandono la ferretería profundamente abatido. Estaba convencido de que allí, si conseguía ver el vídeo, podría encontrar algo. Sabía, o

creía saber, mejor dicho, que hablar con ese hombre me revelaría una verdad que aún me era desconocida. Y nada. La única imagen es Antón seleccionando, comprando y marchándose con el cable de acero con el que mat… Me duele decirlo, pero la prueba parece tan clara…

No me queda nada por hacer allí…, aunque, sinceramente, ahora no me apetece volver a casa. Es curioso como una sensación puede pasar de un extremo a otro en cuestión de minutos. Había deseado equivocarme, que la pista no condujese a nada para parar… y, sin embargo, una vez concedido mi deseo, siento una tristeza plomiza que deriva de la incapacidad para resolver algo que me ha obsesionado. Una obsesión que, por cierto, tengo que reconocer ante mi mujer y que acarreará una discusión. Las patas de ese tripartito me destrozan.

Afligido, camino hacia la praça D. Filipa de Lencastre, donde me dejo caer pesadamente en la silla metálica de una terraza esquinera. El camarero, un latino alto y con un ridículo bigotito, sale a tomarme nota con las manos a la espalda. Pido un café solo. Bien cargado. Me espera un regreso largo, sobre todo mentalmente. Lo único positivo es que le había dicho a Cora que aquello no iba a acabar en nada y ahora no tenía que desmentirlo.

Sorbo el café y me abraso la lengua, aunque tampoco me viene mal para sacarme del trance pesimista y, no os enfadéis por decirlo, algo gallego en el que he entrado. Una vez había escuchado al gran Pérez Reverte explicar que, cuando estaba en algún sitio esperando, se fijaba en la gente. Yo lo intento, por eso de ser también novelista y tal… Aguanto unos minutos. Tiempo más que suficiente para ver pasar el tranvía, contemplar un sinfín de coches entrando en los túneles, analizar a un grupito de turistas perdidos, a una pareja asiática mirando un mapa y señalando en el móvil, al mendigo que antes me había pedido dinero deambular por las mesas de la acera contraria… Harto de observar, pregunto al camarero en un perfecto portugués:

—Periódico. *La Gaceta de Vigo.* ¿Tiene?

Gracias a mi portugués nativo, el camarero sonríe (con evidente simpatía, no burlándose de mí…, creo) y en unos segundos me trae el diario. Sí, el mismo que he comprado antes en la gasolinera y me he dejado en el coche. No es mi día.

Lo despliego buscando las páginas interiores sobre el Celta de Vigo. Ni me apetece leer los datos sobre el ataque a Teo Costas que conozco de sobra. Voy pasando páginas, atravesando la política nacional, internacional, local… Después paso por una sección sobre las zonas cercanas a Vigo como Baiona, Nigrán, Gondomar… Me detengo un rato a hojear: un escritor de Baiona publica su cuarta novela, un incidente en un local nocturno de Nigrán… Nada reseñable pero todo interesante. Llego a los deportes, al nuevo e ilusionante fichaje de un Celta de Europa… Estoy enfrascado en la lectura cuando el mendigo que me había pedido dinero y que había visto caminando por la acera de enfrente se acerca hasta mi mesa.

—Comer. Comer. Comer —repite juntando los cuatro dedos con el pulgar y llevándoselo cerca de la boca en un inconfundible gesto universal.

—No, no tengo nada. No tengo nada. —Cuando algo es verdad, parece que hay que repetirlo dos veces.

—¡Ah! Amigo, amigo. ¡*Meu* amigo!

—Que no. Ni amigo ni nada. No tengo nada.

—¡Amigo, amigo! —Me doy cuenta de que no me señala a mí. Sino al periódico. Y además de forma perseverante. ¿Qué señala?, ¿la portada con la foto de Antón?

Cierro el diario y lo dejo sobre la mesa. Supongo que conocería a Antón de algún otro periódico. El caso había llegado a Portugal, me lo había dicho un amigo *fodechincho* que el año pasado se había dejado caer por Vilanova de Cerveira.

El mendigo apunta insistentemente a alguien que sale en la foto de la detención de Antón. Hay por lo menos cinco personas. El hijo de Ramiro, Teo Costas, el policía ese, Marín y otros dos tipos que no conozco. Pienso que señala a Antón, pero… No. No puede ser.

Está golpeando con el dedo a…

¡No! Eso no puede ser.
¡NO!

# 32

TEO COSTAS

Sí, mi padre mató a mi madre y a mi hermana. De ahí lo que me costó decidirme a formar una familia. Llevaba un tiempo raro de cojones, eso es cierto, pero con nueve años no entiendes qué pasa en la cabeza de un adulto. Mi padre no estaba loco, estaba desesperado. Y nadie lo ayudó. Porque, en esta sociedad enferma en la que vivimos, los amigos están mientras las cosas van bien. Mis padres recibían muchas visitas cuando estaban montaditos en la peseta. Con su pisazo, su cochazo, su casita de verano, su finquita para el fin de semana… Pero, cuando toda esa pasta se esfumó, a casa no vino ni Cristo.

Ahora hago memoria, dentro de mis posibilidades, y me doy cuenta de que mi padre fue cayendo poco a poco en el pozo. Yo sólo tengo algún que otro flash: dejó de venir a mis partidos de fútbol sala, no respondía a los cariños de mi madre, se encerraba más en su despacho, algún día vino borracho y mi madre se cabreó con él, vendió el piso de Baiona (justo enfrente de la Palma, la mejor zona de la villa).

La verdad es que la escena de los asesinatos fue una macarrada. Digna del capítulo de novela de algún tarado. Ya os he dicho que mi padre mató a mi madre, a mi hermana y después se enchufó un tiro. Pero ¿os he dicho cuándo ocurrió?

No sé muy bien por qué os estoy contando todas mis mierdas. Supongo que cuando estás a punto de morir necesitas desahogarte. En eso consiste el cristianismo, ¿no? Pecas como un cabrón y, justo antes de diñarla, te arrepientes y ya está. Tanto colegio católico para que la vida me convierta en un ateo de manual.

Día 6 de enero de 1999. Sí, el puto día de Reyes. Un balazo por cada rey mago. Mi hermana y yo nos levantamos muy pronto, como cualquier criajo emocionado por los regalos. Vamos corriendo al salón… y nos encontramos la nada. Ni un paquete. Bueno, sí, el «paquete» de tener a mamá sentada en el sillón mareando un café con gesto amargado. La cara de mi hermana es un poema. Supongo que la mía no sería muy diferente. Detrás de nosotros, brota mi padre con unas ojeras que me hacen dudar si es él o un mapache hormonado. Literalmente, huelo su resaca. Imita una sonrisa y nos dice algo así como: «Niños, creo que este año los Reyes Magos han ido a la casa de Meder… ¿Qué os parece si nos dejamos caer por allí?», y sonríe. Eso me sigue jodiendo. El muy cabrón *sonríe* pese a tenerlo todo pensado. Mi madre quita la vista del café. Tiene los ojos hinchadísimos, imagino que de llorar. A veces la escuchaba, pero esa noche yo había dormido como un tronco, y ella sonríe, así que entiendo que todo va bien. Nos vestimos todos y nos largamos a Meder. El viaje fue de lo más normal.

Villa Ledicia estaba bastante escondida, así que no necesitaba una verja de acceso. Imaginaos una casita de una sola planta, metida en mitad de un bosque. Mi padre bajó rápidamente del coche, justificándose en que iba a ver si ya habían pasado los Reyes. Yo sabía quiénes eran, pero mi hermana no. Cuando entramos, mi madre fue directa a encender la chimenea y nosotros nos sentamos en el sofá que había enfrente. No pasaron dos minutos hasta que mi padre me llamó para que me acercase a la puerta de nuestro cuarto. Cuando la abrí, ambas camas estaban llenas de regalos. No he visto tantos en mi vida. Una cosa acojonante. Me acuerdo de que me ilusioné muchísimo y sonreí a mi padre. Él estaba en mitad de la habitación, mirándome con una expresión que a día de hoy soy incapaz de descifrar. Era algo así como si a una mierda le dibujas una sonrisa. Era falso, pero a la vez se esforzaba excesivamente en parecer real. Algo muy turbio y muy raro. Pero, aun así, sonreí. Y mucho, creo que la sonrisa me llegaba a las orejas…, y no debió ser suficiente para ese mamón.

Me dijo que tenía que ejercer de hermano mayor porque él iba a acabar de prepararlo todo. Entretuve a Ana con canciones, un par de juegos… Recuerdo que reía. Y reía de verdad. No como esos dos falsos que tuve por padres. Uno un asesino cabrón, la otra una zorra cobarde que aparentaba mucho y luego… Fue la última vez que vi y escuché a mi hermana reír. Mientras hablábamos, mi madre echaba leños en la chimenea. Hacía tanto frío que salía vaho cada vez que abríamos la boca, pero Ana y yo estábamos disfrutando tanto que ni lo sentíamos.

Después llegó el momentazo: papá salió de nuestro cuarto con las manos a la espalda. Supuestamente, llevaba un regalo especial para nosotros… Joder si lo era. Fuegos artificiales. ¿Y sabéis qué? Ese cabronazo seguía sonriendo. El resto ya os lo he contado. Dos tiros acertados, uno erróneo y otra vez uno acertado para volarse la puta cabeza.

¿Cómo se puede ser tan cabrón de comprar regalos a tus hijos, ver la cara de ilusión de uno de ellos y aun así pegarles un tiro?

Me hice esa pregunta muchísimo tiempo… y la entendí perfectamente, pero me hicieron falta años y, sobre todo, una enfermiza necesidad de venganza. Esto último fue lo que me llevó mucho después a *La Gaceta de Vigo*. Concerté una cita con la excusa de escribir un libro y me dejaron bucear en la hemeroteca. Me llevé todo impreso.

Empecé a refugiarme en Villa Ledicia buscando atar cabos. Repasé artículos de periódico una y otra vez. Subrayé lo poco que ponía, porque la prensa de antes no era como la de ahora. Además, lo que hizo mi padre fue digno de un monstruo, pero no importó tanto. En la sociedad «maravillosa» en la que vivimos hay ciudadanos de primera, de segunda, de tercera… Lo mismo pasa con los crímenes: hay crímenes de primera, de segunda… Y el de mi hermana y mi madre, desgraciadamente para mí, fue de tercera. Mi padre ya no tenía el peso que tenía antes en la alta sociedad viguesa, así que la brutalidad de sus actos se recogió como un suceso más de los cientos que pasan a diario. Hubo dos cosas que me llamaron

particularmente la atención: el primero fue la falta de información, el segundo fue… la falta de información.

Me hice policía porque quería saber más sobre por qué el cabrón de mi padre se comportó así. Tenía claro que había hilos que sólo podía rozar desde dentro. Ya en el cuerpo, comprendí cómo se movían ciertas cosas y en qué círculos se trazaban.

No soy gilipollas. Papaíto cagaba pasta. Y la pasta suele oler peor que un muerto, así que atrae buitres. Imaginad que uno de esos buitres se acerca más de la cuenta y sus intenciones no son buenas… E imaginad, por un momento, que luego ese buitre poderoso no sólo jode a mi padre, sino que también tiene poder como para taparlo.

Lo que no imaginaba yo era que en el centro de toda esa mierda iba a estar alguien a quien la prensa había idolatrado durante este último año. ¿Os suena ese policía tan famoso que resolvió el caso Verné Dupont, un tal Santiago Marín?

# 33

ALFREDO OTERO

Al principio pienso que el mendigo señala al policía ese tan borde que nos atendió a María José y a mí cuando fuimos a comisaría, *Nosequé* Marín. Luego me fijo con más detalle… y no. Para nada. No es a él ni tampoco a Antón Rey: señala a Teo Costas, pero ¿por qué?

Invito a sentarse a aquel hombre e intento repetir la «técnica de interrogatorio», por llamarla de alguna manera, que he usado con el dueño de la ferretería. Es decir, traducción simultánea. Activo la app del móvil y me pongo a ello.

—¿De qué lo conoces? —Señalo el periódico y claramente a Teo Costas.

—Amigo. *Meu* amigo. —Para eso no necesito traducción…, aunque sí para lo siguiente—. *Ele veio aqui e me deu dinheiro, roupa e comida em troca de um favor.*

—Dinero, ropa y comida a cambio de un favor. ¿Qué favor? —El traductor hace su función con voz metálica y femenina.

Me dice que no lo recuerda bien. Lo hace con los ojos vidriosos, enmarcados en dos cejas salvajes y simiescas, fijos en el decadente trocito de bizcocho reseco que me han puesto en un platito diminuto de porcelana blanca. Se lo acerco, empujándolo con el índice. Le pregunto si tiene hambre…, y la respuesta es igual de afirmativa. Opto por ganármelo pidiéndole a ese camarero tan simpático un arroz caldoso y una *francesinha*, un plato típico de la cocina portuguesa consistente en una rebanada de pan de molde tostada cubierta de embutidos y carnes como mortadela, jamón cocido, ternera, cerdo, y a la que por encima se le pone queso y salsa picante para luego añadir un huevo frito. La primera vez que lo

probé di por hecho que le pusieron *francesinha* porque el término «tapón de arterias» era excesivamente largo y mucho menos comercial. Pese a ello, la devora. No, mejor dicho, la engulle como un pato. Creo que algunos trozos ni los mastica y pasan directamente por la garganta. El camarero, que se acerca de vez en cuando, me sonríe con mirada cómplice y me hace gestos llevándose el pulgar extendido a la boca preguntándome sin palabras si quiero algo de beber. El mendigo alza la vista y sonriéndome con una boca llena de huecos y piezas aisladas y amarillas pregunta: «¿Coca-Cola?». Asiento, devolviéndole el gesto afable, y se la pido a mi nuevo amigo hostelero, que la trae raudo. El hombre la bebe de un único trago. Uno sólo. Nunca he contemplado semejante avidez. Pide otra, con total libertad y obviando quién paga aquello que para él es un manjar. El camarero sí espera mi confirmación para servirla. Esta la bebe más despacio y continúa comiendo. Se deja una parte y pide que la pongan para llevar.

Mientras recoge los platos, yo decido abordar la pregunta que me tiene allí, anclado a una silla incómoda y metálica que me succiona parte de las posaderas y que, a buen seguro, va a dejarme un tatuaje bastante desagradable.

—¿Qué favor le pidió él? —El traductor del móvil habla en portugués mientras yo señalo con el dedo la cara de Teo Costas en la portada de *La Gaceta de Vigo*.

—Comprar…

El eco de su voz queda flotando, como si mi oído la escuchase provenir de un horizonte lejano. Cada palabra está envuelta en una niebla densa que enturbia una verdad antes oculta y ahora revelada por una terrorífica asociación de ideas. Yo ya sé de qué me suena el chándal que lleva el mendigo, yo ya sé qué le había pedido Teo Costas a ese hombre.

No puede ser.

Lo verbalizo con la voz vibrante, temblorosa por la emoción y el miedo. Creyendo que así la realidad va a dolerme menos… Pero no. No lo hace. El golpe es tan tremendo que siento ganas de vomitar. El

policía encargado de investigar el caso, el amante de Cora, el hombre golpeado en la cabeza en su propia casa, la persona encargada de descubrir quién había matado a mi mejor amigo es en realidad su asesino.

—Teo Costas te pidió que te vistieras con esa ropa, entrases en esa ferretería y compraras un cable de acero…

# 34

TEO COSTAS

Ups. Pillado.

# 35

ALFREDO OTERO

La revelación me ha dejado boquiabierto. Doy por hecho que los motivos de Teo Costas…

¡Eh, eh! Un momento. ¿Cómo que «los motivos de Teo Costas»? Los motivos de Teo Costas tendrá que explicarlos Teo Costas. No el puto Alfredo Otero, ¿no? No te jode. Lo que me faltaba. Esta es *mi* historia, así que cambia el nombre del capítulo.

# 35

~~*ALFREDO OTERO*~~
TEO COSTAS

Así sí. Mucho mejor.

A ver… Es el momento de las explicaciones, primero porque las merecéis después de la chapa que os estoy dando, y segundo, y mucho más importante, porque me habéis pillado.

La primera pregunta que tendréis, ahora mismo, es si yo maté a Ramiro Rey. Pues… SÍ. Joder, y tanto que sí. Un sí como un piano. ¿Me arrepiento? NO. ¿Soy un asesino? NO. Bueno, esto último… no del todo.

Vale, es cierto que volvería a hacerlo y que no sólo lo maté, es que me recreé. Me colé en Cala Asterpot, me metí en la zona de la piscina, esperé a que estuviera solo y con el cable de acero lo estrangulé disfrutando de cómo se moría.

Pero, como imaginaréis, necesitaba un chivo expiatorio. ¿Quién mejor que el hijito de Ramiro? Él me quitó a mi padre y yo le quito a su hijo. Es justo, ¿no? Bueno, también le quité a su mujer, pero esa es otra historia… ¡Aunque también justificada, ¿eh?! Luego os lo cuento. La cuestión es que yo había descubierto lo de Antón y la Fariña un día que lo seguí, pero no podía desvelar lo del túnel. Yo fui quien se encargó de la investigación, si llego a desvelar lo del túnel, igual los narcos iban a por mí… Aunque, visto lo visto, no me ha salido muy bien.

En fin, volvamos a lo más importante: Ramiro Rey era un hijo de puta que me lo quitó todo. Para entender esto tengo que irme muchos años atrás, cuando ya era policía, tenía mi plaza en Vigo… En fin, esas cosas. Ya os he explicado que empecé a tirar de hilos y buscar conexiones. Las encontré en Santiago Marín.

¿Qué conecta al nuevo héroe de la policía de Vigo, pieza clave en la resolución del caso Verné Dupont, con Ramiro Rey? Bueeeeeeno, tomémonos nuestro tiempo. Saboreemos este momento juntos. Al fin y al cabo, habéis llegado hasta aquí, ¿no? Y, además, me encanta desmontar héroes. No hay nada como ver a alguien subir muy alto… y escoger un sitio privilegiado para ver el hostión de la caída.

Esta parte de la historia, de *mi* historia, es más fácil de lo que os imagináis: empecemos por el día que descubrí que Ramiro Rey fue el que llevó a mi padre a esa locura que acabó con toda mi familia muert…

Un momento, un momento… Pensé que estábamos solos…

No, mi mujer no puede ser, no huele como ella. Joder, menudo sentido arácnido de mierda: reconocer a la gente por cómo huele. Esto de estar comatoso potencia los sentidos que no veas. Bueno, el tacto no. Y la vista tampoco… ¡Da igual! Manda cojones que esté así después de haber sobrevivido al hijo de puta de mi padre. O sea, esquivo un balazo en la cabeza, me lo como en la espalda, aguanto de puro milagro para que Elena Otero intente matarme en mi casa, vuelvo a sobrevivir… ¿Y ahora estoy en un hospital cagándome de miedo en la oscuridad? El coquito humano es fascinante.

¡Que sí, coño! ¡Que ya estoy intentando saber quién cojones puede ser! No, obviamente no es un médico ni una enfermera. Pero entonces ¿por qué está a mi lado, mirándome? Me está dando un mal rollo que te cagas. Un momento, espera. Se ha movido… ¡Se ha movido! ¿Dónde vas? ¿DÓNDE COÑO VAS?

¡Esperad, esperad! Está haciendo algo. Lo oigo, pero ¿el qué? Es ruido como de ropa. ¡Una cremallera! ¡Ha bajado una cremallera! Clarísimo. Joder, espero que no pase como al principio de *Kill Bill*, con Uma Thurman y el camionero… Ahora está tocando algo. Noto cierta tirantez en la vía que tengo enganchada en el dorso de la mano.

Un momento… No… No hagas eso, hijo de puta. No, por favor… Que no sea lo que estoy pensando. Necesito conocer a mi hija. Necesito ponerle cara a Antía.

No me jodas. Me cuesta respirar. No me llega el aire.

Me arde el pecho. No, no, no… Ahora no. ¡AHORA NO! No quiero morirme, por favor. No quiero morirme sin verle la cara. Necesito escuchar cómo me llama, cómo me reclama en plena noche. «Paaapi». Necesito demostrarme que soy mejor persona de lo que fue el cabronazo de mi padre.

No me quiero morir… Por favor, seas quien seas, no me mates…

# 35

ALFREDO OTERO

No sé por qué, pero de pronto me he quedado callado. Y ya sabéis que es algo que me cuesta. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! La revelación de aquel sintecho me había dejado boquiabierto. ¿De verdad? ¿Teo?, ¿el amante de Cora?, ¿el investigador de asesinato… detrás del propio asesinato? Es viable, claro. Pero ¿por qué? Doy por hecho que los motivos de Teo Costas estarán en alguna parte, y no me equivoco. Lo descubro absolutamente todo.

Sí, por supuesto que acudo a la policía…, aunque con peros. No lo hago inmediatamente después de aquella revelación. Si os estáis preguntando por qué, basta con que recordéis que todo esto se basa en dos cosas: demostrar la inocencia de Antón y escribir una novela. Si acudía a la policía, quería hacerlo con algo más que un simple testimonio. Ya se lo había dicho a Antón cuando hablamos en A Lama: «Confianza tengo, pruebas no». Así que sí, necesitaba pruebas. Si las encontraba, también tendría la capacidad para dotar a mi obra de un final apoteósico, algo orgánico, de desarrollo y coherencia naturales con esta historia dantesca que había convertido a un jubilado vigués en un investigador.

De regreso a casa, telefoneo a María José y, esta vez sí, desembucho todo. Desde que tengo los interrogatorios hasta la petición desesperada de Cora. Lo hago aguantando las lágrimas de vergüenza, como un niño que confiesa la travesura ante sus padres. Me disculpo por la última conversación que habíamos tenido cuando iba de camino a Oporto. Obviamente, insisto y reinsisto en que la novela es algo real. Incluso le explico cómo había afrontado el

desarrollo de los personajes basándome en los interrogatorios para crear protagonistas redondos, profundos y tridimensionales. Es decir: con motivaciones, contradicciones y una voz única (al menos, así lo explica Stephen King en *Mientras escribo*).

Desde luego, no suaviza la tremebunda bronca que me llevo. Eso sí, como creo que ya vais conociendo a María José, no pierde la condición de madre ni para reñirme. Curiosamente, en ese momento pienso en Marta y Elena y las miradas cómplices que intercambiábamos cuando mi mujer las reñía y yo estaba presente, pensando que sí, que la disciplina es necesaria…, pero que igual tampoco tanto, ¿no? Debilidad por mis niñas. Si sois padres, me entenderéis.

Cuando María José termina el rapapolvo, no me sale más que la palabra «perdón». La repito varias veces, pero a partir de la tercera ya no la siento. La conversación con María José me ha recordado que me había pasado el teléfono de Begoña. ¿No había dicho en el hospital que Teo iba a una casa por Salvaterra do Miño para concentrarse en el caso? ¿Y si guardaba todo ahí?

—Espero que te comportes acorde a tu edad, Alfredo.

—Sí, cariño. Perdón otra vez… Llegaré en nada. —No. Obviamente no tengo ni idea de qué había dicho en el último minuto. ¿Hasta ese nivel de locura me está llevando mi obsesión por resolver el caso… y la novela?

No tengo más que esperar a mi siguiente pensamiento para confirmarlo. Durante una fracción de segundo, la duda sobrevuela por mi mente: ¿me cuelo en aquella casa de Salvaterra do Miño… o llamo a Begoña? El simple hecho de planteármelo me da escalofríos. Pero ¿en quién me estoy convirtiendo?

Aún con el ruido mental asolándome, llamo a Begoña cogiendo el volante con una mano y el móvil con la otra. Me presento y le digo que estoy cerca de Salvaterra do Miño (mentira, porque está a casi una hora) y que si, por casualidad, la pillo en la casa porque tengo interés en ver qué había investigado Teo tal y como me había ofrecido.

Esta vez no me sacude ese clamor al cielo pidiendo que la pista no fuese nada, igual que cuando entré en Oporto. Ahora lo necesito. Necesito resolverlo como el respirar. Estoy tan cerca de la verdad que me quema. La voz de Begoña retumba por el coche como un eco, la mía lo hace por dentro de la cabeza, recordándome que me he planteado incluso asaltar una vivienda…, y yo, mientras, rezo para poder entrar en la guarida del mal de Teo Costas.

Dios debe escuchar mis plegarias por no convertirme en un infame porque la mujer del asesino de Ramiro (como comprenderéis, y tras las últimas revelaciones, omito la presunción) se ofrece a hacerme de Virgilio por aquel escenario que yo ya imaginaba como el primer anillo del séptimo círculo del infierno. Me envía la ubicación y me dice que sale de Vigo en cuanto se ponga «unas mallas cómodas».

Tal vez os parezca una persona horrible, pero ni siquiera hago amago de mencionar su condición de embarazada como una excusa para que no se desplace hasta allí. Es más, aliento su viaje con un cebo: «Tal vez allí encontremos la respuesta de quién ha atacado a Teo», le digo. Pero no. No espero encontrar eso, sino los motivos por los que Teo Costas ha matado a mi mejor amigo. Espero encontrar la forma de culpar del crimen a un verdadero asesino, por muy moribundo que esté, y la forma de liberar a Antón Rey.

No. No me detengo en la carretera ni en un área de servicio. No puedo hacerlo. Me sudan las manos de puro nervio cuando desbloqueo el teléfono, pincho en su mensaje de WhatsApp y abro la ubicación en una app de navegación que me muestra el recorrido en el coche. No tardo mucho en coger el primer desvío y conducir hasta allí.

Todo está a punto de salir a la luz.

Parado ante la guarida de Teo Costas y sin salir del coche, pienso que, como infierno, Dante lo plasmó mejor que la verdadera imagen de la casa del asesino de Ramiro. Espero la típica casa tétrica, *enxebre* –genuina—, descuidada y digna de una película de terror. Una vez más, mis expectativas me han engañado: es pequeñita, coqueta y lo suficientemente alejada de todo como para pasar

desapercibida. Hace mucho tiempo que no siento envidia, pero sí lo hago en ese momento porque menudo refugio para escritores que tiene Teo Costas.

Mientras espero a Begoña, decido bajar y aguardar frente a la casita. El aire es puro, limpio y reconfortante. No se escucha la carretera ni nada que no sea naturaleza en forma de trinos de pajarillos y un céfiro que susurra entre las vides y el denso velo verde oscuro que cubre el bosque. Aspiro el aroma fresco y ligeramente alimonado de las labruscas. Huele a promesa de cosecha, a recuerdos de mi infancia en Villasobroso.

Apenas tengo dos rayitas de cobertura y me parece un buen momento para repasar mentalmente todo. Lo primero son mis propias palabras con el mendigo: «Teo Costas te pidió que te vistieras con esa ropa, entrases en esa ferretería y compraras un cable de acero…». Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene?

¿Se me ha escapado algo en los interrogatorios? No puede ser. He terminado con ellos y apuntado todo en el cuaderno de Frankenstein. Bueno, obviamente el único que no he escuchado es el mío. Y soy plenamente consciente de qué había dicho…

El ruido de un motor importuna mis pensamientos. Begoña ha llegado. Los guijarros van crujiendo bajo las ruedas con un sonido tractoril e incómodo. El pequeño coche se bambolea de lado a lado con una danza descoordinada.

La mujer de Teo Costas baja con dificultades. La prominente tripa le impide moverse con comodidad. Soy caballeroso y me acerco para ofrecerle la mano, que acepta de buen grado mientras se impulsa con la mano en el respaldo. Viste mallas negras y una amplia sudadera gris.

—¿Llevas mucho esperando? —Los ojos me escudriñan detrás de las gafas de pasta oscura.

—Tranquila. Es una casa muy bonita…

—Era de los padres de Teo. Murieron cuando era joven y la heredó. Eso y el piso donde vivimos.

—¿Es huérfano? Ya lo siento…

—Nunca hablaba mucho de ello… —El verbo en pretérito hace que la frase quede suspendida en el aire. No le doy muchas oportunidades de reacción. Necesito entrar en la casa.

—Será mejor que acabemos cuanto antes.

—¿Crees que aquí estará la respuesta a quién lo atacó? —Mientras camina va sacando las llaves del bolsillo derecho del cortavientos.

—Creo que algo descubriremos.

La puerta de madera vieja chirría cuando Begoña la abre con una llave vieja y oxidada. Después la mujer de Teo Costas señala el cartel rojo y plateado con el dibujo de una cámara de seguridad.

—¿Sabes que no hay ninguna cámara? Teo puso la placa para espantar a okupas y cosas así…

Yo asiento y nada más. No puedo hablar. Tengo la boca seca de puro nerviosismo. Sé que allí está todo. Todo. Teo Costas no se ha dedicado a investigar el asesinato, se ha dedicado a cometerlo… y evitar ser descubierto. A convertir su macabra obra en el crimen perfecto. Ese que dicen que, ahora, no existe. Aún me falta averiguar el porqué, pero no tardaré en hacerlo.

—¿Dónde crees que podría tener Teo todo lo que estaba investigando?

—No lo sé… No hablábamos mucho de eso. Ya te lo dije en el hospital.

Los goznes de la puerta chillan y yo me encuentro de frente con un salón que da efecto de espacioso por los pocos muebles que lo decoran. En el lateral derecho está la chimenea. En el izquierdo dos habitaciones…, y sólo una tiene la puerta cerrada.

—¿Allí?

—Un día me dijo que era su habitación cuando su hermana y él eran pequeños. Decía que prefería que yo no entrase mucho. Que le traía malos recuerdos…

Vamos, que está todo allí. Dos más dos son cuatro.

Me acerco hasta la puerta y trato de girar el pomo, que se resiste.

—Es la única habitación cerrada con llave.

—Pues yo no sé dónde está…

—Busquemos.

—Pero si está cerrada.

—Si está cerrada, la abrimos. —Yo mismo me doy cuenta de la violencia de mi tono. Ese no es el camino. De nuevo aquella necesidad, aquel apremio tan impropio de mí—. Perdona, pero quizá la verdad esté ahí, Begoña —digo indicando la puerta y mirándola a los ojos para darle mayor énfasis a mis palabras—. Necesitamos esa llave…

Se acerca a la mesa, saca una silla y se sienta con movimientos medidos. La prominente barriga ha dejado de ser un estorbo para convertirse en lo que coloquialmente se conoce como un puñetero coñazo. Se acaricia la tripa y suspira antes de hablar.

—Déjame un segundo para pensar, ¿vale? Se me complica un poco vivir.

—¿Es muy guerrera? —Señalo la barriga sonriendo, intentando liberar la tensión que yo mismo he creado.

—¿Te dije que era una niña?

—Sí, en el hospital. Era… ¿Paula?

—Antía.

—¡Eso, Antía! Bien por los nombres gallegos. Me acuerdo de que te dije que era bonito y respondiste «gallego»… Una buena demostración de chovinismo.

—No nos gustaban los nombres castellanos.

—No opino en eso. Cada uno elige el nombre por sus motivos. No recuerdo que a María José y a mí nos supusiera un gran problema elegirlo.

Nos quedamos compartiendo un silencio incómodo. Ambos queremos acabar cuanto antes. Yo estoy agotado, y ella, mucho más.

—¿Me podrías traer un refresco?

—Claro. ¿Dónde están?

—En el armarito que hay allí encima. Teo desconectaba la luz al salir, así que supongo que no habrá frías. —Señala un armarito bajo el fregadero—. Cógete otra si quieres.

—Con el día que llevo hoy, más que un refresco necesito un gin-tonic… Me valdría hasta mezclada con alcohol para desinfectar. —Recuerdo a Cora y el comentario sobre el gin-tonic que me había hecho cuando quedamos en el Parador. No hacía tanto y sin embargo me parecían lustros.

—Si quieres alcohol, tienes botellitas pequeñas allí. —Apunta hacia dos estanterías marrones de madera y colocadas sobre una enorme estructura.

—¿Pequeñas?, ¿de avión?

—Sí, las típicas de superdós.

—¿Superdós? ¿Qué es «superdós»?

—Cuando salía de fiesta era lo que se pedía. Eran dos botellitas pequeñas de alcohol y un refresco… Qué viejo me suena todo ahora.

—¿Viejo? —me burlo arqueando las cejas—. Yo sigo llamando cubalibre al cubata…

Me regala una sonrisa. Definitivamente, he liberado la tensión. De hecho, creo que hasta agradece reírse, aunque sea levemente.

—Nunca supe por qué Teo tenía esas botellitas pequeñas, pero las tenía… Un día me dijo que eran de su padre. Mira.

Estira el brazo para que la ayude a levantarse. Va hacia el armarito, lo abre y me enseña las botellitas adivinando mi vergüenza por husmear en una casa ajena (sí, aunque no lo creáis, no me atrevo a abrir el armarito, pero sí la habitación que tienen cerrada con llave. Una es vital, lo otro, puro cotilleo).

El polvo convierte los destellos vidriosos en brillos mateados que opacan líquidos ambarinos, traslúcidos o azulados. Los tapones diminutos esconden un peligroso tesoro y características serigrafías evidencian que el paso del tiempo no importa si el producto es conocido. Y, sin embargo, sólo uno de aquellos recursos espirituosos llama mi atención. Una sola botellita donde el cristal brilla más. Está más limpio, más claro… y, curiosamente, es la única donde el interior no se aprecia al ser el líquido negro y el vidrio verdoso. La cojo con cuidado.

—¿Tan mal día has tenido? —se mofa Begoña a mi lado mientras mira la botella de Jägermeister.

—No sé cómo la gente puede beber esto.

—El analgésico de los nazis… A mí no me desagradaba, debo confesarte. Era la forma más rápida de coger el puntillo.

—¿El puntillo? No me fastidies. Sólo lo probé una vez que fui con María José y las niñas a Berlín y me pareció vomitivo. Es medicamento con alcohol.

—Sirve para lo que sirve.

Pero Begoña se equivoca. Esa botellita no sólo sirve para lo que sirve. Aprieto la parte del tapón y tiro con fuerza hacia arriba, quedándome con medio frasco en la mano. Ningún líquido besa el suelo ni me pringa los dedos. El cristal, en vez de estallar, queda limpiamente partido en dos. Tanto mi cara como la de la mujer de Teo Costas reflejan la estupefacción del descubrimiento. En el centro de la botellita, envuelta por espuma negra con la forma perfecta, hay una llave plateada y brillante.

No creo que haga falta que os adelante de dónde es.

Camino apresurado hacia la habitación cerrada, introduzco la llave y obro la magia.

Mi primera imagen es una pantalla de ordenador y un enorme mural lleno de fotografías de muchos de los asistentes a la fiesta… y de mis hijas y María José. Bajo la de mi mujer, había escrito: «Paseo noche perro»; bajo las de mis hijas, sus nombres. Pero lo que más me impacta es la imagen de María José metiendo la carta en el buzón de los Rey Vilaboi con un «OK» enorme. Se aseguró de que cumplía… Siento que me fallan las piernas y un latigazo frío me recorre la columna. ¿Y, si no lo hubiese hecho, habría matado a Marta y Elena? Teo Costas había asaltado, amenazado y convertido a mi mujer en una histérica durante un año. Las casualidades vitales no dejan de sorprenderme teniendo en cuenta que por esa misma amenaza yo acudí a hablar con Begoña. Sin esa nota, no habría descubierto todo esto…, pero aquello no era todo. Cada relación familiar estaba unida por el trazo de un rotulador de color, Teo

incluso había apuntado frases como «Su novia odia las drogas y él se mete» en referencia a Javier y Rut, «Odiaban a Ramiro» sobre la foto de Carlota y Juan Vilaboi, un doloroso «No lo ama» que llenaba la frente de Cora… También había mapas de Monteferro, una imagen DIN A-2 de la urbanización Cala Asterpot con las ubicaciones de las cámaras marcadas en rojo y un punto señalado en azul que interpreto como el lugar que usó para entrar en la urbanización…

Con la boca abierta y los ojos paseando con lentitud de un lado a otro de la habitación, me acerco a la pantalla de ordenador y enciendo el monitor. El interior del chalet de mis amigos se revela ante mí en diferentes ángulos. ¿Cuánto tiempo lleva grabando Teo Costas a los Rey Vilaboi? Estoy tan ensimismado que tardo en darme cuenta de que Begoña se ha movido y su rostro está desencajado ante una pila de papeles bajo el mural. La mano le tiembla cuando coge uno de ellos pegado a un ordenador portátil más pequeño de lo habitual sobre el que hay un viejo móvil Siemens, de esos de prepago. Me acerco apenas un paso, pero es suficiente para comprender que tiene en la mano el testamento real de Ramiro Rey, ese que desmonta completamente el supuesto móvil de Antón para matarlo. No, mi amigo no le dejaba la casa de Cala Asterpot a Sonia tal como decía el papel que habían encontrado tras el allanamiento. Teo Costas lo había falsificado. También hay un cuaderno donde apunta cada rutina y movimiento de los Rey Vilaboi…, y otro, rosa, donde reza CORA. Evito que Begoña lo lea. Ya sé qué contiene y esa pobre mujer está viendo cómo su vida se desmorona por una mentira que la cubre con su pátina pegajosa y sucia.

Bajo todo el montón de documentos, distingo una carpeta morada. Esa que «alguien» le había exigido a Raúl que robase de la caja fuerte… Sobre ella hay un sobre que abro para descubrir fotos de los relojes robados en casa de Ramiro, así como un pósit amarillo con una combinación de seis dígitos. No necesito mucho más para entender que Teo Costas fue quien llamó al examante de Sonia para darle instrucciones del robo. ¿Cómo lo sabía todo? No era difícil

imaginarlo, pienso volviendo a mirar el cuaderno rosa que reza CORA y viendo que grababa todo lo que pasaba en la casa.

Me agacho y tomo la carpeta. Al abrirla comprendo todo, pero no puedo asimilarlo. El móvil de Begoña suena y abre las puertas de su infierno.

Sí. Acabo de resolver el crimen de mi mejor amigo… y su asesino acaba de morir (aunque yo eso aún no lo sé), pero la vida me tiene preparada una nueva burla: Begoña rompe aguas.

# 36
# El segundo crimen

La muerte no estaba invitada a la habitación de Teo Costas, pero se coló de todas formas. Igual que hizo con Ramiro Rey. En este caso, el asesinato fue algo más silencioso. Violento en el acto, pero no en la ejecución.

No hubo forcejeos, no hubo sangre tiñendo ninguna piscina ni chapoteos, tampoco espasmos más allá de los incontrolables reflejos de un cuerpo cuando se arranca la vida.

Dios no rescató a Teo Costas. Ni siquiera por ser la primera vez que le imploraba ayuda. Tal vez no quiso socorrer a un asesino, aunque él no se considerase así. A buen seguro, no fue nada divino quien llenó la vía que llevaba conectada a la mano con una jeringuilla con aire. La corriente invisible colapsó su sistema debilitándole el pulso y dándole a su rostro un color cadavérico mientras la sangre intentaba llegar a los órganos vitales. El corazón pasó de bombear a quedar atrapado en un torrente de hielo. Los pulmones no recibieron oxígeno y el cerebro perdió la conexión con cualquier pensamiento lúcido.

Teo Costas murió solo. Una enfermera halló el cadáver y la policía se presentó en la habitación. Fue el final del asesino de Ramiro Rey, alguien ya eterno en la crónica negra de Vigo y de toda España. No había nadie que no supiera quién era. Años después de toda esta historia ahora inacabada, se propondrían documentales analizando su figura. Grandes cantidades de dinero que su viuda rechazaría en un intento baldío por borrar la leyenda atroz que perseguía a su marido. Hay quien dice que sus raíces malignas se extendieron hasta su propia familia, pero eso no forma parte de estas páginas.

Los programas de televisión no se enteraron de su muerte hasta media mañana del día siguiente. Fueron trepidantes últimas horas, envíos de reporteros como si fueran paquetería y conexiones especiales desde las redacciones para contar que ya había equipos desplazados y que se trataba de un nuevo asesinato que daba un giro más al caso.

Contaban que el autor del crimen de Ramiro Rey fue asesinado en una fría habitación del hospital Meixoeiro de Vigo. Lejos de su mujer, que, vista la nula mejoría de su marido, había decidido dormir noches alternas en casa, y mucho más lejos aún de conocer el rostro de su hija nonata. Contaban que el mundo era mejor sin un asesino, sin un monstruo. Aunque muchos colaboradores y eruditos de pega abogaban por la oportunidad de la reinserción, las redes sociales lo consideraban una falacia y pronto se extendió la pregunta de qué podía aportar un asesino como Teo Costas a la sociedad.

Por muy esposo, padre o ser humano traumatizado que fuera, se trataba de alguien capaz de colarse en el chalet de una urbanización privada para estrangular con un cable de acero a un hombre en su sesenta y cinco cumpleaños y después acusar de parricidio al hijo de este.

Un plan atroz, un crimen atroz… y un final que muchos consideraban justo. La ley del talión aplicada en su máximo exponente. Si matas, mueres. El problema es que los actos de Teo Costas afectaron a su mujer, que no sabía nada sobre el crimen, y también a su hija recién nacida, a la que salpicó el odio hacia su padre y a la que se veía como la raíz del mal.

Y, entre toda esa culpa, todas esas horas de televisión rellenadas, todas esas páginas redactadas, todos esos pódcast o programas de radio, una pregunta sin respuesta: ¿quién? ¿Quién había matado al asesino de Ramiro Rey? ¿Quién había matado a Teo Costas?

Se apuntó a Cora Vilaboi, a Sonia Rey, incluso a Antón…, pero no hubo forma de demostrar nada y muchos de los sospechosos tenían coartada. Otro crimen sin respuesta que tardaría casi otro año en resolverse.

# 37
# El plan de Teo Costas

Tan sólo un día después de que Alfredo Otero descubriese la verdad sobre Teo Costas, la policía tiró abajo la puerta de Villa Ledicia. Para muchos, la desconocida casa de veraneo de un compañero, para ninguno de un amigo. Porque la denuncia de Alfredo Otero junto con un aluvión de pruebas había sido más que suficiente…, pero, si algo dolió, fue la declaración del mendigo de Oporto confesando que había comprado el cable de acero porque Teo Costas le había dado comida y ropa.

Aquello fue una sacudida en la línea de flotación de la policía. Nadie había detectado que el agente encargado de la investigación era en realidad el asesino. Ni detectado ni intuido.

El error desató una pregunta parlamentaria, cuestionó los test de acceso al Cuerpo, hubo respuestas en programas de televisión del ministro de Interior, se usó como munición política, como carnaza periodística. En los despachos, la gente importante respondía a gente más importante que esperaba responder a gente aún más importante.

Alfredo Otero recibió un sinfín de llamadas telefónicas, Cora Vilaboi también. Hubo reporteros en las puertas de sus casas, ofertas económicas mareantes, ruedas de prensa del portavoz de la policía, incómodas preguntas sobre la liberación de Antón, rumores infundados… Y eso que todavía no se había desvelado ni la mitad. De hecho, ni los periodistas que normalmente se jactaban dentro del gremio de poseer fuentes policiales tuvieron información.

Una finísima cortina de polvo se levantó tras el estruendo de la puerta de entrada de Villa Ledicia. Fue la única muestra de suciedad

que hallaron en la casa. El resto prácticamente brillaba. No había ni un libro ni un lapicero fuera de su sitio. En una habitación encontraron una cómoda y una cama, pero el premio gordo estaba en la otra. Esa cerrada con una llave que Alfredo Otero había hallado en una botellita falsa de Jägermeister. Era la misma habitación donde, más de veinte años antes, Teodomiro Costas padre había preparado los regalos del que sería el último día de Reyes de su familia. Claro, que eso los policías no lo sabían cuando forzaron el acceso y se dieron de bruces con el enorme mural del que había hablado Alfredo, mapas de Monteferro, un DIN A-2 de la urbanización Cala Asterpot con las ubicaciones de las cámaras marcadas en rojo y un punto señalado en azul que acabó por ser la zona por donde Teo Costas se había colado la noche del crimen.

Santiago Marín fue un peso pesado dentro del cuerpo por la resolución del caso Dupont y ahora el encargado de dirigir el operativo. La policía no dejó metro cuadrado sin inspeccionar. Entre otras cosas, porque estaba en juego su honor. Así hallaron una tablilla de madera mal colocada y, al quitarla, un pequeño hueco del que extrajeron un cable de acero con marcas de sangre. No hizo falta mucho más.

Marín acudió a tomar declaración a Alfredo Otero, al que al principio tomó por loco. Revisó personalmente la carpeta morada que alguien había robado de casa de los Rey Vilaboi, una carpeta que contenía nombres, fechas y cantidades… Así como disquetes viejos de ordenador marcados por años y cuadernos que revelaron un auténtico archivo histórico que iba más de treinta años atrás. Ramiro Rey había recogido todas y cada una de sus operaciones económicas vitales como prestamista, asesor financiero y tesorero de la droga. Con una corazonada, Santiago Marín introdujo el apellido Costas… y lo encontró: Teodomiro Costas. Noventa millones. 27 de febrero de 1990.

Ahí estaba. La conexión. El hilo. Todo.

Al buscar más sobre Teo Costas, Marín encontró su truculenta vida: lo ocurrido con sus padres, con sus tías, su internamiento en

un centro de acogida de menores… Todo había marcado el pasado de Teo Costas, pero también el futuro de los Rey Vilaboi. Cada paso que había dado el policía estaba meticulosamente calculado para destruir a Ramiro Rey y a su familia. Para matar al hombre que consideraba culpable de las muertes de su hermana, su madre y su padre. Cuando los agentes llegaron con todo el arsenal de pruebas a comisaría, sólo hubo que ir rellenando huecos porque las respuestas estaban en esa habitación. Aunque no todas las evidencias llegaron a dependencias policiales. Algunas se «perdieron». Como, por ejemplo, las fotos que lo unían a Ramiro Rey, viejas imágenes tomadas por el propio Ramiro cuando el policía le pidió dinero por sus deudas con el juego, se quedaron en el bolsillo de Marín, igual que el disquete con el año que le correspondía. Las quemó en su casa, tranquilo ante la certeza de que nadie descubriría su secreto… Con Teo Costas muerto, nadie podría relacionarlo. Por fin se había librado de todo. Sólo quedaba resolver quién había matado al policía.

El plan de Teo Costas había sido complejo y detalladamente calculado. Llevaba años planeándolo. Como todas las grandes historias, todo comenzó por casualidad, y así también se enteró Santiago Marín.

Tras el hallazgo, acudió al hospital a tomar declaración a la mujer de su compañero difunto. Ella negó conocer cualquier conexión de Teo con todo aquello. Es más, Begoña, recién parida, y aún dolorida, se mostró convencida de que se trataba de un error. Ni las evidencias fueron capaces de doblar su inquebrantable fe en la inocencia de su marido fallecido. De hecho, para demostrar que no era culpable, contestó a todas las preguntas que Santiago Marín le hizo. Sólo titubeó una vez: cuando dio la respuesta a si Teo había cambiado su comportamiento en algún momento en los últimos dos años. Entonces Begoña no tuvo más remedio que recordar el día en el que, buscando la escritura de su pequeño piso de Príncipe, Teo Costas encontró grapado bajo el documento un escrito con la firma

original de su padre. Uno donde aparecía un tal Ramiro Rey como propietario.

Lo que no sabía Begoña era hasta dónde había llegado la obsesión de su marido. Desconocía que Teo Costas buscó en Google a Ramiro Rey, pero no encontró nada más allá de un par de imágenes y alguna referencia a unos campeonatos de vela ganados años antes. Un ciudadano ejemplar… y discreto. Pero la obsesión es peligrosa porque inhibe la cordura. El programa especial de la policía reveló que aquella discreción no era cosa de familia: el hijo de Ramiro, un tal Antón Rey, sí tenía alguna que otra visita a comisaría. Todas por drogas. Y de la última hacía más bien poco.

Usando la dirección de los Rey Vilaboi, Teo Costas inició un seguimiento injustificado, amparándose en la esperanza de obtener respuestas a una pregunta que lo asolaba desde que era un niño y que había yacido, dormida, en lo más profundo de su alma: ¿por qué su padre hizo lo que hizo?

Begoña recordó que, una semana después de hallar la escritura, Teo se ausentó un sábado por la noche con la excusa de un turno laboral… Un turno falso, tal y como pudo comprobar Santiago Marín en los registros de horario policial. La necesidad de una explicación había despertado y latía con fuerza en el corazón de un hombre torturado. Teo Costas fue incapaz de no escucharla. Cogió las llaves del coche y subió a Monteferro, a la dirección que constaba en la ficha policial de Antón Rey. Algo que también pudo comprobar Santiago Marín pidiendo las grabaciones hechas por las cámaras de tráfico ese lejano sábado al que había hecho referencia Begoña.

La suerte se alió con Teo Costas cuando un vecino salía de Cala Asterpot. Nadie vigilaba la entrada, así que accedió atravesando la enorme verja negra con la C y la A. Estacionó algo alejado del número 48, ese en el que residían los Rey Vilaboi, y caminó cabizbajo hasta colocarse enfrente del chalet.

Observó las luces brillantes, las sombras bailando en una aburrida danza de hábitos. Hábitos que, sin embargo, envidiaba. Porque su sarcasmo y su humor no eran más que una coraza, la única forma

que su mente había encontrado para asimilar la crueldad del trauma. Esa noche, Teo Costas sintió el cuchillo de la envidia rasgando sus entrañas. Recordándole que su imaginación dibujaba una utopía porque a él le habían arrebatado a la familia. En ningún momento valoró la idea de ser padre, de convertirse en el pintor de esa imagen, de ser él quien sostenía la copa de vino mientras su hija y su mujer hablaban en la cocina. No. El parásito de la venganza estaba descontrolado y Ramiro Rey ya había sido juzgado.

¿Cuánto pasó Teo Costas con el tiempo escurriéndose entre sus sueños, codiciando vidas que no eran la suya? Nunca lo supo. Sólo rompió el hechizo el apagón de la luz de la cocina y un perfil masculino que unos minutos después contorneó la luna en el porche. Era un hombre joven, supuso que Antón Rey, portando bolsas de basura. Retrocedió ligeramente, amparando su camuflaje en la oscuridad. La idea de detenerlo si fumaba alguna sustancia prohibida le resultó tan maliciosa como tentadora, así que lo siguió, una sombra más entre la negrura.

Tan obcecado estaba Teo Costas que ni hizo caso cuando la vida le dio la oportunidad de frenar. El chasquido de una rama tras él alertó a Antón Rey y lo obligó a esconderse tras un eucalipto. Entre aquellas tétricas formas de oscuridad cortada, creyó ver una forma humana, un ánima de aquel bosque… Pero le dio igual.

De nuevo salieron a escena aquellas casualidades tan decisivas en aspectos teóricamente absurdos. Porque quizá, si Antón Rey no hubiera tenido que bajar la basura ese día, Teo Costas no lo habría visto arrojar la bolsa al contenedor… y subir hacia el monte en vez de regresar a casa. Quizá, si Sonia Rey no hubiera tenido exámenes de su máster y hubiese bajado ella la basura, Teo Costas no habría seguido a Antón Rey entre los profundos senderos de Monteferro. Quizá, si Ramiro Rey y Cora Vilaboi no hubieran alegado estar «demasiado cansados para salir a la calle a estas horas», Teo Costas no habría descubierto el narcotúnel que conectaba la cala privada de la urbanización con un cuarto donde la Fariña almacenaba bolsas y bolsas de dinero. Y quizá, si Teo Costas no hubiese querido destruir

completamente a los Rey Vilaboi, habría detenido a Antón y se acabó.

Pero las casualidades mueven los hilos del destino, y este quiso que Teo Costas aprovechase ese descubrimiento para que la familia Rey Vilaboi sintiese lo mismo que había sentido él más de veinte años atrás, cuando perdió a su familia.

Begoña recordó que Teo llegó tarde, poco antes del amanecer, y que apenas durmió. Al punto de la mañana se había levantado alegando un «dolor de cabeza brutal». La realidad era otra. Teo Costas no pudo dormir porque hablar de matar a alguien es una cosa y hacerlo es otra. Y, sin embargo, lo que le había quitado el sueño era la ofensiva determinación de hacerlo. ¿Acaso sus padres hubiesen querido eso, venganza? Sonrió con el argumento que su convencido cerebro le dio: ¿qué más daba, si estaban muertos? Acabó repitiendo una y otra vez el mantra con los ojos fijos en el techo.

Planeó el crimen aquella misma mañana mientras su mujer trabajaba ajena al inicio de la desgracia. Teo Costas recreó la muerte de Ramiro Rey una y otra vez…, pero no podían atraparlo. Necesitaba un refugio. Un lugar donde pensar y planificarlo todo. Sabía cuál era, por mucho que le pesase: Villa Ledicia. Hacía décadas que no lo visitaba. Cuando lo hizo encontró unos okupas a los que echó con amenazas y violencia. Limpió, ordenó… Volvió al infierno para refugiarse.

Pasó innumerables horas en Villa Ledicia, excusándose con falsas quedadas con compañeros de trabajo. Acudía de día, alegando guardias laborales, y regresaba a casa de noche tras cerrar a cal y canto la habitación donde trazaba su plan. Allí, mirando las fotos tomadas de sus injustificadas vigilancias, comprendió que la equis de la ecuación era Cora. Inició un enfermizo seguimiento, tratando de averiguar quién era y qué necesitaba. Compró un cuaderno donde apuntaba todo lo relativo a ella para descifrarla. Un día observó el llanto amargo en un restaurante tras una discusión con Ramiro. Horadó en aquella grieta y la conquistó. Por eso conocía la casa, los

accesos, las claves de la alarma… Algunos agentes expertos en psicología criminal hablaron de psicopatía; otros, simplemente, de alguien maquiavélico, pero Begoña tampoco los creía.

La misma noche en la que Santiago Marín intentaba ordenar cronológicamente los pasos del asesino de Ramiro Rey, Teo Costas fue asesinado. Marín no se enteró hasta la mañana siguiente. Durante las incontables horas y cobijado bajo un flexo de luz incómoda, escribía una y otra vez las mismas fechas en un cuaderno hasta que por fin tuvo claros todos los pasos que Teo Costas había dado. Su mesa era una pocilga, evidencia manifiesta de una noche agotadora: vasos de café vacíos, un móvil hasta arriba de llamadas perdidas de su compañero Brais Blach y un sinfín de apuntes, expedientes y pósits rosas cortesía de la mujer de su amigo y conocida detective, Nora Pardo, pero había flores en aquel estercolero. La lista de llamadas del número asociado al móvil hallado en casa de Teo Costas dejaba claro que había sido él quien había llamado a Antón Rey la noche del crimen aprovechando que, por las cámaras ocultas que había instalado en casa de los Rey Vilaboi utilizando a Cora, había visto a Antón y su primo Javi esnifando cocaína. También se comprobó que Teo Costas había llamado a Antón durante ese rato en el que su novia lo había perdido de vista en Oporto. Y se identificó el portátil hallado en Villa Ledicia como el que habían usado para revelar que Antón Rey trabajaba para la Fariña.

El tiempo fue pasando, pero el desorden de su mesa no menguó. Sí aparecieron otros casos, pero el crimen de Teo Costas seguía latente, aunque adormilado. Fue un día previo a la primavera, de principios de marzo. Un rostro conocido se acercó a su mesa empujando un carrito y con un USB en la mano. Con una frase sísmica, todo volvió a comenzar: «Sé quién mató a Teo».

# 38

ALFREDO OTERO

Han pasado casi seis meses desde que me enteré de la trágica muerte de Teo Costas y prácticamente lo mismo desde que acudí a comisaría a señalar a Teo Costas por el crimen de Ramiro tras ayudar a dar a luz a su mujer. Llevaba un rosario de pruebas: la fotografía del testamento original hecho por mi amigo y encontrado en la casita de Teo, otras del mural con las conexiones trazadas con rotuladores, también las libretas donde el asesino de Ramiro había apuntado todo sobre su amante y su familia, el mapa con el punto redondeado por el que accedió a Cala Asterpot para cometer el crimen, una grabación del mendigo diciendo que fue el policía quien lo sobornó para hacerse pasar por Antón Rey… También aseguré conocer a varios testigos (Raúl, ese al que llamaban Panda, y alguno más de su cuadrilla) que podían confirmar que fue Teo quien lo aleccionó para entrar en la casa y cometer el robo y, por último, invité a los agentes a revisar esa supuesta denuncia tramitada por la familia Rey Vilaboi cuando se produjo el robo en su casa… ¿Adiviná is quién paralizó la denuncia y la investigación? Sí, Teo Costas.

Aun así, y pese al resto de los documentos que evidenciaban la culpabilidad de Teo Costas, Antón Rey no ha salido de prisión. Si bien ha quedado absuelto del parricidio, sigue encarcelado por colaboración con una banda criminal.

De Cora, de mi amiga Cora, como me refería a ella al principio de esta historia, sé entre poco y nada. Ha convertido el chalet de Cala Asterpot en un búnker donde permanece encarcelada. Tras inspeccionar Villa Ledicia, la policía se presentó en su casa y fueron quitando una a una las cámaras ocultas que Teo Costas había

instalado en una de las ocasiones en las que había ido a pasar la noche con Cora. Las grabaciones halladas en el ordenador del asesino, con los planos bien diferenciados, hicieron que el trabajo fuese rápido, pero no menos vergonzoso. Ahora Cora Vilaboi sólo sale de casa para dar paseos por Monteferro a los que nunca estoy invitado. Nuestra relación se limita a intercambiar ocasionales mensajes de interés. Me gustaría que no fuera así, pero entiendo su posición. El amante de Cora fue el asesino de su marido. Una vez más, la culpa y la paranoia han tomado el chalet de Cala Asterpot. Incluida a Sonia, a la que no he vuelto a ver desde que la dejé en casa con su madre tras la revelación que nos hizo su amigo informático y que desencadenó mi posterior viaje a Oporto.

Por cierto, a quien sí he visto ha sido a Antón Rey. Fue mi segunda y última visita a la cárcel de A Lama. La conversación fue mucho más directa que la primera. Parece que a este chico le van las segundas partes.

—Te dije que yo no lo había matado —fue lo que me dijo tras estrecharme la mano, imitando la fría despedida de la primera ocasión.

—Suena a reproche y no estoy muy seguro de merecerlo… —repliqué.

—Para nada es un reproche. Es un recordatorio.

Tomé asiento y él hizo lo mismo. Después fui al grano.

—Hay cosas que sigo sin entender, Antón. Dos, más concretamente. Y necesito que me las aclares. —Mostró las palmas de las manos e hizo un gesto con la boca, dándome pie sin palabras —. La primera es por qué atendiste esas llamadas. La de Oporto entiendo que Teo se inventaría algo, pero ¿la de la noche del crimen? ¿Por qué volviste a los quince minutos? No he parado de darle vueltas.

—Es un método muy calculado, Alfredo. A mí me llaman, recepciono lo que tengo que recepcionar…

—¿Dónde?

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Por qué? Tú estás fuera de juego y tu padre, desgraciadamente, también. Entonces… ¿hay alguien más?

—Joder, qué pesado estás con eso. Alfredo, en serio, ya te dije que no había nada más. No te montes películas. E insisto: cuanto menos sepas, mejor. —Mi teoría de un tercer colaborador seguía latiendo, pero sabía que no iba a sacarle nada a Antón—. Recepciono lo que tengo que recepcionar —repitió— y son exactamente quince minutos. Cinco para que yo llegue hasta el punto de encuentro y otros diez para que lo guarde y vuelva…, pero hay ciertas claves.

—¿Por ejemplo?

—Los primeros cinco minutos son para ir y luego hay cinco para recibir o para esperar. Si en cinco minutos no recibo nada, me vuelvo. Entendemos que ese es el máximo porque si han pillado o perseguido a alguien, o se quita de encima a la pasma en ese tiempo, o adiós. Luego los otros cinco son para volver.

—Y en este caso no fue nadie porque Teo Costas hizo una llamada falsa. —Antón asintió—. La segunda cosa que no entiendo —dije inclinándome sobre la mesa para darle más énfasis a mi duda— es por qué aún no has hablado.

—No te entiendo.

—Teo Costas fue quien lo hizo todo. Él mató a tu padre, él… —¿Revelaba ya que había sido María José la que había dejado la amenaza? Mejor no— él dejó la nota para amenazar a tu madre…

—Sí, pero él no envió el e-mail donde me acusaban de ser el tesorero de los narcos.

—¿Y qué?

—Pues que quizá sea una prueba. Pueden haber sido Ellos mismos, Alfredo. Para ver cómo me comporto. Si hablo o si soy de fiar…

—No lo entiendo.

—Pues es muy muy fácil.

—Sigues temiéndolos…

—Oye, Alfredo, no acabo de entender muy bien si es que juegas a ser el abogado del diablo o te haces el imbécil. ¿No te dije la primera vez lo peligrosos que eran? ¿Crees que ha cambiado algo?

—¡Ha cambiado todo! Ellos no hicieron nada de por lo que estás aquí.

—Que tú sepas. Insisto: no sabemos quién envió el e-mail, pero alguien más sabe a qué me dedicaba.

—¿Y tú, sólo por eso, piensas que son esos Ellos?

—No puedo arriesgarme.

—Antón, trato de entenderte. De verdad que sí, pero no soy capaz. ¿Por qué esa banda de narcos es tan peligrosa? ¿Qué los diferencia?

—¿Banda de narcos? ¿Quién ha hablado de banda de narcos?

—Bueno, es lo que son si se dedican a la droga —rebatí anonadado por sus propias dudas.

—Va mucho más allá, Alfredo. Son gente de mucho poder. No te quedes sólo en narcotraficantes. Hablamos de gente de muy muy arriba. Son unos pocos, pero lo controlan todo. Esa es la diferencia.

—¿Cómo de arriba?

—No pienso jugármela a decirlo. Tienen ojos y oídos en todas partes. Si marcan a alguien, lo eliminan…, y casualmente las investigaciones siempre se entorpecen…

—Espera, espera, espera… ¿Estás señalando a la policía?

—Yo no señalo a nadie. No pongas en mi boca palabras que no he dicho. Eso lo primero. —Levantó el índice en señal de amenaza—. Y lo segundo: ni de coña muevo un dedo hasta que no tenga claro que no van a ir a por nadie de mi familia.

—¿Y cómo esperas que eso pase?

—No lo sé. Pero, desde luego, a mí me queda una temporada bien larga aquí. No me van a soltar por dar un par de nombres que ni conozco…, y pondría en peligro a mamá, a Sonia, a Natalia y otros primos y tíos… Y tú sabes, tan bien como yo, que eso es más importante que cualquier cosa.

—No sé si es valentía o nobleza.

—Eso ya me lo dijiste la primera vez que viniste aquí y me la pela, Alfredo. Es mi vida y mi familia. No la tuya.

Ahí terminó nuestra conversación. Después volví a casa y llamé a Cora…, que nunca me cogió el teléfono. Ni siquiera me felicitó el día 2 de septiembre, cuando cumplí sesenta y nueve años. Supongo que lo de Teo Costas le afectó sobremanera. No la culpo. Las respuestas halladas en Oporto gracias al azar y a un mendigo provocaron una sacudida nacional. El asesino de Ramiro Rey había sido el propio policía encargado de investigar el caso. Los porqués fueron despejándose conforme avanzaron los días y *La Gaceta de Vigo* y los programas de televisión fueron revelando el oscuro pasado de Teo Costas y su relación con Ramiro Rey. Curiosamente, pese a esas revelaciones sobre Ramiro y la procedencia ilícita del dinero de una familia de clase alta viguesa, nadie pareció muy ofendido ni molesto con los Rey Vilaboi, salvo yo.

He despejado todas las incógnitas del crimen de Ramiro, menos una: sigo sin saber quién me dio el USB con los interrogatorios de Teo Costas y por qué. Pero, sinceramente, hace mucho que dejé de buscar la respuesta. ¿Alguien sospechaba inicialmente de Teo? ¿Quién? ¿Y por qué pensó que yo, a mis sesenta y ocho años, era la mejor opción para resolver un crimen? Durante muchas horas de insomnio me repetí esas preguntas, pero ya han quedado ocultas bajo capas de decepción que me invaden ocasionalmente en plena noche. Y, cuando ese insomnio me asalta y los engranajes de mi mente chirrían tanto que me despiertan, me entrego al conticinio y pienso en que, tal vez, la vida sería de otra manera si hubiese ido a esa fiesta de cumpleaños. Seguro que Ramiro no me hubiese pedido irme de la piscina, así que no habría muerto… Eso suele desembocar en una culpabilidad flageladora por no haber descubierto antes a Teo Costas. ¿Por qué yo no me di cuenta? Es más, ¿por qué nadie se dio cuenta? Me he hecho esta pregunta una y otra vez, torturándome hasta que la rabia estaba a punto de colapsarme y me obligaba a salir al jardín, donde me templaban las frías gotas del orballo corriendo por mi calva.

En este tiempo ha vuelto a mí la pegajosa sensación de inutilidad de la que había conseguido zafarme con la resolución del crimen. El gran Antonio Gala, un hombre culto al que admiré hasta el día de su muerte, lo resumía muy bien en una entrevista que concedió a Jesús Quintero y que yo escuché vía pódcast. El entrevistador quería saber si la gente sencilla se preguntaba por qué estaba en el mundo. Mi admirado Gala respondía que sí porque la vida era individual y tenía que haber una realización. Una satisfacción interior. Y yo, de nuevo, volvía a sentirme alejado de dicha satisfacción interior. Mis hijas podían colmar de gracia la existencia, pero no eternamente porque, al final, habían volado libres.

Azotado una vez más por mi propia y reflexiva realidad, mi mujer y las niñas me insistieron en que me pusiese a escribir. Sabía que era la oportunidad de dejar una marca en el horizonte de la vida, un apéndice a mi nombre completo: Alfredo Otero, el autor de *El crimen de Cala Asterpot.*

Ya llevaba mucho avanzado, pero nunca me había enfrentado a una tarea tan ímproba y ardua como escribir una novela. Uno de los días sufrí el temido síndrome de la página en blanco y escribí «CAOS». Bueno, le coloqué delante una palabrota que empieza por «pu», aunque aquí usaré el eufemismo «puñetero». Recordé que Chuck Palahniuk, prestigioso y reconocido autor del libro *El club de la lucha*, había dicho que «todos los descubrimientos verdaderos surgen del caos». Yo había encontrado el mío. El propósito de mi propio ser entre aquel maremágnum caótico que había dado la vuelta a mi vida y me había hecho plantearme si servía para algo tras más de treinta años dedicado al periodismo.

Hace unos meses que he dejado de estar atrapado en la vorágine de encontrar mi utilidad en el mundo para permitir que la diosa de la determinación guíe mis pasos. No hay día que no me deje caer por la biblioteca de Baiona, antes excusa, ahora refugio, y lea *La Gaceta de Vigo* previa llamada a mi musa, que aparece cuando entro en un estado de total concentración.

Este primer fin de semana de marzo ha sido el único que he faltado y la razón ha sido de peso: Baiona celebra su fiesta de la Arribada… y, básicamente, la biblioteca está cerrada. Mi pueblo, mi hogar, mi casa, se enorgullece de ser el primer lugar de Europa donde se conoció la existencia del nuevo mundo descubierto por Cristobal Colón en 1492. Una realidad que se materializa con una fiesta celebrada cada primer fin de semana del tercer mes del año. La villa entera regresa al medievo: hay puestos de choripanes que impregnan el aire de un olor a carne recién hecha, *cunquiñas* de vino que se rellenan por un par de euros o dulces típicos como las *filloas* o las tartas caseras. La gente se viste de aquella lejana época, incluso las costureras del pueblo doblan esfuerzos, preparadas para un evento único. Hay actividades, juegos, representaciones teatrales de Pinzón arribando en la playa tras desembarcar de la carabela La Pinta y anunciando uno de los descubrimientos más importantes de la historia… Durante un fin de semana, Baiona vuelve a ser aquella villa costera de la Edad Media y recibe un sinfín de visitantes.

Debo reconocer que la fiesta me encanta y, desde que las niñas son pequeñas, guardamos con mimo una imagen de cada año en el que nos hemos vestido en un álbum adornado con letras doradas en la tapa. Pero, en un alarde de imaginación, María José ha decidido cambiarnos los trajes que llevamos años usando para mimetizarnos de época. En ese humor tan suyo, ha elegido tres hermosos vestidos para las damas de la casa. Véase largas y tupidas faldas en colores vivos, bordados dorados y boinas caladas dando un aire elitista, tal vez de cortesana de algún señor feudal o incluso de las nobles señoras que puntualmente visitaban la villa. Por contra, en mi caso ha elegido un pantalón de mameluco que parece bombacho, unos leotardos oscuros, una blusa con abotonadura hasta el escote y un chaleco. Para coronar me ha encasquetado una crespina que me reafirma, ya no como el bufón, sino como el auténtico tonto del pueblo. Y sí, tiene razón en eso de que será «un recuerdo imborrable, Alfredo». Lo será para descojonarse de mí, obviamente.

Con estas pintas que mi mujer ha tenido a bien ponerme y que, como supondréis, han sido secundadas por las arpías que tengo por hijas, me deleito con vino barato que bebo en una *cunquiña* de barro con el dibujo de la carabela La Pinta en trazos blancos comprada en 2013. Estamos en O Petisco, al final de la rúa do Reloxo. Sí, el mismo sitio al que venía con Ramiro (en los pueblos, la gente tiene su bar fijo y es raro que se mueva de ahí). No queda ni una mesa libre en toda la calle. No hay nadie que no tenga una *cunquiña*, un botellín de cerveza o una copa en la mano. Este año hace un tiempo fantástico, con un calor propio de mayo y un cielo acorde a la festividad, así que nadie quiere perderse el evento.

La diversión, la calma y, sobre todo, la despreocupación flotan en el aire. Los problemas son menos problemas si los compartes con tus amigos. María José ha pedido un blanco París; Marta, un tinto, y Elena, una «milnueve» (creo que para cabrearme), que disfruto en una jarra con el giste en su medida exacta de apenas dos dedos.

Es en ese momento cuando la veo en la lejanía, al principio de la calle. Sobre Baiona parece cernirse un silencio ingrato y las conversaciones se ahogan dejando únicamente en el ambiente los ecos de la fiesta de las calles contiguas. Todo se ha apagado en pro de un cuchicheo cada vez más intenso que tiene nombre y que yo conozco. Arrastra un carrito de bebé vestida con unas mallas negras y una sudadera ancha y gris con capucha. Es la nota discordante, la modernidad en la Edad Media, una viajera en el tiempo.

Tiene las ojeras pronunciadas, el pelo mal recogido en una coleta alta con algún mechón cayendo sobre los laterales de la cara. La viva imagen del agotamiento y del hartazgo. Se detiene ante nosotros. Las miradas han ido clavándose en ella con asombrosa seguridad. Todos saben quién es, y quien no lo sabe está enterándose en ese preciso momento porque alguien se lo acaba de decir.

—Cuánto tiempo, Begoña. —María José le pone la mano en el hombro, con cercanía, obviando la hostilidad y la tensión latentes en la calle…, pero la mujer de Teo Costas mantiene sus ojos fijos en los

míos. Todos nos miran. No sólo saben quién es, también que fui yo quien descubrió que su marido era, realmente, el asesino de Ramiro Rey.

María José intenta dar normalidad al encuentro. Se agacha cerca del carrito para ver a la niña, pero Begoña sigue sin despegar su mirada de la mía. Me está retando. Aunque aún no sabe a qué.

—Qué guapa es tu niña —dice mi mujer. Pero no obtiene respuesta. Ni siquiera con un cambio en el gesto.

Mis hijas intuyen que pasa algo. Elena da un paso a un lado para colocarse entre Begoña y yo. Con el paso del tiempo me preguntarán varias veces cómo ocurrió y aún no soy capaz de explicar cómo pasó todo tan rápido. Fue fugaz. Tal vez quince o veinte segundos.

Begoña aparta los ojos de los míos y los fija en los de Elena. Después lanza una pregunta cuya respuesta queda flotando:

—Quieres mucho a tu padre, ¿eh? —Su sonrisa aún reina en mis pesadillas. Acto seguido, hunde un cuchillo en las entrañas de mi hija.

# 39

ALFREDO OTERO

¿Habéis escuchado eso de que no es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar? Creo que no sólo es acertado para mi presente, también para lo que iba a acontecer a partir de ahora. Llamé al diablo en cuanto abrí el cuaderno de esta investigación e iba a verlo llegar varias veces. Aunque nada comparado con el apuñalamiento de mi hija. Una secuencia de salvaje brutalidad capaz de generarme sentimientos jamás imaginados. Ni cuando Marta estuvo tan enferma siendo un bebé.

Los años me han enseñado a enamorarme de la vida porque me fascina la capacidad humana de sentir. No hay nada más fuerte que el amor…, como tampoco hay nada más fuerte que el odio. Ambos extremos son capaces de removernos completamente por dentro, de arrastrarnos hacia lugares inexplorados de nuestro propio ser. Y he ahí el peligro.

Seguro que habéis hecho locuras por amor. ¿Cuál fue? ¿Un viaje de horas y horas para sorprender?, ¿una carta de amor en un buzón con la esperanza de cambiar la condición de no correspondido?, ¿un libro con una frase subrayada en la página correcta?, ¿una visita a otra ciudad para conquistar con una rosa? Si sois capaces de hacer eso por alguien a quien amáis, ¿qué haríais a alguien a quien odiáis?

El odio es terroríficamente humano. Y no dudo de que fue él quien colocó a la mujer de Teo Costas ante el precipicio de la locura. Pero ¿por qué mi hija Elena? No lo sé. Ahora mismo, desde la sala del hospital donde la operan, busco la respuesta en el laberinto de mi mente. Me autodestruyo con la preocupación de si mi niña saldrá adelante con las menores secuelas posibles. Cómo duelen los hijos.

María José, sin embargo, sí está convencida de que Begoña estaba conchabada con Teo Costas y sabía de aquel asalto y amenazas que recibió tras el encarcelamiento de Antón. Cree que, ahora que se ha descubierto el plan tramado por Teo Costas, ella se ha cobrado su venganza. Yo le he explicado que esa teoría deja dudas: ¿por qué ahora?, ¿qué la ha motivado a atacar a Elena si hace tanto que descubrí lo de su marido? La otra duda es que, asumiendo esta teoría, también asumiríamos que Begoña conocía que Teo Costas había matado a Ramiro Rey. Y no me lo pareció en ningún momento cuando estuvimos con ella en el hospital.

Adoro la capacidad de mi cabeza de tratar de resolver enigmas, pero ahora mismo me preocupa más no ser capaz de pararla. Sigo sentado en la incómoda silla de la sala de espera, cobijado por el molesto fulgor de una luz mortecina y aguardando noticias desde el quirófano. Marta, por su parte, está en otro box acompañando a María José, a la que han tenido que dormir visto el estado de nervios en el que se encontraba.

Y no, no estoy tranquilo, aunque reconozco que los médicos se han esmerado en ello. Me han insistido en que ninguno de los órganos vitales que podrían haberse visto afectados por un apuñalamiento en el lado derecho han sufrido daños a simple vista. Ni hígado ni pulmones ni riñones ni intestinos.

La incertidumbre es uno de los peores males del ser humano. Mientras aguardo navegando en mi mar de intranquilidad, me levanto. No aguanto más en la puñetera silla. Una mujer joven, de unos cuarenta años y vestido blanco con estampado de limones, gira la cabeza mirando una pantalla y me fijo en el bonito lunar que tiene en el lado izquierdo del cuello. Otro hombre con aspecto de árabe y bien vestido la observa con detenimiento, alternando miradas picarescas con furtivos vistazos al teléfono donde teclea a toda velocidad de vez en cuando. Yo, por mi parte, doy vueltas en círculos y con las manos a la espalda… y mi cabeza sigue haciendo ruido. Cavilando pensamientos y nexos, no me percato de una presencia policial previamente conocida que se acerca hasta mí.

—Alfredo Otero, ¿verdad?

Santiago Marín mantiene el porte firme y alto. No olvido que fue a él a quien inicialmente pensé que señalaba el mendigo que me «ayudó» a descubrir todo en Oporto. Asiento para darle el sí como respuesta.

—Estoy aquí para hacerle un par de preguntas a su hija…

—¿A mi hija?

—Hombre, si quiere se las hago a la madre Teresa, pero me da a mí que está indispuesta.

—Ya me acuerdo de usted. Es el policía al que preguntamos por Teo Costas hace meses, cuando fui a comisaría.

—Qué bonitas casualidades tiene la vida, ¿verdad?—La cara picada y la voz ruda delatan que su sonrisa es sarcástica y fingida. En una situación normal, hubiese evitado la respuesta, pero, como diría mi hija Marta en un alarde de preocupante vulgaridad, indigna de la meticulosa educación que ha recibido, no tengo el chichi pa farolillos.

—¿Le parece normal venir aquí a molestar con la situación en la que está mi hija?

—Ya le dije que necesito hablar con ella.

—Está en quirófano, pero yo estaba allí cuando pasó todo. Puede hablar perfectamente conmigo.

—No creo que pueda responder por ella a lo que tengo que preguntarle.

—Pruebe.

Santiago Marín dibuja una sonrisa sardónica. Creo que saborea con gusto lo que va a pasar. Se moja los labios con la lengua y después me habla muy despacio.

—¿Me puede explicar qué hacía su hija Elena en casa de Teo Costas el día que lo atacaron?

# 40

ALFREDO OTERO

He vuelto a sentarme en la silla de la sala de espera. Un agua helada me recorre el gaznate y me he puesto una mano mojada en la nuca. Aun así, sigo sudando y sintiendo que me falta el aire. Frente a mí, Santiago Marín espera con los brazos cruzados y gesto reflexivo. A su lado se ha incorporado otra agente. Una mujer bajita, con coleta alta, nariz ancha y una enorme y preciosa sonrisa. Ha dicho algo que ha hecho asentir a Marín.

A los pocos segundos, un muchacho delgaducho, encogido y con un aro en el septo nasal como una vulgar res, atraviesa una puerta doble empujando una camilla con mi hija. Una médica sonriente y aún con el pelo oculto bajo ese ridículo gorrito verde se acerca a mí mientras la camilla con Elena pasa de largo y se mete en una habitación. Lleva su nombre en una tarjeta identificativa de plástico prendida al lateral izquierdo de la bata blanca: María Herranz.

—¿Familiares de Elena Otero? —Me levanto y se asusta. No es para menos. Mi piel es leche—. ¿Se encuentra bien?

—Nervios —miento. Y además lo hago con un tono bastante seguro. Supongo que porque en ese momento no me importa mentir.

—Pues tranquilo, que todo salió bien. Tal como le adelantamos, no tiene ningún órgano dañado. La hemos cosido y ya está. —Mira a Marín. Le suena de algo y se nota, aunque no dice nada—. ¿Es de la familia?

—Dios me libre… ¿Cuánto va a tardar en despertar el angelito?

—No debería tardar. Y creo que en cuarenta y ocho horas recibirá el alta. Cuando despierte avísenos y pasamos a verla, ¿vale? —

Asiento y ella pasa ante nosotros mientras vuelve a girar la cabeza y frunce el ceño queriendo recordar.

—Pues hala. Cojonuti. Cervera, haz guardia en la habitación y me avisas. Me voy a tomar un café… —Hace una pausa dramática—. Usted viene conmigo. —Me señala con autoridad.

—Ni en sus sueños dejo a mi hija sola.

—Para salir en mis sueños le faltan muchas tetas. O viene, o cumplo mi otro sueño de meter gente en el calabozo.

—No puede hacer eso y lo sabe —respondo, seguro.

—¿Quiere probar, *bonitiño*? —No contesto, aunque algo debe ver Marín en mi cara para añadir—: En cuanto me llame Cervera sube usted conmigo. Y como excepción.

Paso los siguientes minutos con el «amable» policía cerca de las máquinas de café. Él se queda de pie apoyado en la pared con aire chulesco y altivo. Menea el diminuto vaso de papel por los bordes con los dedos formando una garra. Yo estoy sentado, con la cabeza metida entre las manos. Soy católico, creyente y, aunque no frecuento los templos más allá de un mero interés monumental, en este momento deseo haber tenido uno cerca. Rezo mentalmente. Me encomiendo a la Virgen del Perpetuo Socorro, a santa Liberata y, por supuesto, a Dios. Pido perdón por mi ausencia. Con la confianza de un viejo amigo que se disculpa por haber desaparecido demasiado tiempo. La petición es absurda en sí misma: «Que mi hija no haya sido». Como si Dios pudiera chasquear los dedos y cambiar el pasado.

—¿Cómo lo sabe? —digo sin levantar la cabeza ni abrir los ojos.

—¿Qué?

—¿Cómo sabe que Elena estuvo en casa de Teo Costas? No lo ha dicho.

—No tengo por qué decírselo.

—Por favor… —Sólo en ese momento alzo la mirada. Una mirada rota, destrozada, porque yo mismo la había visto en los ojos de mi amiga Cora: «¿En qué fallé con mis hijos?».

Santiago Marín resopla, y sus hombros, estirados, chulescos, arrogantes, caen vencidos ante el peso de la lástima que le produce mi terrible realidad: una hija apuñalada y presente (quién sabe si más) durante un asesinato.

—¿Sabe lo que es un sistema de vigilancia discreta? —Niego y Santiago Marín prosigue—. Se instalan cámaras ocultas en la casa que envían una imagen al móvil cuando hay movimiento…

—¿Captaron a mi hija?

Santiago Marín no responde y sigue explicando qué había pasado.

—Teo Costas tenía una de esas en su piso, debió ponerla cuando llenó la casa de los Rey Vilaboi. Lo que pasa es que tenía la aplicación oculta en el móvil. El otro día su mujer encontró una de las cámaras cuando se le cayó un marco de fotos. La conectó al ordenador por un USB y se abrió una carpeta con las grabaciones. Y tachán: ahí estaba su hijita del alma.

Tengo miedo de la siguiente pregunta. Un miedo enfermizo que me recorre el cuerpo y me escarapela la piel. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Tengo que tragar saliva y finalmente lloro. No en un llanto sonoro y acongojado, sino en forma de lágrimas de agobio que se descuelgan mudas por las mejillas. Así hago la pregunta. Así miro directamente al miedo a sus propios ojos.

—¿Lo atacó mi hija?

Santiago Marín guarda silencio. Pero el silencio es, muchas veces, la respuesta más dura y pesada. Estoy a punto de implorar una contestación cuando suena su móvil. Con un escueto «voy» se lanza directo a la habitación. Yo lo sigo, ansioso por ver a Elena, pero también destrozado ante la ausencia de respuesta a una pregunta trascendental.

La agente Cervera espera fuera y se aparta cuando yo llego corriendo. Me parece que va a decirme algo, pero Marín debe frenarla o se debe arrepentir. No lo sé ni tampoco me importa.

Elena sólo dice un simple «papá» y yo me echo a llorar. Estoy ojeroso, agotado… Tengo un aspecto horrible. Da igual. La abrazo (bueno, la estrujo) entre lágrimas, la beso, le acaricio el pelo. Mi

niña. Siempre mi niña. Con un día, dos meses, tres años o treinta y tres. Me da igual.

—Te quiero, mi sol.

Mi hija llora también, rodeándome con los brazos con delicadeza. Emite un gruñido al estirarse, supongo que ya no aguanta el tirón de los puntos. Nos separamos aún con los rostros empapados. Marín, para mi sorpresa, espera hasta que terminamos de hacernos caricias.

—¿Y mamá? —Aún le tiembla la voz cuando pregunta.

—Ahora le mando un mensaje a tu hermana. Mamá ha tenido una pequeña crisis de ansiedad, pero está bien.

—Seguro que el reencuentro familiar será precioso —ataja Marín dando un paso al frente. Cervera lo sigue—. Tenemos que hablar, *riquiña*.

—No recuerdo mucho de…

—Quiero saber qué hacías en casa de Teo Costas el día que lo atacaron.

Elena abre muchísimo los ojos. Primero mira a Marín, luego a mí, después a Cervera, una última vez a Marín y vuelve a mirarme a mí. Interpreto esa mirada atemorizada como una imperiosa necesidad de auxilio, pero ¿qué voy a hacer yo? Acabo de enterarme de que estuvo en casa de Teo Costas. En los ojos de mi hija hay decepción, pero también miedo. Lo único que puedo decirle es algo que yo no he aplicado mucho en los últimos tiempos, pero que resume mi manera de ser:

—Con la verdad por delante, Elena, cariño. —Cojo la mano de mi niña y la aprieto. Luego le sonrío, suponiendo que entendería algo que a veces olvidan los hijos: los padres siempre están.

Elena echa un vistazo a la habitación: a sus paredes blancas, a la tele apagada que tiene enfrente, al incómodo sillón en tonos anodinos que hay cerca de la camilla y al sofá cama que, sin duda, yo iba a usar esa noche porque no pensaba moverme de allí.

—Me asusté —comienza. Marín se acerca un poco más, como el lobo que quiere oírte mejor. Cervera lo imita—. Recibí una llamada

con un número oculto. Yo había salido esa noche.

—¿Una llamada de quién?

—En teoría, de Nacho.

—¿Y Nacho es?

—Su novio —aclaro a los agentes.

—¿Y por qué dice en teoría? —pregunta Cervera.

—Porque no era él. Por eso llamó con un número oculto. No sé quién era, pero sonaba como su voz… Luego comprobé su móvil y vi que no me había llamado. Incluso me las apañé para mirar la factura y tampoco figuraba esa llamada.

—A ver, a ver. —Santiago Marín niega con la cabeza—. No estoy entendiendo una mierda.

—En esa llamada, la voz de mi novio me decía que había ido al piso nuevo de Juan, un amigo que tenemos, y que si lo pasaba a buscar. Así que fui.

—¿Era el piso de Teo Costas?

—Sí.

—¿Qué encontró al entrar?

—La puerta abierta. Pensé que uno de los dos me la habría dejado así, pero al empujarla y entrar…

—Se encontró a Teo Costas.

—Sí…

—Él se acojonó, discutieron y lo golpeó en la cabeza.

—¿Qué? ¡NO! ¡Me lo encontré tendido en el suelo y llamé a la ambulancia! —aúlla Elena. Incluso veo la ofensa en sus ojos.

—¡Eh!

—¡Ni «eh» ni mierdas! Suficiente que estoy dejándole estar aquí. Cervera, acompaña fuera al caballero.

La agente va a acercarse, con el brazo estirado y el gesto decidido…, y se encuentra con un soberano manotazo, un índice acusador y una voz grave y furiosa.

—¡No me toque! No voy a irme de esta habitación mientras mi hija esté así. —Siento que se me hincha el pecho. Mi 1,70 de estatura, mi cuerpo *cascao* de jubilado y mis gafas sin montura me convierten

en un adversario difícil de batir. O eso debe interpretar mi cerebro, porque hace falta ser bastante parvo para enfrentarse a dos agentes de la ley.

—¿Acaba de pegar a Cervera? —Marín se burla con esa sonrisilla sarcástica suya de la que ya os he hablado y se desternilla al contemplar la mirada atónita de su compañera—. Anda, Cervera, déjalo aquí, que aún te vas a ir con la mano colorada… Sal un momento y hazme el procedimiento para detenerla en cuanto reciba el alta.

—¿Me va a detener?

—¿La va a detener? —Mi hija y yo hablamos prácticamente a la vez.

La sonrisa de Marín se esfuma y en su lugar aparece un gesto de furia. De odio por tener que explicar una obviedad. Obviedad que, por otro lado, yo ya sé, pero que me niego a aceptar en un absurdo ejercicio de irracionalidad.

—Vamos a ver, porque le he pasado por alto el manotazo a Cervera, pero me están tocando mucho los cojones. ¡¿Cómo que si la voy a detener?! ¡Estaba en casa de Teo Costas cuando lo atacaron, no lo ha dicho en casi seis meses y encima hay una prueba gráfica contra ella! Pero ¿qué coño se creen que es esto, un juego de mesa o algo? Ahora mismo todo apunta hacia usted. ¡No hay que ser muy listo, coño!

—¡Yo no he matado a nadie! ¡Empujé una puerta abierta, me encontré un cuerpo en el suelo, llamé al 112 y eché a correr porque me cagué de miedo!

—Esa es su versión.

—Esa es la verdad —impongo yo con un tono digno de político sensacionalista.

—¿Estaba usted allí? —Callo. Marín no—. Entonces cierre la boca o se va de la habitación. Lo que se ve en el vídeo es a su hija agachándose a los pies de Teo Costas, llamando desde su móvil y huyendo.

—Un momento, un momento… —Elena se incorpora con una mueca de dolor—. Entonces ¿de dónde saca que lo ataqué yo?

—Insisto: estaba en su casa en el momento en que lo atacaron. Y todo se produce en un piso cerrado.

—No. Se produce en un piso abierto. Se lo he dicho.

—Sí, me lo ha dicho, pero puede estar mintiendo.

—O sea, ¿yo puedo estar mintiendo al decir que me encontré el piso abierto y que me llamaron para ir…, pero usted no cuando dice que lo maté?

—Chica lista.

—Necesita un culpable, no lo tiene y quiere a Elena, ¿verdad?

Santiago Marín gira hacia mí todo su cuerpo. Su cara picada, sus ojos marrones y furiosos y su tremenda mala leche apuntan en mi dirección. Quizá en otro momento vital me habría cohibido, o intimidado, pero no en este. No cuando está en juego mi hija.

—Es la última vez que lo aviso. La siguiente lo detengo por interferencia en un interrogatorio policial.

—Entonces tendrá que hacerlo porque no permitiré que manche el nombre de Elena con acusaciones falsas.

Nos mantenemos la mirada. Desafiantes, irreductibles. Ninguno gana, pero tampoco perdemos. Es Elena con un gimoteo la que logra que olvidemos el desafío. Mi hija se lleva la mano al costado y se echa a llorar.

—Me… me duele…

—Se habrá pasado el efecto de la anestesia, cariño. Ahora llamamos a la médica. Nos pidió que la avisásemos cuando despertases.

La llamada a la puerta provoca tres giros de cabeza. Marta y María José se abalanzan sobre Elena. A mi hija mayor le tiemblan las lágrimas en los párpados. Mi mujer, contraria a mí, no derrama ni una, pero sí abraza a nuestra hija pequeña con el amor puro y desinhibido que sólo conocen las madres.

—Nos gustaría estar solos —digo a Marín.

—No he acabado de hablar con su hija.

—Por favor. —Uso un tono conciliador, aunque realmente suena agotado. No es mentira: estoy exhausto—. Hoy no va a poder detenerla porque no le han dado el alta, no se va a fugar porque no puede dar ni un paso y además no tiene una acusación formal. Vuelva mañana. Se lo pido por favor.

La luz de última hora de la tarde se cuela por la ventana del pasillo revestida de negro y nos baña los pies. Entorno la puerta de la habitación de Elena para volver a «negociar», por decirlo de alguna manera, con Marín.

—¿Por qué no quiere creerla?

—Porque no soy su padre, caballero. Su hija está grabada en una casa ajena, agachada delante de un moribundo y huyendo a toda prisa tras hablar por teléfono.

—Ya ha escuchado qué pasó.

—No. He escuchado lo que pasó según ella, pero puede mentir. Y, hablando de Teo Costas, no me diga que le sorprendería alguien mintiendo.

—Pero ¿qué interés iba a tener mi hija en atacar a Teo Costas?

Santiago Marín suspira y coloca los brazos en jarra. Después mira a Cervera y, con un gesto de cabeza, apunta a la salida.

—Es una gran pregunta para la que todavía no tengo respuesta. Pero las imágenes están ahí y son muy claras.

—Déjeme verlas. —Lo suelto a bote pronto, sin calibrar ni por un momento la locura que estoy diciendo.

—Pero a ver, a ver. —La sonrisa incrédula, no sólo de Marín, sino de Cervera, evidencia la poca cabalidad de mi petición—. ¿Qué se cree que es esto, un programa de la tele? Yo no puedo enseñarle algo que es absolutamente confidencial. Hable usted con la que apuñaló a su hija, no te jode… La tienen enjaulada como un pajarillo. —Se burla abriendo los brazos, buscando la sonrisa cómplice de Cervera, que le corresponde—. Vendremos mañana y tendremos una orden para detener a su hija. Si le dan el alta, irá a comisaría hasta que aclaremos qué ha pasado.

—No ha sido ella, Marín.

—Ya… Es curioso, pero ninguno ha sido nunca. Por eso las cárceles están llenas de inocentes. Hala. Nos vemos. —Agarrando sutilmente a Cervera por el hombro, se encamina hacia la salida.

La distancia con los policías va ampliándose… y va a aumentar todavía más. No. Obviamente no voy a hablar con Begoña, la mujer de Teo Costas y quien apuñaló a mi hija. Pero Elena es inocente y pienso demostrarlo. La burla de Marín sólo evidencia que no es padre. Ya os dije que por una hija se hace de todo.

# 41

ALFREDO OTERO

Voy conduciendo hacia un bar muy concreto de una zona muy concreta de Vigo y todo está envuelto en una especie de nebulosa. Lo hago en silencio, los pódcast o la música no tienen cabida ahora mismo. A mi memoria viene uno de los primeros vídeos virales, como dirían los jóvenes, aunque esto ocurrió muchísimo antes de las redes sociales. Corría el año 1984 cuando un profesor de kárate de Estados Unidos engañó a una familia diciéndoles que unos productores de Hollywood tenían interés en que su hijo protagonizase una película de artes marciales. El maestro se llevó varios días al alumno aventajado de once años por Estados Unidos, lo drogó y lo violó. El niño pidió llamar a su madre y el pederasta accedió para no levantar sospechas tras tanto tiempo fuera de casa. Lógicamente, los padres no somos tontos, y la progenitora notó algo extraño en su hijo y llamó a la policía. El profesor de kárate, un conocido héroe local, fue detenido. La idea era trasladarlo de un estado a otro. No recuerdo tanto todos los detalles, pero sí que sería el último viaje de su vida: cuando el padre del niño raptado y violado se enteró del regreso, acudió al aeropuerto con una pistola oculta en el tobillo y ante las cámaras de televisión le disparó en la cabeza. La violenta imagen todavía está en internet.

Y, si sois de esos que piensan que esas locuras sólo pasan en Estados Unidos, recordad que aquí, en España, se hizo muy famoso el caso del Pincelito. Un hombre que violó a una niña de trece años en 1998… y que fue asesinado en 2005 por la madre de la víctima. La mujer se lo encontró cuando él disfrutaba de un permiso penitenciario, intercambiaron unas palabras que fueron un

detonante para que ella acudiese a una gasolinera, llenase una garrafa de combustible y se lo echase por encima al Pincelito antes de prenderle fuego.

Sí, tanto el padre del niño como la madre de la niña fueron condenados, pero ¿creéis que les importó? No. Igual que a mí tampoco me importaría ser condenado con tal de salvar a Elena. Por eso me he ido directo y en plena noche al bar de Coia donde había hablado con Raúl, ese chaval, examante de Sonia Rey, que me llamaba *bro* y usaba la expresión *cho* tan propia de los macarruzos.

No tenía ninguna duda de que esos magníficos ejemplos de juventud estarían en el bar a esa hora porque respondían al clásico perfil «nininininanana» (ni estudian ni trabajan ni na de na de na). No me he equivocado. En cuanto abro la puerta los encuentro a todos: al tipo que me llamó *bro* mientras me rodeaba con el brazo y que insistió en que me tomara una cerveza, al resto de sus compinches con el pelo rapado a los lados y al epicentro del macarrismo: Raúl, alias el amante de Sonia.

Si os estáis preguntando si mantienen la misma indumentaria elegante, sí, habéis acertado. Porque ¿quién quiere llevar un buen príncipe de Gales o una raya diplomática, o incluso un jersey, unos chinos y unos náuticos, pudiendo clavarse un refinado chándal en colores fosforitos con unas deportivas con plataforma de muelles dignas de un cojo de la Edad Media y diseñadas por la mismísima Inquisición? Mi única sorpresa es que ninguno golpea con vehemencia la tragaperras. Entre otras cosas, porque un paisano con bigote, poco pelo, gafas antiguas y cara de mala uva la está ocupando. Por contra, el simposio de eruditos debate un tema trascendental para el ente humano: el tamaño de los senos de una famosa que sale en la televisión, en ese momento sin sonido, que tampoco se escucharía dadas las onomatopeyas simiescas que ascienden, sorprendentemente, del grupo de intelectuales hacia el que me dirijo.

Raúl se gira despacio, con el palillo en la boca que yo tanto odio y la mirada ligeramente entrecerrada, síntoma inequívoco de que las

cervezas se cuentan por seis o quizá siete.

—*Carallo, ó amigo do Sonia… Queres unha birra, bro?*

—No, gracias. Pero necesito hablar contigo.

Noto la mirada inquisitiva del chico que había intentado invitarme a una cerveza la primera vez que pisé aquel bar. Brais creo que se llamaba. Seguramente le sonaba, pero tanto alcohol en sangre mata neuronas y algo me dice que ese muchacho ha sufrido un auténtico exterminio.

—Bah, paso.

—¿Perdona?

—Que paso. No me interesa. Será otra mierda de Sonia o algo así.

—Ella no sabe que estoy aquí. Es un tema de negocios. Ya sabes. De algo a lo que te dedicas de las casas y eso…

—Shhhhhh. —Se lleva el índice a la boca como si le fuera la vida en ello. No puedo negar que me sorprendo. Más que nada porque la sorpresa sería que ninguno de esos amigos supiese de tan lucrativa profesión—. Aquí no, coño. Vamos fuera.

La noche en Vigo es templada, pero llovizna con gotas finas que acaban por calarte. Yo no me he quitado el chubasquero, pero Raúl ni busca una chaqueta. Simplemente sale, se mete las manos en los bolsillos de la parte de arriba del chándal y saca un porro a medio fumar del pantalón. Lo prende y me lo tiende. Yo, lógicamente, declino la oferta.

—A ver, ¿qué quieres?

—Entrar a un piso. —Directo y sin rodeos. Tampoco tengo tiempo que perder.

En el imaginario habitual, ese tipo de «negocios» de dudosa índole se cierran en callejones mal iluminados, con farolas que brillan tenues sobre los charcos del asfalto… Aquí es todo más *enxebre*, más rural. Se habla en la puerta del garito que todavía separa la cocina de la barra con una cortinilla de macarrones.

—¿Para qué?

—No te importa.

—No me la voy a jugar por nada, *bro*.

—Nadie ha dicho que te la juegues por nada. Te pagaré y tú cogerás lo que quieras después de que yo entre.

Se echa a reír con un estridente sonido que rebota por las calles vacías de Coia. Algunos de sus amigotes iluminados miran a través del cristal y nos señalan.

—Eres un monstruo negociando, *cho*. —Vuelve a reírse.

Pero yo no. Estoy serio. Impasible. Calibrando con absoluta meticulosidad mi próxima frase que, sé, es decisiva. Una vez que termina la burla, es mi turno. Y, por primera vez desde que estoy frente a él, no opto por el humor ni otros temas para aliviar tensiones. Tengo sesenta y nueve años y, como dice uno de mis antiguos jefes en una inteligente demostración de cultura, los huevos *pelaos*.

—Mira, chaval, esto es muy fácil: o aceptas lo que te voy a proponer y te pago, o mañana mismo tienes a la policía en la puerta de tu casa friéndote a preguntas sobre la entrada en casa de Ramiro Rey. ¡Ah! —Levanto el índice—. Antes de que intentes amenazarme con que me vas a pegar o que tus *bros* y tú vais a darme una paliza, que sepas que he tomado medidas preventivas: mi mujer sabe que estoy aquí —miento—, así que, si tardo más de la cuenta, directamente avisará a la policía. Y, si piensas en quitarme el móvil, apagarlo y matarme, que sepas que con la última actualización no se deja de compartir la ubicación mientras haya batería. Y yo la tengo a tope. Conclusión: o me ayudas y cobras, o no me ayudas y te jodo vivo. ¿Estamos?, ¿*bro*?

Aquí me vais a permitir un inciso nostálgico para recordar a mi difunto abuelo que me enseñó lo que llamó «la labor social de los tontos». Un día, cuando era muy pequeño, llegué a casa muy afectado porque un niño del colegio me había insultado. Él me respondió: «Pero, Alfredito, hijo, no te enfades con él. ¿No ves que es tonto? Su única función en el mundo es que tú entiendas que es imbécil y que, por tanto, tú eres inteligente». Hoy, seis décadas después, recuerdo y comprendo su enseñanza hablando con este badulaque, babieca, *pailán*, tonto de remate. Usad el que queráis.

La negociación queda rápidamente cerrada, y, ante su pregunta de cuándo, optamos por que sea de manera inmediata. Como no estoy dispuesto a subir a un taxi para dejar pistas, le digo que coja su coche. Si la vestimenta de Raúl me tiene ensimismado, lo del coche no se queda atrás. Es como viajar en un vehículo de *Fast and Furious*, pero de marca blanca: modificado en sus bajos, tubo de escape, dados en el retrovisor interior, pegatinas, luces de neón por dentro, una pantalla que sale al presionar un botón y donde se reproducen canciones de ese cultísimo género urbano llamado reguetón y, como no puede ser de otra manera, pintado del color amarillo pollo menos discreto que hay. Lo de no llamar la atención tal vez no me salga del todo bien.

La rúa Príncipe de Vigo es completamente peatonal, así que no hay forma de aparcar ahí. Obligo a Raúl a hacerlo en una calle relativamente alejada: en rúa Ecuador y cerca del colegio Compañía de María. Yo sigo con mi chubasquero; él, con su chándal. Aunque ha elegido como accesorio un neceser con cuadros de Louis Vuitton (en este caso, parecía más Luis Botón, pero bueno…). Caminamos intentando resguardarnos de la lluvia en los cobijos que balcones y terrazas nos ofrecen y llegamos a la sede del Celta de Vigo. A Sede, como se la conocía popularmente, se inauguró en 2018. Antes de ello, el cuartel general celeste estaba ubicado en un llamativo chalet de la calle Manuel Olivié, en la plaza de España de la ciudad.

La mujer de Teo Costas me había dicho que vivían en el portal de al lado de A Sede; con un poco de suerte puedo entrar y mirar los buzones. Llamo a todos los telefonillos y pronuncio el nombre de una empresa de comida a domicilio. Cuela, pese a las horas. Alguien ha pedido cena, pero va a quedarse sin ella. Junto a Raúl, voy a los buzones y compruebo los nombres en el tercer piso: Teodomiro Costas y Begoña Galán. Menciono en voz alta el número del piso y me encuentro con una respuesta inesperada.

—Damos una vuelta de reconocimiento y volvemos maña.

—¡No! —me opongo—. Ahora. No hay otra opción. Ahora.

Pensándolo fríamente, recuerdo que Raúl solía dedicarse a ello y que seguramente tenga razón y esas vueltas de reconocimiento, como él mismo las ha llamado, son necesarias para garantizar su propia seguridad.

—Buah, ni de coña, chaval. ¿Estás loco, *bro*? ¿Y si tiene alarma? ¿Y si hay alguien?

—Ni hay nadie ni tiene alarma.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. Entra.

En realidad, no tengo ninguna certeza. Lógicamente, Begoña no está porque sigue en el calabozo. Lo había dicho Santiago Marín. Si bien es cierto que puede haber dejado a alguien en casa cuidando de su hija. Por otro lado, sé que no hay alarma porque no había saltado cuando atacaron a Teo, pero Begoña podría haberla puesto tras el crimen. ¿Conclusión? Voy a ciegas. Puedo calibrarlo en si gano o pierdo mucho, pero esto no va de victorias o derrotas, va de Elena. De la inocencia de Elena. Un padre desesperado es temerario y peligroso. Lo estoy comprobando porque me muevo por impulsos.

—¡Entra ya! —chisto.

Mi improvisado compinche me mira y aprieta los labios, guardando una buena retahíla de improperios que acaban en un resoplido donde se condensan todos. A continuación, abre el neceser, se pone unos guantes de látex y saca un rollo fino de cinta de carrocero negra.

—Vigila —ordena antes de cortar dos trozos de cinta y pegarlos en la mirilla de los otros dos pisos que hay en el rellano. Después saca una herramienta que yo no he visto nunca. Tiene forma de T, no más grande que la palma de una mano, con la cabeza negra y el cuerpo rojo hasta terminar en una protuberancia metálica y brillante con agujeros.

Raúl se agacha delante de la cerradura del piso de Teo Costas, saca del neceser otro artilugio metálico, como si hubiesen cortado otra llave por la mitad y de forma vertical, y la introduce en la cerradura. Luego mete la herramienta y en veinte segundos se

escucha un chasquido. Gira como si hubiésemos tenido la llave original. Lo miro como quien asiste atónito a un truco de magia hecho delante de sus narices.

—Se llama topolino. Trescientos euros en…

—Cállate y entra —lo apremio saliendo de mi estupefacción.

Casi lo meto en el piso a empujones. Dejo la puerta todo lo cerrada que puedo, visto el destrozo de la cerradura, mientras Raúl enciende la linterna del móvil. Lo imito. El haz de luz revela una vivienda pequeña. Con un mueble cajonero bajo un espejo rectangular en el recibidor desde el que se pasa directamente a un salón con cocina americana bastante bien equipada. Las paredes son de un blanco roto y ningún cuadro las viste. Predomina el estilo minimalista con pocos objetos: una mesa de comedor cuadrada con cuatro sillas encajadas y sobre ella un ambientador con palitos de los que le encantan a María José, un sofá de dos plazas con una mesita delante de esas que se levantan para facilitar el acceso a la comida y frente a ella una televisión de tamaño considerable. Nada más. Ni baldas ni estanterías. Lo único decorativo que veo estaba en el mueble que soporta el televisor, donde hay libros y un pequeño macetero de piedra con una planta de hojas demasiado brillantes. Artificial, supongo.

Del salón se pasa directamente a la habitación. Comodidad garantizada con una gran cama de matrimonio, dos mesillas con sus respectivas lamparitas y, enfrentado, un enorme armario empotrado con espejos en las puertas. Imagino que el lado de Begoña es el más alejado. Primero porque siempre suele ser así en el caso de las parejas. Leí en un reportaje que era una herencia cultural, una raigambre ancestral de los primeros tiempos de los *Homo erectus*, cuando el hombre dormía más cerca de la entrada de la cueva por si acechaba algún depredador. Aunque, en este caso, el segundo motivo que me lleva a pensar que el lado más alejado de la puerta corresponde a Begoña es que pegada al colchón hay una cuna colecho… Sí. Suspicaz que es uno.

Mientras yo entro en el limbo de las deducciones sherlockholmianas, Raúl abre y cierra muebles con velocidad y un sorprendente silencio. La experiencia es un grado hasta para allanar casas.

—Encuéntrame un ordenador y luego coge lo que quieras —le digo siseando.

No es difícil. Pasa por detrás de la cuna colecho, abre el cajón de la mesilla de Begoña y lo saca.

—¿Cómo…?

—La gente suele guardarlo cerca de donde trabaja. Si no está en el salón, en un piso tan pequeño estará cerca de la cama porque trabajará allí de noche por si se despierta la cría… Lógica, *bro*.

El bofetón deductivo es atroz porque golpea de lleno en ese clasismo estúpido que yo había mostrado al considerar tonto a este chico. Recuerdo unos años atrás, cuando el hijo de una amiga me dijo: «Te falta calle». Me lo tuvieron que explicar. Lo que a mí me falta de calle, a este le sobra.

Me siento en una silla y abro el portátil mientras Raúl sigue con movimientos dignos de un ninja. La pantalla me regala la imagen de un paisaje paradisiaco en algún lugar del mundo desconocido para mí. Tampoco me interesa conocerlo tanto como para viajar hasta él. A mi edad, me quedo con Galicia.

El ordenador me pide una contraseña y de nuevo vuelvo a forzar mi memoria: ¿cómo se llamaba la niña? A… ¿Alba? ¿Ana? No. No era ninguno. Yo había dicho Paula y ella… Recuerdo que había usado la palabra «chovinismo». Algo poco común… ¡Antía!

Introduzco las letras todo lo deprisa que puedo. Y cuando digo eso, sí, quiero decir «rápido». No os penséis que por tener sesenta y nueve años soy de esos que pulsan cada tecla con el dedo índice. El escritorio se despliega ante mí con una divertida foto de la niña sonriendo. Me llama poderosamente la atención, sobre todo porque pienso que Begoña la habrá cambiado recientemente. Tal vez por el rechazo a su marido. «¿Por eso tampoco tienen fotos juntos en la casa?».

Buceo por los documentos, pero no encuentro nada.

—*Bro*, hay que largarse ya.

—Espera…

—No, joder, tío. Que para que esto salga bien hay que ser rápido.

—¡Espera!

—Tú sabrás, hermano. Yo me piro.

Ni siquiera me percato cuando se marcha. Se va tan en silencio como ha entrado. Yo, en ese momento, sólo escucho los latidos de mi propio corazón golpeándome el pecho con furia. Lucho contra la necesidad de concentración de mi cerebro, que me exige una visión túnel delante de esa pantalla, pero no puedo. Necesito estar pendiente de la puerta. ¿Y si me llevo el portátil? No. Será más fácil localizarme… Seguro. Como los móviles cuando los robas.

«Venga, venga, venga, venga».

Tengo una idea. Una idea absurda y desesperada. Abro el navegador y compruebo que la sesión personal de Begoña sigue abierta. Despliego el contenedor de archivos y… ¡premio! Había guardado el vídeo en la nube. Supongo que así evitaría el borrado… Si es lista, seguramente lo tendrá en otro sitio. Bien controlado y a salvo.

Ahora viene la pregunta del millón. ¿Cómo *carallo* me apaño para tener ese vídeo y verlo con calma? Si me lo envío, dejo rastro. Me levanto a toda prisa y la silla chirría. Por un momento he olvidado dónde estoy. Cierre los ojos y aprieto los dientes, en un infantil gesto que confirma que sí, que me falta calle. Aguardo unos segundos, girando absurdamente la cabeza para que mi oreja derecha, por la que escucho mejor, apunte hacia la puerta. No escucho nada, así que voy hacia el cuarto, rodeo la cuna colecho y abro el cajón de la mesilla. Bajo un libro, una estampita de Jesús de Medinaceli, unas toallitas de bebé, un termómetro electrónico y un rosario desgastado, encuentro un USB.

Regreso al ordenador, lo inserto en la ranura, traspaso el vídeo y cierro la tapa bien rápido. Apenas tardo veinte segundos. Y sí, antes de que os riais, pienso lo de la silla y me deslizo despacio antes de ir

hacia la puerta. Cuando estoy a punto de llegar, recuerdo que Raúl había sacado el ordenador de la mesilla. Vuelvo para dejarlo donde estaba y así no levantar sospechas. Cierro el cajón como si en esa cuna colecho hubiese un bebé al que temo despertar.

Vuelvo a la puerta henchido de satisfacción por mi hazaña y, antes de llegar hasta ella, coloco la silla en idéntica posición a la que estaba inicialmente. Nadie, absolutamente nadie, podrá percatarse de que hemos entrado.

Luego veo la puerta, con la cerradura inútil e inservible a causa del artefacto que ha usado Raúl. Una puerta que no cierra. Una puerta reventada porque hemos asaltado el piso. Una puerta destrozada…, y yo colocando un ordenador y una silla. A mí no me faltan calles, me faltan avenidas.

# 42

ALFREDO OTERO

Tras abandonar el piso de Teo Costas y su mujer, quito las cintas negras de las mirillas de los vecinos (sí, ya, pueden haberme pillado perfectamente, me doy cuenta luego. Y sí, ya sé que me falta calle para delinquir) y me encamino hacia el coche de Raúl, que, por supuesto, no está. Tengo que volver a Baiona, a casa, desde Vigo, pero mi coche está cerca del bar donde había coaccionado al ex de Sonia Rey para que me ayudase.

¿Os acordáis de eso de no coger un taxi para no levantar sospechas? A esas horas, prevalece la comodidad y paro uno como cualquier caballero de bien. Eso sí, pagado en efectivo para no dejar movimientos de tarjeta. En Coia, cojo mi coche, al que reconozco que me acerco con cierto terror de que lo hubieran destrozado, y regreso a Baiona.

Este trayecto, de apenas media hora, también lo hago en silencio. Dándole vueltas a la idea de que, hacía sólo unos meses, yo mismo me había reprochado mi falta de moralidad por pensar, simplemente, en colarme en Villa Ledicia…

Conforme desciendo hacia Baiona por la autopista, diviso a los lejos las luces que brillan en medio de Monteferro. La urbanización Cala Asterpot es un grupo de *vagalumes*, o luciérnagas, en la noche negruzca y áspera del monte. Sonrío recordando la historia de aquellos adosados, de Adonis Asterpot, su ruina y los jefes del narcotráfico convertidos en constructores. También el significado que acabo de buscarle, porque no es más que una metáfora de en qué se han convertido esos ansiados chalets: la luz es la recompensa al final de un túnel de errática cultura del sobreesfuerzo.

¿Crees que lo material vale algo? Acércate a la persona que amas, mírala a los ojos, en silencio, durante quince segundos, y después, cuando sonría, dale un beso. ¿Cambiarías eso por cualquier casa, coche, reloj…?

Como otra de esas bonitas curiosidades, mi hija Marta me llama cuando apenas me quedan cinco minutos para llegar. Está francamente alterada. Entiendo, no sin cierto pesar de padre, que necesita estar con su marido para calmarse. María José ha decidido pasar la noche en el hospital con Elena, que evoluciona con absoluta normalidad.

Absorto en ese pensamiento, aparco delante de mi casa y bajo. Escucho los ladridos de Nala desde fuera y voy pidiéndole calma. Las farolas me acompañan, envolviendo las calles del vecindario baionés de Puente Romano en una cálida aura propia de las urbanizaciones inglesas.

Los emocionados y agudos ladridos de mi mascota no se relajan hasta que pisa la calle, ya con la correa puesta, y se alivia en la acera inclinando las patas traseras. Damos un paseo corto, de apenas quince minutos. Con una mano sostengo su correa y con la otra doy vueltas al *pendrive* en el bolsillo. No veo el momento de conectarlo al ordenador y ver el vídeo.

Tal es mi nivel de concentración que el timbrazo de mi móvil, con tono de llamada de teléfono antiguo, y la vibración en el bolsillo me provocan una reacción digna de un hombre de acción capaz de colarse en un piso para liberar a su hija de las garras de la injusticia: «Hostiacoñosuputamadre», grito. Todo seguido. Sin pausas. Después me llevo la mano al pecho. Mi perra ni se inmuta.

—No esperaba para nada esta llamada.

—¿Está bien Elena? —pregunta Cora desde el otro lado de la línea —. Me lo acaba de contar Sonia, que se lo han dicho. Estamos las dos aquí. En manos libres.

—Está bien. Asustada, sobre todo.

—¿Por qué lo hizo, Alfredo?

Por un momento, pienso que me pregunta por qué Elena se había colado en el piso de Teo Costas. Siento un calor repentino por toda la cara. Como si cada vecino, cada ventana oscura, escondiese dos pares de ojos pendientes de mi respuesta. Como si mi amiga tuviese ahora toda la potestad para preguntarme si estaba gestionándolo usando los estúpidos consejos que le di a ella. Como si Cora pudiese preguntarme qué se sentía ahora que mi hija era sospechosa de un crimen y lo único que yo hacía era insistir en que no había hecho nada.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser, Alfredo? ¡La zorra que tenía por mujer Teo Costas!

—¡Ah, eso!

—Sí. «Eso» —dice con retintín.

—No tengo ni idea —miento. No me apetece darle ningún tipo de explicación ni munición para juzgarme. Pese a que yo lo había hecho cuando empecé a investigar todo aquello de Antón y Ramiro.

—¿Y vosotros? —se interesa Sonia Rey.

—Creo que parecido a Elena: sobre todo asustados.

—¿Necesitáis algo? —se interesa Cora de nuevo.

—No, Cora. No te preocupes. Que pase todo esto lo más rápido posible. ¿Y vosotras cómo estáis? —Es la primera vez en meses que hablo con ella por teléfono. Como os dije, sólo lo hacíamos por algún que otro mensaje ocasional.

—Cansadas. Si necesitas cualquier cosa, avísanos. Un beso.

—Lo… lo mismo digo, Cora.

Cora Vilaboi cuelga. ¿En qué momento se ha roto nuestra amistad? ¿Fue cuando descubrí la relación de su hijo y su marido con las drogas?, ¿cuando descubrí que tenía un amante?, ¿cuando descubrí que ese amante era el verdadero asesino de Ramiro y liberé a Antón de una condena por parricidio? Francamente, no me apetece tener una conversación seria con ella, pero siento que yo estoy pagando injustamente por algo que no he hecho. ¿Cuál había sido mi error?, ¿ser un buen amigo?, ¿descubrir la verdad? La apoyé,

la ayudé… Sí, es cierto que discutimos y nos enfadamos alguna vez porque yo… ¿Era eso? No era descabellado. Quizá le ofendió que yo no hubiese dicho: «Amiga, tenías razón. Tu hijo no fue». Había dudado, claro, pero ¿cómo no hacerlo? Teo Costas había montado un plan absolutamente perfecto. Si yo no hubiera tenido la suerte de encontrar al mendigo en Oporto, jamás habría quedado ningún hilo del que tirar. Y de eso había pocas posibilidades.

Nala pega un tirón y me obliga a reaccionar. Continúo el paseo, llamo a María José para interesarme por la evolución de Elena y me resume todo con una frase utilizada por el primer ministro británico Winston Churchill en la Segunda Guerra Mundial y que ya había entrado de lleno entre las expresiones mundiales más populares: «No news, good news». O lo que es lo mismo: «Sin noticias, buenas noticias».

Lo primero que hago al regresar a casa es meter el USB en el ordenador. Ni ceno ni bebo ni voy al baño, pese a que llevo un buen rato con ganas. Libero a Nala y, con paso apresurado, entro en el despacho, levanto la tapa del portátil e introduzco el pincho de memoria. Se abre una carpeta que contiene un montón de subcarpetas con fotos, documentos e imágenes de la vida de otras personas que me dan completamente igual. Ni siquiera tengo el afán de cotillear. Una contranatura en el propio ser humano, sin duda causada por la preocupación que me invade.

Me fijo en la imagen en miniatura de un vídeo. Se aprecia perfectamente el salón de Teo Costas. El salón del piso donde acabo de colarme. La imagen es bastante oscura, pero se ve la sala de estar vacía, casi en penumbra, iluminada únicamente por la luz de una mesilla en la distancia que revela unas piernas cruzadas sobre la cama de la pequeña habitación. Un timbrazo provoca que Teo Costas se levante, se dirija hacia la cámara y atraviese el plano. «Joder, qué putas horas… ¡¿Ya te volviste a dejar las llaves, Bego?!», grita el policía en la oscuridad. La puerta chilla al abrirse, y acto seguido un sorprendido «¿Tú?». No hay respuesta más allá de un sonido amortiguado, un gruñido y otro sonido, plomizo esta vez. No hace

falta ser la detective Nora Pardo para saber que acaban de golpear a Teo Costas en la cabeza y que ha caído al suelo. Lo que no esperaba es lo que ocurre a continuación.

Una mano ensangrentada se alza sobre la cómoda, intentando usarla de apoyo para levantar el cuerpo que la sostiene. No le dan opción. Suena otro golpe, húmedo y feroz. Un chorro de sangre atraviesa la luz proveniente del cuarto como un relámpago negro. La mano de Teo Costas palpa la cómoda, algo se vence sobre el marco de fotos que escondía la cámara oculta y esta cae al suelo. Después lo hace un jarrón, seguramente lo que ha desplazado el marco, y estalla en pedazos.

El objetivo enfoca a ras de suelo, pero se ve cortado por la parte baja de la cómoda. Sólo se aprecia la mitad superior del cuerpo inerte de Teo Costas, bocabajo y con un enorme charco de sangre enmarcando la cabeza abierta. La imagen es devastadora. Soy una persona muy poco aprensiva, pero ver algo así… No. Eso no es como ver una película o leer una novela. Siento ganas de vomitar. Intentó controlarlo con la respiración porque necesito seguir viendo ese vídeo. Necesito hacerlo por Elena.

Pasa un minuto. Dos. La barra de reproducción avanza con lentitud y el silencio que envuelve el ataque es asfixiante. Mis ojos están fijos en esa cabeza partida. Es un melón, una fruta madura. No vale nada. Al tercer minuto oigo otra vez el chillido de la puerta, pasos y nada más. Al quinto minuto vuelvo a escuchar el mismo sonido, pero esta vez sí veo algo, primero no es más que un reflejo y unos pies. Después Elena se agacha, se le distinguen perfectamente las facciones de la cara. La veo sacar un pañuelo del bolso, se rodea dos dedos con él y busca el pulso a Teo Costas en el cuello. Coge el móvil apresuradamente y llama al 112: «Hay una persona gravemente herida en el piso…». Una dirección completa, una descripción… y el peligro. Yo lo siento. Ella también lo ha hecho. Se levanta y echa a correr, despavorida.

La grabación no se detiene, pero acaba por cortarse justo cuando dos sanitarios alzan a Teo Costas en una camilla y se lo llevan.

Lo que dijo Marín es cierto: sólo se ve a Elena, pero la puerta suena una vez antes de su llegada. Ese chillido no ha nacido porque sí. Alguien la abrió y vio el cadáver.

Retrocedo hasta ese momento. A mi lado, en su enorme camastro, Nala ronca plácidamente. La envidio por disfrutar de la felicidad de la ignorancia. Coloco la barra de reproducción donde más o menos creo que escuché la puerta y al oírlo apunto rápidamente el código de tiempo en un pósit. Grabo un vídeo de la pantalla del ordenador con mi móvil. Lo hago una vez. Dos veces. Tres veces. La última es la buena, en la que menos marcas y líneas pixeladas quedan.

Llegó el momento de jugar a los detectives: aumento el brillo, reduzco el ruido, subo la nitidez, los contrastes… Resulta una especie de borrón brillante que va avanzando. Entonces veo algo en la puerta del microondas. Lo amplío varias veces. No es más que un borrón, una silueta con algo que cuelga y parece…

No necesito pensar mucho para saber dónde he visto semejante horterada.

# 43

ALFREDO OTERO

Esta noche me cuesta muchísimo dormir. Primero intento colocarme en posición de ovillo mirando a la ventana, pero la identidad de la persona que he visto en el ataque a Teo Costas turba mi sueño. Antes de intentar inútilmente abandonarme en los brazos de Morfeo, reviso una y otra vez el vídeo, lo comparo con los interrogatorios…, y aún me convenzo más de quién es aquella persona. Sin embargo, sigo sorprendido. ¿Cómo es posible que no hubiese dicho nada? ¿Quién tiene esa reacción? ¿Quién encuentra un cadáver y no llama automáticamente a la policía? La respuesta llega hasta mí con una desestabilizadora claridad: alguien que está involucrado en el crimen.

¿Podía ser así? ¿Lo habría cometido? Doy otra vuelta en la cama para colocarme mirando al armario. No es descabellado pensar que los hechos hubiesen sido los siguientes: la persona que atacó a Teo abre la puerta, lo golpea, lo remata… y al rato vuelve para asegurarse de que está muerto. Eso justificaría la segunda entrada. La clave es ¿por qué?, ¿qué motivos tenía?

Esa pieza no encaja.

La otra opción, y esto lo pienso colocándome bocarriba, es que acompañase al verdadero atacante, o que fueran dos, por si las cosas se torcían… La conjetura apunta, irremediablemente, en dirección a su pareja, pero me deja otro interrogante tan decisivo como irresoluble de momento: ¿qué *carallo* tenía que ver Elena con ellos? No tenía ningún sentido.

Cambio y me pongo bocabajo, metiendo uno de los brazos bajo la almohada y estirando el otro, que palpa el vacío y desamparo de

dormir lejos de la mujer amada. ¿Cuánto tiempo puede guardarse un secreto? Campanas ganadoras y estridentes sonidos de máquinas tragaperras rebotan por las paredes interiores de mi cabeza. Ahí está la pregunta que acaba de impedir que pegue ojo en toda la noche. ¿A quién debía hacérsela? ¿A Cora Vilaboi, que había ocultado durante no sé cuánto tiempo a su amante y que ya no estaba enamorada de Ramiro?, ¿a Antón Rey, que llevaba años siendo el tesorero de la Fariña?, ¿a Sonia Rey, que había priorizado seguir siendo la favorita de mamá en vez de contar sus sospechas de que el hombre con quien había engañado a su prometido podía estar involucrado en el crimen de su padre?, ¿al propio y difunto Ramiro, que había ocultado la ilegalidad de su verdadero trabajo durante décadas?, ¿o mejor a mi propia hija, sangre de mi sangre, que llevaba casi un año conviviendo con el hecho de ser ella quien había llamado a la policía para avisar del ataque *a posteriori* mortal a Teo Costas? Así llevaba yo tiempo notándola tan rara. Y sí, me siento un padre horrible por no haber deducido que pasaba algo grave.

Vuelvo a ponerme mirando al techo y lanzo un suspiro de hartazgo. Después murmuro un par de palabrotas que hacen crujir el sólido silencio. Tengo dos opciones: intentar dormir más o buscar una solución a por qué coño Juan Vilaboi, el hermano de Cora, había acudido al piso de Teo Costas, había visto el cuerpo y se había dado media vuelta. ¿Era el asesino?

Otra de las piezas que no me encajan por ningún lado es que, si no recordaba mal, en el interrogatorio tanto Juan Vilaboi como Carlota Vázquez se habían alegrado de la muerte de Ramiro, al que culpaban de su delicadísima situación económica… Entonces ¿por qué matar a su asesino? Además, en ese momento tampoco sabían que Teo Costas había sido el encargado de matar a Ramiro. La opción de la tercera pata queda descartada por la débil situación económica que tenía. ¿O quiso matar a Ramiro para escalar? No. También habría ido a por Antón.

Demasiados interrogantes, pocas respuestas y un foco claro donde encontrarlas, que puede llevarme directamente a la boca del lobo:

debo hablar con Juan Vilaboi.

Cómo había cambiado la vida en unos meses. De levantarme a leer *La sonrisa etrusca* para acabar poniéndome el interrogatorio de Teo Costas a Rut y Javier Marco… A pasarme la noche en vela en la cama simulando un interrogatorio ficticio. En ocasiones Juan Vilaboi hablaba, en otras no. En ocasiones yo era el poli bueno, en otras el malo. En ocasiones lo coaccionaba con el verbo, en otras con los puños (para qué íbamos a engañarnos, eso no iba a ocurrir. Entre otras cosas, porque ese tipo me sacaba más o menos medio metro. Mi bofetón dependía de si encontraba un taburete al que subirme).

¿Alguna vez os habéis pasado una noche entera sin dormir? En mi caso, cada músculo, hueso y órgano queda envuelto en una miasma gélida que me descompone completamente. Con esa jaula glaciar me preparo dos cafés solos. Los ingiero sintiendo cómo me abrasaban la garganta y confiando en que me hagan entrar en calor, pero lo único que consigo son unos buenos retortijones y una agónica visita al trono de la indignidad.

Llamo a mi mujer y pregunto por Elena. La voz tranquilizadora de María José me informa de una buena noche, relajada, salvo por la pesadilla donde vuelven a atacarla. Un susto morrocotudo por los gritos que lanza hasta que consigue serenarse. Prometo ir enseguida, pero me dice que ya ha quedado con Marta para que la releve. Mi turno es la noche. Tengo muchas horas para intentar hablar con Juan Vilaboi y no hay tiempo que perder.

Saco a Nala mientras amanece en Baiona. Los muros de las casas van pintándose en tonos anaranjados, el paseo hasta Ramallosa va recuperando sus colores vivos en pleno albor. La marea es baja, briznas glaucas surcan el estuario de A Foz de lado a lado. Aves tímidas hunden sus finas patas en ellas. Algún deportista madrugador atraviesa la senda ciclista y parejas de ancianos veraneantes, equipados con un chándal a juego, intentan caminar a buen ritmo. Una mujer joven empuja un carrito de bebé y va a mi paso durante un rato. Las luces de los coches surcan la carretera en dirección a Vigo, otros parecen practicar marcha con una barra de

pan bajo el brazo, y unos pocos como yo somos paseados, a juzgar por las horas, por nuestros perros.

El tiempo en la calle con Nala dura lo justo. Me ducho con agua bien caliente y logro entrar en calor antes de coger las llaves del coche y encaminarme hacia Nigrán, donde viven el hermano de Cora y su mujer.

Yo había estado en su antigua casa, pero no en la nueva a la que había hecho referencia durante el interrogatorio. Eso sí, sé exactamente dónde es. Ramiro me había señalado su ventana una vez que regresamos de Vigo y callejeamos por Nigrán para hacer un par de recados: «Mis cuñados viven justo ahí, en esa ventana con macetas que parece un arcoíris. Unos horteras», dijo estirando el índice en dirección al florido alféizar y desviando la atención de la carretera durante unos segundos.

En ese momento, mucho antes del interrogatorio, mucho antes de todas las vicisitudes que habían acontecido, no le pregunté por qué habían cambiado un chalet gigantesco por un piso. ¿Quién era yo para hacer esa pregunta más allá del simple cotilleo? Estoy alejado de ese tipo de personas que ansían el chisme para tener algo con lo que rellenar la carencia de novedades en sus propias vidas… Sin embargo, ahora sé la verdad, al menos una parte del prisma de la verdad: «Ramiro nos aconsejó mal y tuvimos que cambiar un chalet enorme en Nigrán por el piso de mierda de ahora», había dicho Carlota Vázquez ante Teo Costas. Arruinar a alguien era un motivo de peso para que te dieran tu merecido. Eso sin contar la delicatessen de Juan Vilaboi insultando al pobre Ramiro sólo unos días después del crimen.

Estaciono en batería prácticamente frente al edificio. La calle mezcla casas de varias plantas con algún chalet. Alzo la vista, cuento aproximadamente cuál es el piso y llamo al interfono. Fallo dos veces por culpa del principal y del piso C. Al tercero, cuando la voz inicialmente distorsionada y metálica de Juan Vilaboi pregunta quién es, contesto con un escueto: «Repartidor».

De pronto estoy en su portal cogiendo el ascensor. El espejo me devuelve a un Alfredo exhausto, al que sólo recuerdo de los primeros años de Marta cuando no me dejaba pegar ojo. Llamo al timbre, espero pacientemente y Juan Vilaboi abre.

Seguro que estáis pensando que soy un inconsciente por presentarme así en casa de un posible asesino. No os falta razón. He sopesado mis posibilidades, pero no se os olvide cómo accedí a la grabación donde se veía a Juan Vilaboi. ¿Qué hacía? ¿Llamaba a la policía y embarraba todo el proceso? Eso no impediría la detención de Elena porque el vídeo era clarísimo. Y no iba a ver a mi niña detenida. Citando a una famosa española: «Yo, por mi hija…». Seguro que habéis terminado mentalmente la frase.

El hermano de Cora se sorprende al verme. Los ojos pequeños parecen doblar su tamaño con una mirada de búho. La mueca parca evidencia también desagrado. Entorna la puerta, tratando de esconder la casa. Lleva una camiseta azul clara con el ribete del cuello y las mangas en azul oscuro, pantalón de chándal gris y zapatillas de estar por casa. No se pone recto al verme, mantiene ese gesto echado hacia delante que, con sus dos metros, todavía denota más una joroba que cualquier otro se esforzaría en disimular.

—Eras… ¿Alfredo? —Casi le pesa pronunciar mi nombre.

—Sí, Alfredo. Juan, perdona que te moleste… —Hago una pausa, intencionada, de unos segundos. Esperando esa típica coletilla tipo «no te preocupes, no me molestas». Pero no. No se produce. En su lugar, guarda un silencio incómodo, revelador—. Vengo por un tema delicado.

Tampoco eso le afecta al gesto. Y, por supuesto, tampoco me invita a pasar, cosa que agradezco, porque me evita rechazar el ofrecimiento. Seré un temerario por presentarme en casa de un posible asesino, pero no lo suficientemente *parvo* —tonto— como para entrar en su piso a solas.

—Tú dirás. —Se pega más a la puerta, y eso que parece imposible, para que no vea qué hay dentro.

Este punto también lo recreo en mi cabeza con anterioridad. Durante la noche sopesé cómo abordarlo, pero todos mis planes se ven desplazados en cuanto imagino a Elena esposada, con la tripa aún dolorida por la cuchillada, mientras se encamina a una cárcel que en mi cabeza es, poco menos, que un centro de tortura medieval.

—Sé que entraste a casa de Teo Costas y viste el cadáver. Lo tengo grabado. Su mujer también. Te va a denunciar esta tarde. He hablado con ella —miento.

Si algo lo turba, no lo evidencia más allá de un mohín de asco.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Porque me ha enseñado las imágenes. —Otra mentira, sí. Lo de ir con la verdad por delante queda en segundo plano con una hija en peligro. Es una mentira cogida con pinzas. Si ha visto las noticias, sabrá que a Elena la apuñaló la mujer de Teo Costas, pero no tengo mucha más opción—. Si lo mataste tú, es momento de confesar…

—Estás aquí por tu hija, ¿verdad?

En todas las teorías, hipótesis y cábalas que he hecho… nunca aparecía esa. En mi cabeza, Juan Vilaboi desconoce totalmente que Elena había estado allí. Sin embargo, lo sabía. ¿Desde cuándo?, ¿por qué? No sé muy bien cómo reaccionar…, pero me siento violentado. Mi hija, mi niña, había sido apuñalada y tal vez podría haberse evitado si ese imbécil redomado hubiese dicho la verdad. Aprieto los puños. El shock vuelve con un violento latigazo: Begoña acercándose, Begoña sacando el cuchillo, Begoña clavándolo en Elena, Begoña esperando a la policía mientras algunos cobardes se alejaban, otros la inmovilizaban…, y mi hija en el suelo con la vida yéndose entre boqueos incrédulos y sorprendidos.

—La apuñalaron. —Mastico la rabia en cada letra.

—Lo siento. —Pero en su tono no hay nada. Ni culpa ni vergüenza ni nada. Como si fuera intrascendente.

—No lo sientes. Pero lo sentirás si no me dices por qué fuiste allí.

—¿Me estás amenazando?

Sacándome la altura que me saca, incluso en su posición, podría haber sido una burla, pero no es así. Sigue con ese tono plano tan desquiciante que mantiene desde el principio de la conversación. Sí. Lo está amenazando. El problema es que, en un momento de lucidez, me doy cuenta de que podría estar diciéndoselo a un asesino.

—No, Juan. Ni tengo intención. Lo sentirás porque te van a denunciar. Begoña lo hará. Y, si ella no lo hace, lo haré yo…

Ya os dije que no era un héroe, sólo un padre desesperado al que todavía le funciona la cabeza. Físicamente, no tengo nada que hacer, pero intelectualmente sí. ¿De qué le sirve a Elena un padre muerto para salir del atolladero en el que está?

Mi cerebro se esfuerza en recordar algo de Juan Vilaboi. Algo que Ramiro me hubiese contado. O Cora. Algo con lo que ganarme su confianza, intentar que hablase… Todo a una velocidad endiablada para seguir manteniendo la conversación con alguien a quien no tienes ningunas ganas de ver. Recuerdo a un antiguo compañero de una tele local que hablaba sobre cómo enseñar a los becarios a improvisar. Ponía siempre el mismo ejemplo: «Si tienes que improvisar sobre una carrera, primero di que participan coches, que los coches tienen cuatro ruedas, un motor, espejos retrovisores… Cosas obvias que te permitan hablar sin pensar mientras vas creando un discurso sobre qué es importante y lo que vas a contar».

Mi situación con Juan Vilaboi es similar porque yo sé que hay algo que se me estaba escapando, pero ¿qué? El hermano de Cora es un hombre huraño, parco en palabras y ligeramente asocial. No tiene hijos, no tiene muchos amigos ni una estrecha relación con la familia. Tampoco tiene… dinero. No tiene dinero. Tiene que ser eso. Lo dicen en todas las películas («Vaya argumento de peso, Alfredo»).

—¿Cuánto te han pagado, Juan? —Ahí sí lo aprecio. Un sutil retroceso con una de las piernas. No demasiado evidente pero sí perceptible. Debo presionar—. Juan, sé que tuvisteis problemas de dinero… —«¿Debo decirle que había visto los interrogatorios?»—.

Teo Costas lo mencionó cuando me interrogó —miento—. Además, pasasteis de un precioso chalet en Nigrán a este piso pequeño. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que algo iba mal. —Va a replicarme, pero no lo dejo—. Juan, piensa en ti. Estamos hablando de un asesinato. No sé qué te han dado, pero ¿merece la pena tragar con eso? ¿Merece la pena tragar con el estigma de ser un asesino? Ningún dinero vale eso. Si tienes dudas de lo que supone, puedes preguntarle a Antón. Seguro que tu sobrino puede contártelo.

Silencio. Un silencio frío. Denso. Mucho más que aquel que he sentido en los lapsos de aquella conversación. Un silencio palpable pero esperanzador.

—Adiós, Alfredo.

«¿Qué? Adiós, Alfredo y adiós, esperanza».

—¡No, espera!

Intenta meterse dentro del piso todo lo rápido que puede. Ni rastro de los movimientos lentos del hombre insulso que siempre había sido. Creo que, por primera vez en su vida, Juan Vilaboi tiene prisa. Yo también la tengo. Además de una diferencia abismal con ese larguirucho: tengo sangre, no horchata. Giro el cuerpo, apunto con el hombro izquierdo a la puerta, cargo el peso en las piernas y me lanzo contra la madera con la potencia de un dóberman. Bueno, con mis lamentables sesenta kilos y menos de 1,70 de altura, con la potencia de un caniche. Pero uno de esos cabreados que no paran de ladrar en agudo. Qué curiosa es la mente. En ese momento, mientras me lanzo contra la puerta, me acuerdo del perro que tuvo una amiga, Aguacate se llamaba. Menudo carácter tenía.

A veces hay que tener algo de suerte en la vida y yo la tengo. Juan no espera para nada aquel furioso acto de desesperación. El exceso de confianza lo lleva a cerrar la puerta con una sola mano. Mi envite es suficiente para separarlo y que se trastabille.

Antes de que preguntéis: no, no accedo al piso, pero veo lo suficiente. El salón está lleno, absolutamente lleno de cosas. Pero no lleno de «no nos queda espacio, necesitamos otra habitación», lleno

como para evidenciar un claro trastorno mental de síndrome de Diógenes. Mis ojos, hace unos segundos cargados de rabia, sienten lástima de aquel pobre diablo.

—Sal de mi casa. —No hay furia en sus palabras, sólo resignación.

—No saldré de aquí hasta obtener la verdad sobre mi hija. Tenlo claro —respondo cargado de una determinación y un valor que hasta a mí me sorprenden.

Juan Vilaboi me aparta la mirada. Luego detiene sus diminutos ojos en cada objeto acumulado, en cada bolsa sin abrir. Gotas apenadas tiemblan en sus párpados. Algunas caen, incapaces de resistir.

—Carlota está enferma. —Creo que espera una reacción, pero no digo nada—. Necesita ayuda… y tuvimos que venderlo todo para pagar la deuda. Y tampoco nos llegaba… —Suena a justificación, pero sigo impertérrito. Recuerdo, por el interrogatorio, que su mujer incluso había «vendido» su cuerpo desnudo por internet—. No puedo hablar. Si lo hago, nos matarán. Eligen cuándo entras, pero también cuándo sales.

—Juan, yo no sé cómo ayudarte, pero te recomendaría a la policía.

Una sonrisa sarcástica se dibuja en su rostro demacrado.

—Y me lo dices tú, que tuviste que resolver el asesinato de Ramiro y que te has presentado aquí para ayudar a tu hija. La policía no sirve de nada, Alfredo.

Me hubiera encantado replicarle, pero en este caso no he podido. Cada palabra está cargada de razón.

—Sólo ayúdame, Juan. Dame algo para que pueda salvar a Elena. Sabes que no lo hizo.

—Ya escuché antes esa frase.

—Y la escuchaste con razón. Cora no falló. Su hijo no había matado a su padre. A Antón le colgaron un sambenito siendo inocente.

—Era el tesorero de la Fariña.

—Sí, pero no un asesino. Y mi hija tampoco. Sólo quiero ayudarla, Juan. No puede ir a la cárcel por algo que no hizo. No es una mala

persona.

Vuelvo a girar la cabeza y, entre toda la suciedad y los bártulos acumulados, distingo su mirada fija en una imagen antigua donde se le ve con su mujer. Eran jóvenes, muy jóvenes. Sonreían con la sonrisa de la confianza en el amor eterno. De ese que no existe, pero cuya ilusión es capaz de sostenerte.

—Juan, hagamos un trato. Tú me das algo, lo suficiente para salvar a mi hija…, y yo te ayudo con Carlota. Conozco una muy buena psicóloga. Buenísima. Vive en Pontevedra, eso sí, pero los gastos correrán de mi cuenta.

Parece salir del trance.

—No puedo pedirte eso.

—No lo has pedido. Me he ofrecido. Pero es un acuerdo. La llamaremos ahora mismo. Sólo necesito que me digas cómo seguir ayudando a Elena.

La duda cruza las pupilas del hermano de Cora. Es un rayo, una estrella fugaz a la que pido el deseo de su «sí». Los hombros caen aún más hacia delante, como si el peso se hubiese doblado. La chepa se evidencia todavía más. Agacha ligeramente el cuello antes de estirarse cogiendo aire. Es alto. Altísimo. Un gigante espigado y soberanamente feo, pero un gigante al fin y al cabo.

—Cora tenía razón sobre ti. —Frunzo el ceño, extrañado—. Siempre dijo que eras la mejor persona que había conocido.

Teniendo en cuenta que lleva meses sin hablarme…, no sé muy bien cómo tomarme aquello.

—Gracias —es lo único que alcanzo a decir.

—Ella y yo estábamos mucho más unidos de pequeños. Todos los hermanos estábamos más unidos de pequeños. Yo le puse lo de Cora. Cuando nació, la empecé a llamar Cora porque tenía celos, pero se llama…

—Gloria.

—Gloria, sí. Mis padres no sabían por qué la llamaba así hasta que llegó mi función de fin de curso de primero de infantil y todos

íbamos vestidos de conejitos, menos una niña muy fea. ¿Adivinas cómo se llamaba?

—Cora, supongo.

Asiente antes de hablar.

—Cuando se casó con Ramiro todo fue torciéndose, pero aun así la escucho. Siempre lo hice.

No sé qué más decir, pero sí soy consciente de que tenía que esperar. Ese hombre está justificándose por algo que consideraba una traición. Es la única manera de entender aquella explicación sobre su hermana. Juan Vilaboi me mira fijamente con aquellos ojos de *carapau* y finalmente dice lo que yo espero.

—Natalia —suelta el aire con un bufido.

—¿Natalia?

—Mi sobrina Natalia.

—¿Qué le pasa?

—Deberías hablar con ella. —Ladea ligeramente la cabeza al decirlo.

Entiendo la indirecta… y también que no va a decirme nada más.

Saco el teléfono, busco el número de Marta, mi psicóloga, y llamo. Hay pocas cosas más importantes que nuestra palabra.

# 44

ALFREDO OTERO

No sería capaz de calcular la ingente cantidad de veces que he tenido que ir a Vigo desde Baiona. No sólo hablo de recados, salidas nocturnas de mis hijas que acababan conmigo conduciendo a las tres y media o cuatro de la madrugada mientras ellas dormían la mona en el asiento trasero, incontables viajes de trabajo… Es apenas media hora, sí, pero puede hacerse muy larga si tienes mucho ruido en la cabeza.

Primero llamo a mi hija Marta, que pasa la mañana con su hermana en el hospital. La conversación arroja una disputa entre ellas por una absoluta chorrada como que Marta había cogido el libro que Elena leía. Una simplicidad que desemboca en una discusión conmigo como testigo telefónico. Sonrío. Las aguas vuelven a su cauce. Entre la mala leche de una y la corta mecha de la otra, estallan guerras efímeras que traían treguas breves y paces aún más breves. El bucle infinito de amor entre hermanas.

Después, aprovechando el dictado por voz de mi móvil, pido que envíe un mensaje a María José para preguntarle si ha descansado. Miento diciendo que sigo en la biblioteca de Baiona. Ojalá la respuesta no sea que se va a acercar a Vigo, y nos encontremos en plena Gran Vía. La situación hubiese sido digna de un guion de Billy Wilder.

¿Por qué iba a la Gran Vía? Una vez más, gracias a los interrogatorios de Teo Costas donde el policía se burlaba, cómo olvidarlo, de las quejas de Natalia Vilaboi por vivir en un pisito pagado por sus padres en esa avenida. Me falta la ubicación exacta, sí, pero sé cómo conseguirla.

El sol está alto, y el cielo, limpio. Aunque, en lontananza, esponjas negras flotan en el cielo y se ciernen sobre los alrededores de las Cíes como un mal augurio. Mientras llegan, el sol ilumina las dispares fachadas de los edificios, reverberando entre las ventanas modernas, las clásicas terrazas esquineras y los antiguos balcones que sobresalen de la piedra vieja y desgastada. Vigo es una curiosa mezcla de estilos. En la Gran Vía pueden encontrarse construcciones de casi cualquier época y, en el medio de la enorme avenida, escaleras mecánicas. Sí, en plena ciudad, doscientos metros de escaleras mecánicas que permiten salvar un desnivel de dieciséis metros y un doce por ciento de pendiente. Una de las últimas mejoras que impulsó Abel Caballero, el archiconocido alcalde de la ciudad.

Estaciono en un aparcamiento de la plaza Fernández de los Ríos y al salir llamo a Sonia Rey. Me coge al quinto tono.

—Alfredo…, ¿qué… qué tal? —Le es imposible disimular la sorpresa. De fondo escucho el clásico ajetreo de bar.

—Hola, Sonia. Tengo que pedirte un favor. —No tengo tiempo ni ganas para andarme con florituras—. He pensado, primero, en la última vez que hablamos. Cuando tu madre me dijo que os llamase si necesitaba cualquier cosa… Luego me he acordado de aquel viajecito que hicimos a Coia para ver a Raúl. Me rogaste que no dijese nada. Te acuerdas, ¿verdad?

El barullo hostelero va apagándose hasta quedar finalmente extinguido.

—Me acuerdo… Sí. Y te lo agradezco.

—Nada que agradecer, pero ahora yo necesito otro favor. Sin preguntas. ¿Dónde vive tu prima Natalia?

—¿Esto tiene que ver con Elena?

—¿Dónde vive tu prima Natalia, Sonia?

Por un momento pienso que se ha cortado. No se escucha nada desde el otro lado.

—En unos bloques nuevos que hacen esquina con la calle Honduras.

—Sé cuáles son. Fachada gris, terrazas… Bastante modernos.

—Sí, esos.

—¿Piso?

—¿Pi…? No voy a decírtelo, Alfredo. Primero, porque no me lo sé, y segundo, porque no sé con qué intenciones me lo preguntas. O sea, suena la hostia de raro.

—No voy a hacerle nada a tu prima, Sonia.

—Eso es justo lo que diría un perturbado.

La verdad es que tiene toda la razón.

—Sonia, escúchame: o me dices el piso, o…

El cambio de tono es brutal. Incluso lo percibo antes por su respiración. Como el escalofrío que escarapela la piel antes de la tormenta. O, en una metáfora menos filosófica y más acorde a mis años, como el dolor de rodilla antes del chaparrón.

—Pues lo haces si quieres, tío. O sea, tú haz eso y llamaré a la policía y les diré que un viejo de setenta años me amenazó si no le daba la dirección de mi prima de treinta y pico. ¿OK?

Envalentonada, directa y cargada de razón. He perdido mi baza negociadora. Suficiente si consigo que no hable de esta llamada con Cora. Pero debo mantener la calma. Es la única manera de que no me delate.

—Todo meridiano, Sonia. —Uso mi tono más tranquilo, incluso hay cierto deje humorístico cargando mis palabras con el objetivo de rebajar la tensión—. Dejémoslo así.

—Si le pasa algo a mi prima…

—Ya te he dicho que no va a pasarle nada. Es más, te voy a enviar un mensaje en cuanto termine de hablar con ella para que puedas llamarla.

Está de acuerdo, aunque a regañadientes. Cuelgo. Esta vez no tengo que buscar ninguna excusa porque encuentro el portal abierto. Golpe de suerte o exceso de confianza vecinal. Me da igual. Ahora sólo tengo que encontrar su piso: de nuevo reviso los buzones en busca de un nombre, pero no hallo nada. Están completamente vacíos. Cosas de la edad moderna. Incomprensible para mí.

Le doy vueltas a cómo averiguar el piso de Natalia Vilaboi. Me apoyo en una de las paredes. No puedo salir y arriesgarme a que el portal se cierre. Comienzo a darme golpecitos con la parte alta de la espalda, meciéndome adelante y atrás y cerrando los ojos, invocando a la inspiración divina que acaba por llegar. No era un *feiticeiro*. No puedo saber qué piso es, pero sí puedo descartar los que no son.

Abro el navegador del móvil, ingreso en la web del catastro e introduzco la dirección. Busco en el apartado «Residencial» y apunto en el grupo de WhatsApp que tengo conmigo mismo los pisos de mayor superficie. Sólo hay cuatro que pasen los cien metros cuadrados. Probaré en esos porque, en el interrogatorio, Teo Costas había dicho que la vivienda tenía cuatro habitaciones y ella no lo había corregido.

Contrario a lo que había hecho con Juan Vilaboi, aquí no he preparado nada. Ni sé qué voy a encontrarme. Tal vez ese desconocimiento me regala la absurda sensación de que no existe peligro. En el primer piso al que llamo no me abren. En el segundo tampoco. Me quedan dos y, tras consultar el reloj, un Viceroy regalo de un viejo amigo al que no cobré por maquetar algunas publicaciones, temo que no me abra nadie por la hora. Si es así, ya puedo pensar alguna excusa para que María José se quede con Elena esta tarde…

Pero no hace falta: la puerta del tercer piso se abre y la luz abraza la espalda de Natalia Vilaboi como si fuera una aparición angelical.

—Pero bueno, ¡Alfredo! —Sonríe… y muda rápidamente el gesto —. ¿Va todo bien?, ¿mi tía…?

—¡Sí, sí, sí! —exclamo acelerado y moviendo las manos en el aire intentando tranquilizarla—. No ha pasado nada. Perdona el susto.

—La verdad es que me he asustado. —Se ríe enseñando las encías. Su risa es melódica, armoniosa y relajada. No siente temor alguno por mi presencia. Sin embargo, hay en su rostro unas preocupantes ojeras que convierten los ojos en dos islas sobre océanos cárdenos.

—Perdona, perdona. De verdad.

—¿Qué haces aquí, Alfredo? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tengo que hablar contigo de algo importante. Grave, diría yo. —Espero que la apremiante consideración que he hecho sea suficiente para que olvide cómo he averiguado su residencia.

—¿Grave? Caray, pasa. Como si estuvieras en tu casa. —Bingo—. ¿Quieres algo? Tengo que salir a comprar, pero agua tengo al menos. —Vuelve a reír.

Me adentro en el piso. Encaja en la descripción de Teo Costas. Sólo el salón ya es tremendo, con un ventanal precioso que da a Gran Vía. Si giro la cabeza a la derecha, puedo ver la plaza de España y el monumento a los caballos tan icónico de Vigo. Eso también se ve desde la zona de comedor del propio salón. Esa es la primera estancia. Con una mesa de madera recia con seis sillas de respaldo de mimbre y cojines en tonos crudos. Pende sobre ella una lámpara, como una jaula negra con una enorme bombilla. Justo detrás, una pared con un gran lienzo femenino de labios rojos y ojos de leona color miel. La segunda zona es la del sofá de cuatro plazas bien anchas y tapizado en un marrón claro que descansa sobre una alfombra muy mullida en marrones oscuros. La tele, cómo no, siempre delante. Es inmensa y está anclada a la pared. Bajo ella, un mueble blanco nacarado con libros sobre decoración (una moda absurda que nunca entenderé), un ambientador, dos velas anchas, una foto con sus padres, otra con Ramiro, Cora, Sonia y Antón. Los cinco sonríen, felices. Al lado hay una preciosa foto con Antón Rey en un atardecer desde Monteferro. La imagen dispara mi nostalgia a tiempos más tranquilos… Al lado de todas ellas, hay un jarrón blanco con rayas azules verticales, discordante con el resto de la decoración y que, seguro, había sido un regalo irrechazable.

A la izquierda del sofá, en la esquina entre los dos tabiques, hay un macetero esférico con una planta kentia. Aquí voy a hacer un inciso porque seguro recordáis mi ineptitud a la hora de identificar plantas. Ya os lo demostré en el hospital con esa que María José compró, identificó e interpretó…, y yo resumí como «planta morada

muy bonita». Sé que es una planta kentia porque había acompañado a Marta al vivero de Nigrán a comprarla.

No me hace falta ver el resto de la casa. Esto es demasiado para una teleoperadora, pero tal vez sí ayudase el dinero de sus padres. No puedo mentir, un aguijonazo de envidia me recorre la columna.

—No quiero nada. —Me dejo caer en el sofá y, sin apartar los ojos de los suyos, entro a matar—. He venido a hablar sobre mi hija Elena.

—Ah, sí. Me acuerdo de ella. La pequeña, ¿no? Precisamente nos encontramos hace unas semanas cenando en Baiona, en El Corralito. Estaba cenando con su novio… No me acuerdo del nombre.

—Nacho. ¿Y qué día fue eso?

—Uf. No lo sé…, pero si quieres miro el móvil. Seguro que me hice alguna foto aquella noche.

—No te preocupes. Control de padre… En realidad, vengo a hablarte de ella porque la ha apuñalado una persona con problemas mentales.

—¡¿Cómo?! Pero ¿está bien?

—Saldrá de ello. Oye, si no te importa, he cambiado de opinión: sí te voy a aceptar ese vaso de agua.

Con una sonrisa impostada, va hasta la cocina. Yo escucho el sonido líquido del grifo abierto y el agua corriendo mientras pienso en cómo abordar aquella conversación buscando qué se me escapa.

Las kilométricas piernas de Natalia Vilaboi regresan hasta mí. Se ha soltado el pelo y la melena, salvaje e indomable, cae en cascada por la espalda. El flequillo enmarca una mirada coqueta. También ha prescindido de la chaqueta y la camiseta de tirantes desvela unos brazos y unos hombros bien definidos. También dos pequeños y turgentes bultos en el pecho que se lucen más de la cuenta. Tras entregarme el vaso inclinándose ligeramente hacia mí, se da la vuelta y se agacha. Y no es que uno quiera ser mal pensado, pero apunta a un burdo e ineficaz, al menos en mi caso, juego de seducción.

—¿En qué puedo ayudarte? —Lo dice tras sentarse y apoyar una mano en mi muslo.

Supero el incómodo momento cruzando las piernas. Cualquier experto en lenguaje no verbal hubiese percibido también que separo ligeramente el tronco. Alejándome de ella.

—En realidad, me ha pasado como con el agua. Sí que me gustaría saber qué hiciste el día que te encontraste a Elena.

—¿Que qué hice yo?

—Sí. A ver, no debería contarte esto, pero… —«¿Quieres jugar a la seducción? Juega tú. Es tu juego. Yo jugaré a que creas que he caído en él»—. Me tienes que prometer que no vas a contar esto a nadie… Nadie sabe que estoy aquí.

—¡Por favor, Alfredo! —exagera la ofensa llevándose la mano al pecho y dibujando una O con la boca—. Puedes confiar en mí. —Ootra vez hacia delante para ponerme la manita en el muslo. «Pero ¿eso de verdad funciona con alguien?».

—Elena tuvo una pelea en Baiona esa noche. Bueno, Elena y Nacho. Él se enfrentó con un chico, Elena entró a separar, la otra novia también… Habrás vivido la historia alguna vez.

—Me suena, sí. —Sonríe. Y creo que es la primera vez que veo en ella un gesto sincero. Nunca más volverá a verlo en esa conversación.

—La cuestión es que creo que la apuñalaron por un ajuste de cuentas, pero ella no quiere decirlo a la policía. Creo que tiene miedo. En fin, que estoy aquí sin que lo sepan porque no pienso dejar que mi niña vaya por la calle acojonada. Quien lo haya hecho tiene que pagar.

—Tienes toda la razón, Alfredo. Toda.

—Por eso quiero saber qué pasó cuando te la encontraste.

—Pues… —Levanta la mirada al cielo para recordar—. Nos vimos en El Corralito y luego tomé una copa. No volví a verla por la noche.

—¿La copa la tomaste en Baiona?

—Sí, en el D'Sastre. No sé si lo conoces.

—Creo que el D'Sastre lleva ahí desde que yo salía… —Sonrío con tristeza. El tiempo pasa demasiado rápido—. ¿Y qué te pusieron de aperitivo?

—¿Qué?

—Siempre ponen algo de aperitivo.

—Pues no me acuerdo, la verdad. —Es cortante. Demasiado.

—¿Y a qué hora fue?

—No lo sé, de noche. Tampoco me acuerdo del todo.

—¿No puedes mirar el móvil? Antes has dicho que igual te habías hecho alguna foto…

Se rasca la cabeza, luego el puente de la nariz y finalmente se separa ligeramente, llevando la espalda al respaldo del sofá. Después mira a un lado y a otro.

—¡Mira qué hora es! —dice clavando los ojos en el reloj de pared, una esfera con la marca anunciada bajo el epicentro de las dos agujas y enmarcado en madera—. Trabajo de tarde.

—¡Oh, claro, claro! La obligación antes que la devoción. Bueno.

Me levanto. Tengo más que suficiente. Miente. Está clarísimo. Y miente porque no está acostumbrada a que la pillen, no por falta de práctica. Me acerco hacia ella para darle dos besos, que acepta de forma apresurada. Coloca el cuerpo de forma lateral, como invitándome a abandonar su casa. Ni necesito aceptarla porque yo mismo lo hago encaminándome hacia la puerta. La despedida es fría. Mucho menos fingida que el saludo y, por supuesto, más distante. Me quiere fuera de allí. No sé por qué, pero debo andarme con cuidado.

Lo que pasa a continuación me revela que Nora Pardo, la detective más famosa de Vigo, tiene competencia.

—¿Va todo bien?

—Todo bien, Cora. Perdona que te asalte de improviso. Es que necesito preguntarte por una cosa: tu hermano ayudó a Natalia a comprar un piso, ¿no? Es que quiero ayudar a Elena, pero… Hacienda es muy puñetera.

—No entiendo, Alfredo.

—¿Cómo lo hizo tu hermano para que no le sablasen el dinero?

—Pero ¿qué dinero?

—A ver, Cora, ¿tu hermano no ayudó a tu sobrina Natalia a comprarse su piso de Gran Vía?

Tarda un par de segundos antes de hablar.

—No. Para nada. Natalia vivió mucho con sus padres, ahorró y tuvo suerte con un par de inversiones en bolsa. Fondos indexados y no sé qué. Compró en la pandemia y vendió después y ganó bastante dinero. Eso nos dijo. La verdad es que el piso es fantástico…

Pero yo ya no escucho. Acabo de entender por completo esta historia. Yo tengo razón: Ramiro y Antón no trabajaban solos. Había una compinche. Había una tercera pata… Y yo acabo de hablar con ella.

# 45

ALFREDO OTERO

Mis siguientes movimientos dan cuenta de mi desesperación por encontrar al verdadero asesino de Teo Costas y limpiar el honor de Elena, pero también por saber más. No es algo que me enorgullezca, pero se cierne sobre mí una malsana obsesión literaria. El único problema que puedo tener es que me toca ir al hospital a cuidar a Elena. Mi opción es buscar una evasiva para que María José me cubra, pero ¿qué? Recuerdo al viejo Alfredo, ese que alardeaba con el pecho bien hinchado de que siempre iba con la verdad por delante.

—María José… —Nunca podréis conocer todo de alguien, pero lo más cercano es disfrutar de décadas de convivencia y matrimonio. Si encima sois observadores u observadoras, como en el caso de mi mujer, se os escaparán pocas cosas. ¿El porqué de esta reflexión? María José es capaz de diferenciar mis peticiones en función de mi tono de voz.

—A ver, qué quieres… No me digas que no llegas al hospital.

—Bueno, pues no te lo digo.

—Alfredo, menos coñas. —Factor humorístico perdido. Me queda la pena.

—Lo siento, cariño. Es que estoy tan inspirado ahora mismo… He tardado, pero tengo una buena historia. Bueno —rectifico para sonar más sincero—, más bien un buen final…

—Joder, Alfredo… —Sí tiene que estar cabreada para decir palabrotas. María José las evita en prácticamente cualquier circunstancia.

—Tienes razón, María José. Y lo siento. De verdad que sí, pero me he pegado la tarde dándole vueltas. Te juro que mañana estaré todo el día.

—Tú sabrás, Alfredo. Tú sabrás…

Cuelga. Cuelga haciéndome sentir horriblemente mal, obvio. Me he salido con la mía a un precio deleznable: la impresión es que me importa más mi novela que mi hija. Cuando la realidad es que me importa mi hija…, tanto como para seguir a alguien. Porque eso es lo que voy a hacer: seguir a Natalia Vilaboi. Seguir a la tercera pata del triángulo narcoeconómico que formaban Ramiro Rey, su hijo Antón y, ahora, según intuía, su sobrina.

Saco mi coche del aparcamiento y busco sitio en la calle Honduras, perpendicular a Gran Vía y haciendo esquina con el edificio donde vive la sobrina de Ramiro. Espero a que se haga de noche. Aún quedan tres horas, así que decido darme un paseo hasta la taberna Eligio y conversar con Poldo, el dueño. Me coloca en la única mesa que le queda libre, al lado de una chica que le da un potito a su bebé y que me sonríe cuando me la quedo mirando. Poldo me sirve una cerveza sin preguntar y me da el pésame por Ramiro, nos recuerda juntos allí. Luego persiste en la fragilidad de la vida y la incredulidad que le provoca verme solo por allí. Cambiamos de conversación hacia la literatura y los libros que adornan su bar, colocados con mimo en cada pared dándole al local un aspecto único que refuerza aún más su carácter icónico en la ciudad. Irremediablemente, la charla literaria deriva en Domingo Villar. Después pasamos a hablar de vino, un Martín Códax que me encanta y del que me sirve una copa, y del Celta. Porque pocas cosas hay más viguesas que quejarse del Celta mientras te tomas un albariño con patatillas.

Una vez acabada la conversación, sentado en el taburete y con un enorme barril como mesa, empiezo a repasar mentalmente lo que voy a hacer y por qué.

Aún no sé si Natalia ha asesinado a Teo Costas, pero el río suena de forma atronadora, caudalosa y brava. ¿Por qué? Tengo dos

teorías: o se enteró antes que nadie del asesinato de Ramiro y se tomó la venganza por su cuenta…, o sintió que su posición peligraba y que Teo Costas sabía algo. Ambas eran factibles, la primera, porque Ramiro siempre había estado muy unido a Natalia. La segunda, porque una de las grandes obsesiones de Teo Costas había sido destruir la reputación de la familia Rey Vilaboi. Algo que consiguió en su práctica totalidad. Al menos, al núcleo que rodeaba a Ramiro.

Cuando falta una hora, pago y me voy a comprar una gorra a una tienda cercana de esas que anuncian todo a un euro. Me encamino hacia casa de Natalia. No son más de quince minutos de paseo, pero decido coger las escaleras mecánicas de mi adorado Abel Caballero. No vaya a pecar yo de *involucionado* desaprovechando un servicio que me permite sortear la incómoda cuesta de Gran Vía.

Espero en la acera contraria a la casa de Natalia Vilaboi a que las luces de su piso se apaguen o un movimiento en las ventanas. Cuando lo hacen, cruzo, me calo la gorra, me quito la chaqueta con la que ella me había visto quedándome en mangas de camisa y aguardo a que el coche salga del garaje anexo al edificio residencial. Calculo que, como máximo, serán unos quince minutos. Son menos: siete exactos. Permanezco a una distancia prudencial para reconocerla a través del cristal. Ella no me ve, y, en cuanto saca el morro del vehículo para acceder a la Gran Vía, echo a «correr» hacia mi coche. Lo entrecomillo porque el correr de un hombre de sesenta y nueve años es como ver la frenética carrera de cien metros lisos entre caracoles y tortugas. Llego a mi SUV y, aunque está completamente prohibido, intento meterme en Gran Vía… marcha atrás.

Os sorprenderá saber que un infinito número de conductores me pitan, me dan las largas, bajan sus ventanillas agitando el brazo o lanzando improvisados y delicados sonetos en los que se acuerdan de mi difunta madre. Pero, al final, logro mi único objetivo: colocarme un par de coches por detrás de Natalia Vilaboi.

En las películas dicen que hay que ir separado por unos cuantos vehículos de distancia, así que lo cumplo. También me dejo puesta la gorra bien calada para que sea más difícil reconocerme. Atravesamos la avenida de Castelao, la avenida Europa, dejamos la playa de Samil a la derecha, seguimos por Canido… Han pasado veinte minutos de conducción, pero estoy exhausto. Me alivia divisar Monteferro. Sobre todo, porque intuyo cuál es su destino: las farolas que flanquean la verja azabache de Cala Asterpot resplandecen a lo lejos, como si señalizasen la meta. Cuando comenzamos el ascenso hacia la urbanización donde vivían Ramiro, Cora y sus hijos, esa que jamás imaginé visitar en estas circunstancias, me separo todavía más del coche de Natalia Vilaboi. La espesura de la noche va engullendo nuestras motorizadas monturas, dejando que los faros la rasguen. La carretera está jalonada de chalets de diferentes formas, con ventanas que guardan en sus brillos dorados las rutinas de sus amos. La luna disfraza su prestancia plateada cubriéndose con un velo de eucaliptos y pinos.

Estamos a punto de llegar cuando Natalia estaciona. Yo paso de largo, giro en un camino a la derecha y dejo ahí el coche a toda prisa para ir tras ella.

Oculto entre la espesura y las sombras, distingo la silueta de la sobrina de Ramiro descendiendo por las rocas con aire tranquilo y decidido. Sé adónde va: la cala privada de la urbanización. La joya urbanística construida por encima de la ley. Habrá repetido aquella rutina cientos de veces si mi teoría sobre su cooperación con su tío y su primo es cierta. La sigo tratando de ahogar mis propios bufidos de agotamiento, conquistando el escarpado e incómodo acceso a través de las rocas. Una vez que llega a la playa, saca un cigarrillo y lo prende. El punto ígneo brilla como una *vagalume* entre tinieblas. El humo se enrosca en una ascendente danza etérea que se desvanece mucho antes de alcanzar el cielo.

Yo asciendo intentando no perderla de vista, escalo unas cuatro o cinco rocas, siempre con ese pesimismo tan gallego de que va a partirme la crisma. Afortunadamente, no resbalo y puedo ocultarme

tras un árbol cercano. Alrededor sólo se escucha la mar: las olas lamiendo la arena, los envites contra las rocas y algún pájaro despistado que no se ha dado cuenta de que no es momento de graznidos. De pronto, el rugido de un motor de lancha y los cortes líquidos de las hélices sobre el agua ponen en marcha a Natalia Vilaboi. Estiro el cuello para ver la embarcación acercándose a la playa, surcando el sendero de plata dibujado por la luna.

El piloto no lleva ni un foco, pero va asombrosamente rápido. No sé si es una temeridad o un espectáculo dada su velocidad completamente a oscuras. Debe conocer el terreno de memoria. El motor aminora y, cuando está lo suficientemente cerca, lanza una bolsa de deporte cerca de la arena, da media vuelta y se larga. Una operación rauda, de apenas diez segundos.

Natalia rescata la bolsa del agua, la carga a hombros en un movimiento típico de gimnasio e inicia su ascenso. Avanza unos cien metros monte a través, hasta una especie de casucha abandonada, similar a los edificios de piedra de la batería militar de Monteferro. Reza V STUA IO en letras rojas y desgastadas. La E y la R se han borrado. Hay un cartelito amarillo en el suelo, frente a la puerta, que alerta de peligro de derrumbe. Yo la he ido siguiendo, haciendo de los troncos escuálidos mis escondites y de la frondosidad del monte mi camuflaje. Vuelvo a parar tras otro pino y aguardo.

Distingo perfectamente a la sobrina de Ramiro metiendo el cuerpo en la construcción abandonada y agachándose. Escucho un rasguido estridente, después un chirrido metálico y por último un ¡pof! que rebota en el aire. Ha lanzado la bolsa por un agujero. Los pasos previos, los desconozco. La sobrina de Ramiro mira a ambos lados, asegurándose de que no hay nadie. Es imposible que me vea. Luego empieza a desaparecer por una escalera vertical.

Pasa medio minuto más o menos hasta que regresa de las entrañas de la tierra. Veo algo más de movimiento… y vuelve a desaparecer. Un silencio espectral toma la noche. Mi piel se escarapela por el frío. Además, me he dejado la rebequita en el coche (punto negativo en primero de Gallego). El viento sisea y las

sombras de los árboles y arbustos bailan a mi alrededor. El cimbreo de las ramas hace crujir el fondo del monte, imbuyéndome de un miedo sobrenatural. El olor que impregna el ambiente es el típico de Monteferro, ese que siempre me ha encantado: la mezcla del frescor mentolado con lo que los canarios llaman «maresía», el olor del mar…, al que ahora se une una vaharada pestilente a moho.

Consulto mi reloj de pulsera. Han pasado diez minutos desde que Natalia Vilaboi ha entrado donde sea que haya entrado. Me acerco hasta la extraña casucha y la inspecciono tras quitar el cartelito. Es pequeña, más o menos limpia, salvo por el liquen que cubre ligeramente sus paredes de un marrón desgastado y lleno de desconchones. Ilumino el interior con la linterna del móvil. No tendrá más de seis metros cuadrados. El suelo tiene un aspecto extraño, con una enorme y hedionda moqueta cuyos mejores años han pasado hacía mucho. Pero ¿para qué va a tener una moqueta un vestuario? Lo entiendo al enfocar uno de los rincones donde una parte de aquella alfombra deshilachada se dobla y me enseña una de sus puntas como una lengua burlona.

Tiro de ella y la verdad se revela ante mis ojos. Intuyo qué voy a encontrar al otro lado.

# 46

ALFREDO OTERO

Permanezco delante de la escotilla un minuto. Pensando qué hacer, calibrando si el peligro es real. Me siento estúpido simplemente por el hecho de evaluar el peligro. ¿Cómo no va a ser peligroso si estoy siguiendo a una narco? Bueno, al menos eso es lo que parece.

Pienso en llamar a la policía, pero lo descarto rápidamente. Yo no voy a hacer nada más que indagar. Así terminará mi novela. Fue la única promesa que me hice: «Grabas un vídeo y te vas. Encuentres lo que encuentres». Es una propuesta sensata, pero desemboca en una terrible reprimenda mental: «Entonces ¿no estabas aquí para descubrir si Natalia había matado a Teo Costas y librar a tu hija Elena?». Tuerzo el gesto, pero también me respondo con la justificación de que, si consigo darle material suficiente a la policía, podré decir que es a costa de que interroguen a la sobrina de Ramiro por el crimen de Teo. Podría funcionar, me convenzo.

Me agacho ante la palanca con forma de U y tiro. Ni se inmuta. Vuelvo a intentarlo una vez más. Tampoco. No puede ser. ¿Acaso aquel burdo trozo de madera tiene alguna contraseña o una posición concreta? Decido hacer un último intento. Cojo el agarre con las dos manos, tiro hacia arriba con todas mis fuerzas y escucho nítidamente el chasquido… de mi espalda. Caigo fulminado mientras me llevo la mano a la zona lumbar y me muerdo el labio para acallar mi propio grito.

Una espalda doblada, un tirón con toda la fuerza de mis enclenques brazos y los sesenta y nueve años, sorpresivamente, generan lesiones. Si María José estuviese a mi lado, tendríamos que llamar a emergencias para que atendieran su ataque de risa. Me

llevo la mano al antebrazo derecho y muerdo con todas mis fuerzas hasta que el dolor va extinguiéndose. Eso sí, las piernas se me han quedado dormidas.

Si no me recupero rápido, tendré que llamar a una ambulancia, y a ver qué excusa se me ocurre para justificar mi presencia allí sin levantar sospechas. Me arrastro hasta la pared con la prestancia de un gusano hasta que puedo apoyar las piernas. Consulto el teléfono. Tiene batería de sobra. No es una hora intempestiva. De pronto siento la imperiosa necesidad de escribirles a mis hijas. Es algo apremiante. Busco el chat de cada una y redacto un escueto «te quiero» seguido del icono de un corazón. Después pongo el móvil en silencio y lo guardo en el bolsillo.

Noto las hormigas desapareciendo de mis piernas. Puedo mover los dedos de los pies. Apenas tengo que aguardar dos minutos más para flexionar las rodillas. Hago movimientos que parecen estiramientos de bailarín (si los bailarines chirriasen, claro). Me levanto y doy cinco vueltas alrededor de la trampilla. Después, absolutamente acongojado, flexiono las rodillas, agarro el tirador y lo levanto como si hiciese una sentadilla. Noto cómo el peso va cediendo y acabo por alzarla completamente.

Un bofetón de hedor a moho me golpea de lleno, pero estoy ensimismado con la vertical que cae ante mí. Es la lengua de la boca del lobo y yo me voy a meter en ella. Bajar los escalones se me hace un mundo por mi falta de equilibrio, pero logro llegar a tierra. No sé cuántos metros puedo bajar, pero calculo que serán unos quince, más o menos. La oscuridad es absoluta, la pestilencia emética. De nuevo saco el móvil. He pasado la boca del lobo y está de lleno en el esófago con la intención de ir a sus tripas.

El túnel parece bastante largo. Mientras camino, enfoco la luz a ambos lados. Las paredes son de piedra. Alguna telaraña aislada pende de las esquinas. También hay liquen y el techo está lleno de lo que parecen pústulas húmedas. Voy contando los pasos. Casi quinientos metros de túnel. De pronto, en la pared izquierda van alineándose agarres verticales de metal, idénticos a las escaleras por

las que he bajado, pero numeradas desde el cuarenta hasta el sesenta por números pares. Intuyo que es el número de cada chalet, así que la casa de Cora será el cuarenta y ocho.

No voy a ascender por esas escalerillas, no quiero hacerlo, pero, como dirían los árabes, *maktub*. Es decir, está escrito. Al final de todos esos agarres metálicos hay una enorme y antigua puerta de madera. Está hecha por tablones verticales y gruesos. De color oscuro, con vetas todavía más negras y desiguales en su longitud, de modo que bajo la puerta hay algunos que se elevan un par de centímetros.

Una luz macilenta e insinuante empapa el suelo. Llamándome, invitándome a ver. Porque, en lo más profundo de mi ser, toda aquella obsesión literaria, toda aquella necesidad de ayudar a Elena, está cubriendo una curiosidad ancestral e ineludible.

Guardo el móvil en el bolsillo y me agacho en el suelo, en posición de rezo y ruego… Entonces lo veo: bolsas, palés, estanterías… Todo lleno de dinero. Hay tanto dinero allí que pienso que se podría comprar el mismísimo mundo. Lo tengo: el escondite del tesorero de la Fariña, el escondite de Ramiro y Antón Rey… ¿y de Natalia? Ahí guardan los narcos todo su dinero y yo acabo de descubrirlo.

De pronto, la luz se apaga y el eco de unos pasos rebota por el túnel como una alarma. Me levanto a toda prisa, me falla el equilibrio y tengo la inmensa fortuna de que hay una pared que sirve de soporte para no caerme de morros. No reparo en el dolor del agarre metálico que acaba de clavárseme en la cadera y el hombro derechos.

Llego hasta el cuarenta y ocho y empiezo a escalar más rápido de lo que me he movido en toda mi vida. Una vez había escuchado que alguien, gracias a la adrenalina, era capaz de levantar un coche. Yo no sé si es la adrenalina o la picadura de alguna araña de ese túnel, pero parezco Spiderman en ese ascenso. Empujo la tapa con todas mis fuerzas, salgo y lo cierro con toda la delicadeza que es posible.

Jadeo, agotado por el esfuerzo, pero no puedo parar. Tengo que huir. No puedo estar dentro de casa de nadie. Aunque sea la de

Cora. El ambiente me envuelve en un olor habitual de hortensias y otras flores. Estoy completamente a oscuras, pero puedo moverme por aquella casa sin problemas. ¿Cómo puedo salir de ahí?

No tengo ninguna oportunidad.

—¡¿Quién anda ahí?! —A Cora le tiembla la voz. El chillido es agudo, aterrado.

Pienso rápido. ¿Qué debo hacer? ¿Responder? ¿Cómo explico esto? Y si Cora… ¿Y si Cora está en el ajo? Sé que Ramiro lo estaba y su hijo había sido encarcelado por esto.

—¡¿Quién anda ahí?! ¡Voy a llamar la policía!

—¡Cora, Cora! ¡Soy Alfredo! Hay que irse de aquí, estamos en peligro.

Un baño de luz inunda la estancia.

—Al… ¿Alfredo? ¿Te has colado en mi casa?

Va embutida en unas mallas negras que adelgazan aún más unas piernas como alfileres. Lleva aquella sudadera gris que le había visto la primera vez que fui a hablar con ella tras ver su interrogatorio y el pelo rubio, pajizo, recogido en un moño alto. Está pálida y las arrugas aún se le marcan más en las comisuras de los labios por el rictus de pánico.

—Cora, tenemos que irnos. Hay un narcotúnel bajo tu casa. Bajo la urbanización. —Hablo apresurado e impaciente. No sé si Natalia me ha visto y, sobre todo, no sé si está con alguien más.

—Pero ¿qué dices, Alfredo? Voy a llamar a la policía. —Me acerco hacia ella corriendo. No es la mejor idea porque la asusto más aún —. ¡No me hagas nada, Alfredo, por favor!

Ni va a contestar a aquella idiotez.

—¡Cora, estamos en peligro! Tu sobrina colaboraba con Ramiro y Antón. Está metida en todo eso de la droga y creo…

—¿Antón?

—¡Sí, Antón!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque la he visto, Cora, jod…!

No termino la frase. La trampilla se eleva con un chillido agónico que rebota todavía más lento por mi cabeza. De ella emerge, como un ser de ultratumba, Natalia Vilaboi. Nos apunta con una pistola. La luz del techo dibuja destellos dorados sobre el cañón negro. Sólo el sonido tenso de nuestros corazones y las resonantes pisadas sobre el metal desgarran el silencio. La mirada de la sobrina de Ramiro es fría. Su sonrisa, burlona.

—Ay, Alfredo… Qué torpe eres.

# 47

ALFREDO OTERO

La muerte me apunta directamente, mirándome con su ojo negro y metálico. Refugiada tras el arma, Natalia Vilaboi, a la que prácticamente he visto crecer, ya no sonríe. Un poso de tensa quietud se ha adueñado de la habitación por la temeridad de dar el primer paso. La rompe Cora con una pregunta nacida directamente de un corazón incrédulo ante una nueva herida.

—Natalia, tú… ¿Qué estás haciendo?

—Protegerme, tía.

—Tú… —repite Cora estupefacta—, pero ¿por qué?

No la dejo responder.

—Porque he descubierto su negocio. Ayudaba a Ramiro y Antón. Es otra de las tesoreras de la droga.

Mi amiga boquea como un pez fuera del agua, incapaz de articular palabra.

—¿Cuándo lo supiste, Alfredo?

—Cuando entendí que nadie te ayudó a comprar el piso de Gran Vía.

Frunce el ceño y arruga la nariz en un evidente gesto de contrariedad.

—¿Cuándo he dicho yo…? —Abre mucho los ojos—. Teo…

—Teo Costas se equivocó. —Miro a Cora—. Ya te dije que tengo todos los interrogatorios que hizo. Esos que falseó para acusar a Antón. En el de Natalia intuyó erróneamente que tu hermano la ayudó a comprarse el piso. Y ella disimuló muy bien. Pero el dinero no venía de tus padres, ¿verdad?

—Tiene que ver con el poder. El dinero no puede comprar eso.

—El dinero no, pero, en tu caso, la familia sí.

—Ramiro se metió ahí, Antón también…, pero el volumen era tan grande que necesitaban a alguien más. Alguien de confianza.

Cora por fin habla. Con una voz dubitativa y áspera, pero habla.

—¿Y Ramiro recurrió a ti? No me lo creo. Tú sabes lo importante que eras para él. Eras prácticamente otra hija. Incluso viviste aquí con nosotros. Ramiro odiaba esa vida, Natalia. La odiaba. No lo dejaron salir y quiso hacerlo varias veces.

Recuerdo perfectamente la conversación con Cora en su cocina, esa en la que me confesó que a Ramiro lo habían apaleado y cómo habían captado también a Antón.

—Tía… —Esboza una sonrisa resignada. La mirada jovial que la caracteriza revela de repente un dolor callado y secreto—. Yo no he dicho que fuese Ramiro…

—¿Entonces?

—Antón… —murmuro sorprendido—, pero ¿desde cuándo?

—Desde cuándo ¿qué? ¿Qué dices? ¿Qué pasa?

Imagino que el cerebro de Cora es incapaz de ver detrás de todo aquello. Por muy obvio que fuese.

Es entonces cuando me percato de que todo ha estado delante de mí todo el tiempo: en el interrogatorio, Natalia inicialmente pareció preocuparse sólo por Antón; Cora había dicho que la única que visitaba a su hijo todos los días en prisión era su sobrina; hacía sólo unas horas, cuando estuve en su casa, había visto una foto de Natalia con sus padres, otra con los Rey Vilaboi… y otra, sola, con Antón. Además, cuando hablé con el hijo de mis amigos en la cárcel de A Lama, él me pidió que le dijera a Natalia que la quería. Yo lo asocié a que era la única que iba a verlo… Dios mío. Habían disimulado extraordinariamente bien, pero nada era casualidad.

—Antón y ella son…

—Nos amábamos, tía Cora. —Es tajante, directa, pero también lo dice con un deje de dulzura en la voz. No miente.

Cora se agarra a mi brazo y traga saliva. Se ha puesto pálida. Mantiene la mirada fija en Natalia, sin pestañear. Le ha impresionado

más aquella revelación que el hecho de que su propia sobrina la apunte con un arma. O no percibe el peligro, o la propia inconsciencia le hace pensar que no va a ocurrirle nada.

—Al principio quise ayudarle a salir de ese mundo, pero luego…

—Luego te diste cuenta de que facturar cantidades indecentes de dinero es bastante provechoso.

Se burla de mí con un bufido, con la desesperación de aquel profesor amargado que no consigue transmitir nada a sus alumnos hastiados.

—Ya te lo he dicho: es el poder. La adrenalina. Es vivir rápido, pensar rápido, respirar a diez mil latidos por minuto. Siempre he sido la niña más correcta, la más educada… Estaba harta. Esto me lo ha dado todo.

—Hemos fallado. Contigo y con Antón. Hemos fallado —se lamenta Cora con la voz rota. Parece haber envejecido diez años en un suspiro.

—No, tía. Nos amamos. Y siempre lo haré. Él es… nosotros lo llamábamos *cafuné*.

—¿*Cafuné*?

—Es portugués —aclaro—. Cuando pasas los dedos por la cabeza de alguien a quien amas.

—¡No puedes amarlo! —El grito de Cora es un desgarro, una grieta incurable en el alma.

Trato de calmarla estirando el brazo y colocándolo ante ella, como si así pudiera parapetarla del dolor. No digo nada sobre ese amor. Uno no elige de quién se enamora, pero qué diferente se ven las situaciones cuando no es uno mismo quien las protagoniza, «¿Verdad, Cora?». En otra situación, en otro contexto, le hubiese recordado a mi amiga sus propias palabras cuando me dijo que ella no había elegido enamorarse de otra persona diferente a su marido.

—Mataste a Teo Costas, ¿verdad? —Cora clava las uñas en mi brazo. Le flaquean las piernas—. Deja que se siente.

Natalia Vilaboi asiente y hace un gesto con la barbilla en dirección a un sillón viejo y desgastado, con un tapizado en colores teja que

seguro había provocado su exilio al sótano. Acompaño el paso de Cora con dulzura, como si ayudase a una anciana a cruzar la calle. Su rostro, mudado de dolor, la acerca más a aquella edad. La vida, en estos últimos años, le ha pasado por encima. Natalia Vilaboi no pregunta nada sobre Teo Costas, así que tanto Cora como yo nos ahorramos las explicaciones. Sí, el amante de mi amiga había matado a su marido, pero es evidente que ella lo había amado. El amor verdadero deja marcas, nos horada el alma dejando al descubierto nuestra vulnerabilidad, miedos, sueños… El amor arrasa con todo porque es caótico, descontrolado y nos sumerge en la sensación única de inmortalidad. Que te arranquen eso de golpe deja un vacío que no se llena.

—Tuve que hacerlo —responde justificando el crimen.

—Nada justifica un acto tan atroz. Ni una supuesta obligación.

A mi lado, Cora sigue muda.

—Sí lo hace si no hay otro camino.

—Siempre hay otro camino, Natalia. Ahora también lo tienes. —Miro la pistola.

Ella fija los ojos en Cora, en su tía. Sé que por su cabeza pasan infinidad de recuerdos que van golpeándola sin piedad. Toda su vida ha estado ligada a sus tíos. Ya ha perdido a Ramiro… ¿y ahora va a matar a Cora? No. Ahí hay algo que no cuadra en absoluto.

—Espera… —Levanto la mano pidiendo tiempo. El motor de mi cerebro aumenta las revoluciones—. Acabas de decir que tuviste que hacerlo.

—Sí, ¿y qué?

—No fue por venganza. —Cora se gira hacia mí. No me entiende. Su sobrina tampoco, pero da igual. En realidad, estoy pensando en voz alta—. Sólo hay dos opciones por las que podrías haber matado a Teo: o venganza, o que tu posición peligrase. Pero Teo no te había descubierto… —Bufa con una sonrisa burlona, pero no me distraigo —. ¿Sabes por qué lo sé? Porque Teo Costas odiaba a Ramiro. Lo culpaba de la muerte de su familia. Mató a tu tío, pero también intentó destruir a Antón, a Cora, a Sonia… y te habría destruido a ti

si hubiese conocido cómo de cercana era vuestra relación. —Ya no sonrío—. Tu tía acaba de decirlo, eras como una hija. Así que ¿por qué ibas a tener que hacerlo si no tenía nada contra ti?

A cada palabra que yo digo, un rictus de agobio transforma su cara aniñada hasta acabar convirtiéndola en un cuadro de pura angustia. Si no estuviésemos delante, no tendría dudas de que está cerca de convertirse en *El grito* de Munch.

Un torrente de lágrimas comienza a resbalar por las mejillas de Natalia Vilaboi. Ahora aprieta los dientes, furiosa. Esto es la respuesta final: yo tenía razón, pero me falta el golpe de gracia. La pistola tiembla en su mano, apuntándome directamente a mí. Sin embargo, sonrío intentando mostrar comprensión y lástima. Después suspiro, como quien por fin entiende que el significado de la vida es ser dueño absoluto de tu tiempo.

—¿Quieres contárselo tú a tu tía? —Tiendo la mano para afianzar la oferta, pero la declina con violencia.

—¡No tienes ni puta idea!, ¡ni puta idea!

—¡Basta, Natalia! —Ahí resurge mi amiga con valor y fuerza. Se pone en pie con firmeza, impertérrita ante el sangrado de un alma herida. Sus ojos arden, su mirada hiela. Por primera vez en casi dos años, Cora Vilaboi siente que tiene el control—. Habla ahora mismo —ordena a su sobrina. No hay ni un atisbo de duda en su voz—. Me lo debes.

Natalia Vilaboi baja la pistola, sorprendida ante la contundencia de la mujer a la que ve como una segunda madre.

—Me amenazaron primero a mí… Después me dijeron que matarían a mis padres.

—¿Quiénes? —Esta vez la voz de Cora sí titubea. La impresión de que su hermano también está amenazado es demasiado dura.

—Ellos, tía.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, la Fariña?

Niega con la cabeza.

—Esto es mucho más grande. Hay más gente implicada.

—¿Más gente? —inquiero—. ¿A quién te refieres?

—A gente con mucho poder. Todo empezó con la caída del Pailán.

—¿El caso Verné Dupont? ¿Qué tiene eso que ver…?

—El Pailán sólo era un cabecilla, pero había más. Gente aún más peligrosa. Llevan mucho tiempo vigilándonos.

—Espera, espera. Ahora me estoy acordando de algo: el funeral de tu tío. Te vi alejarte y abrazar a unos señores. ¿Eran…? —Asiente —. ¿Desde entonces estás amenazada?

Cora no la deja responder.

—¡Iremos a la policía!

Nunca olvidaré la tristeza en el rostro de Natalia Vilaboi. Una tristeza resignada a lo inevitable.

—Ya lo he pensado, tía, pero la policía también está metida.

—¿Cómo…?

—Porque lo sé.

Entonces yo también comprendo mi sino.

—Si no nos matas, matarán a tus padres…

Cora se vuelve hacia mí. No es capaz de procesar mis palabras. Su sobrina sí.

—Si se enteran de que habéis descubierto el escondite del dinero, no dudarán. Lo siento.

—Natalia… —La traición quiebra la voz de Cora Vilaboi e inunda sus ojos. Su sobrina también empieza a llorar—. Natalia… ¡Natalia! —aúlla mi amiga absolutamente rota—. ¡No me mates, baja la pistola! —chilla en una especie de grito agudo y desesperado.

—Lo siento, tía.

Alza el brazo y coloca la segunda mano en el mango. Su mirada está surcada de dudas, rabia y también pena. Le tiembla el labio y sorbe por la nariz, tratando de serenarse. No quiere hacerlo, pero la han puesto en una situación extrema. Calibra a quién matar primero durante un par de segundos. Primero apunta a su tía, supongo que piensa que, si consigue matarla a ella, conmigo será más fácil.

Su error es pensar que su tía sólo grita por desesperación. También es una alerta.

# 48

ALFREDO OTERO

Un zumbido atenuado arrastra la luz y la casa queda en tinieblas. Un agarre firme arrastra mi antebrazo hacia el suelo, cobijándome del peligro. Primero se escucha una detonación. Un flash ígneo inunda la estancia y me ciega los ojos. Me echo al suelo y me tapo la cabeza y la de Cora. Ella ha arrastrado el sillón donde estaba sentada en un inútil intento de usarlo de parapeto. Después escucho un estruendo mucho más violento y un fogonazo más intenso, casi cegador. Un improperio furioso sesga el olor a pólvora. Lo siguen pasos acelerados que van extinguiéndose. Sé qué es: Natalia Vilaboi está huyendo por la trampilla.

Un haz blanco envuelve a Cora por detrás, dándole un aspecto beatífico. Sonia se agacha delante de su madre. Mi amiga mira primero a su hija, después a mí… y por último su estómago. Un líquido caliente y denso está tiñéndole de rojo la sudadera gris.

Los gritos se suceden durante diez segundos. El tiempo en el que tardo en reaccionar, llamar a emergencias y pedir auxilio. Cora no aguanta mucho más y cierra los ojos. Su hija gruñe. Es un sonido gutural, animalesco y colérico. Una sed de venganza nacida de sus mismísimas entrañas. Sonia Rey Vilaboi coge algo que hay apoyado en la pared y de lo que yo no me he percatado: la vieja escopeta del padre de Ramiro. Después echa a correr hacia la trampilla.

—¡Sonia, espera! —Mi grito se pierde en el vacío, acompañándola escaleras abajo… sin que haga ningún tipo de caso.

—Al… fredo.

—¡Eh, amiga! No me fastidies. No te vas a ir ahora, ¿no?

—Sonia…

—No. No voy a dejarte, Cora. —Me tiembla la voz. Se está yendo. Ambos lo sabemos.

—Sonia… Por favor —repite con uno de sus últimos dejes de voz.

—Venga, Coralista. Aguanta. Aguanta… ¡Cora!

Sus ojos se cierran. Los míos se llenan de lágrimas que empapan sus mejillas. La beso en la frente. Le ruego que vuelva. Le acaricio la cara, arrepintiéndome de este año horrible donde sólo nos hemos comunicado por mensajes. La culpa me aguijonea el estómago. Miro su rostro sereno y calmo. Sin rastro de aquel agobio constante que lo ha asolado desde la muerte de Ramiro. Luego miro la trampilla y sé cuál es mi deber.

# 49

ALFREDO OTERO

Sonia era lo más importante para Cora. Y ¿por qué no decirlo? También era su favorita. Sobre todo, porque Antón había salido mucho más despendolado y, curiosamente e incumpliendo la norma tácita, porque Cora adoraba a Sonia y Ramiro adoraba a Antón.

Sus últimas palabras son un ruego en plena despedida. El dolor que siento por su muerte me espolea y la adrenalina hace el resto. No me duele nada, aunque sé que el impulso acabará y entonces caeré rendido en una cama y, quién sabe, habiendo resuelto lo de Elena. Porque sí: ese es un final magnífico para mi novela (si salgo vivo), pero necesito que Natalia confiese y, sobre todo, grabarlo. Algo que sirva de prueba para exculpar a mi niña.

No recuerdo en cuánto tiempo recorro el túnel que une los chalets de Cala Asterpot y sirve de refugio para el dinero de la droga. Una vez cerrada la escotilla, mis piernas se mueven solas. Me duele enormemente la cabeza, pero estoy concentrado, lúcido. Hace tiempo que mi concentración no alcanza esos niveles. Asciendo por la escalerilla metálica que he recorrido hace… ¿cuánto? El tiempo está moviéndose distinto.

El exterior me recibe con un azote mentolado y salubre. Dejo caer la trampilla y echo a correr hacia la playa. Saco el teléfono, activo la grabadora y lo guardo en el bolsillo. Distingo las dos figuras encañonándose y, en un alarde de inconsciente gallardía, grito:

—¡Parad! ¡Sonia, Natalia, no! —No pienso que puedan dispararme.

—¡Ha matado a mamá! ¡Ha matado a mamá! —chilla poseída Sonia Rey. Verla allí, empuñando una escopeta, con los ojos

azotados por la ira, los músculos de los antebrazos tensos alrededor de un instrumento de muerte…, me parte el corazón.

—Sólo está inconsciente —miento, pero la hago dudar y desvía la mirada hacia mí—. Baja el arma, Sonia, cariño —intento sonar convincente y sereno—. Por favor… —Después miro a Natalia Vilaboi. El miedo se ha apoderado de sus ojos. Llora de rabia.

—¡Esto no tenía que salir así!

—En los últimos dos años, nada tenía que salir así. —Camino con pasos delicados y medidos hacia Sonia con la intención de ponerme a su lado para que baje el arma. Apoyo la palma en el cañón frío y largo y la desplazo hacia abajo. Tiembla.

—Matarán a mis padres… ¡Matarán a mis padres, joder! ¡¡¡Tengo que mataros!!!

La desesperada amenaza es un resorte para Sonia, que levanta otra vez la escopeta.

—¡Eh, eh, eh! Para. —La miro directamente a los ojos—. Y tú también —digo girándome hacia Natalia Vilaboi y extendiendo la mano hacia ella, como si así lograse calmarla—. Tienes otro camino, Natalia.

—¡No lo tengo!

—¡Sí que lo tienes!, ¡todos lo tenemos! Te protegeremos.

—No podéis. Nadie puede. Ya soy una asesina. Si no os mato, me matarán ellos, y, si lo hago, iré a la cárcel de todas formas.

—¿Por la muerte de Teo?

—Y por todo el dinero de la droga. Igual que mi Antón.

Sonia hace un gesto extraño. Yo niego con la cabeza. Creo que va a preguntar, pero se arrepiente a tiempo.

—Pero no tenías que hacer todo eso, Natalia. Aceptar el dinero de la Fariña fue una elección, juntarte con esa gente fue una elección…

—¡Eso lo hice por Antón! —aúlla.

No contesto y sigo hablando. Tengo claro qué quiero.

—… matar a Teo Costas fue una elección, implicar a tu tío Juan fue una elección e inculpar a mi hija Elena fue una elección… Porque lo hiciste, ¿verdad?

—¿Implicaste al tío Juan?

Tampoco contesto a Sonia ni dejo que Natalia lo haga.

—Dilo, Natalia. ¡Dilo! ¡Culpaste a mi hija!

—¡Sí, hice todo, joder! Usé un programa de inteligencia artificial para generar una llamada a raíz de un audio que me había mandado su novio Nacho hace mucho tiempo para preguntarme por una oferta de un móvil.

—Pero el golpe en la cabeza no mató a Teo Costas…

—Se quedó en coma. Y tuve que matarlo en el hospital. Le insuflé una jeringuilla con aire. Me había visto.

—Embolia gaseosa para acabar con un cabo suelto.

Asiente. Y ahí no veo ningún arrepentimiento en su rostro porque Teo Costas no era sólo un cabo suelto, era el asesino de su tío. De su segundo padre. No le había pesado matarlo. O no tanto como le pesaría matar a otra persona.

Ya tengo las dos confesiones. He dado el primer y el segundo paso. Ahora toca lo más difícil.

—Natalia, quiero que me escuches. Sonia va a bajar el arma…

—¡¿Estás loco?! ¡Yo no voy a bajar…!

—¡Sonia va a bajar el arma! —La potencia de mi voz acalla la suya y evidencia la orden. Mis ojos la secundan clavándose en los suyos sin opción a réplica—. Y yo voy a sacar el móvil y voy a llamar a la policía.

—¡No vas a hacer eso! —Me apunta directamente a mí y se olvida de Sonia. He logrado la confesión y, de momento, que se olvide de su prima. No está saliendo mal, pero no he terminado.

Alzo ambas manos en señal de paz.

—Sonia, baja el arma, por favor. —No obedece—. Sonia, baja el arma. Por favor. —Ahora sí lo hace y se coloca detrás de mí.

Doy un paso adelante, hacia Natalia Vilaboi. Está completamente superada. La pistola tiembla en sus manos. Suelta una de ellas para pasarse un antebrazo por la frente y limpiar el mar de sudor que la baña. A nuestra espalda, algunas luces de los chalets de Monteferro han empezado a encenderse. En la urbanización Cala Asterpot no

hay casa sin una ventana iluminada. Haces azules y rojos sesgan la oscuridad, perdiéndose entre las curvas que atenuaban el sonido agudo de las sirenas.

—Has disparado a tu tía, Natalia. A tu propia tía. Ambas habéis disparado. Es evidente que algún vecino ha llamado a la policía. Ese, Natalia, es tu otro camino. Por favor…

—No puedo. Si lo hago… Mis padres…

—Te protegerán. En España hay miles de testigos protegidos.

—Nadie puede protegerme ni a mí ni a mis padres.

—Pueden hacerlo, Natalia. Tienes mi palabra.

Me sonríe. Inicialmente pienso que es una burla tipo: «¿Quién coño eres tú para darme tu palabra de que van a protegerme?», pero nada más lejos. Es una sonrisa sincera… y triste.

—Siento mucho lo de Elena, Alfredo. De verdad. —Mira a su prima —. Sonia, perdóname. Os quiero. —Después me mira a mí—. Y a Antón…

—Podrás decírselo tú, tranquila.

—No. No podré. Ellos lo controlan todo.

Se coloca la pistola en la sien derecha.

—¡¡¡Espera!!!

El sonido de su muerte retumba por Cala Asterpot.

# 50

ALFREDO OTERO

Han pasado tres semanas desde el suicidio de Natalia Vilaboi. Sonia Rey sufrió un ataque de ansiedad tras el disparo. Me quedé a su lado y la abracé, poniéndola de espaldas al cadáver aún caliente de su prima. El aire olía a pólvora y a carne chamuscada. Un equipo policial llegó un tiempo después, no soy capaz de precisar cuánto, pero me pidieron explicaciones y les enseñé la grabación que acababa de hacer con el móvil añadiendo que ahí estaba la prueba liberatoria de mi hija, acusada injustamente del asesinato de Teo Costas.

Cuando nos preguntaron cómo habíamos llegado hasta la playa, Sonia y yo nos miramos…, y yo respondí que siguiendo monte a través y por las rocas a Natalia Vilaboi. No quería que nadie más supiese de la existencia de ese dichoso túnel. La hija de Ramiro y Cora debió leerme el pensamiento porque asintió, conforme, y no dijo ni una palabra.

Nos escoltaron hasta la casa dos agentes y al salir vimos cómo se llevaban a Cora entubada y en una camilla. Había sobrevivido. Sonia trató de abalanzarse sobre su madre, pero los sanitarios la frenaron y le advirtieron de que su estado era crítico. La demoledora frase fue: «Es improbable que pase de esta noche». Pero lo hizo. Cora Vilaboi sobrevivió. De hecho, ahora ya está en casa tras dos semanas en la UCI y otra ingresada.

Hemos retomado el contacto y olvidado los puñeteros mensajes. Fui a verla un par de veces al hospital acompañado de María José y las niñas y otras tantas solo. Y a su casa, pero evito pasar por la planta de abajo. En mis pesadillas aún resuena el disparo que casi

acaba con su vida y la cara aterrada de Natalia Vilaboi justo antes de suicidarse. También aquella frase premonitoria y aterradora: «Ellos lo controlan todo». No he visto a esos Ellos y, sinceramente, tampoco tengo intención. Ojalá así se hubiera cerrado todo. Aunque me equivocaba enormemente y lo comprobaría esa misma noche.

María José y las niñas han decidido que ese viernes salíamos a cenar. Ya es Semana Santa y el buen tiempo hace presagiar unos festivos excelsos en Baiona. De esos de calles llenas, noches abarrotadas y turismo desatado. Empiezo a distinguir a algunos *fodechinchos* —esos turistas irrespetuosos tan detestados por los gallegos—. Aunque a mí nunca me han molestado en exceso. Ventajas de vivir en las afueras del pueblo, supongo.

Estoy a punto de concluir mi novela porque todo aquel caso doble, por llamar de alguna manera a la muerte de Ramiro y Teo, ha despertado en mí una furia literaria inagotable. Escribo día y noche, repasando páginas, borrando, añadiendo… Ya tengo el final, y sólo me falta un epílogo épico. Algo sentido y emotivo que, sé, voy a dedicar a Ramiro.

Por orden expresa de María José, cenaríamos en el Enxebre. Un restaurante de marisco ubicado nada más pasar la torre de la Tenaza de la fortaleza de Monterreal. Estaciono en el aparcamiento de la Palma, el mismo donde había esperado a Cora el día en el que me reveló, por decirlo de alguna manera, su aventura con Teo Costas. Cuánto había pasado…

Ya estamos enfilando la entrada a la fortaleza. Dejando a la izquierda el parque de la Palma y a la derecha, y bajo un murete elevado, la playa de la Ribeira, donde una pareja joven lanza un palo a un perro y un par de adolescentes brindan con botellines de cerveza sentados en círculo sobre toallas. Placeres de una juventud lejana y muy envidiable.

Los barcos están tranquilos y la marea luce baja. La réplica de la carabela La Pinta, majestuosa, se impone altiva sobre el resto de las

embarcaciones. La luz de las farolas del paseo marítimo reverbera en las tablas del navío dándole un aspecto deífico. Un padre sostiene a su bebé en el muro, contemplando el espectáculo visual que Baiona suele regalar a quien decide poner un pie en sus calles. Y, cuando más absorto estoy en el paisaje, suena mi móvil.

—Finge que es una llamada comercial, Alfredo. Deshazte de tu mujer y tus hijas. Diles que las ves en el bar en cinco minutos, que has olvidado algo en el coche. —El tono está lejos de sonar a amenaza, de hecho, parece divertirse. Es una voz femenina, completamente desconocida para mí. No digo nada. Y creo que, acertadamente, interpreta mi silencio como una negativa—. No tengas tantas dudas, Alfredo. Cuelga y ve al coche. Te espero allí. —Y en ese momento añade el único cebo al que yo no puedo resistirme: la respuesta a la única pregunta que no he logrado resolver en toda esta historia—. No me digas que no quieres saber quién te mandó el USB con los interrogatorios de Teo Costas.

Y yo pensando que me hace falta un final épico. Si supiese todo lo que iba a pasarme a continuación…

Obedezco haciéndome el olvidadizo, y, como mi mujer y mis niñas ya conocen mis poquíííísimos (más quisiera) defectos, no les sorprende cuando digo que me he dejado la cartera en el coche y que me esperen arriba. Al bajar al subterráneo, encuentro una figura femenina apoyada en el capó. Lleva un vaquero, una chaqueta blanca de rayas horizontales gruesas y azules y una gorra bien calada.

—Iba a decirte que esto es propio de mi profesión, pero impropio de la tuya…, pero no estoy segura del todo. Estás hecho todo un detective.

Me suena. Mucho. Muchísimo. Yo he visto antes a esa mujer.

Se alza y me tiende la mano.

—Soy la detective Nora Pardo.

Me quedo de piedra y de pura impresión soy incapaz de extender el brazo. Ella lo baja y es en ese momento cuando reacciono.

—¡Perdón! —grito tendiendo el mío y estrechándole la mano con fuerza. Incluso uso la otra para ponerla sobre el dorso de la suya—. Es un inmenso placer conocerte. Lo siento, es que me sonabas mucho, pero no te ubicaba.

—Llevas viéndome unos cuantos meses… Si no me has ubicado es que he mejorado considerablemente en cuanto a técnicas de seguimiento y disimulo.

—¿Varios meses?

—Mi hijo y yo te saludamos un día que paseabas con tu mascota por Monteferro, estabas cerca de uno de los cañones de la batería. También estábamos a tu lado el día que fuiste con tu familia al monasterio de Oia, cuando invitaste a Begoña, la mujer de Teo, a un agua en el hospital…, y el día que fuiste a la taberna Eligio de Vigo y pasó lo de Natalia. Estuve siguiéndote casi todo el día. Primero, cuando paseaste a la perra por la mañana fui un rato a tu lado; luego, cuando fuiste a la taberna, yo estaba en la mesa de al lado, dándole un potito al niño. Te perdí cuando decidiste meterte marcha atrás en Gran Vía. Eso sí que no lo esperaba… —Nora Pardo se está divirtiendo.

—Me… ¿me has estado vigilando? ¿Por qué?

—Intentaré resumirlo para que ninguno llegue tarde. Yo también estoy con mi familia. Es el padre con el bebé que has visto arriba, mirando los barcos. ¡Oye! —exclama como si hubiese olvidado algo importantísimo—. ¿Qué tal Elena, por cierto?

—¿Elena?

—Elena, tu hija. Del tema de… ya sabes. —Hace el gesto como si se clavase un cuchillo en el estómago, golpeándoselo con el puño cerrado y haciendo una mueca con el labio. Curiosa manera de acabar una pregunta.

—¡Ah, sí! El ataque. Está perfecta. No le han quedado secuelas más allá de una cicatriz horrible y pesadillas.

—Yo también las tuve. Primero con mi padre, luego con lo de Verné Dupont… Dormir no es lo mío.

Un silencio más largo de lo habitual se cruza entre nosotros y es la propia Nora Pardo quien lo destierra.

—Yo te mandé el USB con los interrogatorios de Teo Costas.

—¡¿Tú?! ¿Por qué? ¿Por qué a mí? —He debido de abrir tanto los ojos que le he provocado una sonrisa divertida y sincera.

—Ya sabes que tengo… cierta mano en la policía, por decirlo de alguna manera. Teniendo un marido policía, una mejor amiga policía y tras haber resuelto lo de las islas Cíes, digamos que ciertos grandes jefes tienen un poquito más de mano ancha cuando soy yo la que pide información. Siempre de forma velada, claro. —Asiento —. Te escogí a ti por una razón muy sencilla: tú eras el mejor amigo de Ramiro Rey.

Me quedo callado unos segundos antes de hablar, esperando a que continúe, pero no lo hace.

—Lo siento, pero no. No lo entiendo. —Casi lo pronuncio como una disculpa.

—Yo estaba investigando a los Rey Vilaboi. Llevaba mucho siguiéndolos, ¿y a quién me encuentro de pronto, en pleno Monteferro una noche? A Teo Costas… Casi me descubre porque pisé una rama, pero ni él ni Antón se percataron de que estaba allí. Según Santiago Marín, esa noche fue en la que Teo mintió a su mujer y decidió matar a Ramiro. Por cierto, enhorabuena por ese descubrimiento. Ni yo misma lo sospechaba.

—Gracias.

Me sonríe antes de continuar hablando. Como una profesora orgullosa de su alumno.

—Inicialmente, pensé que Teo iba a denunciarlos…, pero, como tardó tanto, me acojoné. Pensé que estaba en el ajo.

—¿En el ajo?

—Que se dedicaba al mismo negocio que ellos.

—¿Pensaste que Teo era uno de los narcos?

—¿Qué te sorprende? —se burla—. Alfredo, creo que no te han contado algunas cosas… ¿Has oído hablar de Ellos?

—Antón los mencionó las dos veces que fui a hablar con él a la cárcel de A Lama. Dice que son gente muy peligrosa.

—Lo son. Muchísimo. Controlan todo, Alfredo. Todo. Droga, dinero falsificado, armas, prostitución… Lo único que he podido averiguar, hasta ahora, es que eran cinco.

—¿Cinco? ¿Por cinco hombres tenía tanto miedo Antón?

—No imaginas hasta dónde llegan sus tentáculos. La capacidad de mando y control que tienen. Cada acto de ilegalidad que se comete en la provincia lleva su firma. Por eso pensé que habían comprado a Teo Costas. No sería el primero.

Me quedo pensativo unos segundos, dándole vueltas a una frase que Nora Pardo acaba de decir. Me da igual los policías corruptos que hubiese. No es mi problema ahora mismo, pero sí otra cosa.

—¿Por qué has dicho «eran cinco», en pasado?

—Porque llevan un tiempo siendo cuatro…, y eso los ha puesto nerviosos.

—No puede ser…

—Lo era, Alfredo. Entiendo que para ti resulte difícil de creer, pero por eso empecé el seguimiento.

—¿Y Antón no lo sabía?

—Nadie lo sabía. Sólo lo saben entre ellos. Cuando Teo Costas mató a Ramiro, cortó una de las cabezas de la organización sin ni siquiera saberlo.

—¿Y por eso me pasaste los interrogatorios?

—Tú conocías a la familia Rey Vilaboi mejor que nadie. Supuse que con esos interrogatorios verías realmente quiénes eran y quizá vieses algo extraño, que te llamase la atención, y me condujeras hasta otro cabecilla. Intuí, erróneamente, que Antón, Sonia o la propia Cora sabrían algo… Pero nada. Sigo dando palos de ciego. Han estado muy tranquilos desde lo de Ramiro. Y se han quedado sin tesoreros. Ahora… Ya sabes lo que dicen: un animal herido es más peligroso.

Es en ese momento cuando entiendo que mi participación en toda aquella historia ha acabado. Tengo sesenta y nueve años y ningunas

ganas de preocuparme por una banda de la que no he sabido nada en casi toda mi vida.

—Entiendes que mi camino llega hasta aquí, ¿verdad?

—Por supuesto que lo entiendo, Alfredo. Y siento haberte metido en esto.

Le sonrío. Puedo estirar esa conversación muchísimo más tiempo, pero ¿qué voy a decirle?, ¿que gracias a ella acabo de vivir una aventura inolvidable?, ¿que me siento orgulloso de que ni Cora ni Sonia formasen parte de aquello?, ¿la decepción que me supone certificar que no conocía del todo a mi mejor amigo?

Simplemente, le tiendo la mano.

—Creo que nuestras familias nos esperan —digo en un murmullo que suena a despedida.

—Disfruta de la cena. Y suerte con la novela. La leeré con mucho gusto.

—Y yo te lo agradeceré. —Sonrío dando por zanjada la conversación y todos los misterios.

Subimos en fila la cuesta por donde los coches ascienden o bajan al aparcamiento. Una vez arriba, una brisa suave cargada de olor a mar nos acaricia la nariz. Cruzo con ella de acera y veo a su marido y a su hijo contemplando los barcos. Los señalo.

—Reparte besos —digo antes de despedirme.

—Repartiré.

Mientras me alejo de la detective Nora Pardo, también lo hago de aquella truculenta historia en la que me he visto envuelto sin quererlo. Asciendo por la fortaleza pensando en Ramiro. En cómo nos había mantenido engañados a todos durante tantísimos años. Él, uno de Ellos. Es terrorífico. ¿Qué habría hecho?, ¿matado?, ¿secuestrado? Se me ponen los pelos de punta. Me duele pensar así de mi amigo… y me alivia la certeza de que nada de eso manchará ya a mi familia.

Cuando llego a la mesa, sufro los reproches evidentes de mis mujeres sobre mi lentitud y capacidad para encontrar lo perdido. No

les hago caso. Me da igual. Sonrío y voy repartiendo besos una a una antes de tomar asiento.

Elevados considerablemente sobre el mar, la espesura de la noche cerrada envuelve las siluetas de las islas Estelas y de las Cíes. También de Monteferro, que sobresalen con un monte profundo y oscuro y donde, extrañamente, no hay ninguna ventana iluminada en la urbanización Cala Asterpot. Contemplo a mi mujer y a mis hijas, envueltas por una tibia luz artificial, que para mí sólo confirma su aura celestial. Cojo aire, pensando en todo lo que había vivido para llegar hasta allí: el asesinato de Ramiro, el encarcelamiento de Antón, María José dejando un sobre con amenazas en su buzón, Cora reconociéndome que sabía que tanto su marido como su hijo estaban metidos en la droga, el ataque a Teo Costas, el descubrir que el policía y asesino de Ramiro era en realidad el amante de Cora, la revelación de Sonia sobre Raúl, a mis *bros* del bar de Coia, el viaje a Oporto, el descubrimiento acerca de la verdadera identidad de Teo, el ataque a Elena, milagrosamente ya recuperada y absuelta, el colarme en casa de Teo y Begoña intentando limpiar el nombre de mi hija, el asalto a Juan Vilaboi, el seguimiento nocturno a Natalia Vilaboi y por último la casi muerte de Cora y el suicidio de la sobrina de Ramiro y la reciente revelación de Nora Pardo… Me parece un milagro estar allí, disfrutando de María José, Marta y Elena. Me la he jugado enormemente… y me ha salido bien. Otros no pueden decir lo mismo, pero yo sí. Yo he triunfado. Y sí, voy a terminar un libro, pero da igual.

Cuando comencé toda esta historia afirmé que a mi edad nacían ciertas preguntas. La puerta de salida se ve cerca y la existencia imagina un plano en el que ya no estás: ¿quién me recordará?, ¿cómo lo harán?, ¿cuál será mi legado? Sí, yo me formulaba esas preguntas y creía que el libro era la respuesta. Obviamente, me equivocaba: mi legado está ante mí y siempre lo ha estado, aunque yo no haya sabido verlo. Ellas son mi todo.

Pedimos una cena abundante y copiosa. Brindamos con albariño, rematamos con chupitos de licor café como buenos gallegos y aún

nos da tiempo a pedirnos un gin-tonic. La noche es fantástica, yo llevo unos chinos, la camisa de cuadros blanca y azul y un jersey verde oscuro echado a los hombros que estoy pensando en ponerme… y que he dejado olvidado en aquel bar.

Todo sucede en apenas un minuto. Primero es el humo y la alerta de Elena.

—Papá, eso… ¿Eso es humo? —Señala al horizonte, hacia Monteferro.

—Es Cala Asterpot, ¿no? —La pregunta de Marta es casi retórica. Sabemos perfectamente que sí.

—¡Llama a Cora! —chilla María José.

Me levanto para sacar el móvil del bolsillo, pero ni me da tiempo a mirarlo.

Una explosión salvaje nos arroja a todos al suelo. Cuando alzo la cabeza, con el pitido en los oídos, la imagen de la urbanización Cala Asterpot devorada por el humo reverbera en mis pupilas.

# 51

*Urbanización Cala Asterpot*

Cora Vilaboi había volado por los aires el narcotúnel de Cala Asterpot. La explosión retumbó con una violencia brutal en todo el Val Miñor. Eso y la inmensa fumata de humo negro anunciaron la alerta.

La viuda de Ramiro Rey tomó la decisión en cuanto abrió los ojos y habló con su hija… y su hijo. Antón Rey confesó todo. Sí, allí guardaba las bolsas de dinero que su padre y él almacenaban. Allí la Fariña tenía buena parte de su tesoro, que ahora yacía sepultado bajo los escombros.

Una semana después de despertar, aún con el costado dolorido y una aparatosa venda, empezó a prepararlo. Aprovechó las noches de teórico descanso para recuperar los apuntes de su carrera como ingeniera de minas. Tuvo que remover cielo y tierra para encontrarlos y aún más para no despertar a Sonia, atenta los primeros días a cualquier necesidad que tuviese su madre.

Sibilina y delicada, Cora Vilaboi soportaba los pinchazos agudos en el costado de su cuerpo maltrecho mientras buceaba en la buhardilla hecha trastero a rebosar de recuerdos guardados en cajas meticulosamente nombradas (por fortuna, Ramiro tenía esa costumbre). Al final de todo aquel maremágnum de fotografías antiguas, discos de vinilo, VHS, ropa, cuadros, equipamiento deportivo donde ya no entraban, decoración navideña y ropa de esquí, dio con un cartón roído bautizado como CARRERA CORA. Cargó la caja a pulso, apretando los dientes para vencer al dolor, y la colocó sobre un viejo y desgastado mueble que Ramiro había llevado de casa de sus padres. El mismo del que su hija, tres semanas

antes, había sacado la escopeta que, en cierto modo, le había salvado la vida.

Halló lo que buscaba bajo una montañita de archivadores, un descolorido diploma al que ni prestó atención y una orla que le recordó que una vez había sido joven. Regresó a su habitación guardando los apuntes en la gomilla trasera del pantalón por si Sonia se levantaba y pasó la noche en vela, repasando las necesidades de un plan tan loco en su ejecución como meridiano en su objetivo.

Al día siguiente, aprovechando que su hija había quedado con unas amigas para ir a playa América, cogió el coche de su difunto marido, tal y como había hecho cuando fue a ver a Alfredo para pedirle que descubriera al verdadero asesino de Ramiro, y acudió a una tienda de Baiona, donde compró fertilizante. Después repostó en una gasolinera camino a Vigo y llenó un bidón pequeño de diésel. Por último, en una nave industrial cercana a la ciudad olívica, adquirió bidones plásticos de polietileno y unos tubos pequeños de PVC. No necesitaba más. Ni le importó lo más mínimo dejar rastro. De hecho, pagó todo con tarjeta.

Sólo parecía un ama de casa que caminaba con alguna que otra dificultad, había comprado fertilizante para su jardín, un bidoncito de combustible y unos cubos. Pura fachada. Los cimientos escondían intenciones distintas. Usando el garaje como centro de operaciones, Cora Vilaboi iba a fabricar una bomba.

Con la determinación superando al dolor, hizo los cálculos de la mezcla una y otra vez. Nunca habría pensado que el garaje donde Ramiro se entretenía con herramientas o guardando un viejo descapotable iba a convertirse en su laboratorio para fabricar ANFO.

El explosivo, usado comúnmente para demoliciones, voladuras o trabajos de minería, no requería mucho más que una mezcla proporcionada y algunas horas de trabajo. Se protegió con unos burdos guantes de jardinería, unas gafas de sol y una mascarilla FFP2 que aún quedaba en un cajón desde la pandemia. Revisó dos veces los cálculos antes de comenzar y ejecutó la operación en el

barril. Cuando tuvo la mezcla, la metió en los tubos de PVC. Las gomillas de la mascarilla estaban empapadas en sudor. Pese a las gafas de sol, le picaban los ojos y sentía dolor en las muñecas por el trazo incesante de círculos para lograr la mezcla adecuada.

Sólo quedaba el detonador y algo de goma 2. Lo más difícil de conseguir *a priori*… que acabó resultando de lo más sencillo. Únicamente tuvo que tirar de contactos. Algunos la hacían culpable de los delitos de su hijo, de los chanchullos de su marido o de la trágica muerte de su sobrina. Sin embargo, las confesiones sobre su milagrosa supervivencia y la pena sentida por su soledad acabaron por convencer a un viejo compañero de carrera: Miguel Blanco. Cora interpretó tan convincentemente el papel de un alma apenada y castigada que acabó concertando una cita con su viejo conocido sólo dos días después.

Quedaron en la misma mina donde él fue enseñándole el proyecto y explicándole lo poco que le quedaba para jubilarse. También el amor por sus dos hijos, ya mayores y uno a punto de hacerle abuelo, y su temprano enviudamiento… Sí, por la cabeza de Cora también pasó que aquella compañía podría resultar agradable en un futuro. En otro futuro. No en este, donde ella fabricaba un explosivo para volar un túnel y lo demás daba igual.

Recurrió a un truco viejísimo, la perfección del amortizado «tengo que ir al baño» al que añadió un apéndice más: «Tengo que ir al baño por la menopausia… Ya sabes». Pero no, seguramente ese hombre no sabía de qué le hablaba. Y, entre la incomodidad del desconocimiento y de lo íntimo que sonaba aquello, atropelló tres «claroclaroclaro» y dos «porsupuestoporsupuesto» y esperó lo suficiente como para que Cora metiese en su bolso un cartucho de goma 2 y un detonador. No fue el robo más elocuente del siglo, pero tampoco le importó mucho. Tenía lo que quería y no veía más allá.

Se despidió de Miguel Blanco con dos besos. El segundo algo más prolongado. No fue una declaración de intenciones, más bien un impulso por sentirse todavía deseada. Por demostrarse a sí misma que Teo, en algún momento, la había amado. Que en algún

momento de esa historia tórrida y pasional había existido un amor que era tempestad y también calma. Que, aunque la intención de Teo Costas era hacer de ella un canal, había terminado siendo su refugio.

No. Por supuesto que no lo perdonaba. Nunca lo haría. El problema es que cada vez que lo pensaba había un enorme PERO. Uno gigantesco. Y no era otro que la certeza de que en los ojos de Teo, en sus caricias, en su sonrisa, en su forma de besarle la mano, de pasarle la yema del dedo por el escote… en todo eso había amor. Del de verdad. Ella lo sabía.

Las únicas veces que pensaba en que su amor no había sido tan fuerte era cuando se daba cuenta de que no había impedido que cometiera un acto atroz y entonces volvía a Ramiro. Al día de su boda jurándose amor eterno. «En la salud y en la enfermedad», dijo el cura. Y estuvo. «Hasta que la muerte os separe», dijo después…, y también estuvo. Pero nadie había dicho que el camino era una línea recta. Había amado a Ramiro. Mucho. Y, en los últimos tiempos, a su manera.

El regreso a casa fue lento. Como si el detonador fuese a explotar, pese a no estar conectado a nada. Allí lo único que iba a explosionar era ella misma. Lo sabía y lo tenía controlado. El maldito túnel de Cala Asterpot iba a «irse a la mierda». Se sintió bien pensándolo así, con esa palabra, «mierda». Sobre todo porque hacía mucho tiempo que no decía una palabrota.

Una vez que tuvo preparado todo, debía evitar que nadie sufriese daños. Eso era primordial. Resultó más sencillo de lo que imaginó: todos los vecinos habían recibido una invitación donde se les pedía que confirmasen su asistencia a una fiesta. Lo había hecho reservando el pazo da Touza, en Nigrán, a través de una vieja amiga de la familia. Incluso había pagado por adelantado y lo había puesto en la invitación. Sí, lo había hecho con el dinero de la Fariña. Un pequeño cobro personal por la ausencia de Ramiro, Antón… y Natalia. Aún no se había atrevido a hablar con su hijo de aquello, pero era capaz de empatizar con su pérdida.

Cuando no quedó ninguna luz encendida en Cala Asterpot, Cora Vilaboi bajó por su propio túnel, fue repartiendo los explosivos en función de sus cálculos, y colocó el detonador que había robado. Pensó en llamar a la policía antes para que fuesen llegando, pero tenía miedo de que sus cálculos fuesen erróneos. Nada más lejos.

Colocada en la playa donde su sobrina se había quitado la vida, fijó la vista en la caseta de vestuarios con algunas letras de menos. La boca del lobo, el descenso a los infiernos de toda su familia. Con su difunto marido, sus hijos y también su amante en el pensamiento, oprimió el botón y dio por terminada su pesadilla. Después su sonrisa satisfecha fue mutando en estridentes carcajadas de liberación.

# Epílogo

El marisco vuela raudo en bandejas que brillan como si las cambiaran antes de cada servicio. Hay de todo: nécoras, bogavante, langosta, bruños, percebes que se escurren entre los dedos como arena cogida a puñados. Son voraces. Depredadores. Comen, beben, ríen… Las botellas vacías de albariños, ribeiros y otros tantos vinos se acumulan en el centro de la mesa. Y, sin embargo, siguen cabales, lúcidos y con las ideas claras. El humo de puros y cigarros forma una especie de boina nubosa sobre ellos. Lo prohibido no es más que una sugerencia. La zona donde comen está aislada del resto del restaurante. Es una sala exclusiva, reservada para eventos como bodas, comuniones o reuniones de las personas más importantes…, y Ellos lo son.

Las servilletas están llenas de marcas de dedazos, del líquido que suelta el marisco y de ceniza que, bajo algunas sillas, deja un rastro similar a las migas de pan que usaban los hermanos de Pulgarcito para no perderse… Sólo que este camino lleva, directamente, al lobo, a la bruja o al ogro. Este camino lleva al mal.

Los camareros y camareras también lo intuyen. No hay una certeza, pero sí una sospecha firme. Como si la humareda de nicotina y tabaco que los rodea fuese en realidad una miasma, y las risas, una pátina diabólica que pudieran percibir. Una de las camareras, una joven de no más de veinticinco años a la que habían obligado a quitarse todos los piercings que llevaba por la cara, había rehusado servirles alegando que sus auras eran negras. El dueño del local la echó esa misma mañana… aun sabiendo que tenía razón. No hacía falta ser espiritista para saberlo.

Todo cambia con el licor café y la crema de orujo. Su consumo es reposado. Algunos exigen hielo para aguarlos y saborearlos en vasos

anchos, más propio del whisky u otras bebidas espirituosas.

—Estamos sin tesoreros —dice uno de ellos. Lleva un polo blanco y una americana de lino azul clara. Es delgado, de facciones duras y morenas, pelo cano, rizado y peinado hacia atrás.

—Y sin uno de nuestros miembros… A ver, pero ¿qué pasó exactamente con la sobrina de Ramiro?

El que lo pregunta es la antítesis del primero: lleva una camisa azul oscura. El tripón asfixia los botones de la panza. El humo amaderado de un puro marca los carrillos rojos, presos del esfuerzo del simple hecho de respirar. Su servilleta es la más manchada, sus dedos, los más pringosos, y su copa, la más llena.

—Se metió un tiro en la cabeza.

Los demás tienen que intuir qué ha dicho. Ha hablado con la boca llena, enseñando los restos del pedazo gigantesco de tarta de queso que acaba de engullir. Pese a la ausencia de modales, va impecable: traje entero de color azul, corbata a rayas y un afeitado pulcro y cuidado enmarcado en unas gafas de pasta negra.

—Sé un poco decente, ¿quieres? —reprocha el último limpiándose la boca con la servilleta. Es calvo, de ojos pequeños y oscuros que contrastan con un bigote tupido y blanco. Alto y espigado, luce un traje moderno de tres piezas en color gris con pañuelo y corbata a juego. Lleva sus iniciales en los gemelos y un reluciente reloj de seis mil euros destella en su muñeca—. Hablamos de una joven que se ha suicidado.

—¡Hablamos de que hemos perdido a Ramiro y también a los tesoreros, hostias! —El del polo blanco y americana azul clara golpea la mesa con furia.

—No te pongas nervioso. Ya tengo a alguien —dice el que ha pedido decencia. Los otros tres lo miran, extrañados.

—¿Por qué no has dicho nada? —recrimina el gordo.

—Os lo estoy diciendo ahora.

—¿Y no dará la nota? —pregunta el que está intentando pasar el trozo de tarta de queso con un vaso de agua para terminar bufando y soltando una risotada.

—Menos que tú en una pocilga. —Pese a que no es chiste, se lo toman como tal. Él no. Él sigue impertérrito. Esperando a que terminen de reír. Sólo cuando lo hacen retoma lo que le interesa—. No levantará ninguna sospecha.

—Está bien. ¿Quién es? —dice el gordo mientras enciende otro puro, el tercero de la comida.

—Está aquí, si queréis conocerlo.

—¿Qué? Pero ¿te das cuenta de dónde estamos? —regaña el de polo blanco y americana de lino.

—Somos un grupo de amigos comiendo, coño. Relaja. —Una vez deglutida la tarta de queso y tras encharcarla de agua en el estómago, otro chupito de licor café le atraviesa el gaznate.

El tipo de traje gris con corbata y pañuelo a juego consulta su flamante reloj, alza la mano y hace un gesto, como si llamase a un camarero. Pero en su lugar un hombre abre la puerta de la sala y se acerca a la mesa. Su entrada es casi ceremonial, solemne. El paso es relajado y tranquilo. Como si aquello no fuese con él. Como si no estuviera a punto de convertirse en una de las personas de mayor confianza de aquel grupo. Su anfitrión se levanta en cuanto está a su lado y le estrecha la mano. El lujoso reloj destella por los rayos de sol.

—Me alegra que te hayas decidido a venir —dice manteniéndose de pie, a su lado.

—El gusto es mío, caballeros.

—¿En serio? —se mofa el gordo.

—¿Qué es exactamente lo que te parece mal?

—Pero ¿tú lo has visto?

—Sí, claro… ¿Tú no? Por favor. Si es perfecto…

—Coincido. —Ahora sólo lleva el polo blanco. La americana azul clara cuelga del respaldo de la silla con gracia natural.

—Y yo. —Una vez terminado el licor café, enciende un cigarrillo y echa el humo al aire—. Es la hostia.

—¿Todos conformes? —pregunta con una sonrisa de dientes pequeños el del traje gris. El beneplácito de los suyos lo ilusiona.

—Sólo hay un problema… —dice el nuevo invitado mostrando las dos palmas de las manos, intentando evidenciar que se trata de algo menor.

Su anfitrión lo mira, sorprendido. El detalle ha empañado una actuación perfecta y eso le molesta. Traga rabia. Nota el peso cayendo a plomo en su estómago, pero lo disimula con una falsa sonrisa.

—¿Qué problema?

El tipo saca una foto y la coloca encima de la mesa.

—Me suena un huevo.

—Y tanto que te suena. Su cara ha salido por media España.

El gordo se estira para coger la foto. Su enorme tripa mueve la mesa, pero nadie dice nada. Unos dedos rugosos y anchos estrujan la imagen.

—Dala por muerta. —Enseña una sonrisa de tiburón y apaga el puro sobre la cara de la detective Nora Pardo.

# Nota del autor

Querido lector, me parece importante aclarar ciertos aspectos de la novela ahora que has llegado al final. El más importante es que cualquier coincidencia de los personajes con la realidad es pura casualidad.

Por cierto, Cala Asterpot no existe. Es fruto de mi imaginación ante esas construcciones desatadas que desafiaban la Ley de Costas o, directamente, la ignoraban. Lo que sí existe son sus alrededores: Baiona, mi hogar, el monasterio de Oia, Monteferro…, que, por cierto, puede que tengan los mejores atardeceres que he visto en mi vida. Descúbrelos por ti mismo.

# Agradecimientos
# Una mención especial

Querido lector, cuando Alfredo Otero llega a Oporto hace un comentario recordando a su tía Asun: «Siempre hacía su ranking de ciudades de la misma forma: "Hay una lista donde Roma es Roma. Y luego ya puedes poner la número uno"». Me vas a permitir usar esta frase de mi propia tía Asun para empezar estos agradecimientos porque en esta lista, y antes de ti, querido lector, está Alfredo Estévez.

Alfredo Estévez fue mi maestro periodístico, mi mentor, pero, por encima de todo, mi amigo. Un amigo de los buenos. De esos que se cuentan con los dedos de una mano. Se fue en agosto de 2024, y no hay día que no lo recuerde: nuestras conversaciones sobre la vida, sobre mis miedos a la hora de escribir, sobre mis andanzas periodísticas, sobre política y sobre fútbol, claro. Porque éramos muy del Celta. Horas después de fallecer, el Celta de Vigo perdió 4-3 contra el Villarreal en un partidazo. Óscar Mingueza, lateral de nuestro equipo, marcó un golazo tremendo, y yo, en el salón de casa, grité y cogí el móvil corriendo, pensando el mensaje: «Vaya golazo de Mingueza, *boss*!!!», escribí…, pero nunca llegué a enviarlo. Una losa tremenda de realidad se cargó sobre mi espalda… Luego lloré. Mucho.

Alfredo Estévez me enseñó una barbaridad. Me acuerdo de mis veranos de prácticas en Canal Tea. A veces nos quedábamos solos. El becario y, como quería que le llamase, el Capo di Redaccione. Ahí me guio para locutar en radio con el truco de las falsas comas, me obligó a hacer directos, me echó la bronca por hacer un falso directo con una pared detrás… y se rio conmigo. Mucho. Porque dos

veranos, dos noticiones gordos de esos que sólo se ven una vez al año en Ponteareas. ¿Y a quién le tocó cubrirlos? Sí, a mí. Lo mejor que pude… y gracias a sus consejos. Luego, de vuelta a Baiona, donde me dejaba priorizando que no me chupase cuatro horas de bus diarias a su propia comodidad, nos reíamos y poníamos a caldo a algún que otro *tontoloscojones*, como decía él.

En esta novela, querido lector, verás que la forma de hablar de Alfredo es culta, a veces algo redicha, y siempre buscando palabras complejas. No, Alfredo Estévez no hablaba así, pero me ha parecido la mejor forma de representar esa sabiduría única que me regaló durante toda nuestra amistad. Donde sí lo vas a encontrar es en el humor porque, como todas las personas inteligentes, tenía un gran sentido del humor.

Sé que mi *boss* leyó *Marea muerta* y sé que le gustó. Aún conservo el mensaje que me envió tras terminarlo y que, cuando me entra el síndrome del impostor, vuelvo a leer para sonreír y seguir. Sobre todo, porque me acuerdo de una de nuestras últimas conversaciones, cuando me dijo: «Déjate de chorradas, tú ya eres escritor».

A él, a María José, a Marta y a Elena va dedicado este libro.

Tu «ilustre escritor», como me descolgabas siempre el teléfono, te quiere y te echa de menos. ¡Ah! Y como decíamos siempre antes de colgar:

—Reparte besos, *boss*.

Aún lo escucho nítidamente respondiéndome: «Repartiré».

# Agradecimientos

A ti, querido lector. Porque sin ti y tu apoyo sería imposible seguir dándole a la tecla. Gracias por acompañarme con Iago Estévez en *El ángel fiel*, con las hermanas Padeira en *El abrazo del Oso Rojo*, con Nora Pardo en *Marea muerta* y ahora con Alfredo Otero y Teo Costas.

A Iria, mi hija, por seguir impulsándome al pensar que algún día podrás coger de la estantería las historias inventadas por tu padre, disfrutar de ellas y, espero, mejorarlas. Recuerda que podrás ser cualquier cosa, basta con elegir las páginas adecuadas.

A Aida, por una paciencia infinita, su apoyo tan sólido como discreto y su calma en mi versión menos brillante. Gracias infinitas por crear planes de entretenimiento infantil para dejarme solo y que pudiese escribir.

A mis padres, por ser raíz firme, tronco protector y copa alta donde recoger como suyos los frutos de mis esfuerzos literarios.

Ahora que voy a empezar con mis amigos, permitidme comenzar con unas disculpas por si olvido a alguien. Tengo la desgracia de no poder escribir todos los nombres aquí porque también tengo la inmensa fortuna de que ocuparían un libro entero. A Ana, mi chu, mi amiga y una de mis mayores conexiones a tierra. A Paulo, un hermano que me regaló la vida. A Bego (que se mostró encantada de que usase su nombre), Araceli, Blanca, Santi y Javi Marco, Brave, Laura Torres, Isa Otero, Angelita, Rocío Fariña y Betín, Marta Jar, Juan Carlos Ojea, Rosiña Fernández, Natalia Yáñez, Gonzalo Roy, Mario Puyol, Isra, Rafa Muñiz, Lourdes, Antoñito G. Arce, o Antoñito (sí, el verdadero es mucho más divertido que el guardia de seguridad de Cala Asterpot), Mónica Alonso, Sandra Ruiz, Joel, Lino, Marta López, Rebeca Toledo, Luis Corellano… En definitiva, todos

aquellos que habéis aguantado el agobio de este escritor, me habéis motivado, con un simple mensaje, a que continuase, u os habéis interesado de corazón por saber cuándo iba a publicar mi siguiente novela (algunos, incluso comprándola por amistad y con la intención de usarla como «un pisapapeles muy caro»). A todos y cada uno de vosotros:

**G R A C I A S.**

Permitidme también unas menciones especiales:

A Paula, por calmar el océano.

A Andrea, por estar, soportar, comprender y recordarme quién soy cuando yo mismo lo olvido.

A Cora, mi amiga capaz de pedirme ser villana y complicarme a diario siendo pura bondad.

A Rut Estévez, la persona con la que más he disfrutado de dar patadas al diccionario.

A Laura Madrid, por su «gracias por la confianza» y la autoría de dos de las mejores frases para paliar mis momentos de mayor debilidad: «Ubícate» y «Me muero y no te educo».

A Alberto Herrera, un amigo que tiene a bien regalarme sus dotes como presentador para, espero, cada novela.

A José P. G., por sus correcciones, humor y capacidad para hacerme pensar.

A Marta de Prado, por callar el ruido cuando se desata.

A Natalia, por su amistad dentro y fuera del trabajo (más fuera, que, como dice ella, es más divertida).

A Daría Pedraz, por la certeza de que algún día seré yo quien compre sus libros y asista a sus presentaciones literarias.

A Sandra Muñoz, compañera de pupitre, por su interés constante al verme desesperado frente a la pantalla y su ayuda en las correcciones.

A Emea, por lograr que sonría en la conversación más simple de todas.

A Miki, mi mentor y mi amigo, por insistir e insistir en que debía seguir escribiendo porque, teniendo talento, dijo, era mi obligación pulirlo.

A Marina Romero, flamante autora de *Como si al mundo le importara*, de esta misma editorial, y confidente de agobios literarios.

A María Herranz, mi primilla, que ha pasado de dotarme de una ingente cantidad de libros a comprárselos a mi hija y obtener el título de «Tía María de los cuadernos».

A mi tía María, cofundadora del club de lectura tía/sobrino que sólo nosotros integramos.

A Poldo y la taberna Eligio de Vigo, por cumplir el sueño de que mis libros se expongan en sus paredes.

A Baiona y su gente, por inspirarme en cada paseo.

A Jerónimo Turrado y Pedro Gómez, por sus conocimientos como ingenieros de minas y su ayuda en cuestiones técnicas sobre voladuras.

A Carol París, mi editora, por sus consejos y la capacidad de transmitir calma en mi estado natural de tranquilamente nervioso.

A Silvia García, una correctora excelsa, paciente y, como la suelo definir con otros autores, maravillosa.

A Pepa Cornejo, por su acierto en las correcciones y sus sugerencias tan oportunas.

A Lara Moyano, por revisar con mimo cada palabra de esta obra.

A Javier Gutiérrez, de Punktokomo, por ornamentar esta obra desde los cimientos hasta el tejado.

A Helena Boet, por una portada capaz de mantener toda mi atención durante una tarde entera.

A Penguin Random House, por darme otra oportunidad de cumplir mi sueño.

# UN GALICIAN NOIR LLENO DE CLAROSCUROS AMBIENTADO EN UNA URBANIZACIÓN DE LUJO DE LAS RÍAS BAIXAS.




La tranquila vida de jubilado de Alfredo Otero se desmorona cuando el cadáver de su mejor amigo aparece en una exclusiva urbanización de las Rías Baixas. Un año después, el policía Teo Costas es brutalmente atacado. ¿Una venganza? ¿O sabía algo que podría cambiarlo todo? Sin darse cuenta, Alfredo caerá en una espiral obsesiva por resolver el crimen y se enfrentará a una encrucijada entre la verdad y la mentira.

**Las apariencias se desvanecen y el pasado borra las huellas del presente en este apasionante thriller que combina lo mejor de la novela de misterio con giros y secretos inesperados.**

**Nacho Carreras Ojea** (Vigo, 1990) es periodista y autor de tres novelas: *El ángel fiel* (2020), *El abrazo del Oso Rojo* (2021) y *Marea muerta*, publicada en 2024 en esta misma editorial. Ha trabajado en el difunto Canal Tea de Ponteareas, en el Concello de Baiona, en medios como Heraldo de Aragón o delante de las cámaras en Seguridad vital, de RTVE. Desde hace cinco años ejerce como guionista en programas de televisión como *La mañana* de RTVE o *La Hora de La 1*. Actualmente también es guionista de *Mañaneros*.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Nacho Carreras Ojea
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Trevillion / © Shutterstock

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com.

ISBN: 978-84-10442-41-2

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial

Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

Nudos de sal
Capítulo 1
Capítulo 2. El crimen
Capítulo 3. Urbanización Cala Asterpot
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6. El último adiós a Ramiro Rey
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36. El segundo crimen
Capítulo 37. El plan de Teo Costas
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos. Una mención especial
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Nacho Carreras Ojea
Créditos

# Contenido

Nudos de sal
Capítulo 1. Teo Costas
Capítulo 2. El crimen
Capítulo 3. Urbanización Cala Asterpot
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6. El último adiós a Ramiro Rey
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36. El segundo crimen
Capítulo 37. El plan de Teo Costas
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos. Una mención especial
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Nacho Carreras Ojea
Créditos

# Puntos de referencia

1. Cover